


HANDBOUND
AT THE
UNIVERSITY OF
TORONTO PRESS


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

[Comedias]

Vol. 35

EL SÍ DE LAS NIÑAS.

COMEDIA

EN TRES ACTOS,

EN PROSA.

SU AUTOR

INARCO CELENIO

P. A.

Estas son las seguridades que dan los padres, y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas. ACT. III. SCENA XIII.

MADRID.

IMPRENTA DE VILLALPANDO.

MDCCCVI.

PERSONAS.

D. DIEGO.
D. CARLOS.
DOÑA FRANCISCA.
DOÑA IRENE.
RITA.
SIMON.
CALAMOCHA.

La Scena es en una posada de Alcalá de Henares.

El teatro representa una sala de paso, con quatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso baxo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa enmedio, un banco, sillas, &c.

ACTO PRIMERO.

****

SCENA I.

D. DIEGO. SIMON.

D. DIEGO.

No (1) han venido todavía?

SIMON.

No Señor.

D. DIEGO.

Despacio la han tomado, por cierto.

SIMON.

Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalaxara.

D. DIEGO.

Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y quatro lágrimas, estaba concluido.

SIMON.

Ello tambien ha sido extraña determinacion, la de estarse usted dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el

(1) *Sale D. Diego de su quarto. Simon que está sentado en una silla, se levanta.*

leer, cansa el dormir... Y sobre todo, cansa la mugre del quarto, las sillas desvencijadas, las estampas del Hijo pródigo: el ruido de campanillas y cascabeles y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

D. DIEGO.

Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos... El Corregidor, el Señor Abad, el Visitador, el Rector de Málaga... Que se yo! Todos... Y ha sido preciso estarme quieto y no exponerme á que me hallasen por ahí.

SIMON.

Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. Pues hay mas en esto, que haber acompañado usted á Doña Irene hasta Guadalaxara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

D. DIEGO.

Sí, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

SIMON.

Adelante.

D. DIEGO.

Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber y no puede tardarse mucho...

Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tu eres hombre de bien y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

SIMON.

Si Señor.

D. DIEGO.

Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

SIMON.

Bien está, Señor. Jamas he gustado de chismes.

D. DIEGO.

Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal Doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella: he leido muchas de las cartas que escribia, he visto algunas de su tia la Monja, con quien ha vivido en Guadalaxara; en suma he tenido quantos informes pudiera desear, acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla: he procurado observarla en estos pocos dias, y á decir verdad, quantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMON.

Sí por cierto... Es muy linda y...

D. DIEGO.

Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo aquel candor, aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... Sí Señor, mucho talento... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMON.

No hay que decírmelo.

D. DIEGO.

No? Por qué?

SIMON.

Por que ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

D. DIEGO.

Que dices?

SIMON.

Excelente.

D. DIEGO.

Con que al instante has conocido?..

SIMON.

Pues no es claro?.. Vaya!.. Dígole á usted que me parece muy buena boda. Buena, buena.

D. DIEGO.

Sí Señor... Yo lo he mirado bien y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMON.

Seguro que sí.

D. DIEGO.

Pero quiero absolutamente que no se sepa, hasta que esté hecho.

SIMON.

Y en eso hace usted bien.

D. DIEGO.

Por que no todos ven las cosas de una manera, y no faltaria quien murmurase y dixese que era una locura, y me...

SIMON.

Locura? Buena locura!.. Con una chica como esa, eh?

D. DIEGO.

Pues, ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí. Por que, aquí entre los dos, la buena de Doña Irene se ha dado tal prisa á gastar desde que murió su marido, que si no fuera por estas benditas Religiosas y el Canonigo de Castroxeriz, que es tambien su cuñado, no tendria para poner un puchero á la lumbre... Y muy vanidosa y muy remilgada, y hablando siempre de su parentela y de sus difuntos, y sacando unos cuentos, allá, que... Pero esto no es del caso... Yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he bus-

cado modestia, recogimiento, virtud.

SIMON.

Eso es lo principal... Y, sobre todo, lo que usted tiene para quien ha de ser?

D. DIEGO.

Dices bien... Y sabes tú lo què es una muger aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?.. Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor: regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No Señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y dexa que hablen y murmuren, y...

SIMON.

Pero siendo á gusto de entrambos, que pueden decir?

D. DIEGO.

No, yo ya sé lo que dirán, pero... Dirán que la boda, es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

SIMON.

Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas...

D. DIEGO.

Que, hombre? Qué hablas de siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

SIMON.

Y bien, qué?

D. DIEGO.

Y yo; aunque gracias á Dios estoy robusto y... Con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMON.

Pero si yo no hablo de eso.

D. DIEGO.

Pues de que hablas?

SIMON.

Decia que... Vamos, ó usted no acaba de explicarse, ó yo lo entiendo al reves... En suma, esta Doña Paquita con quien se casa?

D. DIEGO.

Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMON.

Con usted?

D. DIEGO.

Conmigo.

SIMON.

Medrados quedamos!

D. DIEGO.

Que dices?.. Vamos, qué?..

SIMON.

Y pensaba yo haber adivinado!

D. DIEGO.

Pues que creias? Para quien juzgaste que la destinaba yo?

SIMON.

Para D. Carlos, su sobrino de usted: mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

D. DIEGO.

Pues no Señor.

SIMON.

Pues bien está.

D. DIEGO.

Mire usted que idea! Con el otro la habia de ir á casar!.. No Señor, que estudie sus matemáticas.

SIMON.

Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

D. DIEGO.

Que se haga hombre de valor y...

SIMON.

Valor! Todavía pide usted mas valor á un Oficial, que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y

volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?.. Pues bien satisfecho quedó usted entonces del valor de su sobrino: y yo le vi á usted mas de quatro veces llorar de alegría, quando el Rey le premió con el grado de Teniente Coronel y una cruz de Alcántara.

D. DIEGO.

Sí Señor: todo eso es verdad; pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

SIMON.

Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre...

D. DIEGO.

Pues no ha de serlo?.. Y que sacarian con engañarme? Ya ves tú la Religiosa de Guadalaxara si es muger de juicio: esta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una Señora de excelentes prendas: mira tú si Doña Irene querrá el bien de su hija, pues todas ellas me han dado quantas seguridades puedo apetecer... La criada, que la ha servido en Madrid y mas de quatro años en el convento, se hace lenguas de ella, y sobre todo, me ha informado de que jamas observó en es-

ta criatura, la mas remota inclinacion, á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa y correr por la huerta detras de las mariposas, y echar agua en los agugeros de las hormigas; estas han sido su ocupacion y sus diversiones... Que dices?

SIMON.

Yo nada, Señor.

D. DIEGO.

Y no pienses tú que, á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan, para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que aun hay tiempo... Solo que aquella Doña Irene siempre la interrumpe: todo se lo habla... Y es muy buena muger, buena...

SIMON.

En fin, Señor, yo desearé que salga como usted apetece.

D. DIEGO.

Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... Y que fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

SIMON.

Pues que ha hecho ?

D DIEGO.

Una de las suyas... Y hasta pocos dias ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza, á su Regimiento... Ya te acuerdas de que á muy pocos dias de haber salido de Madrid, recibí la noticia de su llegada.

SIMON.

Sí Señor.

D. DIEGO.

Y que siguió escribiendome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMON.

Así es la verdad.

D. DIEGO.

Pues el picaron no estaba allí, quando me escribia las tales cartas.

SIMON.

Que dice usted ?

D. DIEGO.

Sí Señor. El dia tres de Julio salió de mi casa, y á fines de Septiembre aun

no habia llegado á sus pabellones... No te parece que para ir por la posta, hizo muy buena diligencia?

SIMON.

Tal vez se pondria malo en el camino, y por no darle á usted pesadumbre...

D. DIEGO.

Nada de eso. Amores del Señor Oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas Ciudades puede que... Quien sabe?.. Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... No permita Dios que me le engañe alguna bribona, de estas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMON.

Oh! No hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener, para que le engañe.

D. DIEGO.

Me parece que estan ahí... Sí. Gracias á Dios. Busca al Mayoral y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberemos salir mañana.

SIMON.

Bien está.

D. DIEGO.

Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... Estamos?

SIMON.

No haya miedo que á nadie lo cuente. (1)

SCENA II.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA. RITA. D. DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

Ya estamos acá.

DOÑA IRENE.

Ay! que escalera!

D. DIEGO.

Muy bien venidas, Señoras.

DOÑA IRENE.

Con que usted, á lo que parece, no ha salido? (2)

D. DIEGO.

No Señora. Luego, mas tarde, daré

---

(1) *Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mugeres con mantillas y basquiñas. Rita dexa un pañuelo atado sobre la mesa y recoge las mantillas y las dobla.*

(2) *Se sientan Doña Irene y D. Diego.*

una vueltecilla por ahí... He leído un rato. Traté de dormir; pero en esta posada no se duerme.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad que no... Y que mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dexaron parar... Pero, mire usted. Mire usted (1) quantas cosillas traigo. Rosarios de nacar, cruces de ciprés, la regla de S. Benito, una pililla de cristal... Mire usted que bonita. Y dos corazones de talco... Que sé yo quanto viene aquí!.. Ay! y una campanilla de barro bendito para los truenos... Tantas cosas!

DOÑA IRENE.

Chucherías que la han dado las Madres. Locas estaban con ella.

DOÑA FRANCISCA.

Como me quieren todas! Y mi tia, mi pobre tia, lloraba tanto!.. Es ya muy viegecita.

DOÑA IRENE.

Ha sentido mucho no conocer á usted.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, es verdad. Decia: por que no ha

---

(1) *Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.*

venido aquel Señor?

DOÑA IRENE.

El Padre Capellan y el Rector de los Verdes, nos han venido acompañando hasta la puerta.

DOÑA FRANCISCA.

Toma, (1) guárdamelo todo allí, en la excusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... Válgate Dios eh! ya se ha roto la Santa Getrudis de alcorza!

RITA.

No importa, yo me la comeré.

SCENA III.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA. D. DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

DOÑA IRENE.

Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

D. DIEGO.

Hoy se ha dexado sentir el calor en forma.

---

(1) *Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la qual se va con él y con las mantillas al quarto de Doña Irene.*

DOÑA IRENE.

Y que fresco tienen aquel locutorio! Vaya, está hecho un cielo.

DOÑA FRANCISCA.

Pues con todo (1), aquella Monja tan gorda, que se llama la Madre Angustias, bien sudaba... Ay! como sudaba la pobre muger!

DOÑA IRENE.

Mi hermana es la que está bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero, vaya, no sabia que hacerse con su sobrina la buena Señora... Está muy contenta de nuestra eleccion.

D. DIEGO.

Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas personas, á quienes debe usted particulares obligaciones.

DOÑA IRENE.

Sí, Trinidad está muy contenta, y en quanto á Circuncision, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bien estar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda usted de lo expresiva que estuvo y...

---

(1) *Sentándose junto á Doña Irene.*

D. DIEGO.

Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan quantos la quieren bien.

DOÑA IRENE.

Es hija obediente, y no se apartará jamas de lo que determine su madre..

D. DIEGO.

Todo eso es cierto, pero ..

DOÑA IRENE.

Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

D. DIEGO.

Sí, ya estoy; pero no pudiera, sin faltar á su honor ni á su sangre?..

DOÑA FRANCISCA.

Me voy, mamá? (1)

DOÑA IRENE.

No pudiera, no Señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela, que Dios perdone, Doña Gerónima de Pe-

---

(1) *Se levanta y vuelve á sentarse.*

ralta... En casa tengo el quadro, ya le habrá usted visto. Y le hicieron, segun me contaba su merced, para enviársele á su tio carnal el Padre Fray Serapion de S. Juan Crisóstomo, electo Obispo de Mechoacán.

D. DIEGO.

Ya...

DOÑA IRENE.

Y murió en el mar, el buen Religioso: que fue un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte: particularmente mi primo D. Cucufate, Regidor perpetuo de Zamora, no puede oir hablar de su Ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

DOÑA FRANCISCA.

Válgate Dios que moscas tan...

DOÑA IRENE.

Pues murió en olor de santidad.

D. DIEGO.

Eso bueno es.

DOÑA IRENE.

Sí Señor; pero como la familia ha venido tan á menos... Que quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que, por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida; y quien sabe que el dia de mañana no se imprima,

con el favor de Dios.

D. DIEGO.

Sí, pues ya se vé. Todo se imprime.

DOÑA IRENE.

Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político, el Canonigo de Castroxeriz, no la dexa de la mano: y á la hora de esta, lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprehenden los nueve años primeros de la vida del santo Obispo.

D. DIEGO.

Con que para cada año un tomo?

DOÑA IRENE.

Sí Señor, ese plan se ha propuesto.

D. DIEGO.

Y de que edad murió el Venerable?

DOÑA IRENE.

De ochenta y dos años, tres meses y catorce dias.

DOÑA FRANCISCA.

Me voy mamá?

DOÑA IRENE.

Anda vete. Válgate Dios, que prisa tienes!

DOÑA FRANCISCA.

Quiere usted (1) que le haga una cor-

(1) *Se levanta, y despues de hacer una graciosa cortesía á D. Diego, da un beso á Doña Irene y se va al quarto de esta.*

tesía á la francesa, Señor D. Diego?

D. DIEGO.

Sí hija mia. A ver.

DOÑA FRANCISCA.

Mire usted, así.

D. DIEGO.

Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

DOÑA FRANCISCA.

Para usted una cortesía, y para mi mamá, un beso.

SCENA IV.

DOÑA IRENE. D. DIEGO.

DOÑA IRENE.

Es muy gitana y muy mona, mucho.

D. DIEGO.

Tiene un donayre natural que arrebata.

DOÑA IRENE.

Que quiere usted? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion; no es maravilla que quanto hace y dice sea una gracia, y máxîme á los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

D. DIEGO.

Quisiera solo que se explicase libremente, acerca de nuestra proyectada union, y...

DOÑA IRENE.

Oiria usted lo mismo que le he dicho ya.

D. DIEGO.

Sí, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mí una satisfaccion imponderable.

DOÑA IRENE.

No tenga usted sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que á una niña no la es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal pareceria, Señor D. Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre: yo le quiero á usted.

D. DIEGO.

Bien: si fuese un hombre, á quien hallára por casualidad en la calle y le espetára ese favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya

pudiera decirle alguna cosa que... Ademas, que hay ciertos modos de explicarse...

DOÑA IRENE.

Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que á usted le tiene... Con que juicio hablaba ayer noche, despues que usted se fue á recoger! No sé lo que hubiera dado por que hubiese podido oirla.

D. DIEGO.

Y que? Hablaba de mí?

DOÑA IRENE.

Y que bien piensa, acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años, un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta...

D. DIEGO.

Calle! Eso decia?

DOÑA IRENE.

No, esto se lo decia yo, y me escuchaba con una atencion como si fuera una muger de quarenta años, lo mismo... Buenas cosas la dixe! Y ella que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... Pues no da lástima, Señor, el ver como se hacen los matrimonios hoy en el dia? Casan á

una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos: ella niña, sin juicio, ni experiencia, y él niño tambien, sin asomo de cordura, ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, Señor (que es lo que yo digo) quien ha de gobernar la casa? Quien ha de mandar á los criados? Quien ha de enseñar y correjir á los hijos? Por que sucede tambien, que estos atolondrados de chicos, suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

D. DIEGO.

Cierto que es un dolor, el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento de la experiencia y de la virtud, que son necesarias para dirigir su educacion.

DOÑA IRENE.

Lo que sé decirle á usted es, que aun no habia cumplido los diez y nueve, quando me casé de pimeras nupcias con mi difunto D. Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso... Y al mismo tiempo, mas divertido y decidor. Pues, para servir á usted,

ya tenia los cincuenta y seis, muy largos de talle quando se casó conmigo.

D. DIEGO.

Buena edad... No era un niño, pero...

DOÑA IRENE.

Pues á eso voy... Ni á mí podia convenirme en aquel entonces un boquirrubio, con los cascos á la gineta... No Señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud; nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, si no una especie de alferecía, que le amagaba de quando en quando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda, y en cinta de una criatura que nació despues, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

D. DIEGO.

Oiga!.. Mire usted si dexó sucesion el bueno de D. Epifanio.

DOÑA IRENE.

Sí Señor, pues por que no?

D. DIEGO.

Lo digo por que luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... Y fue niño ó niña?

DOÑA IRENE.

Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

D. DIEGO.

Cierto que es consuelo tener, así, una criatura y...

DOÑA IRENE.

Ay! Señor! Dan malos ratos; pero que importa? Es mucho gusto, mucho.

D. DIEGO.

Yo lo creo.

DOÑA IRENE.

Sí Señor.

D. DIEGO.

Ya se ve que será una delicia y...

DOÑA IRENE.

Pues no ha de ser?

D. DIEGO.

Un embeleso, el verlos juguetear y reir y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

DOÑA IRENE.

Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los quales solo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á usted que...

SCENA V.

SIMON. (1) *DOÑA IRENE.*
D. DIEGO.

SIMON.

Señor, el Mayoral está esperando.

D. DIEGO.

Dile que voy allá... Ah! Traeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo (2). Con que, supongo que mañana tempranito saldremos?

DOÑA IRENE.

No hay dificultad. A la hora que á usted le parezca.

D. DIEGO.

A eso de las seis. Eh?

DOÑA IRENE.

Muy bien.

D. DIEGO.

El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

---

(1) *Sale por la puerta del foro.*

(2) *Entra Simon al quarto de D. Diego, saca un sombrero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la scena se va con él por la puerta del foro.*

DOÑA IRENE.

Sí, que hay mil chismes que acomodar.

SCENA VI.

DOÑA IRENE. RITA.

DOÑA IRENE.

Válgame Dios, ahora que me acuerdo... Rita... Me le habrán dexado morir. Rita.

RITA.

Señora. (1)

DOÑA IRENE.

Que has hecho del tordo? Le diste de comer?

RITA.

Sí Señora. Mas ha comido que un abestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

DOÑA IRENE.

Hiciste las camas?

RITA.

La de usted ya está. Voy á hacer esotras antes que anochezca: por que si

---

(1) *Sacará Rita unas sábanas y almohadas debaxo del brazo.*

no, como no hay mas alumbrado que el del candil, y no tiene garavato, me veo perdida.

DOÑA IRENE.

Y aquella chica que hace?

RITA.

Está desmenuzando un vizcocho, para dar de cenar á D. Periquito.

DOÑA IRENE.

Que pereza tengo de escribir! (1) Pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncision.

RITA.

Que chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. Que poco me gustan á mí las mugeres gazmoñas y zalameras! (2)

SCENA VII.

CALAMOCHA. (3)

CALAMOCHA.

Con que ha de ser el número tres?

(1) *Se levanta y se entra en su quarto.*

(2) *Entrase en el quarto de Doña Francisca.*

(3) *Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo dexa todo sobre la mesa, y se sienta.*

Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de vichos mas abundante, no la tiene el Gabinete de Historia natural... Miedo me da de entrar... Ay! ay!.. Y que agugetas! Estas sí que son agugetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dixeron: no podemos mas, que si no, por esta vez no veía yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco... Rebentados estan... (1) Oiga!.. Seguidillitas?.. Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... Ay! que desvencijado estoy

SCENA VIII.

RITA. CALAMOCHA.

RITA

Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa y... (2) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

---

(1) *Canta Rita desde adentro, Calamocha se levanta desperezándose.*

(2) *Forcejeando para echar la llave.*

CALAMOCHA.

Gusta usted de que eche una mano, mi vida?

RITA.

Gracias, mi alma.

CALAMOCHA.

Calle!.. Rita.

RITA.

Calamocha.

CALAMOCHA.

Que hallazgo es este?

RITA.

Y tu amo?

CALAMOCHA.

Los dos acabamos de llegar.

RITA.

De veras?

CALAMOCHA.

No que es chanza. Apenas recibió la carta de Doña Paquita. yo no sé adonde fue, ni con quien habló, ni como lo dispuso; solo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas, por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalaxara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los páxaros volaron ya. A caballo otra vez y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos... En suma, molidos los rocines y

nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi Teniente se ha ido al Colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispone algo que cenar... Esta es la historia.

RITA.

Con que le tenemos aquí?

CALAMOCHA.

Y enamorado mas que nunca, zeloso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á quantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

RITA.

Que dices?

CALAMOCHA.

Ni mas ni menos.

RITA.

Que gusto me das!.. Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAMOCHA.

Amor?.. Friolera!.. El moro Gazul fue para con él un pelele, Medoro un zascandil y Gayferos un chiquillo de la Doctrina.

RITA.

Ay! quando la Señorita lo sepa!

CALAMOCHA.

Pero, acabemos. Como te hallo aquí?

Con quien estas? Quando llegaste? Que...

RITA.

Yo te lo diré. La madre de Doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo: que tenia concertado su casamiento en Madrid con un Caballero rico, honrado, bien quisto, en suma, cabal y perfecto; que no habia mas que apetecer. Acosada la Señorita con tales propuestas y angustiada incesantemênte con los sermones de aquella bendita Monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen... Pero, no te puedo ponderar quanto lloró la pobrecita, que afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechára la verdad del caso. Ello es, que quando pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo: esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasára á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos sus-

piros, estrellados en las tapias del corral. Apenas partió la carta á su destino, cata el coche de colleras y el Mayoral Gasparet, con sus medias azules, y la madre y el novio, que vienen por ella: recogimos á toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mugeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la Señorita visite á otra tia Monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dexamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante, una por una, todas las Religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos...

CALAMOCHA.

Sí. No digas mas... Pero... Con que el novio está en la posada?

RITA.

Ese es su quarto (1), este el de la madre, y aquel el nuestro.

CALAMOCHA.

Como nuestro? Tuyo y mio?

RITA.

No por cierto. Aquí dormiremos esta

---

(1) *Señalando el quarto de D. Diego, el de Doña Irene y el de Doña Francisca.*

noche la Señorita y yo: por que ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabiamos de pie, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA.

Bien... A Dios. (1)

RITA.

Y adonde?

CALAMOCHA.

Yo me entiendo... Pero, el novio trae consigo criados, amigos ó deudos, que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA.

Un criado viene con él.

CALAMOCHA.

Poca cosa!.. Mira, dile en caridad, que se disponga, por que está de peligro. A Dios.

RITA.

Y volverás presto?

CALAMOCHA.

Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi Teniente dexe la visita y venga á cuidar de su hacienda,

---

(1) *Recoge los trastos que puso sobre la mesa en ademan de irse.*

disponer el entierro de ese hombre y... Con que ese es nuestro quarto, eh?

RITA.

Sí. De la Señorita y mio.

CALAMOCHA.

Bribona!

RITA.

Botarate! A Dios.

CALAMOCHA.

A Dios, aborrecida. (1)

SCENA VIII.

DOÑA FRANCISCA. RITA.

RITA.

Que malo es... Pero... Válgame Dios! D. Feliz aquí! Sí, la quiere, bien se conoce... (2) Oh! por mas que digan, los hay muy finos, y entonces, que ha de hacer una?.. Quererlos: no tiene remedio, quererlos... Pero, que dirá la Señorita quando le vea, que está ciega por él? Pobrecita! Pues no seria una lástima que... Ella es. (3)

---

(1) *Entrase con los trastos al quarto de D. Carlos.*

(2) *Sale Calamocha del quarto de D. Carlos, y se va por la puerta del foro.*

(3) *Sale Doña Francisca.*

DOÑA FRANCISCA.

Ay Rita!

RITA.

Que es eso? Ha llorado usted?

DOÑA FRANCISCA.

Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaria cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... Pobre de mí! Por que no miento, ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

RITA.

Señorita, por Dios, no se aflija usted.

DOÑA FRANCISCA.

Ya, como tú no lo has oido... Y dice que D. Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo, por dar gusto á mi madre, que si no... Pero, bien sabe la Vírgen, que no me sale del corazon.

RITA.

Vaya, vamos, que no hay motivos to-

davía para tanta angustia... Quien sabe!.. No se acuerda usted ya de aquel dia de asueto que tuvimos el año pasado, en la casa de campo del Intendente?

DOÑA FRANCISCA.

Ay! como puedo olvidarlo?.. Pero, que me vas á contar?

RITA.

Quiero decir, que aquel Caballero que vimos allí, con aquella cruz verde: tan galan, tan fino...

DOÑA FRANCISCA.

Que rodeos!.. D. Feliz. Y que?

RITA.

Que nos fue acompañando hasta la Ciudad...

DOÑA FRANCISCA.

Y bien... Y luego volvió y le vi, por mi desgracia, muchas veces... Mal aconsejada de ti.

RITA.

Por que, Señora?.. A quien dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. El no entró jamas por las puertas, y quando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande, que usted la maldixo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy á

decir es, que un amante como aquel, no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita... Mire usted que todo quanto hemos leido á hurtadillas en las novelas, no equivale á lo que hemos visto en él... Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oian entre once y doce de la noche? De aquella sonora, punteada con tanta delicadeza y expresion.

DOÑA FRANCISCA.

Ay! Rita! Sí, de todo me acuerdo y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... Y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA.

Eso no lo puedo yo creer.

DOÑA FRANCISCA.

Es hombre al fin, y todos ellos...

RITA.

Que boberia! Desengañese usted, Señorita. Con los hombres y las mugeres, sucede lo mismo que con los melones de Añovér. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quéxese de su mala suerte; pero no desacredite la mercancía... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creible que lo sea, el que ha da-

do pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á obscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una accion descompuesta, ni oimos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad. Por eso le quise tanto: por eso le tengo tan fixo aquí... aquí... (1) Que habrá dicho al ver la carta?.. Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... Válgate Dios! Es lástima! Cierto. Pobre Paquita... Y se acabó... No habrá dicho mas... Nada mas.

RITA.

No Señora, no ha dicho eso.

DOÑA FRANCISCA.

Que sabes tú?

RITA.

Bien lo sé. Apenas haya leido la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga... Pero... (2)

DOÑA FRANCISCA.

Adonde vas?

---

(1) *Señalando al pecho.*

(2) *Acercándose á la puerta del quarto de Doña Irene.*

RITA.

Quiero ver, si...

DOÑA FRANCISCA.

Está escribiendo.

RITA.

Pues ya presto habrá de dexarlo, que empieza á anochecer... Señorita, lo que la he dicho á usted es la verdad pura. D. Feliz está ya en Alcalá.

DOÑA FRANCISCA.

Que dices? No me engañes.

RITA.

Aquel es su quarto... Calamocha acaba de hablar conmigo.

DOÑA FRANCISCA.

De veras?

RITA.

Sí Señora... Y le ha ido á buscar, para...

DOÑA FRANCISCA.

Con que me quiere?.. Ay! Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... Pero, ves que fineza?.. Si vendrá bueno? Correr tantas leguas, solo por verme... Por que yo se lo mando... Que agradecida le debo estar!.. Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA.

Voy á traer luces. Procuraré detener-

me por allá abaxo, hasta que vuelvan... Veré lo que dice, y que piensa hacer: por que hallandonos todos aquí, pudiera haber una de Satanás entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

DOÑA FRANCISCA.

Dices bien... Pero, no, el tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente... Y como has de avisarme?.. Mira que así que llegue le quiero ver.

RITA.

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... Me entiende usted?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien.

RITA.

Pues entonces, no hay mas que salir, con qualquiera excusa. Yo me quedaré con la Señora mayor: la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados y del Obispo que murió en el mar... Ademas que si está allí D. Diego...

DOÑA FRANCISCA.

Bien, anda, y así que llegue...

RITA.

Al instante.

DOÑA FRANCISCA.

Que no se te olvide toser.

RITA.

No haya miedo.

DOÑA FRANCISCA.

Si vieras que consolada estoy!

RITA.

Sin que usted lo jure lo creo.

DOÑA FRANCISCA.

Te acuerdas, quando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellára por mí?

RITA.

Sí, bien me acuerdo.

DOÑA FRANCISCA.

Ah!.. Pues mira como me dixo la verdad. (1)

---

(1) *Doña Francisca se va al quarto de Doña Irene. Rita por la puerta del foro.*

ACTO SEGUNDO.

****

SCENA I. (1)

DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aun... (2) Que impaciencia tengo!.. Y dice mi madre que soy una simple: que solo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí: diez y siete años, y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

SCENA II.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Sola y á obscuras me habeis dexado allí.

---

(1) *Se irá obscureciendo lentamente el teatro, hasta que al principio de la scena tercera vuelve á iluminarse.*

(2) *Acercase á la puerta del foro y vuelve.*

DOÑA FRANCISCA.

Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorvarla me he venido aquí: que está mucho mas fresco.

DOÑA IRENE.

Pero aquella muchacha que hace, que no trae una luz? Para qualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una polvora... (1) Sea todo por Dios... Y D. Diego no ha venido?

DOÑA FRANCISCA.

Me parece que no.

DOÑA IRENE.

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este Caballero está sentido y con muchísima razon...

DOÑA FRANCISCA.

Bien, sí Señora, ya lo sé. No me riña usted mas.

DOÑA IRENE.

No es esto reñirte, hija mia, esto es aconsejarte. Por que, como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge:

---

(1) *Siéntase.*

que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médicos, botica... Que se dexaba pedir aquel Caribe de D. Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales, por cada papelillo de píldoras de coloquintida y asafétida... Mira que un casamiento como el que vas á hacer muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tias, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus meritos ni á mi diligencia... Que dices?

DOÑA FRANCISCA.

Yo nada, mamá.

DOÑA IRENE.

Pues, nunca dices nada. Válgame Dios, Señor!.. En hablandote de esto, no te ocurre nada que decir.

SCENA III.

RITA. (1) *DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.*

DOÑA IRENE.

Vaya, muger: yo pensé que en toda la noche no venías.

RITA.

Señora, he tardado, porque han tenido que ir á comprar las velas. Como el tufo del velon la hace á usted tanto daño.

DOÑA IRENE.

Seguro que me hace muchísimo mal, con esta xaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; si no me sirvieron de nada. Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, dexa una luz ahí y llévate la otra á mi quarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

RITA.

Muy bien. (2)

---

(1) *Sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*

(2) *Toma una luz y hace que se va.*

DOÑA FRANCISCA.

No ha venido? (1)

RITA.

Vendrá.

DOÑA IRENE.

Oyes, aquella carta que está sobre la mesa, dasela al mozo de la posada, para que la lleve al instante al correo... (2) Y tu, niña, que has de cenar? Por que será menester recogernos presto, para salir mañana de madrugada.

DOÑA FRANCISCA.

Como las Monjas me hicieron merendar...

DOÑA IRENE.

Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero, para el abrigo del estómago... (3) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al medio dia, y haznos un par de tazas de sopas, y traetelas luego que esten.

RITA.

Y nada mas?

DOÑA IRENE.

No, nada mas... Ah! y hazmelas bien caldositas.

---

(1) *Aparte.*

(2) *Vase Rita al quarto de Doña Irene.*

(3) *Sale Rita con una carta en la mano y hasta el fin de la scena hace que se va y vuelve, segun lo indica el diálogo.*

RITA.

Si, ya lo sé.

DOÑA IRENE.

Rita.

RITA.

Otra. Que manda usted?

DOÑA IRENE.

Encarga mucho al mozo, que lleve la carta al instante... Pero, no Señor, mejor es... No quiero que la lleve él: que son unos borrachones, que no se les puede... Has de decir á Simon, que digo yo, que me haga el gusto de echarla en el correo. Lo entiendes?

RITA.

Si Señora.

DOÑA IRENE.

Ah! mira.

RITA.

Otra.

DOÑA IRENE.

Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... (1) Que noche tan mala me dió!.. Pues no se estuvo el animal toda la noche de

---

(1) *Vase Rita por la puerta del foro.*

Dios, rezando el Gloria Patri y la oracion del Santo Sudario!.. Ello por otra parte edificaba, cierto... Pero quando se trata de dormir...

SCENA IV.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Pues mucho será que D. Diego no haya tenido algun encuentro por ahí y eso le detenga. Cierto que es un Señor muy mirado, muy puntual... Tan buen cristiano! Tan atento! Tan bien hablado! Y con que garbo y generosidad se porta!.. Ya se ve, un sugeto de bienes y de posibles... Y que casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. Que ropa blanca! Que bateria de cocina! Y que despensa, llena de quanto Dios crió!.. Pero, tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

DOÑA FRANCISCA.

Si Señora, bien lo oygo; pero no la queria interrumpir á usted.

DOÑA IRENE.

Alli estarás, hija mia, como el pez en

el agua; paxaritas del ayre, que apetecieras, las tendrias: por que como él te quiere tanto, y es un Caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras, el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra... Pues no es cosa particular, Señor!

DOÑA FRANCISCA.

Mamá, no se enfade usted.

DOÑA IRENE.

No es buen empeño de... Y te parece á tí que no sé yo muy bien de donde viene todo eso?.. No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?.. Perdoneme Dios.

DOÑA FRANCISCA.

Pero... Pues que sabe usted?

DOÑA IRENE.

Me quieres engañar á mí, eh? Ay! hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion, para que tú me engañes.

DOÑA FRANCISCA.

Perdida soy. (1)

---

(1) *Aparte.*

DOÑA IRENE.

Sin contar con su madre... Como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que, aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pie y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... Mire usted que juicio de niña este! Que, por que ha vivido un poco de tiempo entre Monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella Monja tambien... Ni que entiende ella de eso, ni que... En todos los estados se sirve á Dios, Frazquita; pero el complacer á su madre, asistirla, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligacion de una hija obediente. Y sepalo usted, si no lo sabe.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á usted.

DOÑA IRENE.

Si, que no sé yo...

DOÑA FRANCISCA.

No Señora. Créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

DOÑA IRENE.

Mira si es cierto lo que dices.

DOÑA FRANCISCA.

Si Señora, que yo no sé mentir.

DOÑA IRENE.

Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás, sino te portas en un todo como corresponde... Cuidado con ella.

DOÑA FRANCISCA.

Pobre de mí! (1)

SCENA V.

D. DIEGO. (2) *DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.*

DOÑA IRENE.

Pues, como tan tarde?

D. DIEGO.

Apenas salí, tropecé con el Padre Guardian de S. Diego y el Doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos, no me han querido soltar... (3) Y á todo esto como va?

---

(1) *Aparte.*

(2) *Sale por la puerta del foro, y dexa sobre la mesa sombrero y baston.*

(3) *Siéntase junto á Doña Irene.*

DOÑA IRENE.

Muy bien.

D. DIEGO.

Y Doña Paquita?

DOÑA IRENE.

Doña Paquita, siempre acordandose de sus Monjas. Ya la digo, que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre y obedecerla.

D. DIEGO.

Que diantre! Con que tanto se acuerda de...

DOÑA IRENE.

Que se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así, tan...

D. DIEGO.

No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas energicas y decisivas que en la nuestra: y por quanto la razon se halla todavia imperfecta y debil, los impetus del corazon son mucho mas violentos... (1) Pero, de veras, Doña Paquita, se volveria usted al convento de buena gana?.. La verdad.

---

(1) *Asiendo de una mano á Doña Francisca la hace sentar inmediata á él.*

DOÑA IRENE.

Pero, si ella no...

D. DIEGO.

Dexela usted, Señora, que ella responderá.

DOÑA FRANCISCA.

Bien sabe usted lo que acabo de decirla... No permita Dios que yo la dé que sentir.

D. DIEGO.

Pero eso lo dice usted tan afligida, y...

DOÑA IRENE.

Si es natural, Señor. No ve usted que...

D. DIEGO.

Calle usted por Dios, Doña Irene, y no me diga usted á mí lo que es natural. Lo que es natural es: que la chica esté llena de miedo y no se atreva á decir una palabra, que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estabamos lucidos.

DOÑA FRANCISCA.

No Señor, lo que dice su merced eso digo yo. Lo mismo. Por que en todo lo que me manda la obedeceré.

D. DIEGO.

Mandar, hija mia!.. En estas mate-

rias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinuan, proponen, aconsejan: eso sí, todo eso sí; pero mandar!.. Y quien ha de evitar despues, las resultas funestas de lo que mandaron?... Pues quantas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente por que un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?.. Quantas veces una desdichada muger; halla anticipada la muerte en el encierro de un claustro, porque su madre ó su tio se empeñaron en regalar á Dios, lo que Dios no queria?., Eh! No Señor, eso no va bien... Mire usted, Doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura, ni mi edad, son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creido imposible, que una muchacha de juicio y bien criada, llegase á quererme, con aquel amor tranquilo y constante; que tanto se parece á la amistad, y es el unico que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia, de estas que viven en una decente libertad... Decente: que yo no culpo lo que

no se opone al exercicio de la virtud. Pero, qual seria entre todas ellas, la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante, mas apetecible que yo? Y en Madrid, figurese usted en un Madrid... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaria en usted todo quanto yo deseaba...

DOÑA IRENE.

Y puede usted creer, Señor D. Diego, que...

D. DIEGO.

Voy á acabar, Señora, dexeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted, las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud; pero, si á pesar de todo esto, la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas, la hubiesen hecho elegir sugeto mas digno: sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo: mi corazon y mi lengua no se contradicen jamas. Esto mismo la pido á usted, Paquita: sinceridad. El cariño que á usted la tengo, no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no

es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon: creame usted, la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.

DOÑA IRENE.

Puedo hablar ya, Señor?

D. DIEGO.

Ella, ella debe hablar; y sin apuntador, y sin interprete.

DOÑA IRENE.

Quando yo se lo mande.

D. DIEGO.

Pues ya puede usted mandarselo, por que á ella la toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

DOÑA IRENE.

Yo creo, Señor D. Diego, que ni con ella ni conmigo. En que concepto nos tiene usted?.. Bien dice su padrino y bien claro me lo escribió pocos dias há, quando le dí parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á quantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta como está, y continuamente nos en-

via memorias con el Ordinario.

D. DIEGO.

Y bien, Señora, que escribió el padrino?.. O por mejor decir, que tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

DOÑA IRENE.

Si Señor que tiene que ver, si Señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á usted que ni un Padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió, sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun Catedrático, ni Bachiller, ni nada de eso; sino un qualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada, con un empleillo infeliz en el Ramo del viento que apenas le da para comer... Pero, es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que dá gusto... Quasi toda la carta venia en latin, no le parezca á usted, y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible si no que adivinase, lo que nos está sucediendo.

D. DIEGO.

Pero, Señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á usted la deba disgustar.

DOÑA IRENE.

Pues no quiere usted que me disguste, oyéndole hablar de mi hija en unos terminos, que... Ella otros amores, ni otros cuidados!.. Pues si tal hubiera... Válgame Dios!.. La mataba á golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dexaste en Madrid, quando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento, al lado de aquella santa muger. Díselo para que se tranquilice y...

D. DIEGO.

Yo, Señora, estoy mas tranquilo que usted.

DOÑA IRENE.

Respóndele.

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé que decir. Si ustedes se enfadan.

D. DIEGO.

No, hija mia. Esto es dar alguna expresion á lo que se dice; pero enfadarnos, no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

DOÑA IRENE.

Si Señor que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

D. DIEGO.

No se hable de agradecimiento: quanto yo puedo hacer, todo es poco... Quiero solo que Doña Paquita esté contenta.

DOÑA IRENE.

Pues no ha de estarlo? Responde.

DOÑA FRANCISCA.

Si Señor que lo estoy.

D. DIEGO.

Y que la mudanza de estado que se la previene, no la cueste el menor sentimiento.

DOÑA IRENE.

No Señor, todo al contrario... Boda mas á gusto de todos, no se pudiera imaginar.

D. DIEGO.

En esa inteligencia, puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios, he de merecer su estimacion y su amistad.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias, Señor D. Diego... A una huérfana, pobre, desvalida como yo!..

D. DIEGO.

Pero de prendas tan estimables, que la hacen á usted digna todavía de

mayor fortuna.

DOÑA IRENE.

Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Mamá. (1)

DOÑA IRENE.

Ves lo que te quiero?

DOÑA FRANCISCA.

Si Señora.

DOÑA IRENE.

Y quanto procuro tu bien? Que no tengo otro pío, sino el de verte colocada, antes que yo falte?

DOÑA FRANCISCA.

Bien lo conozco.

DOÑA IRENE.

Hija de mi vida!.. Has de ser buena?

DOÑA FRANCISCA.

Si Señora.

DOÑA IRENE.

Ay! que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

DOÑA FRANCISCA.

Pues qué? No la quiero yo á usted?

D. DIEGO.

Vamos, vamos de aquí. (2) No venga

---

(1) *Levántase Doña Francisca, abraza á su madre y se acarician mutuamente.*

(2) *Levántase Don Diego y despues Doña Irene.*

alguno y nos halle á los tres, llorando como tres chiquillos.

DOÑA IRENE.

Si, dice usted bien. (1)

SCENA VI.

RITA. DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita... Eh! chit... Señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Que quieres?

RITA.

Ya ha venido.

DOÑA FRANCISCA.

Como?

RITA.

Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo, con licencia de usted, y ya sube por la escalera.

DOÑA FRANCISCA.

Ay! Dios!.. Y que debo hacer?

RITA.

Donosa pregunta!.. Vaya, lo que im-

---

(1) *Vanse los dos al quarto de Doña Irene. Doña Francisca va detras y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.*

porta es, no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio... Y mire usted que en el parage en que estamos, la conversacion no puede ser muy larga... Ahí está.

DOÑA FRANCISCA.

Sí... El es.

RITA.

Voy á cuidar de aquella gente... Valor, Señorita, y resolucion. (1)

DOÑA FRANCISCA.

No, no, que yo tambien... Pero, no lo merece.

SCENA VII.

D. CARLOS. (2) *DOÑA FRANCISCA.*

D. CARLOS.

Paquita... Vida mia! Ya estoy aquí... Como va, hermosa, como va?

DOÑA FRANCISCA.

Bien venido.

D. CARLOS.

Como tan triste?.. No merece mi llegada mas alegría?

---

(1) *Rita se va al quarto de Doña Irene.*
(2) *Sale por la puerta del foro.*

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad; pero acaban de sucederme cosas, que me tienen fuera de mí... Sabe usted... Sí, bien lo sabe usted... Despues de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

D. CARLOS.

En donde?

DOÑA FRANCISCA.

Ahí, en ese quarto. (1)

D. CARLOS.

Sola?

DOÑA FRANCISCA.

No Señor.

D. CARLOS.

Estará en compañía del prometido esposo. (2) Mejor... Pero, no hay nadie mas con ella?

DOÑA FRANCISCA.

Nadie mas: solos estan... Que piensa usted hacer?

D. CARLOS.

Si me dexase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero, tiempo hay... El tam-

---

(1) *Señalando al quarto de Doña Irene.*

(2) *Se acerca al quarto de Doña Irene, se detiene, y vuelve.*

bien será hombre de honor, y no es justo insultarle; por que quiere bien á una muger, tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de usted, ni... Vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atencion.

DOÑA FRANCISCA.

Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

D. CARLOS.

No importa.

DOÑA FRANCISCA.

Quiere que esta boda se celebre, así que lleguemos á Madrid.

D. CARLOS.

Qual?.. No. Eso no.

DOÑA FRANCISCA.

Los dos estan de acuerdo, y dicen...

D. CARLOS.

Bien... Dirán... Pero, no puede ser.

DOÑA FRANCISCA.

Mi madre no me habla continuamente de otra materia... Me amenaza, me ha llenado de temor... El insta por su parte: me ofrece tantas cosas, me...

D. CARLOS.

Y usted que esperanza le da?.. Ha prometido quererle mucho?

*

DOÑA FRANCISCA.

Ingrato!.. Pues no sabe usted que... Ingrato!

D. CARLOS.

Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

DOÑA FRANCISCA.

Y el último.

D. CARLOS.

Y antes perderé la vida, que renunciar el lugar que tengo en ese corazon... Todo él es mio... Digo bien? (1)

DOÑA FRANCISCA.

Pues de quien ha de ser?

D. CARLOS.

Hermosa! Que dulce esperanza me anima!.. Una sola palabra de esa boca, me asegura... Para todo me da valor... En fin: ya estoy aquí. Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligacion, mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si ustedes se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de usted sabrá quien soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso: á quien, mas que

---

(1) *Asiéndola de las manos.*

tio, debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato, ni mas querido que yo: es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algun atractivo, esta circunstancia añadiria felicidades á nuestra union.

DOÑA FRANCISCA.

Y que vale para mí toda la riqueza del mundo?

D. CARLOS.

Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

DOÑA FRANCISCA.

Querer y ser querida... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

D. CARLOS.

Ni hay otra.. Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

DOÑA FRANCISCA.

Y que se ha de hacer, para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?.. Me quiere tanto!.. Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamas: que siempre seré obediente y buena... Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acer-

té á decirla... Yo no sé, no sé que camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

D. CARLOS.

Yo le buscaré... No tiene usted confianza en mí?

DOÑA FRANCISCA.

Pues no he de tenerla? Piensa usted que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, que habia yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto: sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como Caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere. (1)

D. CARLOS.

Que llanto!.. Como persuade!.. Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla á usted de quantos quieran oprimirla. A un amante favorecido, quien puede oponersele? Nada hay que temer.

---

(1) *Se enternece y llora.*

DOÑA FRANCISCA.

Es posible?

D. CARLOS.

Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo el brazo de la muerte bastará á dividirlas.

SCENA VIII.

RITA. D. CARLOS. DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y usted Señor galan, ya puede tambien disponer de su persona.

D. CARLOS.

Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

DOÑA FRANCISCA.

Ni yo.

D. CARLOS.

Hasta mañana... Con la luz del dia veremos á este dichoso competidor.

RITA.

Un Caballero muy honrado, muy rico, muy prudente: con su chupa larga, su camisola limpia y sus sesenta años de-

baxo del peluquin. (1)

DOÑA FRANCISCA.

Hasta mañana.

D. CARLOS.

A Dios, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Acuestese usted, y descanse.

D. CARLOS.

Descansar con zelos?

DOÑA FRANCISCA.

De quien?

D. CARLOS.

Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Dormir con amor?

D. CARLOS.

A Dios: vida mia.

DOÑA FRANCISCA.

A Dios. (2)

---

(1) *Se va por la puerta del foro.*
(2) *Entrase al quarto de Doña Irene.*

SCENA IX.

D. CARLOS. CALAMOCHA. RITA.

D. CARLOS.

Quitármela! (1) No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio, repugnandolo su hija... Mediando yo... Sesenta años!.. Precisamente será muy rico... El dinero!.. Maldito él sea, que tantos desordenes origina.

CALAMOCHA.

Pues, Señor, (2) tenemos un medio cabrito asado, y... A lo menos, parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros; sin anapelos, ni otra materia extraña: bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Conque si hemos de cenar y dormir, me parece que seria bueno...

D. CARLOS.

Vamos... Y á donde ha de ser?

---

(1) *Paseándose con inquietud.*
(2) *Sale Calamocha por la puerta del foro.*

CALAMOCHA.

Abaxo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de Herrador.

RITA.

Quien quiere sopas? (1)

D. CARLOS.

Buen provecho.

CALAMOCHA.

Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

RITA.

La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero, lo agradece, Señor militar. (2)

CALAMOCHA.

Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

D. CARLOS.

Con que, vamos?

CALAMOCHA.

Ay! ay! ay!.. (3) Eh! chit, digo...

---

(1) *Sale Rita por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.*

(2) *Entrase al quarto de Doña Irene.*

(3) *Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve: se acerca á D. Carlos, y hablan aparte hasta el fin de la scena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.*

D. CARLOS.

Que?

CALAMOCHA.

No ve usted lo que viene por allí?

D. CARLOS.

Es Simon?

CALAMOCHA.

El mismo... Pero, quien diablos le...

D. CARLOS.

Y que haremos?

CALAMOCHA.

Que se yo?.. Sonsacarle, mentir y... Me da usted licencia para que...

D. CARLOS.

Sí, miente lo que quieras... A que habrá venido este hombre?

SCENA X.

SIMON. (1) *D. CARLOS. CALAMOCHA.*

CALAMOCHA.

Simon, tú por aquí?

SIMON.

A Dios, Calamocha. Como va?

CALAMOCHA.

Lindamente.

---

(1) *Sale por la puerta del foro.*

SIMON.

Quanto me alegro de...

D. CARLOS.

Hombre! tú en Alcalá ? Pues que novedad es esta ?

SIMON.

Oh! que estaba usted ahí, Señorito... Voto va sanes!

D. CARLOS.

Y mi tio ?

SIMON.

Tan bueno.

CALAMOCHA.

Pero se ha quedado en Madrid, ó...

SIMON.

Quien me habia de decir á mí... Cosa como ella! Tan ageno estaba yo ahora de... Y usted de cada vez mas guapo... Con que usted irá á ver al tio, eh ?

CALAMOCHA.

Tú habrás venido con algun encargo del amo.

SIMON.

Y que calor traxe y que polvo por ese camino! Ya, ya!

CALAMOCHA.

Alguna cobranza, tal vez. Eh ?

D. CARLOS.

Puede ser. Como tiene mi tio ese po-

co de hacienda en Ajalvír... No has venido á eso?

SIMON.

Y que buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco, no le hay en toda la campiña... Con que usted viene ahora de Zaragoza?

D. CARLOS.

Pues... Figurate tú.

SIMON.

O va usted allá?

D. CARLOS.

Adonde?

SIMON.

A Zaragoza. No está allí el Regimiento?

CALAMOCHA.

Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, no habiamos de haber andado mas de quatro leguas?

SIMON.

Que sé yo? Algunos van por la posta, y tardan mas de quatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

CALAMOCHA.

Maldito (1) seas tú y tu camino, y la

---

(1) *Aparte, separándose de Simon.*

briboña que te dió papilla.

D. CARLOS.

Pero aun no me has dicho, si mi tio está en Madrid, ó en Alcalá, ni á que has venido, ni...

SIMON.

Bien, á eso voy... Sí Señor, voy á decir á usted... Con que... Pues el amo me dixo...

SCENA XI.

D. DIEGO. D. CARLOS. SIMON. CALAMOCHA.

D. DIEGO.

No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita. (1)

D. CARLOS.

Mi tio!..

D. DIEGO.

Simon. (2)

SIMON.

Aquí estoy, Señor.

---

(1) *Desde adentro. D. Carlos se turba, y se aparta á un extremo del teatro.*

(2) *Sale D. Diego del quarto de Doña Irene encaminandose al suyo: repara en D. Carlos, y se acerca á él. Simon le alumbra, y vuelve á dexar la luz sobre la mesa.*

D. CARLOS.

Todo se ha perdido!

D. DIEGO.

Vamos... Pero... Quien es?

SIMON.

Un amigo de usted, Señor.

D. CARLOS.

Yo estoy muerto!

D. DIEGO.

Como, un amigo?.. Que?.. Acerca esa luz.

D. CARLOS.

Tio. (1)

D. DIEGO.

Quitate de ahí.

D. CARLOS.

Señor.

D. DIEGO.

Quitate... No sé como no le... Que haces aquí?

D. CARLOS.

Si usted se altera y...

D. DIEGO.

Que haces aquí?

D. CARLOS.

Mi desgracia me ha traido.

---

(1) *En ademan de besar la mano á D. Diego, que le aparta de si con enojo.*

D. DIEGO.

Siempre dándome que sentir; siempre! Pero... (1) Que dices? De veras, ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... Que te sucede?.. Por que estás aquí?

CALAMOCHA.

Por que le tiene á usted ley, y le quiere bien, y...

D. DIEGO.

A ti no te pregunto nada... Por qué has venido de Zaragoza, sin que yo lo sepa?.. Por que te asusta el verme?.. Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho, que le habrá de costar la vida á tu pobre tio.

D. CARLOS.

No, Señor: que nunca olvidaré las máxîmas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

D. DIEGO.

Pues á que veniste?.. Es desafio? Son deudas? Es algun disgusto con tus Gefes?.. Sácame de esta inquietud, Carlos... Hijo mio, sácame de este afan.

CALAMOCHA.

Si todo ello no es mas, que...

---

(1) *Acercándose á D. Carlos.*

D. DIEGO.

Ya he dicho que calles... Ven acá. (1) Dime que ha sido?

D. CARLOS.

Una ligereza, una falta de sumision á usted. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le ha dado el verme.

D. DIEGO.

Y que otra cosa hay?

D. CARLOS.

Nada mas, Señor.

D. DIEGO.

Pues que desgracia era aquella, de que me hablaste?

D. CARLOS.

Ninguna. La de hallarle á usted en este parage... Y haberle disgustado tanto; quando yo esperaba sorprehenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

D. DIEGO.

No hay mas?

---

(1) *Asiendo de una mano á D. Carlos, se aparta con él á un extremo del teatro, y le habla en voz baxa.*

D. CARLOS.

No Señor.

D. DIEGO.

Miralo bien.

D. CARLOS.

No Señor... A eso venia. No hay nada mas.

D. DIEGO.

Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No Señor... Ni quien ha de permitir que un Oficial se vaya quando se le antoje y abandone de ese modo sus vanderas?.. Pues si tales exemplos se repitieran mucho, á Dios disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

D. CARLOS.

Considere usted, tio, que estamos en tiempo de paz: que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto, como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y, en fin, puede usted creer que este viage supone la aprobacion y la licencia de mis superiores: que yo tambien miro por mi estimacion, y que quando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

D. DIEGO.

Un Oficial siempre hace falta á sus soldados. El Rey le tiene allí para que los

instruya, los proteja y les dé exemplos de subordinacion, de valor, de virtud.

D. CARLOS.

Bien está; pero ya he dicho los motivos...

D. DIEGO.

Todos esos motivos no valen nada... Por que le dió la gana de ver al tio!.. Lo que quiere su tio de usted no es verle cada ocho dias; sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero, (1) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse, inmediatamente.

D. CARLOS.

Señor, si...

D. DIEGO.

No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

CALAMOCHA.

Es que los caballos no están ahora para correr... Ni pueden moverse.

D. DIEGO.

Pues con ellos (2) y con las maletas,

---

(1) *Alza la voz, y se pasea inquieto.*
(2) *A Calamocha.*

al meson de afuera... Usted (1) no ha de dormir aquí... Vamos, (2) tú, buena pieza, meneate. Abaxo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos y marchar... Ayúdale tú... (3) Que dinero tienes ahí?..

SIMON.

Tendré unas quatro ó seis onzas. (4)

D. DIEGO.

Dámelas acá... Vamos, que haces?.. (5) No he dicho que ha de ser al instante?.. Volando. Y tú, (6) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí, hasta que se hayan ido. (7)

---

(1) *A D. Carlos.*

(2) *A Calamocha.*

(3) *A Simon.*

(4) *Saca de un bolsillo unas monedas, y se las da á D. Diego.*

(5) *A Calamocha.*

(6) *A Simon.*

(7) *Los dos criados entran en el quarto de D. Carlos.*

SCENA XII.

D. DIEGO. D. CARLOS.

D. DIEGO.

Tome usted. (1) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que quando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?.. Y no hay que afligirse por eso; ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre, y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo, como lo he sido hasta aquí.

D. CARLOS.

Ya lo sé.

D DIEGO.

Pues, bien, ahora obedece lo que te mando.

D. CARLOS.

Lo haré sin falta.

D. DIEGO.

Al meson de afuera. (2) Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y

---

(1) *Le da el dinero.*

(2) *A los dos criados que salen con los trastos del quarto de D. Carlos, y se van por la puerta del foro.*

descansan... Y no me vuelvas aquí, por ningun pretexto, ni entres en la Ciudad... Cuidado. Y á eso de las tres ó las quatro, marchar. Mira que yo he de saber á la hora que sales. Lo entiendes?

D. CARLOS.

Sí Señor.

D. DIEGO.

Mira que lo has de hacer.

D. CARLOS.

Sí Señor: haré lo que usted manda.

D. DIEGO.

Muy bien... A Dios. Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré tambien quando llegas á Zaragoza: no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

D. CARLOS.

Pues que hice yo?

D. DIEGO.

Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, que mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

D. CARLOS.

Quede usted con Dios. (1)

---

(1) *Hace que se va, y vuelve.*

D. DIEGO.

Sin besar la mano á su tio. Eh?

D. CARLOS.

No me atreví. (1)

D. DIEGO.

Y dame un abrazo, por si no nos volvemos á ver.

D. CARLOS.

Que dice usted? No lo permita Dios.

D. DIEGO.

Quien sabe, hijo mio! Tienes algunas deudas? Te falta algo?

D. CARLOS.

No Señor, ahora no.

D. DIEGO.

Mucho es: por que tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tio... Pues bien: yo escribiré al Señor Aznár para que te dé cien doblones, de orden mia. Y mira como lo gastas... Juegas?

D. CARLOS.

No Señor, en mi vida.

D. DIEGO.

Cuidado con eso... Con que, buen viage. Y no te acalores: jornadas regulares y nada mas... Vas contento?

---

(1) *Besa la mano á D. Diego y se abrazan.*

D. CARLOS.

No Señor. Por que usted me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

D. DIEGO.

No se hable ya de lo pasado... A Dios...

D. CARLOS.

Queda usted enojado conmigo?

D. DIEGO.

No, no por cierto... Me disgusté bastante; pero ya se acabó... No me des que sentir. (1) Portarse como hombre de bien.

D. CARLOS.

No lo dude usted.

D. DIEGO.

Como Oficial de honor.

D. CARLOS.

Así lo prometo.

D. DIEGO.

A Dios, Carlos. (2)

D. CARLOS.

Y la dexo!.. (3) y la pierdo para siempre!

---

(1) *Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*
(2) *Abrazanse.*
(3) *Aparte, al irse por la puerta del foro.*

SCENA XIII.

D. DIEGO.

D. DIEGO.

Demasiado bien se ha dispuesto... Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribírselo, que... Despues de hecho no importa nada... Pero siempre aquel respeto al tio!.. Como una malva es. (1)

SCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA. RITA. (2)

RITA.

Mucho silencio hay por aquí.

DOÑA FRANCISCA.

Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

RITA.

Precisamente.

---

(1) *Se enxuga las lágrimas, toma la luz, y se va á su quarto. El teatro queda solo y obscuro por un breve espacio.*

(2) *Salen del quarto de Doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.*

DOÑA FRANCISCA.

Un camino tan largo!

RITA.

A lo que obliga el amor, Señorita!

DOÑA FRANCISCA.

Si, bien puedes decirlo, amor... Y yo que no hiciera por él?

RITA.

Y, dexe usted, que no ha de ser este el último milagro. Quando lleguemos á Madrid, entonces será ella... El pobre D. Diego, que chasco se va á llevar! Y por otra parte, vea usted que Señor tan bueno, que cierto da lástima...

DOÑA FRANCISCA.

Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia... Pero, ya es otro tiempo, Rita. D. Feliz ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mugeres.

RITA.

Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo tambien la

cabeza... Voy por él. (1)

DOÑA FRANCISCA.

A que vas?

RITA.

El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

DOÑA FRANCISCA.

Sí: traele: no empiece á rezar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

RITA.

Sí, mire usted el estrépito de caballerias que anda por allá abaxo... Hasta que lleguemos á nuestra Calle del Lobo, número siete, quarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton, que rechina, que...

DOÑA FRANCISCA.

Te puedes llevar la luz.

RITA.

No es menester, que ya sé donde está. (2)

---

(1) *Encaminándose al quarto de Doña Irene.*
(2) *Vase al quarto de Doña Irene.*

SCENA XV.

SIMON. (1) *DOÑA FRANCISCA.*

DOÑA FRANCISCA.

Yo pensé que estaban ustedes acostados.

SIMON.

El amo ya habrá hecho esa diligencia; pero yo todavía no sé en donde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

DOÑA FRANCISCA.

Que gente nueva ha llegado ahora?

SIMON.

Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

DOÑA FRANCISCA.

Los harrieros?

SIMON.

No Señora. Un Oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

DOÑA FRANCISCA.

Quienes dice usted que son?

---

(1) *Sale por la puerta del foro.*

SIMON.

Un Oficial de caballería y su asistente.

DOÑA FRANCISCA.

Y estaban aquí?

SIMON.

Si Señora: ahí en ese quarto.

DOÑA FRANCISCA.

No los he visto.

SIMON.

Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, Señorita. (1)

SCENA XVI.

RITA. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

Dios mio de mi alma! Que es esto?.. No puedo sostenerme... Desdichada! (2)

RITA.

Señorita, yo vengo muerta. (3)

(1) *Vase al quarto de D. Diego.*
(2) *Siéntase en una silla inmediata á la mesa.*
(3) *Saca la jaula del tordo y la dexa encima de la mesa, abre la puerta del quarto de D. Carlos y vuelve.*

DOÑA FRANCISCA.

Ay! que es cierto!.. Tu lo sabes tambien?

RITA.

Dexe usted, que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... Ni maletas, ni ropa, ni... Pero como podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

DOÑA FRANCISCA.

Y eran ellos?

RITA.

Si Señora. Los dos.

DOÑA FRANCISCA.

Pero se han ido fuera de la Ciudad?

RITA.

Si no los he perdido de vista, hasta que salieron por Puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

DOÑA FRANCISCA.

Y es ese el camino de Aragon?

RITA.

Ese es.

DOÑA FRANCISCA.

Indigno!.. Hombre indigno!

RITA.

Señorita...

DOÑA FRANCISCA.

En que te ha ofendido esta infeliz?

RITA.

Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprehensible... Si no alcanzo á discurrir que motivos ha podido haber para esta novedad.

DOÑA FRANCISCA.

Pues no le quise mas que á mi vida?.. No me ha visto loca de amor?

RITA.

No sé que decir, al considerar una accion tan infame.

DOÑA FRANCISCA.

Que has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... Y vino para esto?.. Para engañarme, para abandonarme así! (1)

RITA.

Pensar que su venida fué con otro designio, no me parece natural... Zelos... Por que ha de tener zelos?.. Y aun eso mismo, deberia enamorarle mas... El no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

DOÑA FRANCISCA.

Te cansas en vano.. Di que es un pérfido, di que es un monstruo de

---

(1) *Levántase, y Rita la sostiene.*

crueldad, y todo lo has dicho.

RITA.

Vamos de aquí, que puede venir alguien y...

DOÑA FRANCISCA.

Sí, vamonos... Vamos á llorar... Y en que situacion me dexa!.. Pero, ves que malvado?

RITA.

Si Señora, ya lo conozco.

DOÑA FRANCISCA.

Que bien supo fingir!.. Y con quien? Conmigo... Pues yo mereci ser engañada tan alevosamente?.. Mereció mi cariño este galardon?... Dios de mi vida! Qual es mi delito, qual es? (1)

---

(1) *Rita coge la luz y se van entrambas al quarto de Doña Francisca.*

ACTO TERCERO.

****

SCENA I. (1)

D. DIEGO. SIMON.

D. DIEGO.

Aquí, á lo menos, ya que no duerma, no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella, no se... Como ronca este!.. Guardemosle el sueño, hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar... (2) Que es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON.

Que estaba usted ahí, Señor?

D. DIEGO.

Sí, aquí me he salido, por que allí no se puede parár.

SIMON.

Pues yo, á Dios gracias, aunque la

---

(1) *Teatro obscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale D. Diego de su quarto acabándose de poner la bata.*

(2) *Simon despierta, y al oir á D. Diego se incorpora y se levanta.*

cama es algo dura, he dormido como un Emperador.

D. DIEGO.

Mala comparacion!.. Di que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

SIMON.

En efecto, dice usted bien... Y que hora será ya?

D. DIEGO.

Poco ha que sonó el relox de S. Justo, y si no conté mal, dió las tres.

SIMON.

Oh! Pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

D. DIEGO.

Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMON.

Pero, si usted viera que apesadumbrado le dexé, que triste!

D. DIEGO.

Ha sido preciso.

SIMON.

Ya lo conozco.

D. DIEGO.

No ves que venida tan intempestiva? y...

SIMON.

Es verdad... Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que, por otra parte, él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante. Eh?

D. DIEGO.

No, qué! No Señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en que circunstancias nos cogía... Te aseguro que quando (1) se fue me quedó un ansia en el corazon... Que ha sonado?

SIMON.

No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

D. DIEGO.

Calla.

SIMON.

Vaya, música tenemos, segun parece.

D. DIEGO.

Sí, como lo hagan bien.

SIMON.

Y quien será el amante infeliz que se viene á gorgear á estas horas, en ese callejon tan puerco?.. Apostaré

(1) *Suenan á lo lejos tres palmadas, y poco despues se oye que puntean un instrumento.*

que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

D. DIEGO.

Puede ser.

SIMON.

Ya empiezan, oigamos (1)...... Pues digole á usted que toca muy lindamente el picaro del Barberillo.

D. DIEGO.

No: no hay Barbero que sepa hacer eso; por muy bien que afeite.

SIMON.

Quiere usted que nos asomemos un poco, á ver...

D. DIEGO.

No, dexarlos... Pobre gente! Quien sabe la importancia que darán ellos á la tal música... (2) No gusto yo de incomodar á nadie.

SIMON.

Señor... Eh!.. Presto, aquí á un ladito.

D. DIEGO.

Que quieres?

SIMON.

Que han abierto la puerta de esa al-

---

(1) *Tocan una sonata desde adentro.*

(2) *Sale de su quarto Doña Francisca y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. D. Diego y Simon se retiran á un lado y observan.*

coba, y huele á faldas, que trasciende.

D. DIEGO.

Sí ?.. Retirémonos.

SCENA II.

DOÑA FRANCISCA. RITA. D. DIEGO. SIMON.

RITA.

Con tiento, Señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Siguiendo la pared, no voy bien ? (1)

RITA.

Sí Señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

DOÑA FRANCISCA.

No te muevas.... Dexa... Sepamos primero si es él.

RITA.

Pues no ha de ser ?.. La seña no puede mentir.

DOÑA FRANCISCA.

Calla (2). . . . . Sí, él es... Dios mio !.. (3) Ve, responde... Albricias corazon. El es.

---

(1) *Vuelven á probar el instrumento.*

(2) *Repiten desde adentro la sonata anterior.*

(3) *Acercase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la musica.*

SIMON.

Ha oido usted?

D. DIEGO.

Sí.

SIMON.

Que querrá decir esto?

D. DIEGO.

Calla.

DOÑA FRANCISCA.

Yo soy (1) .... Y que habia de pensar, viendo lo que usted acaba de hacer?.. Que fuga es esta?.. Rita, (2) amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avisame. . . . . Para siempre? Triste de mí! . . . . .Bien está tírela usted... Pero yo no acabo de entender... Ay! D. Feliz, nunca le he visto á usted tan tímido........ (3) No, no la he cogido, pero aqui está sin duda............ Y no he de saber yo, hasta que llegue el dia, los motivos que tiene usted para dexarme muriendo?........... Sí,

(1) *Doña Francisca se asoma á la ventana: Rita se queda detras de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones, mas ó menos largas, que deben hacerse.*

(2) *Apartándose de la ventana, y vuelve despues.*

(3) *Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademan de buscarla, y no hallándola, vuelve á asomarse.*

yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda............ Y como le parece á usted que estará el mio?.. No me cabe en el pecho... Diga usted. (1)

RITA.

Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

DOÑA FRANCISCA.

Infeliz de mí!.. Guíame.

RITA.

Vamos... (2) Ay!

DOÑA FRANCISCA.

Muerta voy!

SCENA III.

D. DIEGO. SIMON.

D. DIEGO.

Que grito fue ese?

SIMON.

Una de las fantasmas, que al retirarse, tropezó conmigo.

---

(1) *Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la dexa caer.*

(2) *Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al quarto de Doña Francisca.*

D. DIEGO.

Acercate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... Buenos estamos! ...

SIMON.

No encuentro nada, Señor. (1)

D. DIEGO.

Búscale bien, que por ahí ha de estar.

SIMON.

Le tiraron desde la calle?

D. DIEGO.

Sí... Que amante es este?.. Y diez y seis años y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusion.

SIMON.

Aquí está. (2)

D. DIEGO.

Vete abaxo y enciende una luz... En la caballeriza, ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante. (3)

---

(1) *Tentando por el suelo, cerca de la ventana.*

(2) *Halla la carta y se la da á D. Diego.*

(3) *Vase Simon por la puerta del foro.*

SCENA IV.

D. DIEGO.

D. DIEGO.

Y á quien debo culpar? Es (1) ella la delinqüente, ó su madre, ó sus tias, ú yo?.. Sobre quien... Sobre quien ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir?.. La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!.. Que esperanzas tan halagüeñas concebí! Que felicidades me prometia!.. Zelos!.. Yo?.. En que edad tengo zelos!.. Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento, esta indignacion, estos deseos de venganza de que provienen? Como he de llamarlos? Otra vez parece que. (2) . . . . Si.

---

(1) *Apoyándose en el respaldo de una silla.*

(2) *Advirtiendo que suena ruido en la puerta del quarto de Doña Francisca, se retira á un extremo del teatro.*

SCENA V.

RITA. D. DIEGO. SIMON.

RITA.

Ya se han ido... (1) Válgame Dios!.. El papel estará muy bien escrito; pero el Señor D. Feliz es un grandísimo picaron .. Pobrecita de mi alma !.. Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... Oxalá no los hubieramos conocido ! Y este maldito papel... Pues buena la hicieramos, si no pareciese.. . Que dirá ?. . Mentiras, mentiras y todo mentira.

SIMON.

Ya tenemos luz. (2)

RITA.

Perdida soy !

D. DIEGO.

Rita ! Pues tú aquí? (3)

RITA.

Sí Señor, por que...

D. DIEGO.

Que buscas á estas horas?

---

(1) *Rita observa y escucha, asomase despues á la ventana y busca la carta por el suelo.*

(2) *Sale con luz. Rita se sorprehende.*

(3) *Acercándose.*

RITA.

Buscaba... Yo le diré á usted... Por que oimos un ruido muy grande...

SIMON.

Sí, eh?

RITA.

Cierto... Un ruido y... Y mire (1) usted era la jaula del tordo... Pues, la jaula era, no tiene duda... Válgate Dios! Si se habrá muerto?.. No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido... Preciso.

SIMON.

Sí, algun gato.

RITA.

Pobre animal! Y que asustadillo se conoce que está todavia.

SIMON.

Y con mucha razon... No te parece, si le hubiera pillado el gato...

RITA.

Se le hubiera comido. (2)

SIMON.

Y sin pebre... Ni plumas hubiera dexado.

D. DIEGO.

Traeme esa luz.

---

(1) *Alza la jaula que está en el suelo.*
(2) *Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.*

RITA.

Ah! Dexe usted encenderemos esta, (1) que ya lo que no se ha dormido...

D. DIEGO.

Y Doña Paquita duerme?

RITA.

Sí Señor.

SIMON.

Pues mucho es que con el ruido del tordo...

D. DIEGO.

Vamos. (2)

SCENA VI.

DOÑA FRANCISCA. RITA.

DOÑA FRANCISCA.

Ha parecido el papel?

RITA.

No Señora.

DOÑA FRANCISCA.

Y estaban aquí los dos, quando tu saliste?

RITA.

Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente,

(1) *Enciende la vela que está sobre la mesa.*

(2) *D. Diego se entra en su quarto. Simon va con él llevándose una de las luces.*

como por máquina, entre él y su amo; sin poder escapar, ni saber que disculpa darles. (1)

DOÑA FRANCISCA.

Ellos eran sin duda... Aquí estarian quando yo hablé desde la ventana... Y ese papel?

RITA.

Yo no le encuentro, Señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Le tendrán ellos: no te canses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

RITA.

A lo menos por aquí...

DOÑA FRANCISCA.

Yo estoy loca! (2)

RITA.

Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...

DOÑA FRANCISCA.

Quando iba á hacerlo, me avisaste y fue preciso retirarnos... Pero sabes tú con que temor me habló, que agitacion mostraba? Me dixo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le

(1) *Rita coge la luz y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.*
(2) *Sientase.*

precisaban á volverse: que la habia escrito para dexarsela á persona fiel, que la pusiera en mis manos; suponiendo que el verme seria imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve, que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria: pues yo para que he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una muger?.. Hay tantas mugeres!.. Casenla... Yo nada pierdo. Primero es mi tranquilidad, que la vida de esa infeliz... Dios mio, perdon!.. Perdon de haberle querido tanto!

RITA.

Ay! Señorita (1) que parece que salen ya.

DOÑA FRANCISCA.

No importa: dexame.

RITA.

Pero si D. Diego la ve á usted de esa manera...

DOÑA FRANCISCA.

Si todo se ha perdido ya, que puedo temer?.. Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?.. Que vengan, nada importa.

---

(1) *Mirando hácia el quarto de D. Diego.*

SCENA VII.

D. DIEGO. SIMON. DOÑA FRANCISCA. RITA.

SIMON.

Voy enterado: no es menester mas.

D. DIEGO.

Mira, y haz que ensillen inmediatamente al Moro, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas... Las dos aquí, eh?.. Con que, vete, no se pierda tiempo. (1)

SIMON.

Voy allá.

D. DIEGO.

Mucho se madruga, Doña Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Sí Señor.

D. DIEGO.

Ha llamado ya Doña Irene?

DOÑA FRANCISCA.

No Señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir. (2)

---

(1) *Despues de hablar los dos, inmediatos á la puerta del quarto de D. Diego, se va Simon por ladel foro.*

(2) *Rita se va al quarto de Doña Irene.*

SCENA VIII.

D. DIEGO. DOÑA FRANCISCA.

D. DIEGO.

Usted no habrá dormido bien esta noche.

DOÑA FRANCISCA.

No Señor. Y usted?

D. DIEGO.

Tampoco.

DOÑA FRANCISCA.

Ha hecho demasiado calor.

D. DIEGO.

Está usted desazonada?

DOÑA FRANCISCA.

Alguna cosa.

D. DIEGO.

Que siente usted? (1)

DOÑA FRANCISCA.

No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo nada.

D. DIEGO.

Algo será: por que la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta... Que tiene usted, Paquita? No sabe usted que la quiero tanto?

(1) *Sientase junto á Doña Francisca.*

DOÑA FRANCISCA.

Sí Señor.

D. DIEGO.

Pues por que no hace usted mas confianza de mí? Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Pues como, sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazon?

DOÑA FRANCISCA.

Por que eso mismo me obliga á callar.

D. DIEGO.

Eso quiere decir, que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

DOÑA FRANCISCA.

No Señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

D. DIEGO.

Pues de quien, hija mia?.. Venga usted acá... (1) Hablemos, siquiera una vez, sin rodeos ni disimulacion... Dígame usted: no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? Quanto

---

(1) *Acercase mas.*

va, que si la dexasen á usted entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?

DOÑA FRANCISCA.

Ni con otro.

D. DIEGO.

Será posible que usted no conozca otro mas amable que yo? Que le quiera bien; y que la corresponda como usted merece?

DOÑA FRANCISCA.

No Señor, no Señor.

D. DIEGO.

Mirelo usted bien.

DOÑA FRANCISCA.

No le digo á usted que no?

D. DIEGO.

Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...

DOÑA FRANCISCA.

Tampoco, no Señor... Nunca he pensado así.

D. DIEGO.

No tengo empeño de saber mas... Pero, de todo lo que acabo de oir, resulta una gravísima contradiccion. Usted no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de

mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro; ni debo rezelar que nadie me dispute su mano... Pues que llanto es ese? De donde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted en términos que apenas le reconozco? Son estas las señales de quererme exclusivamente á mí? De casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? Se anuncian así la alegria y el amor? (1)

DOÑA FRANCISCA.

Y que motivos le he dado á usted para tales desconfianzas?

D. DIEGO.

Pues, que? Si yo prescindo de estas consideraciones: si apresuro las diligencias de nuestra union, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

DOÑA FRANCISCA.

Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

D. DIEGO.

Y despues, Paquita?

DOÑA FRANCISCA.

Despues... Y mientras me dure la vida,

---

(1) *Vase iluminando lentamente el teatro, suponiendo que viene la luz del dia.*

seré muger de bien.

D. DIEGO.

Eso no lo puedo yo dudar... Pero, si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted, estos títulos no me dan algun derecho para merecer de usted mayor confianza? No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad; sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa: si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

DOÑA FRANCISCA.

Dichas para mí!.. Ya se acabaron.

D. DIEGO.

Por qué?

DOÑA FRANCISCA.

Nunca diré por qué.

D. DIEGO.

Pero, que obstinado, que imprudente silencio!.. Quando usted misma debe presumir, que no estoy ignorante de lo que hay.

DOÑA FRANCISCA.

Si usted lo ignora, Señor D. Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

D. DIEGO.

Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa afliccion y esas lágrimas son voluntarias; hoy llegarémos á Madrid, y dentro de ocho dias será usted mi muger.

DOÑA FRANCISCA.

Y daré gusto á mi madre.

D. DIEGO.

Y vivirá usted infeliz.

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Ve aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña: enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes, con una pérfida disimulacion. Las juzgan honestas, luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad, ni el genio, no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar quando se lo manden, un si, perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos,

ya estan bien criadas : y se llama excelente educacion la que inspira en ellas, el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exîgen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.

D. DIEGO.

Sea qual fuere, hija mia, es menester que usted se aníme... Si la ve á usted su madre de esa manera, que ha de decir ?.. Mire usted que ya parece que se ha levantado.

DOÑA FRANCISCA.

Dios mio!

D. DIEGO.

Sí, Paquita: conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes, como la imaginacion las pinta... Mire usted que desorden este! Que agitacion! Que lágrimas! Vaya, me da usted palabra de presentarse, así... Con cierta serenidad y... Eh ?

DOÑA FRANCISCA.

Y usted, Señor... Bien sabe usted el

genio de mi madre. Si usted no me defiende, á quien he de volver los ojos? Quien tendrá compasion de esta desdichada?

D. DIEGO.

Su buen amigo de usted... Yo... Como es posible que yo la abandonase... Criatura! En la situacion dolorosa en que la veo? (1)

DOÑA FRANCISCA.

De veras?

D. DIEGO.

Mal conoce usted mi corazon.

DOÑA FRANCISCA.

Bien le conozco. (2)

D. DIEGO.

Que hace usted, niña?

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé... Que poco merece toda esa bondad una muger tan ingrata para con usted!.. No, ingrata no, infeliz... Ay! que infeliz soy, Señor D. Diego!

D. DIEGO.

Yo bien sé que usted agradece, como puede, el amor que la tengo... Lo demas todo ha sido... Que sé yo?.. Una equivocacion mia, y no otra cosa...

---

(1) *Asiéndola de las manos.*

(2) *Quiere arrodillarse, D. Diego se lo estorba y ambos se levantan.*

Pero usted, inocente! Usted no ha tenido la culpa.

DOÑA FRANCISCA.

Vamos... No viene usted?

D. DIEGO.

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

DOÑA FRANCISCA.

Vaya usted presto. (1)

D. DIEGO.

Sí, presto iré.

SCENA IX.

SIMON. D. DIEGO.

SIMON.

Ahí estan, Señor.

D. DIEGO.

Que dices?

SIMON.

Quando yo salia de la puerta, los vi á lo lejos, que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo: se detuvieron, y apenas llegué y le dixe al Señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas y está

(1) *Encaminándose al quarto de Doña Irene, vuelve y se despide de D. Diego besándole las manos.*

abaxo. Le encargué que no subiera, hasta que le avisára yo: por si acaso habia gente aquí, y usted no queria que le viesen.

D. DIEGO.

Y que dixo, quando le diste el recado?

SIMON.

Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una palabra... A mi me ha dado compasion el verle, así, tan...

D. DIEGO.

No me empieces ya á interceder por él.

SIMON.

Yo, Señor?

D. DIEGO.

Sí, que no te entiendo yo... Compasion!.. Es un pícaro.

SIMON.

Como yo no sé lo que ha hecho.

D. DIEGO.

Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMON.

Bien está, Señor. (1)

D. DIEGO.

Dile que suba.

---

(1) *Vase por la puerta del foro. D. Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.*

SCENA X.

D. CARLOS. D. DIEGO.

D. DIEGO.

Venga usted acá, Señorito, venga usted... En donde has estado desde que no nos vemos?

D. CARLOS.

En el meson de afuera.

D. DIEGO.

Y no has salido de allí en toda la noche. Eh?

D. CARLOS.

Sí Señor, entré en la Ciudad y...

D. DIEGO.

A qué?.. Sientese usted.

D. CARLOS.

Tenia precision de hablar con un sugeto... (1)

D. DIEGO.

Precision!

D. CARLOS.

Sí Señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza, sin estar primero con él.

---

(1) *Sientase.*

D. DIEGO.

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... Por que no le escribiste un papel?.. Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado, en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie. (1)

D. CARLOS.

Pues si todo lo sabe usted, para que me llama? Por que no me permite seguir mi camino y se evitaria una contestacion, de la qual ni usted ni yo quedaremos contentos?

D. DIEGO.

Quiere saber su tio de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

D. CARLOS.

Para que saber mas?

D. DIEGO.

Por que yo lo quiero y lo mando. Oiga!

D. CARLOS.

Bien está.

---

(1) *Dándole el papel que tiraron á la ventana. D. Carlos luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademan de irse.*

D. DIEGO.

Sientate ahí... (1) En donde has conocido á esta niña?.. Que amor es este? Que circunstancias han ocurrido? .. Que obligaciones hay entre los dos? Donde, quando la viste?

D. CARLOS.

Volviendome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalaxara, sin ánimo de detenerme; pero el Intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel dia, por ser cumpleaños de su parienta: prometiendome que al siguiente, me dexaria proseguir mi viage. Entre las gentes convidadas hallé á Doña Paquita, á quien la Señora habia sacado aquel dia del convento, para que se esparciese un poco... Yo no sé que vi en ella, que excitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos... El Intendente dixo entre otras cosas... burlandose... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba D. Feliz de Toledo, nombre que dió Calderon á

(2) *Sientase D. Carlos.*

algunos amantes de sus comedias. Yo sostuve esta ficcion ; por que desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella Ciudad ; evitando que llegase á noticia de usted... Observé que Doña Paquita me trató con un agrado particular, y quando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viendome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fueron muchos. Enfin... Pero, no quisiera ofender á usted refiriendole...

D. DIEGO.

Prosigue.

D. CARLOS.

Supe que era hija de una Señora de Madrid, viuda y pobre ; pero de gente muy honrada... Fue necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañia : y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas, las mas ingeniosas, para que ninguno de su familia extrañára mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la Ciudad, facilmente iba y venía de noche... Logré que Doña Paquita leyese algunas cartas mias, y con las pocas respuestas que de ellas tuve, acabé de precipitarme en una pasion,

que mientras viva me hará infeliz.

D. DIEGO.

Vaya... Vamos, sigue adelante.

D. CARLOS.

Mi asistente (que como usted sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrian, facilitó los muchos estorbos que al principio hallabamos... La seña era dar tres palmadas, á las quales respondian con otras tres, desde una ventanilla que daba al corral de las Monjas. Hablabamos todas las noches: muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dexan entender... Siempre fui para ella D. Feliz de Toledo, Oficial de ún Regimiento, estimado de mis Gefes y hombre de honor. Nunca la dixe mas, ni la hablé de mis parientes, ni de mis esperanzas; ni la di á entender que casandose conmigo podria aspirar á mejor fortuna: por que ni me convenia nombrarle á usted, ni quise exponerla, á que las miras de interes y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin, era necesario separarnos, y una noche funes-

ta me despedí, la dexé rendida á un desmayo mortal, y me fui, ciego de amor, adonde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dixo, como su madre trataba de casarla; que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí: me acordaba mis juramentos, me exortaba á cumplirlos... Monté á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalaxara; no la encontré, vine aquí... Lo demas bien lo sabe usted, no hay para que decirselo.

D. DIEGO.

Y que proyectos eran los tuyos en esta venida?

D. CARLOS.

Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor: pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus pies: referirle todo lo ocurrido y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Solo su consentimiento y su bendicion, para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundabamos toda nuestra felicidad.

D. DIEGO.

Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

D. CARLOS.

Sí Señor.

D. DIEGO.

Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia, aplauden este casamiento. Ella... Y sean las que fueren las promesas que á ti hizo... Ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano, así que...

D. CARLOS.

Pero no el corazon. (1)

D. DIEGO.

Que dices?

D. CARLOS.

No, eso no... Sería ofenderla... Usted celebrará sus bodas quando guste: ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido; pero si alguna ó muchas veces la sorprehende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamas el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la cau-

(1) *Levántase.*

sá... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

D. DIEGO.

Que temeridad es esta? (1)

D. CARLOS.

Ya se lo dixe á usted... Era imposible que yo hablase una palabra, sin ofenderle... Pero, acabemos esta odiosa conversacion... Viva usted feliz y no me aborrezca: que yo, en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero, no se me niegue, á lo menos, el consuelo de saber que usted me perdona.

D. DIEGO.

Con que en efecto te vas?

D. CARLOS.

Al instante, Señor... Y esta ausencia será bien larga.

D. DIEGO.

Por qué?

D. CARLOS.

Por que no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una

(1) *Se levanta con mucho enojo, encaminándose hácia D. Carlos, el qual se va retirando.*

próxîma guerra se llegáran á verificar... Entonces...

D. DIEGO.

Que quieres decir ? (1)

D. CARLOS.

Nada... Que apetezco la guerra, por que soy soldado.

D. DIEGO.

Carlos!.. Que horror!.. Y tienes corazon para decirmelo ?

D. CARLOS.

Alguien viene... (2) Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

D. DIEGO.

Adonde vas ?.. No Señor, no has de irte.

D. CARLOS.

Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á usted inquietudes crueles.

D. DIEGO.

Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese quarto.

D. CARLOS.

Pero si...

---

(1) *Asiendo de un brazo á D. Carlos, le hace venir mas adelante.*

(2) *Mirando con inquietud hácia el quarto de Doña Irene, se desprende de D. Diego y hace ademan de irse por la puerta del foro. D. Diego va detras de él y quiere impedírselo.*

D. DIEGO.

Haz lo que te mando. (1)

SCENA XI.

DOÑA IRENE. D. DIEGO.

DOÑA IRENE.

Con que, Señor D. Diego, es ya la de vámonos?.. Buenos dias... (2) Reza usted?

D. DIEGO.

Sí, para rezar estoy ahora. (3)

DOÑA IRENE.

Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al Mayoral, para que enganchen luego que... Pero que tiene usted, Señor?.. Hay alguna novedad?

D. DIEGO.

Sí, no dexa de haber novedades.

DOÑA IRENE.

Pues qué... Digalo usted por Dios... Vaya, vaya!.. No sabe usted lo asustada que estoy... Qualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve

---

(1) *Entrase D. Carlos en el quarto de D. Diego.*
(2) *Apaga la luz que está sobre la mesa.*
(3) *Paseándose con inquietud.*

quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, qualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos: nada me ha servido, de manera que...

D. DIEGO.

Vamos: ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar... Que hacen esas muchachas?

DOÑA IRENE.

Estan recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

D. DIEGO.

Muy bien. Siéntese usted... Y no hay que asustarse ni alborotarse (1) por nada de lo que yo diga: y cuenta, no nos abandone el juicio, quando mas le necesitamos... Su hija de usted está enamorada...

DOÑA IRENE.

Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí Señor que lo está, y bastaba que yo lo dixese para que...

---

(1) *Siéntanse los dos.*

D. DIEGO.

Este vicio maldito de interrumpir á cada paso!.. Dexeme usted hablar.

DOÑA IRENE.

Bien, vamos, hable usted.

D. DIEGO.

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

DOÑA IRENE.

Que dice usted?

D. DIEGO.

Lo que usted oye.

DOÑA IRENE.

Pero quien le ha contado á usted esos disparates?

D. DIEGO.

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado: y quando se lo digo á usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya que llanto es ese?

DOÑA IRENE.

Pobre de mí! (1)

D. DIEGO.

A que viene eso?

DOÑA IRENE.

Por que me ven sola y sin medios, y por que soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

(1) *Llora.*

D. DIEGO.

Señora Doña Irene...

DOÑA IRENE.

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera: como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... Quien lo creyera de usted?.. Válgame Dios!.. Si vivieran mis tres difuntos!.. Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

D. DIEGO.

Mire usted, Señora, que se me acaba ya la paciencia...

DOÑA IRENE.

Que lo mismo era replicarle que se ponia hecho una furia del infierno: y un dia del Corpus, yo no sé por que friolera, hartó de moxicones á un Comisario Ordenador, y si no hubiera sido por dos Padres del Carmen que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

D. DIEGO.

Pero, es posible que no ha de atender usted á lo que voy á decirla?

DOÑA IRENE.

Ay! no Señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no Señor... Usted ya no quiere á la niña, y bus-

ca pretextos para zafarse de la obligacion en que está... Hija de mi alma y de mi corazon!

D. DIEGO.

Señora Doña Irene: hágame usted el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay, llore y gima y grite y diga quanto quiera... Pero entretanto, no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

DOÑA IRENE.

Diga usted lo que le dé la gana.

D. DIEGO.

Que no volvamos otra vez á llorar, y á...

DOÑA IRENE.

No Señor, ya no lloro. (1)

D. DIEGO.

Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó menos, que Doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasion tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor. En este supuesto...

---

(1) *Enxugase las lágrimas con un pañuelo.*

DOÑA IRENE.

Pero no conoce usted, Señor, que todo es un chisme: inventado por alguna mala lengua, que no nos quiere bien?

D. DIEGO.

Volvemos otra vez á lo mismo... No Señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

DOÑA IRENE.

Que ha de saber usted, Señor? Ni que traza tiene eso de verdad? Con que, la hija de mis entrañas, encerrada en un convento, ayunando los siete reviernes, acompañada de aquellas santas Religiosas!.. Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavia del cascaron, como quien dice!.. Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncision... Pues, bonita es ella, para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

D. DIEGO.

Aquí no se trata de ningun desliz, Señora Doña Irene; se trata de una inclinacion honesta, de la qual hasta ahora no habiamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es: que la Madre Circuncision, y la Soledad, y la Can-

delaria, y todas las Madres y usted y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro y no conmigo... Hemos llegado tarde: usted ha contado, muy de ligero, con la voluntad de su hija... Vaya, para que es cansarnos? Lea usted ese papel (1) y verá si tengo razon.

DOÑA IRENE.

Yo he de volverme loca!.. Francisquita... Virgen del Tremedal!.. Rita, Francisca.

D. DIEGO.

Pero, á que es llamarlas?

DOÑA IRENE.

Sí Señor, que quiero que venga y que se desengañe la pobrecita de quien es usted.

D. DIEGO.

Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una muger.

---

(1) *Saca el papel de D. Carlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su quarto y llama. Levantase D. Diego y procura en vano contenerla.*

SCENA XII.

DOÑA FRANCISCA. RITA. DOÑA IRENE. D. DIEGO.

RITA.

Señora.

DOÑA FRANCISCA.

Me llamaba usted?

DOÑA IRENE.

Sí, hija, sí: por que el Señor D. Diego nos trata de un modo, que ya no se puede aguantar. Que amores tienes, niña? A quien has dado palabra de matrimonio? Que enredos son estos?.. Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber... Por fuerza lo sabes... Quien ha escrito este papel? Que dice?.. (1)

RITA.

Su letra es. (2)

DOÑA FRANCISCA.

Que maldad!.. Señor D. Diego, así cumple usted su palabra?

D. DIEGO.

Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí... (3) No hay que

---

(1) *Presentando el papel abierto á Doña Francisca.*

(2) *Aparte, á Doña Francisca.*

(3) *Asiendo de una mano á Doña Francisca, la pone á su lado.*

temer... Y usted, Señora: escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Deme usted ese papel... (1) Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

DOÑA FRANCISCA.

Mientras viva me acordaré.

D. DIEGO.

Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. (2) *Bien mio: si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue á sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo y al verle, no sé como no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la Ciudad y fué preciso obedecerle. Yo me llamo D. Carlos, no D. Feliz... D. Diego es mi tio. Viva usted dichosa y olvide para siempre á su infeliz amigo = Carlos de Urbina.*

DOÑA IRENE.

Con que hay eso?

DOÑA FRANCISCA.

Triste de mí!

---

(1) *Quitándola el papel de las manos á Doña Irene.*

(2) *Lee.*

DOÑA IRENE.

Con que es verdad lo que decia el Señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí. (1)

DOÑA FRANCISCA.

Madre... Perdon.

DOÑA IRENE.

No Señor, que la he de matar.

D. DIEGO.

Que locura es esta?

DOÑA IRENE.

He de matarla.

SCENA XIII.

D. CARLOS. D. DIEGO. DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA. RITA.

D. CARLOS.

Eso no... (2) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA.

Carlos!

---

(1) *Se encamina hácia Doña Francisca, muy colérica y en ademan de querer maltratarla. Rita y D. Diego procuran estorbárselo.*

(2) *Sale D. Carlos del quarto precipitadamente: coge de un brazo á Doña Francisca, se la lleva hácia el fondo del teatro y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*

D. CARLOS.

Disimule (1) usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE.

Que es lo que me sucede, Dios mio!.. Quien es usted?.. Que acciones son estas?.. Que escándalo?..

D. DIEGO.

Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza á tu muger. (2)

DOÑA IRENE.

Con que su sobrino de usted?..

D. DIEGO.

Sí Señora, mi sobrino: que con sus palmadas, y su música, y su papel, me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... Que es esto, hijos mios, que esto?

DOÑA FRANCISCA.

Con que usted nos perdona y nos hace felices?

---

(1) *Acercándose á D. Diego.*

(2) *D. Carlos va adonde está Doña Francisca: se abrazan y ambos se arrodillan á los pies de D. Diego.*

D. DIEGO.

Sí, prendas de mi alma... Sí. (1)

DOÑA IRENE.

Y es posible que usted se determina á hacer un sacrificio...

D. DIEGO.

Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... Carlos!.. Paquita! Que dolorosa impresion me dexa en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!.. Por que, al fin, soy hombre miserable y debil.

D. CARLOS.

Si nuestro amor (2), si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á usted en tanta pérdida...

DOÑA IRENE.

Con que el bueno de D. Carlos! Vaya que...

D. DIEGO.

El y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las tias fundaban castillos en el ayre, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido, como un sueño... Esto

---

(1) *Los hace levantar con expresiones de ternura.*

(2) *Besándole las manos.*

resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece: estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto, lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... Ay! de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE.

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, Señor, venga usted: que quiero abrazarle... (1) Hija, Francisquita. Vaya! Buena eleccion has tenido... Cierto que es un mozo galan... Morenillo; pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.

Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos. (2)

DOÑA FRANCISCA.

Pero, ves que alegria tan grande?.. Y tú, como me quieres tanto!.. Siempre, siempre serás mi amiga.

---

(1) *Abrázanse D. Carlos y Doña Irene. Doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*

(2) *Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*

D. DIEGO.

Paquita hermosa : (1) recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (2) sereis la delicia de mi corazon, y el primer fruto de vuestro amor... Sí, hijos, aquel... No hay remedio, aquel es para mí. Y quando le acaricie en mis brazos, podré decir : á mí me debe su existencia este niño inocente, si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

D. CARLOS.

Bendita sea tanta bondad!

D. DIEGO.

Hijos, bendita sea la de Dios.

---

(1) *Abraza á Doña Francisca.*

(2) *Asiendo de las manos á Doña Francisca y á D. Carlos.*

FIN.

TRAGEDIA

INTITULADA

EL SIGERICO.

POR

D. M. F. D. L.

(Don Manuel Fermin de Laviano)



MADRID. MDCCXC.

LA IMPRENTA DE LA VIUDA DE IBARRA.

Con licencia.

PERSONAS.

SIGERICO, *segundo Rey Godo de España.*

PLACIDIA, *viuda del Rey Ataulfo.*

CONSTANCIO, *General Romano.*

WALIA, *succesor de Sigerico.*

BERNULFO, *Godo traidor.*

ALURO, *Español, y Capitan de la guardia.*

LUCRECIA, *confidente de Placidia.*

PRÓSPERO, *confidente de Constancio.*

TEODOREDO, *noble Godo.*

Guardia goda, y Pueblo.

La Escena se representa en Barcelona en el palacio de los Reyes Godos.

ACTO PRIMERO.

Salon largo con arcos al fondo, cuyas puertas se deberán abrir á su tiempo, y verse por ellas en el foro un telon de plaza; al último bastidor de la izquierda un trono, y quatro sillas inmediatas.

Sigerico y Bernulfo.

Sig. No te admires, Bernulfo, de mirarme
rendido de Placidia á la belleza,
que triunfando el amor del valor mio,
á esta hermosa Romana me sujeta.
Mas no por eso Roma se persuada
que podrá dominarme: no lo crea;
que si Alarico devastó sus muros,
yo la he de sujetar á mi obediencia.
Emperador seré, que al valor Godo
el ocio de las paces le destempla,
y vuestros corazones invencibles
solo viven el tiempo que pelean.

Ber. Eso sí, llore Roma: acabe el tiempo
en que el dominio universal obtenga,
y sea Sigerico quien la postre:
ponga en su cuello, sí, su planta excelsa.
Pero no os olvideis de que Ataulfo,
por solo complacer á la belleza
de su esposa Placidia, (que os merece
ese amor que publíca vuestra lengua)

las

las paces concertó con el Imperio,
y fué su muerte triste fruto de ellas.
Sig. Muy bien sé que tu brazo valeroso
abrió á su muerte la horrorosa puerta,
y que yo por heridas reiteradas
concluyendo tu accion llené mi idea.
Extinguí su familia: sus seis hijos,
á quienes no indultó la edad mas tierna,
murieron por mi mano, aunque buscaron
por asilo sagrado en su defensa
los brazos del Obispo Sigesaro,
y en ellos concluyeron su carrera.
Todo esto sé, y sé que de resultas
de haber vengado así la dura ofensa
de la paz celebrada con Honorio,
(hermano de Placidia) la fineza
tuya, y de todos mis guerreros fuertes,
al Trono me elevó por recompensa.
Y aunque el exemplo triste de Ataulfo
pudiera retraerme de mi idea,
es dirigida al bien de mis vasallos,
y así ningun peligro me amedrenta.
Quiero á Placidia: quiero ser su esposo:
haré sólida paz en la apariencia
con el Romano: lograré ofuscarle;
y que todas las tropas que aquartela,
y esperan en las Galias las resultas
de la embaxada á que he de dar audiencia,
y trae Constancio, General dichoso,
se dirijan con él á otras empresas.
Reforzaré mis tropas, que en el dia
no

no es posible que hiciesen resistencia
á las de Honorio, y luego que gradúe
mi amistad y mi fé de verdaderas,
entraré desolando sus dominios;
me verá Roma á sus altivas puertas;
quitaré á Honorio el cetro de la mano;
y arrancaré el laurel de su cabeza.
Entonces sí que mis amados Godos
el fruto cogerán de sus tareas;
y si persuades á la tropa y pueblo
con tu sutil ingenio á que convengan
en la union á que aspiro en este dia,
dividiré contigo mi diadema.

Ber. Yo te juro, Señor, pues de mí fias
en honor tuyo la arriesgada empresa
de persuadir al pueblo y los soldados,
que sabré convencerles á que accedan
á tus proyectos; y hoy en el consejo
á que á todos los nobles nos congregas,
haré ver con razones convincentes
que en tus proyectos está la dicha nuestra.
Pues si yo te avisé que esa Romana
fué causa principal de que muriera
Ataulfo su esposo, quise darte
con este aviso incontrastable prueba
de que te soy leal, y solo aspiro
á que nunca decayga tu grandeza.

Sig. Conozco tu intencion: sé tu amor fino:
tú eres mi confidente: en tí sosiega
Sigerico tu Rey; y el valor tuyo
le sirve de continua centinela.

Contigo nada temo. Vete, vete,
di á Placidia mi bien, que á verme venga.
Ber. A obedecerte voy, y solo anhelo
que el universo todo te obedezca. *Vase.*
Sig. Corre, corre infeliz, sírveme ansioso:
Camina incauto del error la senda,
que si eres instrumento de mis culpas,
tu muerte lo será de mi defensa.
Por mí contra Ataulfo traidor fuiste:
tu adulacion servil á mí te acerca:
yo pondré en exercicio tus traiciones;
y morirán contigo mis sospechas.
Este amor que á Placidia manifiesto::-
la candidez que el rostro representa::-
el bien pintado afecto á mis vasallos::-
mis expresiones dulces y halagüeñas::-
todo es fingido en mí, todo es violento,
solo el verter su sangre me deleyta;
pues si contemplo que he subido al trono
pisando sus sagradas preeminencias,
para vivir en él sin enemigos,
acabar quiero á quantos serlo puedan.
Placidia viene: mi ficcion entablo:
venzamos su rigor y su entereza.

Sale Placidia.

Plac. ¿Que me quiere el tirano mas sangriento
que ha visto el mundo, ni sufrió la tierra?
Sig. Aunque soy quien te llamo, no soy ese
que retratas Placidia: escucha atenta.
Plac. Di breve, que tu vista me horroriza.
Sig. No, dueño mio, con tu voz me ofendas.

Plac.

Plac. ¡Yo dueño tuyo! ¡Cielos, nuevo insulto!
¡por qué guardas mi vida impia estrella!
Sig. La guarda, porque quiere que seamos
yo feliz, tú quien mande, y quien posea
el corazon mas puro y mas amante,
que en la llama de amor por tí se incendia.
Plac ¡Qué estilo es ese con que mas me ofendes
que con el que es comun á tu fiereza!
¡Qué liviandad has visto en mis acciones,
para que así, cruel, manchar pretendas
los oidos mas castos, los oidos
de una viuda infeliz que fué tu Reyna!
¡No te basta, inhumano, ser origen
del llanto, y amargura en que se anega
mi corazon herido, sin que intentes
hacer mayor su mal con nueva ofensa!
No estás contento::-
Sig. Cesa, mi Placidia,
que si yo fuí la causa de tus penas,
por lo mismo me obligo á remediarlas,
y á dar á tu virtud la recompensa.
Quiero satisfacerte de tu agravio:
de nuevo quiero que á tu trono asciendas:
quiero que imperes en quien manda á todos;
y quiero al fin que tú mi esposa seas.
Plac. ¡Yo tu esposa! ¡qué dices! ¡de ira tiemblo!
Antes verás juntarse las estrellas
con el globo terrestre, y que las aves
en los salobres cóncavos se albergan.
¡Cómo tienes valor, bárbaro, impío,
de ofrecerme una mano, que aun humea

teñida de la sangre de mi esposo
y mis seis tiernos hijos! ¡O funesta
cruel memoria! ¡ó Ataulfo mio!
¡ó mis amados hijos! ¡quién pudiera
volveros esas vidas que os quitaron
la ambicion criminal y la infidencia!
Por vosotros vertiera yo mi sangre:
mi propio pecho por mi mano abriera:
yo racional pelícano seria
porque vivieseis solo á mis expensas.
¡Donde estuvo esta madre! ¡donde estuvo
esta esposa infelice, que debiera
velar sobre unas vidas tan amadas,
y perecer valiente en su defensa!
Culpable soy, vengaros en mi vida
imágenes queridas y sangrientas,
pues merece la muerte mi delito,
ya que mi aliento no excusó las vuestras.
Será vuestra memoria mi verdugo:
sean vuestras heridas siempre abiertas
á los ojos del alma, las que abrevien
de tal madre y esposa la carrera.
Sig. No os aflija, Señora, esa memoria.
Plac. No así interrumpas, inhumana fiera,
mi placer de acercarme á mi sepulcro,
que es el único alivio que me resta.
Sig. Ultrajadme, ultrajadme: mi amor noble,
si eso os agrada, que me ultrajeis desea;
que mientras vos baldones á baldones,
yo añadiré finezas á finezas.
Plac. ¿Qué fineza te debo? dila, injusto.

Sig.

Sig. La mas grande que amor hacer pudiera:
y ya que me preguntas qual ha sido,
tú te convencerás, estáme atenta.
A Ataulfo maté: tambien di muerte
á tus seis tiernos hijos::-
Plac. Si así empiezas
la relacion de las finezas tuyas,
gradúa bien el premio que te espera.
Sig. ¿Si no me escuchas qué podrè decirte?
solo te pido que tranquíla atiendas.
Si hice aquel sacrificio, el cielo sabe
quanto fué mi pesar, qual la violencia
con que le executé: mas fué preciso
por evitar desgracias mas funestas.
El exército y nobles sublevados
resolvieron, Placidia, que murieras
porque á tu esposo, con tus persuasiones,
venciste á que la paz con Roma hiciera.
Esta resolucion conmovió tanto
mi corazon leal, mi fé sincéra,
que atropellando riesgos por librarte
de aquella tan cruel atroz sentencia,
parecí criminal á todo el mundo
por solo libertar á mi Princesa. (to:
Fué indispensable el medio, aunque sangrien-
no hallé para salvarte mejor senda:
apagué el ódio con mi tiranía:
y despues conseguí se persuadieran
los sublevados, á que ya en tu vida
cifraban contra Honorio su defensa.
Me proclamaron Rey; y si en tal caso

ad-

admití el cetro y la corona excelsa,
fué por tener tu vida asegurada,
y que volvieses á tu Silla Regia.
Admítela, Señora, no te ofusquen
de ese injusto rencor las tristes nieblas:
paga la pasion mia, y ten por cierto
que Sigerico te ama y te venera.

Plac. ¡De qué medios se vale la malicia!
¡quanta es la astucia, qual la sutileza
de un pecho que ha nacido á ser el centro
de ficciones, perfidias y violencias!
¡Y esto, cielos, sufrís! mas no lo extraño,
pues tal vez vuestra sabia providencia
los tiranos produce, porque al mundo
de vuestro enojo dén sensibles pruebas.

Sig. Si ha sido tiranía el conservarte
una vida que yo amo y tú no aprecias,
seré de los tiranos que señalas,
¿pero si no, por qué de mí te quejas?

Plac. Solo falta procures que Placidia
la muerte de su esposo te agradezca,
y que te estime que tu cruel brazo,
en sus seis tiernos hijos (dulces prendas
que su alma recreaban) derramase
la sangre que era sangre de sus venas.
Yo no quiero tu trono ni tu mano:
goza de aquel: dispon como tú quieras
de ese instrumento de mi triste llanto;
y no me hables jamas; jamas me veas.

Sig. Esa ya es crueldad contigo misma.

Plac. De mi honor y valor es justa deuda.

Sig.

Sig. Concédeme tu mano, y sé felice.
Plac. Lo seré solo mientras te aborrezca.
Sig. ¡Qué tiranía!
Plac. Si hablas de la tuya,
preciso es que á tí mismo te estremezca.
Sig. ¡O cielo santo! mi interior conoces.
Plac. No al cielo nombres, teme que se ofenda
de que quieras traerlo por testigo
de las maldades que en tu pecho encierras.
Sig. Al tiempo apelo para que te mude.
Plac. Antes habrá mudanza en la carrera
del sol y de la luna, pues quien tiene
de continuo á la vista las ofensas
de tu sangrienta mano, solo puede
hallar alivio y mitigar su pena,
quando vea tu cuerpo devorado,
y hecho pasto comun de aves y fieras. *Vase.*
Sig. Placidia hermosa::- Placidia abominable::-
si tú supieras bien lo que me cuesta
el fingir un amor que es tan opuesto
á los rencores que mi pecho hospeda::-
¡con quanta mas razon me despreciaras!
¡con quanta mas razon me aborrecieras!
Pero tú has de ser mia, que conviene
para hacerle á tu hermano mayor guerra;
y si el falaz halago no te rinde,
á tu pesar te rendirá la fuerza. *Vase.*

Constancio y Próspero.

Prós. Constancio generoso, el valor tuyo
temor me causa, viendo que te empeña
en una accion, que es fuerza que repruebe
del

del cruel Sigerico la entereza.
Prohibido te tiene que á palacio,
hasta que quiera concederte audiencia
puedas venir, y tú contra su órden
vienes á procurar te la conceda.

Cons. Las órdenes de Honorio me estimulan
á que activo procure me conceda
Sigerico la audiencia que retrasa.
Yo he de solicitarla, que no fuera
decoroso al caracter que me ilustra,
dexar de practicar las diligencias
mas eficaces para el fin propuesto,
despreciando el disgusto que rezelas.

Pros. Lo entiendo así, Constancio, y mi rezelo
no es un baxo temor quien le fomenta,
sino un temor prudente, que se funda
en la ferocidad que al Rey gobierna.

Sale Aluro.

Alur. ¡Qué es esto! ¡como así te determinas
á faltar á una órden tan expresa
de mi Rey Sigerico! !Tú en palacio!

Cons. Confieso que quebranto su órden régia.
en la parte menor: vengo á palacio,
pero no es á ponerme en su presencia.
Vengo solo en tu busca; y pues te encuentro,
me volveré quando mi intento sepas.

Alur. Dile que ya te escucho.

Cons. Pues tú eres
el Capitan que me intimó estuviera
sin presentarme al Rey por órden suya,
hasta que guste concederme audiencia,

le

le dirás en mi nombre: que Constancio
á Honorio en Barcelona representa
como Embaxador suyo; que hace dias
que en esta Corte suya tomó tierra:
que traxo pocas naves y soldados
porque vino de paz: que le molesta
por el honor de Roma, y porque viene
de órden de Honorio, que en el orbe impera,
que retrase imponerse de la causa
que le conduce, dándole respuesta:
que si quiere seguir en su desprecio,
sabrá vengar Honorio sus ofensas,
y hará Constancio que sus fuertes naves
surquen el mar, y al ayre dén sus velas,
volviéndose á las Galias, sin que ahora
de su embaxada la ocasion entienda:
y dirás finalmente á Sigerico,
que si el saberla ó no no le interesa,
mi Emperador hará que le interese
poniendo de esta playa en las arenas
las Legiones que mando, é impacientes
mi regreso y mis órdenes esperan.

Alur. Por no sufrir prudente ese desayre,
que vivamente pintas y exâgeras,
sufrirás segun creo otros mas fuertes
quando mi Rey se entere de tus quejas.
Cumpliré con tu encargo, pero teme
su justa indignacion.

Cons. Nada hay que tema.
Vamos, Próspero amigo. ¡O mi Placida!
sino te libro, de vivir me pesa. *Vase.*

Alur.

Alur. ¡O Romanos soberbios! en vosotros
es siempre la altivez naturaleza,
y no quereis creer que vuestro imperio
á su exterminio universal se acerca.
Voy á ver á mi Rey. *en accion de irse.*

Sale Lucrecia.

Luc. ¡Aluro noble!
en tu busca venia.

Alur. ¿Qué me ordenas?
pues por tu sexô y clase estoy dispuesto
á servirte puntual, bella Lucrecia.

Luc. Yo no puedo mandarte: solo aspiro
á ofrecerte motivos en que puedas
exercitar los tiernos sentimientos
de gratitud que como noble hospedas.

Alur. Explícate mas claro, y pues te dixe
que á complacerte encontrarás dispuesta
siempre mi voluntad, serás servida
al punto que tus órdenes entienda.

Luc. Tú que eres español, y que has servido
al difunto Ataulfo en paz y en guerra
con tal fidelidad, con valor tanto,
que te puso en el cargo en que te observas,
justo es que á su infeliz y triste viuda
algun servicio en su dolor la ofrezcas.

Alur. Justo es Lucrecia; pero si procuras
que yo la vengue con traicion horrenda
(pues el misterio tuyo me intimida)
de mi Rey, que es la causa de sus penas,
no te podré servir, que ya es Rey mio;
ya le juré fidelidad eterna:

soy

soy español ; y mi nacion valiente
guarda sus votos con la fé mas ciega.
Luc. No vengo á proponerte tal delito,
solo quiero que alivies á tu Reyna
con que á Constancio, General Romano,
conduzcas esta noche hasta la puerta
de los jardines, porque mi señora
su pesar templará con su presencia.
Le esperarás despues hasta que salga,
y encargando á tu pecho la reserva
de este secreto, habrémos conseguido
yo complacer leal á mi Princesa,
tú ser el instrumento de su alivio,
y Placidia el alivio en su tormenta.
Alur. Servirte te ofrecí y he de cumplirlo,
pues aunque sé que arriesgo mi cabeza
si Sigerico entiende que al Romano
he conducido á que á Placidia vea,
desprecio por la causa mi peligro,
que es muy noble la causa que á él me lleva.
Luc. Yo por la Reyna gracias te tributo.
Alur. Cree que me intereso en complacerla.
Luc. A Dios Aluro.
Alur. A Dios, Lucrecia hermosa :
y asegura á Placidia de mi oferta. *Vanse.*

Walia y Teodoredo.

Wal. Ya ha llegado la hora señalada
para el Consejo, en que el Monarca intenta
proponernos á todos un arcano,
que segun dice á todos interesa.
Teod. Y tambien á Constancio, á lo que entiendo,
tie-

tiene resuelto conceder audiencia,
pues acaba Bernulfo de decirme
que ya ha mandado que á palacio venga.

Wal. Ya viene Sigerico.

Teod. Por su boca
saldrémos de las dudas que nos cercan.

Guardia Goda, Bernulfo, Aluro, y Sigerico.

Sig. ¿Así se atrevió á hablar ese soberbio?

Alur. Si Señor, y por mas que á mí me pesa
de disgustarte, cumplo como debo
en darte de sus voces puntual cuenta.

Sig. Sintiera no lo hicieses; y á saberlo,
antes de haber mandado que á mi audiencia
se presentase, le hubiera castigado
con retrasarle mas que la obtuviera.

Ber. Mas castigo será si concedida,
nuevamente, Señor, hoy se la niegas
sin darle causa alguna.

Sig. Muy bien dices;
tu consejo mi gusto lisonjea.
Vete Bernulfo, dile á ese Romano,
aunque en palacio esté, que de él se vuelva
á esperar mis decretos, hasta el dia
que le mande venir á mi presencia.

Ber. A obedecerte voy.

Wal. Antes que vaya
oidme á mí, Señor.

Sig. Bernulfo, espera.
¿Qué tienes que decir?

Wal. Que los consejos
no son mejores quando lisonjean.

Que

Que si el Romano (segun he comprehendido)
os ofendió tal vez por la impaciencia
de que no hayais oido su embaxada;
al desayrarle sin castigo queda,
pues siendo Embaxador, es voz de Honorio,
y es Honorio tan solo á quien desprecias.
A un Rey, otro Rey solo ofender puede,
porque disfruta la elevacion mesma:
y si el Rey de los Godos en España
de un vasallo Romano así se venga,
hará público al orbe al efectuarlo
que sostener no sabe su grandeza.

Teod. y Alur. Bien dices Walia.

Sig. Apruebo su dictamen.
Este aplauso que logra me molesta. *Aparte.*

Ber. En todo se me opone. *Aparte.*

Sig. Oiré al Romano;
y despues que escucheis lo que reserva
mi corazon en beneficio vuestro,
veré como mis Godos me aconsejan.

Ocupa el trono, y se sientan los quatro.

Mi trono ocupo, aproxîmad vosotros
para oirme, las sillas que le cercan.
Retírese la guardia, y el Romano
espere para entrar mi órden expresa. *Se vá la guardia.*
El político Rey que sus proyectos
pretende manejar sin contingencia,
debe pesar escrupulosamente
el verdadero estado de sus fuerzas.
Yo quiero, como el pueblo y mis soldados,
hacer á Roma continuada guerra;

pero me hallo sin tropas suficientes
para poder con ánimo emprenderla.
Las gloriosas batallas de Alarico::-
las que ganó Ataulfo tan sangrientas::-
llenaron de esplendor al nombre godo,
pero á mí me dexaron sin defensa.
Yo quiero que mis Godos sobre Roma,
y sobre el mundo su dominio extiendan,
y para conseguirlo, hacer pretendo
un sacrificio que es de mi amor prueba.
Honorio está de mí muy ofendido:
tiene en las Galias tropas muy expertas;
y todas baxo el mando de Constancio,
que es un Caudillo que en la suerte impera.
Para ofuscar á Honorio, y que me dexe
tiempo de rehacer mis tropas diestras,
solo encuentro un arbitrio, aunque mi pecho
fuerza es que al abrazarle se estremezca.
Casaré con Placidia á pesar mio,
sofocaré de Honorio las querellas,
haré una paz fingida, que muy breve
en guerra declarada se convierta,
pues pienso dure aquella solo el tiempo
que necesite yo para romperla.
Arrojaré á Placidia de mi lecho:
abatiré de Roma la soberbia,
y haré conozca el mundo que he sabido
vencer con el ardid y con la fuerza,
pues las almenas de la altiva Roma
veré postradas á mis plantas régias.
Mio será el laurel, vuestra la gloria,

y consiguiendo todos recompensa,
serán los dones de mi franca mano
los que sepan pagar vuestras proezas.
Dixe ya, y pues oisteis mi dictamen,
explicarme los vuestros sin reserva.
Así conoceré las intenciones
de los mismos que temo, y me rodean. *Ap.*
Habla Walia.

Wal. Señor, pues te he escuchado,
te diré mi sentir como lo ordenas.
En resolver casaros con Placidia
os haceis á vos mismo una violencia
por el interes nuestro, y á nosotros
solo vuestra quietud nos interesa.
Como jamas cursé, ni cursar quiero
la delinqüente y pavorosa senda
de la ficcion, confieso me horroriza
el que vos resolvais andar por ella.
Os casareis, y adormecido Honorio
á otras conquistas llevará sus fuerzas:
creerá vuestra amistad, juntareis tropas,
entrareis invencible haciendo guerra
por el Imperio, y la soberbia Roma
baxará de señora á esclava vuestra.
Todo lo doy por hecho, pero luego
¿á la futura edad que nombre os queda?
¿la historia que dirá de vuestros hechos?
dirá que fuisteis centro de cautelas;
que abrigasteis engaños, y robasteis
por viles medios la Imperial Diadema.
Confundirá, Señor, el nombre vuestro:

 vues-

vuestra gloria, Señor, se verá llena
de sombras melancólicas y tristes,
que la afeen, la empañen, y obscurezcan,
siendo transcendental vuestra deshonra
á quantos te sigamos en la empresa.
La espada y lanza son caminos nobles:
del valor nuestro tienes experiencia:
fia de nuestro brio tus proyectos;
y verás conseguidas tus ideas.

Sig. Di Teodoredo.

Teod. Yo, Señor, te digo,
que los trofeos que al valor se niegan
no suelen conseguirlos los ardides,
que solo sirven de causar vergüenza.
Confia de nosotros, y concibe
que el valor godo no halla resistencia.

Sig. Di tú, Aluro.

Alur. Yo añado solamente,
que Alarico abatió las fuertes puertas
de Roma, y devastó sus altos muros:
y que nosotros siempre que lo emprendas
repetiremos al primer asalto,
con honor nuestro, tan gloriosa escena.

Sig. Bernulfo, dá tu voto.

Ber. El que os han dado
caudillos tan prudentes me disuena.
Si á Placidia, Señor, no dais la mano,
veremos por forzosa conseqüencia
sobre nosotros al poder de Roma.
Si os casais con Placidia, Honorio queda
satisfecho del todo, y muy en breve

á sus dominios llevareis la guerra,
logrando la ventaja incomparable
de que los pueblos vuestros no la sientan.
Querer romper con Roma despechados,
es querer procurar la ruina nuestra;
y ofuscar con las paces al Romano
es usar de política discreta.
Vos os venceis á vos solo en casaros,
porque vuestros vasallos se ennoblezcan
con triunfos y laureles repetidos:
justo será tambien que ellos se venzan
á daros gusto, y que en la paz fingida,
aunque á todos les pese, se convengan.
Si entran en boda y paces disgustados,
tambien os mortifican al hacerlas,
y pues Rey sois, y os sujetais por ellos,
sujétense por vos aunque no quieran;
que aquel que os aconseje lo contrario,
de mal vasallo dá evidentes pruebas.

Wal. Mal vasallo será tan solamente
quien á su Rey hirió: quien lisonjea
con vil adulacion: y quien, si ahora
por el medio falaz de la cautela
elevarse pretende, tal vez puede
que á nuevo Rey medite traicion nueva.

Ber. Como me insultas::-

Wal. Mucho mas merece
la traicion que es en tí naturaleza.

Sig. Baste ya, que de oiros irritado,
admiracion me causa mi paciencia.

Todos. Señor::-

Sig. Nada digais, no he de escucharos:
que pues compruebo aquí que será fuerza
que consulte conmigo mis proyectos,
sin oiros haré lo que convenga.
Entre el Romano: venga esa Placidia:
abra la guardia del salon las puertas:
oiga el pueblo y la tropa la embaxada,
y entérense tambien de mi respuesta.

Vanse, Teodoredo por el Romano: Aluro por Placidia: entra la Guardia y abre las puertas interiores del salon, por las que se descubre algun pueblo.

Esta uniformidad de pareceres *Aparte.*
que entre los nobles á mi pesar reyna
me dá que sospechar: víctimas tristes
serán de mis enconos sus cabezas.
Todos. Largas edades viva Sigerico.
Ber. Yo vengaré en Walia mis afrentas. *Aparte.*

Salen por la izquierda Aluro, Placidia, y Lucrecia, y por la derecha Teodoredo y Constancio. La Guardia ha quitado las sillas que rodeaban el trono.

Alur. Aquí está á vuestras órdenes Placidia.
Teod. Ya está el Embaxador á tu presencia.
Sig. A la hermosa Placidia dad asiento,
porque respeto justamente en ella
la viuda de un Monarca.
Plac. Ya le ocupo,
y solo espero que mis males crezcan.

Sig. Romano, toma el tuyo.
Cons. Lo executo
para darte de Honorio justas quejas:
y despues que concluya con las suyas
produciré las mias.
Sig. No pretendas
hablarme de las tuyas: las de Honorio
merecerán tan solo mi respuesta.
Cons. Si de ser justo Rey haces alarde,
debes oirlas, y satisfacerlas.
Honorio, cuyo pecho generoso
os tiene dadas convincentes pruebas
de su benignidad, casó á su hermana
con Ataulfo, honrándole con ella.
Creyó mi Emperador que el lazo amable
de esta union, para todos tan estrecha,
haria que el Rey Godo y sus vasallos
respetaran atentos su diadema.
Debió creerlo así, porque quien tiene
los sentimientos nobles que él hospeda,
no entiende que haya corazon alguno
en que viva de asiento la cautela.
Luego que vuestro Rey logró la dicha
de unirse de Placidia á la belleza,
olvidó delinqüente el beneficio,
y declaró al Imperio injusta guerra.
Presentásteis batallas repetidas,
y en todas fuisteis míseras pavesas
del ardor de las tropas del Imperio,
pero el encono os añadia fuerzas.
Volviais á buscarnos, y quedabais

sin honra, y derrotados de manera
que temiendo Ataulfo nuestra ruina
pidió á Honorio la paz; y aunque pudiera
este arrancarle la corona y cetro,
noble, y piadoso vino en concederla.
¿Pero de qué sirvió? de que irritados
dieseis á vuestro Rey muerte sangrienta;
y de que trascendiese el ódio vuestro
á que sus tiernos hijos la sufrieran.
¡O crimen detestable! todo el orbe
pide satisfaccion á tanta ofensa,
y á Honorio, que por mí la solicita,
se la debeis dar todos muy completa.
En este estado ansioso de lograrla,
y de que sangre humana no se vierta,
te intima, Sigerico, que me entregues
á su infeliz hermana, porque tenga
baxo su régio amparo el dulce asilo
que tanto necesita en tantas penas.
Y dice finalmente, que si ciego
demanda que es tan justa se la niegas,
confiando á mi órden sus Legiones,
hará que muy en breve te arrepientas,
pues la corona que ciñó Ataulfo,
y teñida en su sangre en tí se observa,
baxará á ser tapete de sus plantas
quitándotela yo de la cabeza.
Esto te dice Honorio, y yo te digo,
pues me resuelvo á declarar mi queja,
que en no prestarme audiencia en tantos dias
has ultrajado al que atender debieras.

De Honorio y de Constancio ya has oido
los deseos y agravios: ahora piensa
en el partido que te conviniere;
pero medita bien quando resuelvas,
que yo soy eco de la voz de Honorio,
y que su voz dominará á tu estrella.

Sig. Admírete Constancio el valor mio,
pues es de mi valor la mayor prueba
el haberte escuchado, conteniendo
de mi enojo y mi agravio la violencia.
La frase de tu queja no me ofende,
que frases de un vasallo, quando llegan
á dirigirse al trono, en la distancia
que tienen que vencer pierden su fuerza;
y seria ultrajarme en mi decoro
si yo me diese por sentido de ellas.
A Honorio que te envia, y me declara,
si no cobra á Placidia, cruel guerra,
en respuesta dirás, que ponga en arma
á quantas gentes su poder gobierna:
que venga por su hermana; y que conciba
que en vez de conseguir su vana empresa,
conseguirá mirarse derrotado,
y añadir glorias á mi fama eterna.

Cons. Cómo á mi Emperador::- *levantándose los dos.*

Plac. Dexa, Constancio,
que yo dé á este tirano la respuesta.
¿Soy yo libre, ó esclava, dime injusto?
¡Nací yo acaso para verme opresa
baxo de tu despótico alvedrio,
siendo juguete vil de tu protervia!

¡Tu

¡Tu corazon, nacido á ser verdugo
del amor, la virtud y la inocencia,
no está saciado ya con tantas muertes,
sin imponerme un yugo que me afrenta!
¡Que dominio te han dado á tí los cielos::-
que poder te dió en mí naturaleza::-
para que recreándote en mi ultraje,
exercites en él tu sutileza!
¿Mas para que me canso en argüirte,
quando es mas facil trastornar la tierra,
que conseguir se ablande el pecho tuyo,
que es fragua en que se funden las fierezas?
Godos mios, vasallos que algun dia
me honrabais con el título de Reyna::-
ya no Reyna, sí viuda desvalida,
mi alivio espero de vuestra clemencia.
Si vuestros corazones son humanos,
mis amarguras no serán eternas;
que en pechos generosos y guerreros,
la tiranía siempre fué extrangera.
Por vuestro auxîlio clamo, en vuestras manos
dexo mi suerte próspera ó adversa:
y si vosotros me quereis esclava,
esclava quiero ser, esclava muera.

Pueb. Goce la libertad que solicita:
á Roma, como pide, libre vuelva.

Sig. ¡O pueblo abominable! ¡monstruo aleve!
¡como así mis decretos no respetas! { *descen-*
pero yo haré::- *Aparte.* { *diendo.*

Wal. Señor, que te aventuras
si con tu irritacion al pueblo alteras.

Sig.

Sig. Dices bien.
Cons. ¿Qué respondes finalmente?
Sig. Que yo haré en todo lo que mas convenga
al interes comun de ambas Coronas:
y que mientras te dicto mi respuesta,
no vengas á palacio: y tú, Señora,
es justo que en tu quarto te mantengas
sin que te vea el pueblo, que no quiero
que otra vez con tus voces le conmuevas.
Cons. ¡Arrestada Placidia!
Sig. No arrestada,
sí detenida, porque así lo ordena
Sigerico su Rey.
Plac. No eres Rey mio;
mas con todo se humilla mi grandeza
á obedecerte, porque el noble pueblo
que generoso su favor me presta,
no sufra los rigores que concibo
está fraguando tu feroz idea. *Vase.*
Cons. ¡No sé como tolero sus ultrajes! *Aparte.*
Sig. ¡No sé como reprimo mi fiereza! *Aparte.*
Retírate.
Cons. Lo haré; pero te advierto
que Honorio pide, que Constancio espera,
que el pueblo se interesa por Placidia,
y que de Roma mando yo las fuerzas. *Vase.*
Sig. De Honorio, de Constancio, de Placidia, *ap.*
del pueblo, y de los nobles que me cercan,
sabré tomar venganza, y en su sangre
quedarán apagadas mis sospechas.
Vase con todos.

ACTO SEGUNDO.

Salon corto.

Sigerico y Walia por opuesto lado.

Sig. ¿Walia?
Wal. Ya, Señor, á tu presencia
ansioso me conduce tu precepto.
Sig. ¿Eres mi amigo?
Wal. Soy vasallo tuyo.
Sig. ¿Me estimas?
Wal. Como á Rey te reverencio.
Sig. ¿Me prestarás tu auxîlio?
Wal. Con mi brazo
puedes contar, Señor, en todo empeño.
Sig. Tu brazo es invencible: el pecho tuyo
siempre de lealtad es noble centro:
tu valor le reservo á la campaña;
pero en la paz mi amigo te pretendo.
Honorio quiere retirar á Roma
á su hermana Placidia: yo comprendo,
por mas que disimule, sus ideas,
que se dirigen al perjuicio nuestro,
pues luego que la tenga en poder suyo,
pondrá en arma las fuerzas del Imperio,
siendo el llanto continuo de Placidia
quien le afiance mas en sus intentos.
Tenerla por violencia en poder mio

es

es añadir estímulo á su anhelo;
y acceder al partido de entregarla
es quedarme, y dexaros indefensos.
El Pueblo está de parte de Placidia,
pero quiere la guerra al mismo tiempo;
y de las fuerzas nuestras, y de Roma
no hace, como debiera, fiel cotejo.
En este estado clamo por tu auxîlio
para que tú, político, y discreto,
persuadas á Placidia á que se venza
á volver á ocupar su Trono Regio
uniéndose conmigo, y que consigas
contener en sus límites al Pueblo
haciendo que en las paces se convenga,
y en este enlace, que es de hacerlas medio.
Todo esto fio del afecto tuyo,
y por tí conseguirlo me prometo.

Wal. Si el corazon de Walia capaz fuese
de un espíritu doble, y lisonjero,
agradecido á tanta confianza
tomará sobre sí tan arduo empeño.
¿Cómo quereis, Señor, que se trastorne
de la triste Placidia el mal acervo,
pasando á ser amor el que es encono,
pasando á ser alhago el que es despecho?
El odio en la muger siempre es terrible:
odio, y agravios en Placidia observo;
y mas facil que hacer os dé su mano
concibo sea desplomar los Cielos.
Que el Pueblo pide guerra es evidente:
que es indomable, bien podeis saberlo:

que quiere que Placidia á Roma vuelva,
no lo ignorais; y quiere con acierto.
No puedo retraerme del dictamen
que os tengo dado ya: tampoco puedo
dexaros de decir, que os alucinan
pareceres errados, y siniestros
de los que piensan solo en adularos,
tal vez interesándose en perderos.
Considerad, Señor, que si yo os hablo
con entereza tal, es porque anhelo
á que os hagais amado del vasallo,
y á que os hagais temido del Imperio.
Vaya libre Placidia: vea Honorio
que nunca necesita el valor nuestro,
de tales reenes contra el poder suyo,
que así á nuestro valor das valor nuevo.
Así verás al Pueblo complacido:
así no ofendes tu decoro Regio
casándote violento con Placidia;
y así quando el Romano tenga aliento
de descubrir su idea (si qual temes
es hacerte la guerra) pelearémos
todos en tu defensa tan osados,
y buscando en tu honor el mayor riesgo,
que de Roma las Aguilas altivas
á tus pies baxen á abatir su vuelo.

Sig. Esto es volverte á tu primer dictamen,
negándote á ayudarme en mis proyectos.

Wal. ¿Y no fuera peor que os engañase?

Sig. ¡Cómo engañarme!

Wal. Como juzgo cierto

que

que Placidia no admita vuestra mano
aunque Reyna la hagais del Universo;
y como que me consta que es un mostruo
una vez desvocado nuestro Pueblo,
que al que quiere tirarle de la rienda
le precipita destrozando el freno.

Sig. Retirate, que no te necesito.

Wal. Tu desagrado en tu semblante leo:
yo aconsejo leal: el Cielo quiera,
que no yerres, Señor, en tus consejos. *Vase.*

Sig. Todo el que como yo ha subido al Trono,
en dudas, y temores vive envuelto.
¡Oh, que sombras me asaltan! ¡que borrasca
que corre el corazon dentro del pecho!
Si detengo á Placidia con violencia,
puede oponerse la Nobleza, y Pueblo;
y si quiero valerme de la fuerza,
el Cetro, la Corona, y vida arriesgo.
Vamos, pues, á seguir en mis engaños:
veamos á Placidia, y procuremos
demostrarla un amor tambien fingido,
que pueda en su interior quedar impreso.
Ella es muger hermosa, y aunque ostenta
que me mira con odio el mas violento,
si me presta el oido, y mi amor cree,
puede mucho un amor que ofrece un Reyno.
Y finalmente si ella es inflexîble,
y mis gentes repugnan mis Decretos,
quien debe la Corona al regicidio
deba su subsistencia al ser sangriento. *En accion de irse.*

Sa-

Sale Bernulfo.

Bern. Espérate, Señor.
Sig. ¿Pues que te mueve
á buscarme, Bernulfo?
Bern. Estáme atento:
Al salir hoy Constancio de la Audiencia
vi que Aluro, Señor, le iba siguiendo,
y que hablándole á parte, del concurso
le separó, indicando gran misterio.
Fuí observando sus pasos cauteloso:
noté que hablaron ambos con secreto;
y advertí en las acciones de Constancio
señales ciertas de agradecimiento.
Despues de largo rato se apartaron,
y oí que al despedirse se dixeron,
hasta la noche; cuya expresion dicta
que maquinan los dos algun proyecto.
Ya te he dado el aviso: de tu parte
está mandar zelar sus movimientos.
Sig. Tú los has de zelar, que de este modo
tu lealtad, y aviso te agradezco.
Al punto que la noche extienda el manto,
para cubrir la tierra con su velo,
con algunos leales confidentes
rondarás el Palacio; y te prevengo,
que si Aluro, y Constancio se dirigen
á entrar en él, validos del silencio,
observes en que quarto se introducen,
dándome aviso quando ya estén dentro:
pues si intentaren contra el orden mio
ver á Placiadia, juro por los cielos,

que

que será mi venganza tan sangrienta,
que tiemble de saberla el Universo.
Esto fio de tí: tengo experiencia
de que sabes cumplir lo que te ordeno.
Bern. Tu confianza aprecio: yo te afirmo
que no se ocultarán á mi desvelo.
Sig. Ni el mio cesará mientras tú vivas. *Ap.*
sírveme tú, que yo te daré el premio. *Vase.*
Bern. De Sigerico gozo la privanza,
pero no me aseguro en mis rezelos.
Traidor fuí por servile, y ya en el Trono
fuerza es me mire con oculto tedio.
Yo le adulo, y le sirvo temeroso:
él me antepone á todos en su aprecio;
pero esta estimacion tan aparente
juzgo que encubre su interior veneno:
mi vida está pendiente de su encono:
veo que le aborrece todo el Reyno:
fomentaré del Pueblo las ideas;
y por vivir, le mataré, si puedo. *Vase.*

Salon hermoso, que se divide por medio de unas verjas que cruzarán el Teatro de un Jardin ameno en que habrá una fuente. La puerta de la verja aparece cerrada; pero deberá abrirse á su tiempo. La escena es obscura. Salen Placidia, y Lucrecia: esta saca dos luces.

Plac. Dexa Lucrecia mia
que de mi mal acervo
la contínua memoria
destroce el corazon acá en su seno;
y dexa que mudando
en encono el lamento,

el que hasta aquí fué llanto,
desde hoy en adelante sea incendio.
No extrañes que me acuerde
del venturoso tiempo
en que de esos Jardines
eran mis hijos seis claveles tiernos.
No extrañes que irritada
con tan dulce recuerdo,
en vez de verter llanto,
contra el tirano arroje vituperios.
Esta inhumana fiera,
este monstruo protervo,
en mis hijos, y esposo
sació en un dia su voraz deseo.
¡Cómo no llueve rayos
contra su vida el Cielo!
¡Cómo la tierra sufre
de sus delitos el enorme peso!
¿Ves tú mis infortunios?
¿Ves los tristes sucesos
de mi cansada vida?
pues mayores aún me los prometo.

Luc. ¡Mayores!

Plac. Sí, mayores.
Sigerico::::- ¡Yo tiemblo
al pronunciar su nombre!
reserva para mi nuevos tormentos.
¡Creerás que este hombre impío
tuvo el atrevimiento
de decirme, que me ama,
y que me brinda con su mano, y cetro!
Pues si esto sabes, juzga,

que con justicia temo,
no el riesgo de la muerte,
sí de mi deshonor el vil intento.
En oponerse osado
á que goce el consuelo
de vivir con Honorio,
algun atroz insulto estoy leyendo.
Tú mi valor conoces:
yo su interior comprehendo:
si mi ultrage resuelve,
vengaré mis ultrages en su pecho.
Vivo en el mio exîste
Ataulfo, y espero
que con su noble auxîlio
lograré su venganza, y mi trofeo.

Luc. No, Señora, te aumentes
con esos pensamientos
los males que te agitan,
las tragedias que lloro, y compadezco.
Justo es que dés entrada,
Señora, á algun consuelo,
pues ya por aliviarte
te le ha proporcionado mi deseo.

Plac. ¡Consuelo! no le aguardo
sino de mi despecho.
Mi venganza me ocupa,
y en conseguirla solamente pienso.

Luc. Aluro generoso,
movido de mis ruegos,
conducirá á Constancio
á que te hable esta noche en tu aposento.

Plac. ¡Qué dices! ¡Más que hiciste!

los dos están expuestos,
que sus vidas peligran,
como llegue ese bárbaro á entenderlo.

Luc. Algo ha de aventurarse,
que los justos intentos
llevan en sí el apoyo
de declararse en su favor el Cielo.
Vendrán, Señora mia,
y el envidiable esfuerzo
del General Romano
sabrá fortalecer tu noble aliento. *Sig. en observacion al bastidor.*

Sig. Comprobé la noticia. *Aparte.*

Plac. Lucrecia, pagar debo
el bien que me procuras,
pues todos mis alivios de tí espero. *cogiéndola de las manos con demostracion de grat.*

Sale Sigerico.

Sig. Feliz anuncio de venturas ciertas,
es, Señora, la accion en que os encuentro:
permitidme que anime mi esperanza,
pues miro vuestro rostro mas sereno.

Plac. Si esa esperanza (¡ay triste!) es producida
de las muchas finezas que os merezco,
bien podeis animarla en el seguro
de que procuraré daros el premio.

Sig. Retírate, Lucrecia.

Plac. No me dexes.

Sig. No te retires, que en su gusto vengo.

Plac. Me teneis dadas pruebas muy sublimes
del bien que me anhelais, y os agradezco.

Sig. Razon será, Señora, que se venza
contra mi vida vuestro injusto ceño:
si matarme quereis, ya estoy herido;

de

de vuestros labios pende el quedar muerto.
No os pido que atendais al amor mio
porque sea, qual es, el mas sincero,
sino porque alivieis vuestras fatigas,
y os vengueis con hacerme prisionero.
¿Devolveros un trono::::- presentaros
con un corazon puro todo un Reyno:::-
¿es acaso pensar en vuestra ofensa?
¿es acaso, Señora, aborreceros?
Si á las desgracias que por libertaros
ocasioné se hallara algun remedio,
me veriais solícito buscarle,
y derramar mi sangre en vuestro obsequio.
Vuestro hermano pretende cariñoso,
que volvais á ilustrar el patrio suelo;
pero esta pretension me atemoriza,
porque es dexar sin luz este emisferio.
¿Vivirá Sigerico en vuestra ausencia?
Solo el nombrarla me destroza el pecho.
No Placidia, mi bien, no vuestro encono
me atropelle veloz al mausoleo.

Plac. Sirena racional, que con tu canto
quieres adormecer mi sentimiento:::-
¡no ves que es una empresa inasequible
transformar en amor un odio interno!
¡No consideras, que será mas facil
que se trastorne el orden de los tiempos,
y que niegue la tierra sus productos,
que el que Placidia te ame! ¡de ira tiemblo!
¡Amarte! ¡qué es amarte! A ser posible
reducir á un bocado el odio entero
que encierran en su pecho los mortales

contra tí, me sirviera de alimento.

Sig. Ese implacable odio, esa ojeriza
que me teneis, Señora, y yo lamento,
no se funda en principios de justicia,
y es muy opuesta á vuestro amable genio.
Os ofendı, es verdad; pero en tal acto
vuestra vida compré á tan alto precio:
olvidad mis ofensas, pues por ellas
vivis vos, y por vos vivo muriendo.
Yo confieso mi crimen humillado:
á vuestras plantas rindo quanto puedo:
mi humillacion consiga, que aplacada
me acordeis el indulto que apetezco.
El corazon magnánimo no admite
de la venganza el baxo sentimiento,
y en viendo al ofensor arrepentido,
se convierte en piedad su justo ceño.
Arrepentido estoy, y pesaroso
solicito qual veis satisfaceros,
y volviéndoos el Trono que ocupasteis,
veis que le ocupo porque sea vuestro.
Yo no puedo hacer mas para agradaros:
á vuestro bien, Señora, convenceros:
reyne la dulce paz en nuestras almas,
y sea yo feliz por vuestro acento.

Plac. Fecundo ingenio de especiosas frases:::-
copioso archivo de mentidos ecos:::-
monte vestido de olorosas flores,
y preñado de bárbaros incendios:::-
¡De quien:::- (dime cruel) has aprendido
un modo tan sutil, tan raro medio
de combatir, á un alma que flutúa

en el amargo mar de sus tormetos?
Si el cielo está notando sus acciones
admirado de ver tus torpes hechos:::-
¿como quieres que pueda perdonarlos
quien de continuo los está sintiendo?
Ese exterior humilde que presentas
con aparente abominable aspecto,
es una nube vil encubridora
de la inhumanidad de que eres centro.
Tuya me quieres para hacerme esclava:
para ultrajarme mas me das el Reyno;
y quieres con la viuda de Ataulfo
hacer infame ensayo de improperios.
Para este fin te humillas : este solo
es de tu corazon el noble intento:
es propio tuyo ; pero mi constancia
triunfará de tus bárbaros proyectos.
La viuda de tu Rey:::- aquella misma
de quien obedeciste los Decretos:::-
la que te debe á tí sus infortunios
¡unirse á tí! apártate sangriento:
dexa esta habitacion : huye á la tuya;
y sabe , porque ceses en tu empeño,
que primero que darte yo mi mano,
daré á mis labios un mortal veneno.
Sig. Mucho ultrajais , Señora , mi decoro.
Leed la Historia , y hallareis exemplos
de haberse convertido en ira extrema
por los ultrages , el amor mas tierno.
Vuestro Rey soy , y os hablo enamorado:
vos me ofendeis , y en mi poder os tengo:
temed lo que yo puedo , si me irrito,

y culparos á vos, si mi amor trueco.
¡O desdichada! te se acerca el plazo (*Ap.y vas.*
de sufrir el mayor abatimiento.

Luc. Señora ¡que combates os esperan!

Plac. Lucrecia mia, no sus iras temo:
venga la muerte, que la muerte es dulce
á quien debe estimarla por remedio.

Luc. Tus alivios aguarda de Constancio,
que ya no tardará.

Plac. Pues te prevengo
que apagues esas luces, por si acaso
alguno le distingue á su reflexo:
quédate tú á esperarle, y darme aviso
quando esté en esta sala, pues resuelvo
hablarle en ella, porque esté inmediato
si ocurre novedad á salir luego.

Luc. Te obedeceré en todo.

Plac. Cielos justos,
franqueadme alivio, ó dadme sufrimiento. *Vas.*

Luc. Obedezco á Placidia, y aquí aguardo
Apaga las luces.
á que venga Constancio: ¡quánto siento
el peligro de Aluro por mi causa!
y quanto mas se acerca, mas le temo.
Me parece que tardan, y quisiera
que no hubieran tenido atrevimiento
de entrar en los Jardines. ¡Mas que digo!

Se dexan ver en el fondo del Teatro Constancio, Aluro, y Próspero.

¡Como es posible en su envidiable esfuerzo!
Acércome á la reja: allí diviso,
si acaso no me engaña mi rezelo,

tres

tres bultos: ¡quién serán! pues á Constancio
con Aluro tan solamente espero!

Alur. Es acaso Lucrecia?

Luc. Sí es, Aluro;
pero dime ¿quien es ese tercero
que os acompaña?

Alur. Próspero el Romano,
y no es pequeño auxîlio el de su acero.

Luc. No os detengais, entrad.
Alur. Seguidme, amigos.
Const. Adonde está Placidia?
Luc. Vendrá luego,

Abriendo la reja, y entrando los tres.

que ahora voy a avisarla. Pero dime,
Aluro valeroso: ¿estás resuelto
á mantenerte aquí, ó á salir vuelves
á esperar á Constancio?

Alur. Yo no debo,
pues en el riesgo estoy con mis amigos,
dexar á mis amigos en el riesgo.
Ademas, que me haria reparable
como aguardar me viesen largo tiempo
fuera de los Jardines, los malvados
que su bien labran con el daño ageno.
Por no tener reparo en nuestra entrada,
y que se evite todo azar funesto
á la salida nuestra, he confiado
la Guardia del Jardin en un sugeto
de quien tengo yo pruebas muy leales,
y en quien no se aventura tal secreto:
con que en este concepto no te altere
el peligro de Aluro, y tén por cierto
que qualquiera que sufra por Placidia,

de

deberá á mi valor total desprecio.

Luc. Eres discreto, fino, y alentado:
asegurarte debes de su afecto. *Vase.*

Cons. Aluro valeroso, el favor tuyo
en el fondo de mi alma queda impreso,
pero ha de acreditarte la experiencia
qual es mi noble reconocimiento.
Yo te juro á los Cielos soberanos,
que no ha de dividir el lazo estrecho
de la fina amistad que te consagro
la variable carrera de los tiempos;
y aunque la ausencia á dominar se atreve
sobre el amor mas fino, y mas perfecto,
no ha de alcanzar dominio á pesar suyo,
sobre mi gratitud: te lo protesto.

Alur. Tu sangre ilustre, tu valor altivo,
me acreditan tus nobles sentimientos;
pero yo no hago mas en este caso
que lo que hicieras tú en igual empeño.

Const. Mas espero deberte, pues nos brindan
la ocasion, la justicia, y el silencio.

Alur. Di que quieres de mí.

Const. Que pues no ignoras
del cruel Sigerico lo sangriento,
y que Placidia se halla muy expuesta
como de su poder no la saquemos;
tú, Placidia, Lucrecia, y el Soldado
tu confidente, que de guardia has puesto,
me sigais á mis naves, porque en ellas
asegurados, su furor burlemos.

Alur. ¡Y tal propones! juzgas que es lo mismo
que yo alivie á Placidia como debo,

ex-

exponiendo mi vida, porque pueda
tratar contigo de su mal acervo::-
¡que hacer una traicion á mi Monarca!
¡Te parece, que yo, que nunca temo
el riesgo de la muerte, tendré brio
para sufrir el nombre obscuro, y negro,
de traidor á mi Rey! No así lo pienses;
y si acaso conduces á este efecto
á Próspero contigo, persuadido
á que pueda vencerme el valor vuestro
á tan injusta idea, no imagines
que sepa yo temer vuestros aceros,
pues el mio, y mi brazo son bastantes
para darme en los dos dos vencimientos.
Const. Por salvar á Placidia, y por bien tuyo,
la fuga que has oido te he propuesto:
te debo un beneficio, y te me opones:
ya te le pago, que en la idea cedo.
Esta ocasion malogro por tu causa:
no tengo acero yo contra tu pecho:
pues aunque tu constancia me maltrata,
tu lealtad aplaudo, y mas te aprecio.
Salen Placidia, y Lucrecia.
Plac. Constancio, Aluro, Próspero::- ¡ó que ins-
de tanto alivio que me ofrece el Cielo (tante
al verme entre vosotros!
Const. No es extraño
que á quien está sitiada de tormentos,
como lo estais, Señora, la parezcan
de algun valor tan débiles consuelos.
Plac. El tiempo es muy preciso, y no permite
que se extienda mi voz á agradeceros

la

la fineza que haceis: á los tres pido,
que mientras yo utilizo los momentos
hablando con Constancio, retirados
noteis si se percibe movimiento
de gentes en Palacio, pues me anuncian
mi muchos males otros mas violentos.

Retíranse los tres al fondo, y están en continuos movimientos de observacion.

Referirte, Constancio, mis desgracias
sería á mi dolor dar incremento,
y es bastante el continuo que me agita
para acabar mi vida en breve tiempo.
El amor de mi hermano, el valor tuyo
limen de mi opresion los duros hierros,
destrocen las cadenas de mi infamia,
y venguen de mi honor el menosprecio.

Const. No prosigas, Señora, en excitarme
á tomar la ventaja que apetezco,
que hasta ver satisfechas tus injurias
no podrá descansar mi ardiente zelo.
Esparcida por Roma la noticia
de tus pesares, en el fin funesto
de tu esposo, y tus hijos, fué cuchillo
que de mi Emperador taladró el pecho.
Pintarte sus lamentos, y protestas,
seria contristar tu noble afecto:
baste decir, que de Placidia el nombre
era su torcedor, y su recreo.
Vacilante en los medios de vengarte,
discursivo en los modos, y en los medios
de librar tu persona del peligro,
y de proporcionarte algun sosiego,

ni al alimento se prestaba grato,
ni con tranquilidad se daba al sueño.
Los Ciudadanos nobles, las matronas,
las legiones que rijo, el baxo pueblo,
los ancianos decrépitos, y jóvenes,
á quienes falta el varonil esfuerzo,
clamaban por venganza, y ofrecian
en tu favor sus brazos, y su aliento.
El robusto gayan, endurecido
por la intemperie del calor, y el yelo,
haciendo alarde de su fortaleza
se ofrecia al combate con denuedo.
El Soldado visoño protestaba
lidiar por tí, vencer, ó quedar muerto,
y se lisonjeaba el aguerrido
de añadir un trofeo á sus trofeos.
Finalmente, Señora, yo estoy vivo:
en arma queda ya todo el Imperio:
un premio espero luego que te libre,
y es el mayor; pero ahora le reservo.
Y aunque no le esperara, ni lograse,
por quien sois, y quien soy, juro al objeto,
cuya imagen dirige mis acciones,
y acá en mi corazon gravada tengo,
que te has de ver en Roma satisfecha,
ó he de perder mi fama, honor, y aliento.
Plac. ¡Que nueva vida das al valor mio!
En virtud de tus voces va volviendo
mi dormida esperanza del letargo
en que los infortunios la envolvieron.
¡Quanto debo, Constancio, al valor tuyo! (blo,
¡Quanto á mi hermano Honorio! ¡quánto al Pue-

y Soldados de Roma! ¡pero ay triste!
¡que no puedo pagaros lo que os debo!
Explicame, Constancio, por mi alivio
qual es el reservado, y mayor premio
que me has dicho que esperas si me libras.
No te detengas, rompe tu secreto,
que un pecho que es Archivo de congojas,
como es el de Placidia, tambien creo
que podrá ser Archivo impenetrable
del árcano mayor por su silencio.

Const. En el premio que espero está cifrada
toda la dicha mia. Mi respeto
me impide os le declare.

Plac. Yo te mando
(si ántes te lo rogué) le expliques luego.

Const. Me toca obedecerte, y no es posible
que me niegue jamas á tus preceptos.
Es el premio, Señora, que tu hermano
señala á mi valor:::-

Plac. ¡O santos cielos!
¡qué rumor se ha escuchado!

Luc. ¡Oh Reyna mia,
en gran peligro estais!

Repentino rumor de pisadas en lo interior.

Prosp. A este aposento
por todas partes veo que se acercan
luces, y gentes.

Sigue el rumor mas inmediato. En el Teatro reflexo de luces.

Const. Nada al valor nuestro
debe causar pavor. Amigos mios
al valor, y las armas apelemos.

Alur. Defenderos vosotros, si os insultan,

que

que yo si mi Rey es, armas no tengo.
Det.Sig. Tomad todos los pasos, y el que intente
huir cobarde, muera á vuestro acero.
Plac. Del tirano es la voz: corazon mio,
pues crece el mal, aumenta tus esfuerzos.

Salen por el fondo del Jardin Sigerico, Bernulfo, y Guardias con luces. Por la derecha Walia, y Guardias; y por la izquierda Teodoredo, y Guardias tambien con luces: todos á un tiempo, y con las espadas desnudas.

Sig. Seguid, Señora: Continuad, Constancio.
Leales Confidentes, ¡qué es aquesto!
no os suspenda mi vista: solamente
á autorizar vuestros contratos vengo.
Alur. Si, yo, Señor:::-
Sig. No Aluro, te disculpes:
eres mi Capitan, y es muy bien hecho,
pues yo el gusto procuro de Placidia
que á complacerla te halles tan dispuesto.
¡Qué es esto! ¡no encontrais con las palabras!
Habla, Constancio.
Const. Que decir no tengo,
que hombres como Constancio nunca saben
abultar frases, ni fingir pretextos.
Sig. Sacadme vos, Señora, de mis dudas:
llegue yo á descubrir este misterio.
Plac. ¿Qué tienes que saber, ni fatigarnos?
Todos hemos faltado á tus decretos:
la causa soy de que ellos los quebranten,
vierte mi sangre, y queden libres ellos.
Sig. Lucrecia, tú sabrás lo que me niegan?
Luc. Yo solo sé que sirvo, y que obedezco

á

á mi Reyna Placidia, y que mi vida
pródiga ofreceré, si es en su obsequio.
Sig. A tí, Romano, acudo.
Prósp. Pues mal haces,
que yo que sé muy bien lo que hacer debo,
sé que solo me toca en este caso
morir callando, no vivir diciendo.
Sig. Tú empezastes á hablar, prosigue, Aluro:
descubre la verdad, y sea presto,
que estoy cansado ya de haber sufrido
tal entereza, y tanto menosprecio.
Alur. Solo pensé decirte, que yo he roto,
sin querer ofenderte tus preceptos:
vasallo tuyo soy: la muerte aguardo:
pronuncia la sentencia que merezco. *Con la rodilla en tier.*
Luc. ¡Ay triste Aluro! *Aparte.*
Plac. ¡Oh leal amigo! *Aparte.*
Sig. Yo he nacido sin duda á ser objeto *Se lev.*
de la mofa comun. ¡De qué me sirven
el poder, la Corona, Trono, y Cetro:::-
quando quatro vivientes infelices
así profanan mi decoro regio!
Placidia alucinada, y vengativa:::-
inflexîble Constancio, en quien observo
un hombre ciego de una gloria vana:::-
cómplices miserables de sus yerros:::-
¡hasta donde quereis que llegar pueda
la tolerancia que me está ofendiendo!
lo que callais sabré. Guardias, Aluro
al Torreon de Palacio vaya preso,
y pues tambien me ofende ese Romano, *entrega la esp.*
Señalando á Próspero.
sea

sea tambien en él su compañero.

Const. Primero que se logren tus ideas

En accion de defenderle.

será Constancio por tus tropas muerto.

Sig. Y si tú das un paso en su defensa,
verás atropellados, y deshechos
el caracter, y fueros que tú rompes
de Embaxador de Honorio, y del Imperio.

Prósp. Espérate, Constancio, que no es justo
te expongas á un ultrage: este es mi acero,

Entregándole.

pues mas vale que yo la muerte sufra,
que no que sufra Roma tal desprecio.

Plac. ¿Por que, bárbaro, empiezas tus castigos
por los menos culpados? Tén por cierto
que yo la causa soy de sus delitos:
este mi pecho es: hiere perverso.

Const. Solo estoy, y Placidia, y mis amigos
si á mi me matan, quedan indefensos. *Apart.*
Cedamos á la fuerza. Sigerico,
pues tu ofensa mayor, segun entiendo,
es la de no decirte nuestra idea:
modera tu rigor, que ya me venzo.

Sig. Habla, que ya te escucho.

Const. Mi venida
ha sido solo con el justo intento
de dar algun consuelo con mis voces
á quien está tan falta de tenerlo.
Quise ver á Placidia por decirla
que está su hermano Honorio padeciendo
todo el tiempo que tarda en demostrarla
de su amor fraternal el dulce extremo.

Que la prueba mayor de su cariño,
es haberme ofrecido (en el supuesto
de consentir gustosa), que en el dia
que llegue á verla en su Palacio Regio
conducida por mí , me hará felice
con su preciosa mano ; y este premio
de que no hay mortal digno , llena mi alma
de una esperanza, y regocijo interno.

Sig. ¡Qué dices!

Plac. ¡Ay esposo , y tristes hijos!
ya de mi amor disponen quanto es vuestro. *Ap.*

Const. Ya te he contado el fin de mi venida:
eres Monarca ; y si eres justiciero,
piadoso debes ser en igual grado,
perdona , pues , á quantos miras reos.

Sig. Bárbaro Embaxador , que en tu disculpa,
y no en las frases que produces necio,
beber me has hecho ya por los oidos
el mas activo, y mas cruel veneno:::-
Ahora sí, que pues estoy seguro
de que habeis cometido el mas horrendo
criminal atentado, sereis todos
materia en que se sacie mi despecho.
¡La mano de Placidia á tí ofrecida!
¡Mi orden burlada por el torpe exceso
de hablarla de tu amor! ¡consentir ella!
pintarme tu cariño, y satisfecho
inclinarme á piedad , ¡quando:::- ¡oh injuria!
¡la tuve amor , y me originas zelos!
La tuve amor , sí , fiero , se le tuve,
pero pasa á ser ya aborrecimiento;
y ella que ha despreciado mi fineza

sentirá de mi encono los extremos.
Tenerla en mi poder determinaba
contra todas las fuerzas del Imperio
por conquistar su amor; pero era tuyo,
y así del mio despreció los ecos.
Secreta inteligencia era la vuestra:
así me lo descubre el mutuo empeño
de volveros á Roma prontamente:
la llevarás, sí, sí, yo condesciendo;
pero será despues que esté abatida
su soberbia, y la tuya, por tal medio
que á los tiranos de la edad futura
en igual caso sirva de modelo.

Plac.¡Inhumano, qué intentas! ¡qué pretendes!
¡tienes dominio tú sobre mi afecto!
¡sabes que basto yo para vengarme,
y para hacer tu vida triste exemplo
de lo que pueden un honor, y un brazo
de una muger á quien auxîlia el Cielo!

Const.¡Tú amante de Placidia, monstruo horrible!
¡tú amenazarla así con vituperios!
Dexa tus Guardias, sal á la campaña:
si eres valiente, lidia cuerpo á cuerpo:
Pero no, no lo harás, que asi me hablas
porque estás resguardado, y en el centro
de un Palacio usurpado por tu mano,
y que debiera ser tu mausoléo.

Sig. Castigaré tu estilo, y mis ofensas:
á la prision conduce Teodoredo,
á esos dos infelices. Tú, Bernulfo,
lleva presas tambien á su aposento
á Placidia, y Lucrecia: noble Walia,

 de

de tí fio el mayor de los empeños:
llevarás á Constancio á su hospedage,
donde quedará libre ; y te prevengo
que mandes en el Puerto de orden mia
que nadie salte á tierra , porque quiero
sea Constancio el ocular testigo
de mis venganzas, solo , é indefenso.

Wal. Señor , repara:::-

Sig. Nadie me replique,
morir , ú obedecer lo que resuelvo.

Plac. Yo me voy , tú medita lo que intentas,
que al Cielo clamo , y en su brazo espero,
que ántes que tú corones tus maldades
he de ver destrozado tu vil pecho.

Vase con Bernulfo , Lucrecia , y Guardias.

Const. Vamos , Walia , que si no me engaña
la interior confianza que en mí siento
se acerca el plazo en que se vengue el mundo
de la ferocidad de este protervo.

Vase con Walia , y Guardias.

Sig. ¿Qué esperas Teodoredo?

Aparte , y vánse con Teodoredo , y quedan todos con luces.

Teod. Ya te sirvo.

Alur. ¡O Rey impío!

Prósp. ¡O Monarca fiero!

Sig. Victoria por mi astucia : ya he logrado
abultar lás ofensas que me han hecho,
y dar á mi venganza un colorido
para que se me crea justiciero.

ACTO TERCERO.

PIEZA DE PRISION.

Próspero, y Aluro con cadenas.

Prósp. ¡Qué desengaño, Aluro, nos da el mundo
con lo inconstante de sus glorias vanas!
hoy en vez de premiar nuestras acciones,
muerte afrentosa, y vil nos amenaza.
Alur. Próspero, amigo, tú eres inocente:
mi culpa es leve: grave mi desgracia:
nuestra suerte es igual: solo nos toca
tolerar nuestra suerte con constancia.
Prosp. No me falta valor para sufrirla:
constante moriré: no me acobarda
el pálido semblante de la muerte;
pero solo quisiera que acabaran
mi vida, y mi valor, no en un suplicio,
sí en un glorioso campo de batalla.
Alur. Los mismos sentimientos me atormentan:
nací para vivir entre las armas;
para acabar con ellas en la mano,
y muriendo, vivir á eterna fama.
Nuestra enemiga estrella nos reduce
á esta triste prision, y nos prepara
ignominiosa muerte, y muy sensible;
pero pues no hay arbitrio de evitarla,
ni es electivo el fin de nuestros dias,
llegue nuestro valor hasta las aras.
Prósp. ¿Oyes que abren la puerta?
Alur. No presumo

que para bien, ú alivio nuestro se abra.

Sale Bernulfo, y vuelve á cerrar.

Bern. Próspero, Aluro, amigos, de quien siento
el cruel infortunio que os maltrata:::-
felice yo pues puedo libertaros
de los efectos de una injusta saña.
Respirad con quietud, dadme los brazos,
que en vosotros estriba vuestra causa; *abrazánd.*
y si ambos convenis en mis ideas
burlareis el peligro que os amaga.

Prósp. Bernulfo, que nos dices!

Alur. ¿Qué motiva
tus acciones, y frases no esperadas?

Bern. Me explicaré: escuchadme atentamente,
y preveniros á rendirme gracias:
Sigerico mandó os aprisionasen,
y os cargasen de hierros: ¡ó qué infamia!
y me nombró al instante en lugar tuyo
por Capitan de su valiente Guardia.
Tomé la posesion, y generoso
capté su voluntad con mano franca:
oí que lamentaban tu tragedia,
y que estaban dispuestos á vengarla
los valientes Soldados que contigo
han conseguido enoblecer su fama.
Daba justo motivo á su querella
el ver que Sigerico os señalaba
corto plazo de vida, pues ha dicho
que en un cadahalso morireis mañana:
juntos á este rigor el vil ultrage
con que á Placidia, y á Constancio agravia:::-
las vexaciones con que aflige al Pueblo;

y el fiero predominio con que trata
á la nobleza Goda, han producido
por justo efecto de crueldad tanta
la comun sensacion, que es el principio
de una conjuracion muy declarada.
Un corazon, y un brazo faltan solo
que deshagan la imagen inhumana
del fiero Sigerico, siendo á un tiempo
vengadores del Pueblo, y de la Patria.
Vuestra muerte es segura si él no muere:
yo os quitaré los hierros que os ultrajan:
os armaré de bien templado acero,
y por un medio que mi astucia fragua,
le conduciré astuto á este retiro
porque vuestra ira en él se satisfaga.
Si á tanto os resolveis, tened por cierto
que todos los patricios os aplaudan,
y que el Romano Imperio elogie, y premie,
como muy digna tan comun venganza.
Y finalmente para convenceros,
sabed que ya teneis la suerte echada:
ó matar por vivir, ó morir juntos
por mano de un verdugo en una plaza.

Prósp. Yo, Bernulfo, no tengo que decirte:
No soy vasallo suyo, y en mi falta
el temor que debiera contenerme
del nombre de traidor, que es una mancha
tan negra para el hombre, que su vida
por no sufrirla debe despreciarla.
Con que en este supuesto, y que yo sirvo
á Constancio, á Placidia, y á mi patria,
en vengarlos por mí, la accion principia,

que á cargo mio tomo el acabarla.

Bern. ¿Qué respondes, Aluro?

Alur. Que yo extraño
que quando tienes tú tan enseñada
tu mano al regicidio, busques otra
mas inexperta, y menos inhumana:
tu vertiste la sangre de Ataulfo:
práctica tienes de matar Monarcas:
¿por que buscas mi auxîlio, si yo ignoro
lo que tú sabes, que es como se matan?
La traicion es en tí cruel contagio;
y no contento con la que en tí guardas,
intentas infestar los pechos nobles,
difundiendo su daño en otras almas.
Huye de mi presencia, no pronuncies,
si pretendes vivir, otra palabra,
que aunque estos hierros hurtan mis acciones,
para matarte con mi aliento basta.

Bern. Un heroismo, que es mal entendido,
á prorrumpir te obliga en amenazas,
que no me ofenden, porque aquí te miro
lleno de hierros, y desnudo de armas.
Si tu estuvieras libre, y las ciñeses,
con las mias tus voces castigara;
pero tu estado mi piedad excita:
mira si debes poco á mi templanza.
El cadahalso te espera, y tu prefieres
á la vida, el morir con tal infamia:
tú te arrepentirás quando el cuchillo
amague con su filo tu garganta.

Alur. La leatad en mí es naturaleza:
la traicion en tí miro vinculada:
y por no ser qual tú, morir prefiero,

que el cadahalso, y cuchillo no me espantan.
¡Qué importa que al presente en el suplicio
sufra mi nombre eclipses que le empañan,
si muriendo sin crimen detestable
la Historia cuidará de mi alabanza!
Vive tú exercitando tus maldades,
que morir quiero sin exercitarlas:
tu vida, y muerte juzgo abominables:
mi vida, y muerte debes envidiarlas.
Bern. Por librar á los dos me he descubierto.
Próspero la sentencia pronunciada
contra vosotros, deberá su efecto
á la dureza del que te acompaña.
Persuádele discreto. *Prósp.* No lo intentes,
que si lo hiciera, á ser quien soy faltara.
Bern. ¿Pues no abrazaste el pensamiento mio?
Prósp. A matar á tu Rey me preparaba
por no ser su vasallo, como he dicho;
pero no propondré que Aluro haga
una accion tan horrenda, que yo mismo,
como él la hiciese, la vituperara.
Bern. Quedaros infelices: preveniros
á una muerte violenta, y muy cercana,
que ya que despreciais mi amor, y auxîlio,
os juro que sabré precipitarla.
Alur. Encadena delitos: atesora
maldad sobre maldad, que el Cielo aguarda
á que abrevies tal vez nuestro suplicio
para vibrar el rayo que te amaga.
Bern. Antes que el sol termine su carrera
divididas veré vuestras gargantas.
Pongamos otros medios mas activos (*Apart.*
pues

pues me ha salido mi intencion frustrada.

Vase, y cierra la puerta.

Alur. Próspero, no hay remedio, por tí siento
el terminante golpe de la parca,
y á tener yo dos vidas, la segunda
por tí ofreciera, como te librara.

Prósp. Tú has procedido noble, y no me quejo
de morir, aunque seas quien me matas,
ántes bien tu repulsa generosa
valor me inspira, díctame esperanza.

Alur. El Cielo es justo: procedamos rectos,

Entran doce.

que á quien bien obra no le desampara.

El salon con verjas, jardin, y fuente del segundo acto. La puerta de las verjas está abierta: sale por el jardin, y de la parte de la izquierda Teodoredo, y por la derecha de la parte interior del salon Walia.

Wal. Di, Teodoredo, ¿qué hace el Soberano?

Teod. En su despacho está, y ahora me manda
que en compañía tuya, y de Bernulfo
sus órdenes espere en esta sala.

Wal. Igualmente he venido de orden suya.

Teod. Bernulfo el Capitan es de la Guardia
nombrado por el Rey. ¡Quánto de Aluro
el riesgo temo: siento la desgracia!

Wal. Faltó Aluro, es verdad; pero su sangre,
su mérito, y valor parece claman
porque ya que el indulto se le niegue,
una sentencia sufra moderada.
No sé si acierta el Rey en haber dado
un empleo de tanta confianza

á quien debe saber por experiencia
que es del partido que la voz levanta.

Descúbrese Bernulfo en lo interior del jardin con toda la Guardia, y van entrando en la Escena.

Bernulfo::::- Mas él llega.

Bern. No así dexes (*Toma la Tropa sus puestos.*
pendiente la oracion, famoso Walia,
explica tu concepto sin reparo,
sepa Bernulfo lo que de él hablabas.

Wal. Nada, pues has llegado.

Bern. Por lo mismo
quiero saber lo que de mí se trata.

Wal. Es un empeño necio. El Soberano
que aguardemos previene hasta que salga:
cumplamos su decreto, y no faltemos
al respeto debido á su Real Casa.

Bern. De tí estoy ofendido. En ella misma
ante el Rey me insultaste cara á cara,
y no es mucho que crea nueva ofensa,
quando al verme llegar tu voz recatas.

Wal. Cree lo que quisieres. Pero extraño
que si tu ofensa tienes estampada
en la memoria, no hayas procurado
satisfacerte de ella en la campaña.
Los hombres nobles de valor altivo
así se vengan de quien les agravia,
y hasta que están vengados no procuran
saber nuevos ultrages. Esto basta.

Bern. Algun dia en tu pecho mis ofensas
por herida mortal veré lavadas.

Wal. Mi pecho está seguro de un acero,
que solo sabe herir por las espaldas.

Bern. A no estar en Palacio yo te juro:::-
Wal. No tienes que jurar: búscame, y calla:
aunque no lo harás tú, porque no sabes
con recto fin desenvaynar la espada.

Déxase ver Sigerico á la derecha del fondo del jardin, y viene á la Escena.

Teod. Dexad ya la contienda, que el Rey viene.
Bern. Aluro me ultrajó, me ofende Walia:
el Rey me premia, y su interior conozco;
pero pues de mi parte están la Guardia (*Ap.*
y muchos confidentes valerosos,
de todos juntos tomaré venganza.
Sig. Ya ha llegado la hora, Godos mios,
de que yo mis ofensas satisfaga,
que hasta estar satisfecho no descanso,
y solo puedo estarlo con vengarlas.
Bernulfo, tú con Tropa suficiente
á Placidia conduce sin tardanza
á la principal puerta de Palacio,
porque desde ella como vil esclava
corra delante del caballo mio
para que su altivez quede humillada.
Tú con parte de Guardia, Teodoredo,
busca á Constancio, y por diversa entrada
le traerás á este sitio, en donde quiero
que su guarda de vista sea Walia.
A tí te le encomiendo: tú ser debes
quien contenga sus iras extremadas.
Placidia ignore la sentencia mia
hasta el punto que llegue á tolerarla;
y ninguno á Constancio de ella imponga
hasta que él gima al verla executada.

Obis-

Obedeced puntuales mis decretos:
nadie al cumplirlos muestre repugnancia,
y tema el que se oponga, que mis iras
trancendiendo á su pecho le deshagan.

Wal. El buen vasallo que en su Rey conoce
una pasion violenta que le arrastra,
debe exponer su vida por librarle,
de que obscurezca su valor, y fama.

Sig. ¿Pues que quieres decirme?

Wal. Que ninguno
en amor, y respeto me aventaja
á vuestra Real persona, y por lo mismo
tengo una obligacion mas inmediata
de hablaros con pureza, y de exponerme
al rigor que decis nos amenaza.
La justicia, y piedad tienen su asiento
en la tierra, en la mano del Monarca;
pero si esta se inclina, degeneran
estas virtudes, porque á vicios pasan.
Si recarga la mano á la justicia,
de injusta tiranía es conceptuada,
y si cede en extremo á la clemencia,
toca en debilidad virtud tan santa.
Vuestra ofensa confieso; pero á veces
segun los reos y sus circunstancias,
mas suele castigarles un indulto,
que la efusion de sangre mas tirana.
Castigar perdonando es sutil medio,
propio, y usado de las grandes almas:
no padezca la vuestra el accidente
de inclinar la justicia á ser venganza.
Esta mi opinion es; pero si acaso

por

por contraria á la vuestra os desagrada,
os ofrezco mi vida en desagravio
del fiel amor que dicta mis palabras.

Sig. ¿Tienes mas que exponer?

Wal. No, Rey invicto.

Sig. Lo que he mandado sin recurso se haga.

Vase con alguna Guardia.

Ber. Quanto me satisface este desayre.
Por ella marcho; sígame la guardia,

A los soldados de la parte opuesta.

y vosotros seguid á Teodoredo
á obedecer con él lo que el Rey manda.

Vase con parte de la Guardia. (yo,

Teod. Voy por Constancio: ¡quanto el pesar su-
y el daño de Placidia me maltratan!

Vase con la Guardia que le corresponde.

Wal. ¡O delito! ¡ó delito! si los hombres
en su crimen primero contemplaran
que él es la base de su precipicio,
¡como le huyeran! ¡como le evitaran!
Sigerico ciñó el laurel sagrado
por medio de la accion mas inhumana,
y acostumbrado ya á las impiedades,
con sus delitos su castigo labra.
El pecho del tirano se convierte
á fuerza de impiedades continuadas
en peñasco invencible, que rebate
de la clemencia la influencia blanda.
Aquí viene Placidia: ¡ó triste Reyna,
quien de tu abatimiento te librara!

Sale Placidia enmedio de la Guardia, y Bernulfo á su lado.

Plac.

Plac. ¿Adonde voy Bernulfo?
Ber. Yo lo ignoro.
Plac. Sácame de mi duda, fuerte Walia.
Wal. No os puedo complacer. Pero, Señora,
los pechos nobles siempre se señalan
por la constancia, que es caracter suyo:
bien la necesitais; tened constancia.
Plac. ¡Pues qué rezelas tú que mi pregunta
es un débil temor el que la causa!
Firmeza hay en mi pecho: ya es de bronce
mi corazon á fuerza de desgracias.
Los sentimientos tiernos que tú sabes
que su caracter eran, á ser pasan
sentimientos valientes é inflexîbles,
que no ceden al mal, y al mal contrastan.
Robusto ú débil suele ser el hombre,
segun el alimento y la crianza:
yo me alimento y vivo de pesares,
y así es robusta ya mi tolerancia.
Vamos, pues, á morir, ú á sufrir vamos
la dura esclavitud: nada acobarda
al valor de Placidia, pues el hado
no ha de triunfar de quien nació Romana.
Vase con Bernulfo y Guardia por el jardin.
Wal. ¡Que cadena tan fuerte es para el noble
la de la lealtad! ¡que bien ligadas
con ella están sus manos, pues no puede
proceder libremente á desatarlas
(una vez que ha jurado vasallage)
por causa alguna contra su Monarca!
No quisiera exîstir en este instante.
Me molesta la vida. ¡Dime, espada,

de

de qué me sirves quando á la inocencia
ves ofender y no la desagravias!
Responde, ¡que te has hecho! ¡que delirio!
Bien puedes responder á mi demanda,
que yo no te he enseñado á ser traidora,
sí por mi Rey á destrozar esquadras.

Sale Teodoredo con Constancio y la Guardia.

Teod. Como el Rey me ordenó, al cuidado tuyo
dexo á Constancio, valeroso Walia. *Vase con la guardia.*

Cons. ¿Eres tú mi custodia?

Wal. Yo ser debo
quien te acompañe, porque el Rey lo manda.

Cons. Explícame este enigma que no alcanzo.
Ir por mí Teodoredo con la guardia::-
no intentar desnudarme del acero::-
mirar correr el pueblo hácia la plaza
de este palacio::- en él introducirme
por una puerta para mí ignorada::-
preguntarle la idea de ese fiero::-
no contestar::- dexarme en esta sala
solo de tí asistido::- ¡que misterio
es este, que aunque no me sobresalta
porque estoy con mis armas y conmigo,
algun rezelo en mi interior me causa!
Sáqueme de él tu voz.

Wal. Solo te digo,
que el pesar y tormento que te aguardan,
pondrán tu resistencia en compromiso.
Al mayor golpe tu valor prepara.

Cons. Esto es dar incremento á mi cuidado,
y no satisfacer el que me asalta.
Habla con claridad.

Wal.

Wal. Hablar no debo.

Voces dent. ¡Que compasion!

Wal. El pueblo te declara
lo que te oculto yo.

Voces dent. ¡Que tiranía!

Se acerca Constancio á tirar por entre los bastidores de la derecha.

Cons. ¡Que es lo que veo cielos! tente, aguarda,
bárbaro Rey, que con mi fuerte acero::-

En accion, y se le abraza Walia.

Wal. Repórtate Constancio.

Cons. ¡Tú me abrazas
impidiendo mi accion!

Wal. Debo templarte,
porque si no á tu muerte caminaras.

Cons. Morir matando debo en este caso.

Wal. Placidia llega, ofrécela en sus ansias
algun consuelo, no su daño aumentes.

Cons. Mis brazos son su apoyo y su venganza.

Sale precipitada y con el pelo tendido Placidia, y cae en los brazos de Constancio, á quien al salir aquella ha dexado en libertad Walia.

Plac. sal. ¡Cielos, dadme favor!

Cae como desmayada en los brazos de Constancio.

Cons. Ya te le ofrecen,
pues el que pides en mis brazos hallas.
¡Tirano Rey, impio Sigerico,
son de bronce ó de acero tus entrañas!
¡que fiera te abortó! ¡como los hombres
no te destrozan, no te despedazan!
Volved en vos, Señora: no abatido

vuestro valor constante así decaiga
de su envidiable ardor. Estais conmigo:
no teneis que temer; que el cielo guarda
vuestra preciosa vida por mi acero,
y por mi acero quedareis vengada.

Wal. Las grandes aflicciones no se han hecho
para comunes é inferiores almas:
cobrad aliento, ved que el alma nuestra
por ser tan grande sufre injuria tanta.

Plac. Placidia ser oprobio de las gentes::-
correr Placidia como vil esclava
delante del caballo del Tirano::-
¡verlo los Godos mismos, á quien grata
colmó de beneficios, y cobardes
lamentar su desprecio sin vengarla!
¡Que es esto cielos! Justa Providencia,
¡como tu influxó superior no alcanza
á castigar á un hombre::- (mal he dicho)
á confundir á un monstruo que te agravia!
¡Pueden mas sus maldades que tus rayos!
¡Adonde está la fuerza reservada
de tu sumo poder! ¡como no esgrimes
tu justo acero con tu mano airada!
¡Pero, ó demencia mia! ¡yo me atrevo
así á reconvenirte! Mis palabras,
hijas de mi dolor y mi despecho,
no exciten contra mí tu justa saña.
Ahora mas que nunca: en este instante
me lleno de interiores esperanzas.
Juzgo que el cielo se abre, y que despide
contra el Tirano rayos que le abrasan.
Este es el dia, sí, en que el universo

se libra en él de la horrorosa parca,
pues para la medida de sus culpas,
la que acaba de hacer solo faltaba.

Cons. Bien decis, bien decis; se ha completado
de sus maldades la medida extraña,
y la sentencia de su justa muerte
á cargo mio queda executarla.
Esos rayos del cielo que predices,
están cifrados en mi brazo y armas;
ellos darán el golpe por el cielo,
pues ya su muerte tiene decretada.

Wal. Reprimid los efectos naturales
del dolor vuestro: ved que os amenazan
si excitais el rigor de Sigerico
daños mayores. La prudencia manda,
que quando no podemos con la fuerza,
vencer sepamos con la tolerancia.
En el centro os mirais de su palacio:
él se vé resguardado de sus Guardias:
Nobleza y Pueblo obedecerle deben;
y á tí solo tu brio te acompaña.
¿Que importará que intentes denodado
matar al Rey, si accion tan temeraria
te costará la vida el emprenderla,
sin que cojas el fruto de lograrla?
Sean el sufrimiento y la prudencia
armas que os aseguren, que mañana
podrás satisfacer tantas ofensas,
lidiando con el Rey en la campaña.

Cons. ¡Que diria la historia, si Constancio
por verse solo aqui se intimidara!
Mas glorioso será que ella publique

 que

que morir quiso por tan justa causa.

Plac. Eso sí, yo te animo, no estás solo, mi valor y despecho al tuyo inflaman: muera el Tirano.

Wal. No el furor os ciegue. Ved que ya llega; contemplad que nada favoreceros puede, y que si el cielo no toma por vosotros la demanda, sin que haya quien os libre de la muerte, la sangre de ambos correrá mezclada.

Sale Sigerico por donde salió Placidia, con Bernulfo, Teodoredo, y toda la Guardia. Está ocupado todo el Teatro.

Sig. ¿Habeis visto el poder de Sigerico? ¿os queda duda ya de como trata á quien sabe ofenderle?

Plac. Tus maldades ya las tenia el Orbe comprobadas: no habia menester tan rara prueba como la que en mí has hecho: ya no alcanza el sufrimiento mio; y así, Godos, pues este iniquo vuestro nombre mancha, volved por vuestro honor y por el mio, á vuestro impulso muera el que os infama, no á la piedad negados::-

Sig. Cesa, cesa. ¡Pretendes contagiar con tus instancias á mis leales gentes! ¡No contemplas al mirarte de mí tan humillada, que si se declarasen en tu auxîlio sus últimos alientos respiraran!

Cons. No necesita, no, el auxîlio suyo:

Constancio vive aún. Su nombre basta
á confundir el tuyo y tus violencias.
No creas que se quede en amenaza
proposicion tan cierta, y porque veas
que sé cumplir lo que mi voz propala,

Saca el sable: vá á herirle: desnudan sus espadas Walia y Teodoredo, y le contienen.

enmedio de tus nobles y tus tropas
has de morir sin que el poder te valga.

Sig. ¡Que insulto es este!

Plac. No, Constancio altivo,
decaiga tu valor, ó muere, ó mata.

Sig. No ha de lograr morir en este empeño.
Prendedle, y desnudarle de las armas.

Plac. No le prendais si algun amor os debo,
que á nuestro amparo la piedad os llama.

Sig. ¡Inmóbiles estais, Soldados mios!
¡cómo en vosotros la obediencia falta!

Bern. Para salir de un golpe del tirano
esta la seña es que está acordada: *Aparte.*
voy á irritarle mas por dar motivo
á que se abrevie el golpe que le amaga.

Sig. Ayúdame, Bernulfo, á castigarlos. *Emp.*

Plac. El Cielo nos auxîlia.

Bern. Está cansada
toda tu fuerte Guardia de sufrirte.
El Pueblo te abomina: nadie te ama.
Yo estoy avergonzado de haber sido
vil instrumento de tu injusta saña
contra el grande Ataulfo; y no teniendo,
como tú tienes, bárbaras entrañas
para ver á Placidia, y á Constancio

en

en el estado indigno en que se hallan
por tu atroz corazon, debo decirte,
en el nombre del Pueblo, y de la Guardia,
que si al Trono subiste por el crimen,
por el castigo justo es que de él caygas.

Sig. ¡De furor tiemblo!

Plac. El Cielo oyó mis quejas.

Const. No contengais mi accion, ú atropellada
la resistencia vuestra, por vosotros
abrirá el valor mio puerta franca.

Sig. Modérate, Constancio. Tú, Señora,
á quien la razon pide satisfaga,
templa tu ira. Y vosotros, Godos,
que así me declarais la repugnancia
con que veis mis acciones, escuchadme,
que á todos haré ver que en mí se hallan
sentimientos tan rectos, que mi mano
si hasta aquí os ofendió, ya os desagravia.
Amado Confidente, cuyos brazos
para mí fueron la segura escala
en que para subir al Trono Regio
fixé animoso, y sin temor la planta:::-
escúchame tambien; y en el supuesto
de que pienso con obras muy contrarias
satisfacer á todos, no me ofendo
de que con tal valor, claridad tanta,
me hayas hablado para reprimirme;
ántes bien conociendo te señalas
en lealtad, y amor, porque me has dado
pruebas poco comunes, poco usadas,
quiero que por tí empiece la experiencia
de como debo repartir mis gracias.

Bert

Ber. ¿Pues que intentas, Señor? *Aproximándose.*
Sig. Dándote muerte *Dándole una puñalada.*
dexar tu alevosía castigada.
Así empiezo á ser recto, pues no fuera
tan criminal si tú no me apoyaras.
Bern. Herido estoy de muerte:::- yo confieso
Cae en brazos de un Soldado.
que por mi muerte la justicia clama::::-
pero Señor:::-
Sig. ¿Qué dices, quando adviertes
que me glorío en ver como te bañas
en tu perversa sangre?
Bern. Que pues fuimos
compañeros del crimen, satisfagas
tu delito tambien.
Sig. ¿Cómo?
Bern. Muriendo (*Se arranca el puñal, y se le clava á Sigerico.*
con el acero que es de las venganzas.
Sig. El Cielo me castiga:::- no es tu mano
Cayendo en manos de otros dos Soldados.
la que mi pecho hiere, y mas me acaba
que la cruel herida, el sentimiento
de ver mis tiranías malogradas.
¡Ah vil Bernulfo!
Bern. ¡Ah tirano impío!
Sig. Rabiando muero. *Muriendo.*
Bern. Ya despido el alma!
Plac. ¡O Cielo justo! cómo ser podia
que sus atroces crímines miraras
sin darlos el castigo merecido!
¡ó, providencia recta, y Soberana!

Wal.

Wal. Confuso me ha dexado este suceso.
Teod. ¡Qué escena tan cruel, é inesperada!
Const. ¿Que teneis que admiraros? Las virtudes
que en sus dos corazones no habitaban,
y gemian opresas baxo el yugo
de la mano mas fiera, y mas tirana,
por librarse del yugo han excitado
de los Cielos y tierra, la venganza.
Wal. Retirad los cadáveres sangrientos, *Se los*
Aluro, y el Romano al punto salgan *llevan.*
á disfrutar la libertad amable. *Va un Soldado.*
Const. Tributemos al Cielo humildes gracias,
y pues se hallan mis Naves siempre prontas
en qualquiera suceso á levar anclas,
seguidme al Puerto, porque en el instante
que el viento lo permita he de levarlas.
Plac. Ya nada me intimida. ¡O dulce hermano,
abre tus brazos á tú triste hermana!
Wal. Viento feliz os guie á feliz puerto;
y libres de uracanes, y borrascas,
llegueis seguros, y vivais tranquilos,
teniendo por verdad acreditada,
que aunque el Cielo permite los delitos,
y su castigo vemos que dilata,
formando está la causa al delinqüente,
y le castiga al fin segun su causa.

F I N.

ERRATAS.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Léase.*
5	21	tus proyectos...	tu proyecto.
7	31	bumea.	humea.
20	4	transcendental..	trascendental.
24	2	nuestra.	vuestra.
29	21	tomará.	tomara.
31	21	tambien	tan bien.
37	3	sincero	sincéro.
39	2	sus.	tus.
40	9	tardara	tardará.
44	18	ventaja	venganza.
50	11	quanto	quando.
52	22	y quedan todos.	y Guardias . quedando (dos.
58	12	entran doce . . .	entrándose.
61	4	trancendiendo .	trascendiendo.
65	6	á tirar.	á mirar.
66	8	nuestra	vuestra.

¡SIN NOMBRE!!

Comedia en un acto,

Y EN PROSA:

ARREGLADA DEL FRANCÉS.



MADRID, 1837.

Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela,

calle del Amor de Dios, número 7.

PERSONAS.

D. Donato Homobono Lanzagorta.

D. Homobono, su hijo.

D. Pablo de Contreras.

D.ª Teresa Godinez.

D.ª Angela Contreras, su cuñada.

Luisa, hija de D.ª Teresa.

La escena pasa en una casa de campo cerca de Aranjuez.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una habitacion baja, amueblada elegantemente, y que dá á un jardin. A la derecha habrá una mesa y en ella varios volúmenes y publicaciones nuevas. — Ventanas que caen al jardin. — Puerta al fondo que dá igualmente al jardin.

ESCENA PRIMERA.

TERESA. DONATO.

Ter. (*Llamando.*) Luisa! Angela!... Pues tampoco están aquí... qué cosa tan estraña!... el jardin y la casa desiertos... Esta es la habitación destinada para la labor.

Don. Ola! con que es aquí donde Doña Angela, vuestra cuñada, dá lecciones de moral y virtud á vuestra linda hija para que sea una muger perfecta... Ah! buena falta nos hace... porque, como ya os he dicho, mi hijo es un escelente muchacho, pero algo estravagante, y se le suele ir la cabeza á pájaros... es herencia de madre... Ha dado en leer no sé que libros que corren por Madrid, y ha estudiado el francés para conocer la literatura estrangera como él dice... En fin, no sé que es lo que quiere, ni lo que busca, pero siempre está fuera de casa, y no le podemos encontrar nunca mas

que en algun cerro encumbrado ó enmedio del camino. Hoy le dejé en casa una esquela, noticiándole mis proyectos, y diciéndole que viniese aquí al punto que estuviera de vuelta. Por lo demas repito que es un cumplido mozo y de muchísimo talento... á pesar de que nunca le entiendo ni lo que lée ni lo que habla, y eso que entiendo perfectamente el Quijote.

Ter. Eso es lo que menos interesa: lo que me inclina á concluir este casamiento es lo que me habeis dicho de la buena índole de vuestro hijo.

Don. Y ademas los trescientos mil reales que ganais, terminando así nuestros debates; porque ya sabeis que es tan claro como la luz, y que consta en nuestros libros que vuestro difunto Don Romualdo me debia...

Ter. Volvemos á lo mismo?...

Don. Nó, nó, lo que digo no es para hacer valer mi sacrificio... muy distante me hallo de tener tal pensamiento! Ademas que ya está todo hecho... y nosotros mismos hemos arreglado las cláusulas del contrato... no falta mas que pasar á casa del escribano para que las estienda, y en cuanto llegue mi heredero firmarémos. Entre tanto quiero tener el gusto de conocer á Doña Angela, vuestra hermana... El difunto D. Romualdo me habló de ella muchas veces, y me la ponderó sobre manera, citándola como un modelo de juicio y religion... la llamaba la perla de Aranjuez.

Ter. Y tenia razon... Por eso mismo cuando hace tres años tuve que ausentarme para ir á Barcelona la dejé el cuidado de la educacion de mi hija, en tanto que yo arreglaba mis asuntos. He preferido eso á meterla en un Colegio donde en el dia ense-

ñan á las niñas toda clase de cosas. Estoy segura que Luisa no ha tenido mas que buenos ejemplos, ni leido mas que buenos libros con su tia. (*Durante este tiempo Donato se habrá acercado á la mesa y hojea los libros.*)

Don. (*Leyendo.*) Margarita de Borgoña.

Ter. Apuesto que es la historia de alguna santa vírgen y mártir.

Don. Si es una comedia.

Ter. Ah! sí; será algun oratorio.

Don. Eso será. (*Toma otro.*) El Arte de conspirar.

Ter. Querrá darla alguna tintura de política.

Don. Lucrecia Borgia!

Ter. Ya lo oís! Lucrecia... es para darla lecciones de fidelidad conyugal.

Don. El Secretario y el Cocinero. (*Idem.*)

Ter. Una muger de gobierno debe saber hacer de todo un poco, y no desdeñarse de aprender los guisos.

Don. (*Idem.*) A la Zorra candilazo.

Ter. Ese es un libro de historia natural.

Don. Sí... pues mas tienen trazas de comedias que de otra cosa.

Ter. Entonces serán libros de mi hermana política... yo no los leo, porque en esto de libros no entiendo mas que los de mi comercio, pero á ella le ha dado ahora por ahí, y no necesito advertiros que no trateis de incomodarla sobre ese particular. Ya sabeis las atenciones y el respeto que se merece de todos nosotros, por su carácter, sus virtudes y sus sesenta mil reales de renta.

Don. Ola! con que Doña Angela tiene la desazon anual de contar sesenta mil reales de renta?

Ter. Y aun creo que esa desazon es todavía mayor,

con que ya podeis suponer que mi hija será su única heredera... porque á la edad de mi hermana es probable que ya no se case.

Don. Ya se vé que es muy probable.

Ter. Pero todavía no viene... y eso que las escribí que llegaríamos hoy ó mañana.

Don. Pues entonces es cosa clara que no nos aguardan hasta mañana, y que á esta hora se estarán paseando... — Con que mejor será que vayamos á buscarlas.

Ter. Nó, nó... la obligacion antes que la devocion... Aun no habrán desenganchado las mulas del coche; podemos llegarnos á Aranjuez y mandar estender los contratos; eso mas nos encontraremos hecho despues.

Don. Sea en buen hora. Tened la bondad de aceptar el brazo. (*Se oye tararear dentro.*)

Ter. Eh! calla...

Don. Alguien viene hácia aquí... será tal vez mi hijo... nó, nó... no es él... mi hijo es mejor mozo!

Ter. Quién será este caballero que se entra aquí como en su casa?

ESCENA II.

DOÑA TERESA. DONATO. — PABLO *en trage de cazador.*

Don. No creo que enfermará de hipocondría el tal caballerito. (*A Teresa.*)

Pabl. (*Reparando en ellos.*) Ola! una Señora? (*Saluda.*)

Ter. Perdonad, caballero... temo que nos hayamos equivocado... ¿No estamos en casa de Doña Angela Contreras?

Pabl. Precisamente, Señora: pero Doña Angela y la Señorita Luisa han salido hace un momento y me han dejado el encargo de recibir á cualquiera que venga.

Ter. A vos?

Don. Este caballero será algun pariente?

Pabl. No, soy el dueño de la casa de campo inmediata: esas Señoras me honran con su aprecio, á lo cual estoy sumamente agradecido, y procuro hacer todo lo posible por no desmerecerle... Ahora mismo traigo aquí en el morral...

Don. Alguna liebre?

Pabl. Nó! — Las últimas producciones que se han publicado en Madrid... acaban de llegar por la diligencia: *Leone Leoni. D. Alvaro, y Antony.*

Ter. Qué os dije yó? siempre lecciones de moral. (*A Pablo.*) Sin duda mi hermana tendría que salir á algun negocio muy urgente cuando se ha ausentado, sabiendo que yo debia llegar con este caballero?

Pabl. Pues qué? Señora, seríais...

Ter. Doña Teresa Godinez.

Don. Y yo D. Donato Homobono Lanzagorta para lo que gusteis...

Pabl. (*Aparte.*) Gran Dios! (*Alto.*) Esas Señoras os aguardaban con la mas viva impaciencia, y todo estaba dispuesto para recibiros. No se quitaban de los balcones que dan al camino de Madrid para ver si veníais; pero... se esparció un rumor por los alrededores... una noticia terrible, inesperada... todo el pueblo salió á la calle; ellas tomaron pre-

cipitadamente sus chales y sus sombreros y salieron tambien.

Ter. Ay Dios mio! pero qué noticia es esa que así las ha alarmado?... están los facciosos encima?

Don. No me llega la camisa al cuerpo. Pero vamos, decidnos (*A Pablo.*) ¿qué es?

Pabl. Nada... sino que ya se ve... la sensibilidad... esas Señoras son muy sensibles y por eso las gustan las grandes emociones... en fin... es que... que han ido á ver la cuerda de presidarios que pasa hoy por aquí.

Don. La cuerda!

Ter. La cuerda!

Pabl. Sí. Es un recreo muy moral.

Don. Buen provecho os haga; lo que es yo tendré mal gusto, pero os aseguro que maldita la gracia me hace el tal recreo.

Ter. Mi hermana tendrá sus razones cuando lleva á mi hija á ver tales cosas; sin duda entrará eso en su plan de educacion, por lo mismo no hay que juzgarla ligeramente antes de oirla. Caballero, pues os han encargado que recibais, tened la bondad de decir á esas Señoras que su madre y hermana han estado aquí con D. Donato Lanzagorta.

Don. Y que tendremos el gusto de verlas en cuanto volvamos de Aranjuez.

Ter. Vamos?

Don. Decidme, amiguita, entra tambien ese jóven en el plan de educacion de vuestra hija?

Ter. No sé cómo esplicar... Pero podeis estar tranquilo, os repito que mi hermana es el juicio, la razon personificada... (*Vánse hablando.*) y puedo aseguraros que...

ESCENA III.

PABLO.

Pues á fé quc la Señora conoce el carácter de su hermana... «el juicio, la razon personificada..." sí, sí... En otro tiempo podrá haber sido, pero en el dia... solamente con verla apuesto á que nadie se atreve á decir otro tanto. Eh! dejemos quietos los huesos de la buena Doña Angela, que harto tengo de que ocuparme de la posicion en que me encuentro... Por cierto que no es muy agradable... Ya están en casa la madre y el suegro, con que el novio no tardará en venir... Pues Señor, el drama se enreda, la accion se complica, como dice Doña Angela... No sé como salir de este pantano. Luisa estaba enfadada conmigo y en un momento de despecho ha escrito á su madre que consentia en el casamiento. Segun parece los contratos se han de firmar aquí... No, pues yo he de buscar un medio de desbaratar esta boda... ¿para qué soy abogado?... Ah! aquí se acercan tia y sobrina... su presencia me inspirará.

ESCENA IV.

DOÑA ANGELA. LUISA. PABLO.

Ang. (*Que viene muy conmovida.*) Ah! que espectáculo!... Ah! Pablito!... cuán mal habeis hecho en no venir con nosotros!
Lui. Mi pobre tia viene entusiasmada.
Pabl. Luego os han interesado los criminales?
Ang. Mas que cuanto yo pudiera espresaros... qué

fisonomías tan marcadas!... qué facciones tan puras!

Pabl. Y luego ese ruido de hierro y cadenas tiene algo de teatral...

Ang. Oh! no os chanzeis! ningun miramiento es bastante con esos hombres que no tienen mas defecto que el haber nacido demasiado completos.

Pabl. (*Riendo.*) Sí por cierto, y ese exceso de perfeccion es el que los ha hecho romper todos los vínculos sociales.

Ang. Oh! á buen seguro que vos no seais capaz de romperlos nunca?

Lui. Así lo espero.

Pabl. Y yo tambien.

Ang. Vamos, cuando pienso que yo, Angela Contreras, he pasado cuarenta y ocho años de mi primavera sin comprender á esos hombres!... ¿Creereis, Pablo, que hasta hace dos años no se han abierto mis ojos á la luz de la razon, y eso muy débilmente y poco á poco? Mi vasta inteligencia encanijada entre las trabas de una educacion rutinera, se negó largo tiempo á admirar los hombres como Antony, Bug-Jargal, Cuasimodo y otros; pero despues de haber leido nuestros célebres autores y sus grandes obras, mi ingenio fué desplegando sus alas por sí mismo... Por último, leí las páginas sagradas de un libro en que el autor, poeta esclarecido, se declaraba el bardo de la muger de cincuenta años, é hizo justicia á tan bella edad... á esa edad en que la hermosura llega á su mas alto grado... á su completo apogeo... Ese poeta me ha subyugado: desde aquel momento se verificó una revolucion en mis ideas; me dediqué con ansia á nuestros modernos autores, soñé con sus

creaciones... hice mas... creí en sus modelos.

Pabl. Qué oigo!

Ter. Sí Señor, sí, creí en esos hombres excepcionales, y díjeme para mí misma: ¿Por qué no han de existir esos hombres? ¿no existo yo!... yo que siento cual ellos sienten...y tengo un corazon que simpatiza con el suyo?

Pabl. A propósito de simpatías, debo deciros que ya han llegado vuestra Señora hermana y D. Donato.

Lui. Gran Dios!

Ang. Imprudente!... se lo vais á decir así... sin ninguna precaucion... ¿te da algo?... ¿qué tienes?

Lui. Quién? yó.

Ang. Sí... estás pálida como el ángel de la muerte... toma, toma este frasquillo.

Lui. No tengo nada, creedlo.

Ang. Oh! yo te conozco mejor que tú misma... la naturaleza te ha formado á mi semejanza.

Pabl. (*Riendo.*) Lo que es eso...

Ang. Qué? lo dudais?

Pabl. Nó, nó (*Bajo á Luisa.*) decidla que se quede con el original y que me guarde la copia.

Ang. Ah! Si á mí me hubiesen avisado tan repentinamente la llegada de una madre ó de un novio, cualquiera que fuese, mis nervios no hubieran podido resistir á tamaña percusion. Verdad es que yo soy mas completa que ella, pero sin embargo... Ah! ahora caigo, tu futuro va á venir. Es imposible por consiguiente que no tengas algun secreto que confiarme.

Lui. Nada absolutamente, tia mia; os aseguro...

Ang. No finjas; estoy segurísima... Amable vecino... tened la bondad de disimularnos... pero esta pobre muchacha quiere hablarme misteriosamente y...

Pabl. Está bien, Señora, voy á dar una vuelta por el jardin... (*Aparte.*) Maldita seas tú, y tus misterios. (*Vàse.*)

ESCENA V.

DOÑA ANGELA. LUISA.

Ang. Habla... Luisa... deposita en el seno de la amistad los secretos de tu vida.

Lui. Pero... si yo no tengo ningun secreto, tia mia.

Ang. Te digo que le tienes... debes tenerle... si así sucede en todos los dramas y novelas; una jóven sin secretos sería una anomalía en la naturaleza. Sí, Luisa, sí, y una vez que te niegas á confiarme ese secreto, te le diré yo que le he adivinado...

Lui. Vos, tia mia.

Ang. Amas á D. Pablo Cerecedo, nuestro vecino.

Lui. Pero que... pensaríais?

Ang. Ten cuidado, criatura... Ese jóven tiene todas las cualidades necesarias para poder pasar la vida apaciblemente... Tiene venticinco años, es abogado y posée cuarenta mil reales de renta: pero ¿sabes tú si ese es el hombre que te ha de hacer dichosa? no te alucines. Es ese el ser que tú te has forjado en tu mente?... el ser que debe ofrecerte un corazon tan tierno que con su amor puedas arrostrar todas las asperezas y alternativas de nuestra precaria existencia? Si realmente existe una identidad perfecta entre vuestras almas, solo á él debes elegir para marido, pero si no sientes hácia él mas que una aficioncilla leve... y pasagera, debes obedecer á tu madre... Algun dia llorarás si no lo haces así, Luisa mia, yo te dejaré leer los libros que poseo... y entonces podrás decir co-

mo yo; así es el mundo... en este siglo de verdad.

Lui. Pues bien, tia mia, si quereis que os diga la verdad... habeis adivinado lo que pasa en mi corazon.

Ang. No te lo decia... Está muy bien; eso debe ser así. Cuando D. Pablo se presentó en esta casa debia tener algun objeto. Solo faltaba ahora para complicar el interés del drama que Pablo se hubiese enamorado de mí.

Lui. No, no lo temais, tia, es de mí.

Ang. Estás bien segura?

Lui. Así me lo ha jurado.

Ang. Eso no siempre es una razon... pero ¿por qué no me has hablado antes de tu amor?

Lui. Yo bien queria... pensaba decíroslo todo, pero nos enfadamos... y es el caso que nos hemos reconciliado otra vez, y no sé como componerme.

Ang. Cómo! y me lo preguntas!... por fortuna que estoy yo aquí, y si tú eres una sobrina débil, yo soy una tia fuerte.

Lui. Pero, en fin, ¿qué os parece que haga?

Ang. Negarte resueltamente á dar la mano á Don Homobono Lanzagorta.

Lui. Siento tanto dar un disgusto á mi madre!

Ang. Yo bien sé que al principio no podrá menos de disgustarla... pero... en fin, es el partido mas enérgico, y por lo mismo el mas generoso. Sí, es muy noble, muy excéntrico!... Las novelas nos lo están probando todos los dias... Ya se vé, las madres se han propuesto negociar el casamiento de sus hijas como si se tratase de la venta de una libra de chocolate... sacrilegio y profanacion!... El casamiento... un lazo tan poético!... un drama que se concibe en un baile... en diligencia... en un

palco... en casa del dentista, en... un jardin solitario... en fin, en todas y en cualquier parte... un nudo que no se deshace mas que con la muerte... ó delante de un juez si ese lazo no estuviese consolidado de antemano por la inteligencia de los sentidos y calculado sobre nuestra organizacion social... Esto, esto es lo que te espera, Luisa mia, si tu débil corazon no se dispone á la resistencia.

Lui. Pero es el caso que ya he consentido... y...

Ang. Entonces te daré á leer la *Muger resignada*, y no se habrá perdido todo...

ESCENA VI.

DOÑA ANGELA. LUISA. PABLO.

Pabl. Perdonad, Señoras. Acabo de ver entrar en el patio el coche donde viene vuestra madre y...

Lui. Mi madre! corramos...

Ang. (*Bajo á Pablo.*) D. Pablo, mi sobrina me lo ha dicho todo... No ha dejado de sobrecogerme ese misterio con que habeis rodeado vuestros amores... Vos estais muy lejos de preveer los males á que me habeis espuesto.

Pabl. Por qué, Señora?

Ang. Básteos saber eso... Mi deber de muger es el callarme en esta ocasion, y plegue á Dios que si esto tuviese fatales consecuencias lo sean solo para mí. (*Vánse Angela y Luisa.*)

ESCENA VII.

PABLO, *solo.*

Cuidado que la buena muger es admirable! y sin embargo podria servirnos de mucho si se dignase tener un poco de sentido comun... Ola! quién será este caballero que viene por debajo del emparrado?... Es posible... si no fuera por... no, no me engaño, es el jóven con quien viajé hace dos años... Sí, no me queda duda á pesar de sus barbas, es él... es Lanzagorta... Lanzagorta!... pues ahora me ocurre que así se llama el novio. Si por casualidad fuese... Ah! el cielo me le envia...

ESCENA VIII.

PABLO. HOMOBONO.

Hom. (*Que sale sin reparar en Pablo.*) Es un jardin magnífico! la casa parece de un grande!... y todo esto es de la tia, que no tiene hijos... puesto que se ha quedado soltera en toda la acepcion de la palabra... Tiene razon mi padre... este casamiento es muy regular... sobre todo cuando mi existencia de jóven adolescente vá á contar treinta y seis años y un rocío gris de perla va encaneciendo el ébano de mis cabellos... ya es tiempo de dár á mi vida un nuevo giro.

Pabl. No me equivoco... es él.

Hom. (*Reparando en Pablo.*) Pablo de Cerecedo!

Pabl. Querido Lanzagorta!... insigne compañero de viage!

Hom. Sí, yo soy... el que recorrió contigo la Francia y la Italia, donde contemplamos al opulento París, á Roma la santa, á Venecia la bella, á Florencia la loca!... qué tal vá?

Pabl. Ya lo ves... bien.

Hom. Tu presencia es para mí en este momento una grata impresion de viage... ni mas ni menos que la que esperimenté la primera vez que comí un *bifsteck* de oso! ¿Y qué te haces por aquí?

Pabl. Mi madre es la dueña de la casa de campo inmediata, y hemos venido aquí á pasar el buen tiempo.

Hom. Como te llenas la boca con que tu madre es la dueña... Yo tambien tendré fincas y casas de campo, hombre... porque para eso vengo á casarme con la hija única y heredera de esta espaciosa quinta.

Pabl. Luego tú eres D. Homobono?

Hom. Sí, por desgracia me llamo Homobono.

Pabl. Como nunca me habias dicho ese nombre.

Hom. Yo lo creo... quién se llama ya en el mundo así?... como que no me puedo presentar con él... no sé dónde diablos fué á buscar mi padre ese Santo.

Pabl. En verdad que es algo...

Hom. Solo él basta para poner en ridículo al hombre mejor acondicionado... ó mejor organizado, como nosotros decimos.

Pabl. Ola! veo que estás á la altura del siglo... (*Aparte.*) Este respira por la misma herida de Doña Angela. Oh!... si yo pudiera hacer que se amasen! La tia sería la primera que desbarataría la boda.

Hom. Lo que es aquí creo que habrá que renunciar á toda idea nueva... Si acaso se ocupan

en algo será en jugar al tresillo por las noches.

Pabl. En eso te engañas.

Hom. Cómo?

Pabl. Sin ir mas lejos tenemos en la casa una Señora, la tia de tu futura... Ay! amigo, que muger!... No andará muy lejos de los cincuenta... pero se ha conservado perfectamente... ella es la que lo dispone todo... no se hace nada sin su aprobacion.

Hom. Pues no me sorprende, porque sé que ha de dejarnos sesenta mil reales de renta.

Pabl. Justamente... pues esa es toda una literata.

Hom. Ah! ah!

Pabl. Y mucho me temo que con todo tu talento no seas capaz de competir con ella.

Hom. Calla, calla.

Pabl. Cómo qué!... Has de saber que es una muger que lée todas las novelas, todos los dramas nuevos que se publican.

Hom. Hasta los traducidos del francés?

Pabl. Hasta esos.

Hom. No es posible!

Pabl. (*Señalando á la mesa.*) Míralo sino.

Hom. Pues es verdad.

Pabl. De suerte que cuando me acuerdo que te llamas Homobono, temo que tu nombre te haga mas daño que provecho si ella le sabe, porque es tal que puede que la dé una convulsion de nervios cuando le oiga.

Hom. Lo creo... porque yo tambien estoy á pique de tenerla cuando oigo que me llaman así.

Pabl. Y es capaz de desheredar á su sobrina y casarse ella misma de despecho con cualquiera, antes que consentir que sus bienes pasen á manos de un Homobono.

Hom. Yo haría otro tanto si me hallase en su lugar... pero lo que es en el dia maldito si me convendria el que tomase esa determinacion, porque, hablándote con franqueza, me he venido solo aposta para indagar si esta boda es tan ventajosa como mi padre supone... De otro modo ya puedes suponer que no me faltarian medios para desbaratar la tal boda sin necesidad de indisponerme con mi padre... ya sabes que tengo grandes recursos y un vastísimo entendimiento, sea esto dicho sin alabarme. Con que si tú presumes que la tia llegue á desheredarnos... Espera, me ocurre una idea... se mantiene buena y fresca todavía?

Pab. Cómo?... serías capaz de no hacer caso de la sobrina por?...

Hom. No, no quiero decir tanto... pero confieso que lo que acabas de decirme acerca de sus ideas y de sus gustos... lo que sé ademas de su riqueza...

Pabl. Verdad es que casándote con ella era mas segura la herencia.

Hom. Oh! calla... has podido imaginarte que ese motivo... Pablo, me afliges cruelmente!... Pero no importa... es preciso precaver antes de todo la impresion desagrable que pudiera causarla mi nombre... Sabes que me veo apurado?

Pabl. Apurado! tú! uno de los mas claros ingenios del siglo! Aquí nadie te conoce todavía... haz lo que siempre se ha hecho, y lo que haría cualquiera en tu posicion... preséntate á la tia... bajo un nombre supuesto... arrebata su imaginacion...: y luego que te hubieres grangeado el aprecio de esa alma independiente, aun cuando te llames Bertoldo, tén por seguro que serás su heredero universal.

Hom. Dices bien... tienes un talento piramidal!

Pabl. (*Riendo.*) No falta mas sino buscar un nombre adecuado.

Hom. Silencio! calla... tengo uno... uno te digo nombre terrible, fatal... nombre que huele á adulterio y asesinato desde una legua... nombre que rodeado de sus accesorios vá á hacer vibrar todos los nervios de esa vetusta doncella... Ah! muger, quieres un nombre sonoro, retumbante... Pues bien!... reniego de mi familia, y me llamo... Ant... Oh! ha de ser mejor que ese!... aquí le tengo ya... ó hablando con mas propiedad... ya no le tengo... Soy *el hombre sin nombre*... que es todavía mas pintoresco.

Pabl. Hombre sin nombre!... te vá á adorar entonces.

Hom. Tal me parece...

Pabl. Para no perder tiempo, voy á decirla que un ser misterioso la aguarda en esta sala. Adios. (*Váse.*)

ESCENA IX.

HOMOBONO.

Con que seré propietario de esta casa!... y tendré una tia de mis mismas ideas... una tia que se está filtrando en mi alma como una lluvia de plomo derretido! Oh! á pesar de sus cincuenta me siento como impelido hácia ella por un poder irresistible hácia su alma ardiente... hácia su volcánica imaginacion... hácia sus sesenta mil reales de renta... En verdad que no estraño que esta muger me agrade porque yo siempre he tenido una aficion muy marcada hácia todo lo positivo y lo gótico, con que forzosamente hemos de simpatizar... oigo ruido... si será ella? sí, ella debe ser.

ESCENA X.

HOMOBONO. ANGELA.

Hom. (*Aparte.*) Si es una hermosura cabal.
Ang. Acabo de saber que habeis tenido la desgracia de caer de vuestro caballo, y...
Hom. Sí, he dado una caida... (*Aparte.*) Ola! ya empiezo á andar por los suelos, buen principio!
Ang. Os habeis visto en la precision de pedir hospitalidad. He dado las gracias al sugeto que os ha recibido... y me contemplo feliz por un acontecimiento que me proporciona el honor....
Hom. (*Aparte.*) Creí que habia inventado alguna dislocacion... pero en fin, es preciso contentarse con lo que ha hecho. (*Alto.*) Yo soy el que me considero múy feliz... pues contemplo á mi lado una donosa castellana dispuesta á prodigarme todos los auxilios de la hospitalidad.
Ang. Castellana!... veo que sois de la edad media.
Hom. (*Aparte.*) Lo dirá por mis pelos (*Alto.*) Y vos tambien á lo que parece, hermosa Señora.
Ang. (*Bajando los ojos.*) Soy Señorita todavía.
Hom. Os doy mil grácias pues os dignais participármelo... Oh, Señorita! vuestra bondad no conoce límites, y la acogida que me habeis hecho...
Ang. Mi acogida no debe sorprenderos... Siempre sereis bien recibido en todas partes.
Hom. Eso es segun... el tiempo y la ocasion.
Ang. Sereis sin duda algun propietario de estas cercanías?...
Hom. Propietario?... ó cielos!... propietario!
Ang. Qué teneis?

Hom. Propietario! yo contra quien la fatalidad se ençarniza desde hace tanto tiempo! yo que lucho con ella con una alma de hierro y brazos de acero!...

Ang. Vos, gran Dios!

Hom. Pero no creais que la temo... Me burlo de sus esfuerzos, la insulto, la arrojo el guante, la desafio! Sí, fatalidad, te desafio. (*Cruzando los brazos y mirando al cielo.*) Aquí me tienes.

Ang. Oh! qué grande es este hombre!

Hom. Y ahora, me direis todavía «Desconocido, eres propietario? No, Señorita, no, no soy propietario: solo los dichosos lo son... Yo soy únicamente un pobre inquilino de un cuarto bastante desprovisto de muebles en donde sigo mi vocacion sacando el provecho posible del talento que he recibido de la casualidad.

Ang. Y en qué os ocupais?

Hom. No me ocupo en nada.

Ang. Pues cómo vivis?

Hom. Yo no vivo... vegeto... me alimento de mis pensamientos, y... de esperanzas, aguardo...

Ang. Y qué aguardais?

Hom. La muger que debe completarme, la muger que he soñado toda mi vida?

Ang. Luego os habeis creado una muger en vuestros ensueños.

Hom. Pues; por ventura habeis soñado vos tambien con algun hombre?

Ang. Oh! sí... sí... pero aguardo como vos.

Hom. Entonces voy viendo que podemos darnos la mano... Qué digo? si supieseis de qué brazo pende esta mano?... si supieseis á qué cuerpo está adherido este brazo?... si supieseis quién es éste hombre, apartaríais con horror la vista de mí.

Ang. Oh! desconocido, decid quién sois?
Hom. Me preguntais quién soy yo?
Ang. (*Asustada.*) Justo Cielo! ya tiemblo el saberlo.
Hom. Y si os dijera que soy tan desconocido para mi mismo como puedo serlo para vos.
Ang. Qué misterio!
Hom. Oh! un misterio inesplicable, profundo como el pensamiento de un hombre que no tiene *ninguno.* Otros hombres se llaman Pedro, Juan, Pablo...
Ang. Uf! qué nombres!
Hom. Anastasio... Jeremias...
Ang. Tal cual!
Hom. Alfredo!
Ang. Bien!
Hom. Antony!
Ang. Oh! divino! (*Aparte.*) Si será él?
Hom. Pues aun así, ese héroe de la fatalidad, ese Orestes de frac negro y pantalones, es un niño de teta comparado conmigo.
Ang. Qué oigo, cielos!... con que vos?
Hom. Yo, si señora, yo... porque al fin y al cabo ese Antony, se llamaba Antony, y yo no me llamo de ningun modo... Me he encontrado en esta vida sin saber como ni cuando, ni por quién he venido á ella, y llega mi desgracia hasta el estremo de ignorar en qué parte del mundo se meció mi cuna.
Ang. Sin embargo, cortais bastante bien el castellano.
Hom. Oh! ese es un cumplido que vuestra tierna amabilidad me dispensa... pero, aun cuando lo mereciese nada probaria...
Ang. (*Aparte.*) Ah! corazon mio! Hé aquí el hom-

bre que esperabas. (*Alto.*) Decidme, para llamaros que nombre se emplea...

Hom. Ninguno... Ya que mi padre y mi madre tuvieron á bien no ponerme ninguno, sin nombre he de vivir... Cuando quieren que conteste me llaman Hé! D. Fulano!... nombre bastante vago... humillante, es verdad?... Pues le prefiero á esos, que hacen saltar sangre de los oidos.

Ang. Como por ejemplo el de Homobono.

Hom. (*Aparte.*) La maldita ha puesto el dedo en la llaga. (*Alto.*) Sí, como el de Homobono... Homobono!... no concibo cómo puede haber hombre que consienta en llamarse D. Homobono. Y yo te hago juez, ó muger! no valdria mas que la fatalidad cayese sobre nuestras cabezas... no valdría mas ser un hombre sin nombre, que el tener que ofrecer al ídolo de su corazon el de Homobono, y á cada paso oirla llamar *la muger de Homobono.*

Ang. Me moriría de pesar si me hallase en lugar de mi sobrina.

Hom. Ya sabia yo... que ese nombre absurdo era el de su prometido.

Ang. Mil veces preferiría el vuestro.

Hom. Porque no tengo ninguno!

Ang. Sin duda!... creedme, esta posicion excéntrica en que me hallo me dá un derecho de escoger el nombre de mi esposo... Los hay tan hermosos... Gaspardo!... Cosimo!... Angelo!... Frollo!...

Hom. Cuasi-modo!

Ang. Leoni... Hernani... Antony!

Hom. Riquiqui!... Oh! muger sin igual!... Feliz una y mil veces el mortal que reciba de tus manos ó de tu boca esos nombres privilegiados... Ah! si le fuese dado esperar á este desdichado que no

tiene padre, ni madre, ni patria, ni hogar, ni... si se atreviese á...

Ang. (*Aparte.*) Qué oigo!...

Hom. Perdonad, Señora, soy un insensato... es cierto... Oh! decid que soy un insensato!

Ang. Caballero... yo...

Hom. Decidlo... Oh!... decidlo.

Ang. (*Esforzando.*) Caballero...

Hom. Por Dios!... por piedad!...

Ang. (*Tiernamente.*) Insensato!

Hom. Otra vez...

Ang. (*Mas tiernamente.*) Insensato!...

Hom. Muchas gracias... Ah! cuán buena sois!... cuán buena!

Ang. Demasiado... ese es mi flaco.

Hom. Y con todo vuestro flaco seriais capaz de negaros, si dependiese de vos, á hacerme el mas feliz de los hombres...

Ang. No lo creais, desconocido!... nó!...

Hom. Oh! fatal imperio de las preocupaciones!... porque no sabeis quien yo sea... porque no tengo profesion conocida, ni pergaminos, porque por no tener ni aun nombre tengo, me prohibireis unir el mio al de la que mi corazon adora!

Ang. (*Aparte.*) No hay mas dudar... este es el que yo esperaba.

Hom. Está visto. La fatalidad ha trazado en torno mio un círculo de maldiciones del que jamas podré salir.

Ang. Por qué desesperais?

Hom. (*Con aire sombrio.*) Pues bien... no ignoro lo que me resta que hacer.

Ang. Deteneos, deteneos... D. Caballero... Oh,

deteneos D. Fulano... Vuestros dias no os pertenecen solo á vos...

Hom. Qué escucho!

Ang. Temblad..., pues al cortar el hilo de vuestros dias pondríais término á dos existencias.

Hom. Dos existencias!

Ang. Sí... de hombre la una, y la otra de muger.

Hom. Es posible!... Con que una muger ha llegado á interesarse por el hombre sin nombre.

Ang. Con todo su corazon... con todas las fuerzas de su alma... Sí, hombre sin nombre... vuestra posicion social es lo que mas ha interesado á esa muger sensible... Pluguiese al Cielo, que allá al nacer se hubiera visto, como vos, sola en medio de la sociedad, sin padres, sin familia...

Hom. Y qué importa la familia...

Ang. Sin duda... pero si la boda de mi sobrina exigiera que esa sensible muger se condenase al celibato...

Hom. Es decir, que si esa muger fuese libre...

Ang. Ah!... Si fuese libre!

Hom. Con que si la boda de su sobrina no se verificase?...

Ang. Qué decís?...

Hom. Puede tanto la casualidad!... Tal vez el futuro esposo no agradará...

Ang. Nada importaría... La madre tiene tantas preocupaciones, como desengaños hay en el mundo; solo un grave motivo la haria faltar á su palabra.

Hom. Y si tal sucediese?...

Ang. Entonces... pero... silencio, mi sobrina... (*Sale al encuentro de Luisa.*)

ESCENA XI.

ANGELA, LUISA *y* HOMOBONO.

Lui. Tia! Tia! (*Deteniéndose.*) Perdonad; tal vez estaríais ocupada, y...

Hom. (*Aparte.*) Ola! mi novia... es linda... pero tiene una figura demasiado correcta... una hermosura clásica... Iphigénia!... (*Luisa y Homobono se saludan.*)

Ang. No lo creas... acércate para que te presente á este Caballero.

Lui. (*Aparte.*) Si será D. Homobono!

Ang. Un accidente imprevisto ha obligado á D...

Hom. (*Aparte.*) No se atreve á decir D. Fulano...

Ang. A este Caballero á pedirnos hospitalidad, y me lisonjeo que nuestras relaciones no se limitarán solo á esto...

Hom. Así lo espero, Señora... me hallo tan bien aquí! tan bien! (*Mirando á Angela.*)

Ang. (*Aparte.*) Qué aturdido! va á comprometerme.

Lui. (*Bajo á su tia.*) Pero todavía no me habeis dicho quién es este Caballero...

Ang. Aun cuando quisiera me sería imposible complacerte... el que estás viendo es uno de esos seres privilegiados, tan raros en nuestros dias, y á quienes no se les conoce nombre propio.

Hom. (*Aparte.*) Al menos para tí...

Don. (*Dentro.*) Con que decís qne está por aquí?... muchas gracias.

Hom. (*Aparte.*) Canario!... esta es la voz de mi padre... y si me vé el diablo tira de la manta. (*Alto.*) Señoras, con vuestro permiso os voy

á esperar en el jardin. (*Salta por la ventana.*)

Ang. Cómo!... por la ventana!... Hé ahi lo que se llama un ser noblemente organizado.

ESCENA XII.

ANGELA. LUISA. DONATO.

Don. Dónde? dónde está mi hijo?... Qué veo!... no me engaño, nó... vá como alma que lleva el diablo por aquel paseo. A dónde irá corriendo?

Lui. (*Aparte.*) Ola! es aquel!... sin haberle visto le hubiera conocido por el retrato que Pablo me habia hecho de él.

Ang. Quién? él hijo vuestro? Anciano, os equivocais... jamas lo ha sido.

Don. Qué? qué dice esta buena Señora? con que jamas lo ha sido?...

Ang. Sin duda... pues que se halla en la misma categoría que el interesante Antony.

Don. Pues me gusta la salida... segun eso me quereis hacer creer que mi hijo es un intruso en mi familia.

Ang. Por última vez os repito, Anciano, que el que habeis tomado por hijo vuestro, es un hombre sin nombre.

Don. Sin nombre, Señora! Vive Dios!... cuando yo os digo que tiene uno, y famoso... D. Homobono Lanzagorta.

Ang. D. Homobono! él... Homobono! Oh! blasfemia!... maldicion!... torpe mentira!...

Don. (*Enfadándose.*) Echa, echa. ¿Qué diablos estais ensartando?

Ang. Anciano, sois un visionario.

Don. Señora, esto ya pasa de raya.

Ang. Un horroroso visionario!... ven, ven, sobrina mia, á buscar á tu madre.

Lui. (*Aparte.*) Pobre tia!... el enredo de Pablo vá á quitarla la poca razon que le queda.

ESCENA XIII.

DONATO *solo.*

Vaya... vaya... pues me gusta, á fé mia, la estravagancia!... un hombre sin nombre!... Mi hijo! Cáspita! Esta muger es un energúmeno... si querrá deshacer la boda por este medio? Pero no, no es posible! y aun cuando asi fuese, es demasiado ventajosa para que yo ceda el campo tan fácilmente... voy á verla para averiguar este embrollo.

ESCENA XIV.

DONATO. TERESA.

Ter. (*Vivamente.*) Ah! amigo mio. Sabeis donde paran mi hermana y mi hija?... Deben estar en el jardin; y tenemos la casa invadida por los salvaguardias.

Don. Qué decís, Señora?

Ter. Un presidario de la cuerda que conducian á Ceuta se ha escapado, y se asegura que se ha metido aquí... Jesus! La casa está revuelta... y no sé lo que me sucede... con esta confusion no he podido avisar á mi hija. Si quisiérais tomaros la molestia de buscarla...

Don. Con mucho gusto... al mismo tiempo buscaré

tambien á mi hijo, á quien me parece haber visto en el jardin.

Ter. Con que está aquí?... tanto mejor... Francamente, amigo, tengo ya ganas de ver arreglada y concluida esta boda, porque á decir verdad, no entiendo la conducta de mi hermana... la que no me parece tan razonable como otras veces... Andad, amigo mio...

Don. Voy corriendo, pero tranquilizaos... aquí está ya Luisa: con vuestro permiso corro á buscar á mi hijo.

ESCENA XV.

DOÑA TERERA *y* LUISA.

Lui. Madre mia!...

Ter. Hija querida... Cómo has crecido! Y cuán hermosa estás!... ven, ven á que te abrace!... No dirá D. Donato que hago mal regalo de boda á su hijo...

Lui. Querida mamá!... (*Besándola.*)

Ter. Sí... vales un tesoro... hermosa, rica, jóven, y de juicio... Qué te falta?...

Lui. Con que estais ya decidida á que me case?...

Ter. Sí, hija mia... es asunto concluido... pues que tú ya me tienes dado tu consentimiento.

Lui. Es cierto pero (*Aparte.*) no sé como decirla...

Hom. (*Desde la ventana.*) Ola! Madre é hija juntas!... Propicia ocasion para desbaratar el proyectado enlace!

Ter. Créeme Luisa... esta boda asegura tu felicidad y la tranquilidad de tu madre.

Lui. Tenia entendido que una Señora, vecina nuestra, os habia escrito...

Ter. Sí, pidiéndome tu mano para un jóven abogado, sobrino suyo... Yo la he contestado que era ya tarde, pues que mañana serías la muger de D. Homobono.

Hom. Eso será lo que tase un sastre! (*Aparte.*)

ESCENA XVI.

DOÑA TERESA, LUISA, HOMOBONO (*Sale azorado, suelto, el corbatin y los cabellos erizados.*)

Ter. y Lui. Jesus! mil veces...

Hom. Silencio... Veneranda muger! y vos, jóven adorable, silencio!... sinó quereis perderme.

Ter. Quién sois, Caballero?...

Hom. Quién soy?...

Lui. Si es D. Homobono... acaba de decírmelo su padre.

Ter. Vos D. Homobono?

Hom. Sí, el mismo... pero no el Homobono que os habíais figurado... no aquel Homobono dulce y pacífico de quien os tienen hablado... no, el Homobono que aquí veis ha roto todos los lazos que le ligaban con la sociedad... se ha hecho tan grande como pequeño quisieron hacerle... de un Homobono comerciante se ha transformado en un bandido... en un homicida... en un asesino!

Lui. (*Aparte.*) Este hombre está loco!...

Ter. No me es imposible creer...

Hom. Es decir que pensais que me estoy adulando... no... no es adulacion... Escuchad... andan en busca de un criminal...

Lui. Ay! mamá!... por Dios...

Ter. (*Temblando.*) Sí, en efecto... la tropa... la justicia.

Hom. (*Amargamente.*) Sí, la justicia de los hombres... una justicia injusta, que no me quiere permitir amar libremente á vuestra hija!

Lui. (*Poniéndose detras de su madre.*) Vírgen Santísima!

Ter. Como, caballero... y os atrevereis á amar á mi hija?...

Hom. (*Aparte.*) Bravísimo, ya empiezo á hacer efecto (*Alto.*) Sí, yo la amo!... con todo el ardor, la impetuosidad de que es susceptible un malvado como yo...

Ter. (*Estrechando á su hija en sus brazos.*) Cielo santo!

Hom. Yo soy el que para reclamaros la mano de mi prometida esposa, se ha escapado de las cadenas con que la sociedad conduce á Ceuta á los hijos que no entiende...

Lui. Mi mano! Dios mio!

Ter. Jamas! jamas! no os acerqueis... Ah!... qué golpe para su pobre padre!...

Hom. Jamas decís!... Ah! es imposible que haya oido bien... Jamas?... porque me veis desgraciado creeis tener una razon para faltar á vuestras promesas?... Considerad, Señora, que todo lo debeis temer de esta alma de fuego, si levantais en ella un huracan que nada en este mundo podria calmar.

Ter. Qué sofoco!... nadie viene... y

Hom. Sabeis acaso, infeliz, de lo que soy capaz cuando me contradicen... cuando me entrego á la rabia, á la desesperacion? No ha llegado á vuestros oidos que llevo ya asesinadas

tres vírgenes puras como el ángel del desierto?

Ter. y Lui. Ah!...

Hom. La primera con un pañuelo, con láudano la segunda.

Ter. Callad... por piedad... qué horror!

Lui. Me va á dar algo!...

Hom. Y la tercera á fuerza de caricias... Porque tenedlo entendido, esposa mia, mi amor mata.

Ter. y Lui. Socorro!... Socorro!...

Hom. Silencio, madre de mi esposa; y tú tambien silencio!... Quieres acaso perder al prometido de tu hija!... Considera que cerca de nosotros está la justicia en forma de soldado de caballería pronta á echarse sobre su presa. Querríais pues, infames, entregársela palpitante.

Ter. y Lui. (*Huyendo.*) Socorro! Socorro!

Hom. (*Aparte.*) Gritar ahora cuanto querais... He logrado mi objeto... ya me odian, y por lo tanto puedo dedicarme sin estorbos á la tia.

ESCENA XVII.

HOMOBONO. ANGELA.

Ang. Desgraciado!... No sabeis el peligro que amenaza vuestra cabeza!...

Hom. Qué es lo que decís?

Ang. Vos sois... todo lo he adivinado... vos solo podeis ser!... Los esbirros os persiguen, y ya tienen ocupada toda la casa.

Hom. La justicia! (*Aparte.*) Diantre! esta broma va haciéndose demasiado pesada.

Ang. Tranquilizáos... hombre sin nombre. No tengais cuidado; si la sociedad se encarniza contigo...

aun me tienes á mí, que jamas te abandonaré.
Hom. Vos!... Vos!... Oh!... Vos!...
Ang. Ignoro si el decoro me permite hacer semejante declaracion, pero los peligros que te amenazan, la emocion que han causado en mi alma, todo, todo me obliga á no ocultarte por mas tiempo los sentimientos de este ardiente corazon.
Hom. Deleite!... Extasis!...
Ang. Sí, hombre sin nombre, la que amabas hace ya tiempo que te esperaba...
Hom. Paraiso!... Delicias!...
Ang. Un secreto presentimiento constantemente me anunciaba que algun dia llegaríais...
Hom. Pero si todo esto fuese un sueño falaz?
Ang. Nó... no es un sueño... yo te amo.
Hom. Muchas gracias!
Ang. No tienes familia?... pues bien, yo haré sus veces... No tienes bienes? te daré los mios.
Hom. Yo nado... nado... en un piélago de alegría.
Ang. Mi mano... mi corazon...
Hom. Tus sesenta mil reales de renta.
Ang. Todo para tí, amor sin nombre!
Hom. (*Apasionadamente.*) Oh!... Adela!...
Ang. Angela.
Hom. Angela?... pues bien... Angela... yo te quiero... te amo... Sí... sí, te adoro... Puesto que nos hemos adivinado, comprendido, entendido... quiero robarte...
Ang. Hombre fuerte!...
Hom. Consientes, alma mia, en este rapto?
Ang. (*Dudando.*) Ah!... no sé...
Hom. (*Muy tiernamente.*) Angela!
Ang. Vencistes... sí... eres mi vida, mi alma... eres el libro sublime en que Dios ha escrito la última

página... de mi existencia... Tú lo quieres, pues cógeme y llévame hasta el fin del mundo.

Hom. Que yo te lleve!... Sí, ídolo mio! Mucho pesas... será preciso renunciar. (*La coge en brazos y va á llevársela.*)

Ang. Hombre débil.

ESCENA XVIII.

ANGELA. HOMOBONO. DOÑA TERESA. DONATO *y* LUISA.

Don. Eh!... ola... adónde diablos vas con esa carga?...

Ang. Infernal destino! rapto malogrado!

Hom. (*Aparte.*) El diablo tiró de la manta.

Ter. Don Homobono, esplicaros ahora... aquí teneis á vuestro padre... Y tú, Angela, has perdido el juicio?...

Ang. Quién es ese Don Homobono? Quién es su padre?

Pabl. D. Homobono es vuestro raptor.

Ang. El hombre sin nombre!

Pabl. Y su padre el Sr. D. Donato Lanzagorta...

Don. Muy servidor vuestro.

Ang. El!... D. Homobono Lanzagorta!... Qué terrible decepcion!... (*Cae en una silla.*)

Don. Podremos saber, caballerito, con qué objeto habeis querido deshonrarme, diciéndoos sin famimilia, sin nombre, y cargando con esa buena Señora.

Hom. Ah!... perdon!...

Ter. Y no es eso solo!... Ha querido tambien hacernos creer, á mi hija y á mí, que era un crimi-

nal, un malhechor, sin duda para deshacer la boda...

Hom. Señora...

Ter. Pues bien, Caballero, lo habeis logrado. D. Pablo, aquí teneis la mano de mi hija...

Pabl. Ah, qué felicidad! Luisa!

Lui. Puesto que tal es el gusto de mamá!

Don. Me alegro... Pardiez que lo merece! y vos, Señora, tranquilizaos, si el hijo es un estravagante, el padre es un hombre de bien, y transigirá del modo que mejor os plazca nuestros pleitos...

Hom. Corriente... (*A Pablo*.) No eres mala pieza!... No... no, tranquilízate, te perdono todo... cásate con la sobrina, que yo cifraré toda mi ventura en lograr la mano de su amable tia.

Ang. Oh! no espereis que yo sea jamas vuestra... me horroriza el pensar que me llamarian la *muger de Homobono*.

Hom. Qué escucho!... y esto es por tener nombre!... padre... hogar, de qué me sirven? Mas me hubiera valido cien veces ser el hombre sin nombre!

FIN.

mal [illegible], no deja para deshacer la boda.

Ram. Señora...

Tom. Muy bien, Caballero, lo habeis logrado.

D. Pablo, aquí teneis la mano de mi hija...

Paul. ¡Ah, qué felicidad! Luisa!

Lu. Puesto que tal es el gusto de mamá!

Mar. Yo acepto... ¡Pardiez que lo merece! y vos, Señora, tranquilizaos; si el hijo es un estravagante, el padre es un hombre de bien, y transigiré del modo que mejor os parezca nuestros pleitos.

Ram. Corriente. (*A Luisa.*) No eres mala pieza!...

Luc.... Tú, tranquilízate, lo perdono todo... cásate con la sobrina, que yo cifraré toda mi ventura en hacer el encanto de su amable tia.

Ang. ¡Oh! no esperéis que yo sea jamás vuestra... me horroriza el pensar que me llamasen la muger de [illegible].

Ram. ¡Qué escucho!... y solo es por tener nombre!...

Pablo... Luego, ¿de qué me sirve? ¡Más me hubiera valido cien veces ser el hombre sin nombre!

FIN.

!SI NÓ VIERAN LAS MUGERES!

PERSONAS.

Isabela, dama.
Florela, criada.
Federico, caballero.
Tristan, criado.
El Duque Octavio.
El Emperador Othon.
Fabio, caballero.
Alejandro, caballero.
Rodulfo, caballero.
Velardo, villano.

La escena es en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CAMPO.

Isabela, con sombrero de plumas y un arcabuz, y Florela.

Florela.

No te alejes de la quinta,
de su plomo en confianza.

Isabela.

Mejor que de espada y lanza,
así la guerra se pinta.
La caza se me ha escondido;
ya no hallo á que tirar.

Florela.

Ociosas, para matar,
son las armas que has traido.

Isabela.

¿Requiebros, Flora?

Florela.

No creo,
que fundados en razon,
son requiebros.

Isabela.

¿Pues qué son?

Florela.

Milagros de mi deseo,
con que ya no soy muger,
mudando en hombre mi nombre.

Isabela.

¿ En hombre, Flora ?

Florela.

Y muy hombre,
que el alma lo puede hacer.

Isabela.

Como me ves tan valiente,
pienso que hablas de temor.

Florela.

Nunca le tuvo el amor
para ningun accidente;
y holgárame que te viera
Federico en este trage.

Isabela.

Envíale, Flora, un page.

Florela.

Buena diligencia fuera:
pero si no es que me engaña
lo airoso y galan del talle,
él baja del monte al valle,
y mi Tristan le acompaña.

Isabela.

No te engaña el pensamiento,
que hay hombres de tal donaire,
que tienen alma en el aire,
de cualquiera movimiento.
Aquí me quiero esconder,
que le quiero saltear.

Florela.

Invenciones de matar,
solo amor las sabe hacer. *Se esconden.*

ESCENA II.

Federico y Tristan en cuerpo, é Isabela y Florela escondidas.

Federico.

O el pensamiento adivina,
ó me dió su resplandor.

Tristan.

Muchas veces piensa amor,
que mira lo que imagina.

Federico.

De dar en el agua el sol
se forma el arco del cielo,
y así en mis ojos recelo,
que dió su claro arrebol:
fundados en agua estan
para poderse mover;
con que la pudieron ver,
y ella formarse, Tristan.

Tristan.

Yo pienso que fue en el mundo
primer filósofo amor.

Federico.

De darme su resplandor
este pensamiento fundo.
No lejos de aquesta encina
la vi, y á Flora tambien.

Salen Isabela y Florela.

Isabela.

Téngase todo hombre.

Federico.

¿A quién?

Isabela.

A amor.

Federico.

¡O Venus divina!
si quereis al que camina
robar, y quitar despojos,
¿para qué tantos enojos?
dejad ese fuego os ruego,
no se corra el dulce fuego
de vuestros hermosos ojos.
Bajad las armas, que ya
para mi no harán efecto;
cese tan cruel decreto,
no mateis quien muerto está.
Al amor por armas dá
la antigüedad, arco y flechas,
porque para errar sospechas
y para acertar desdichas,
son sus flechas y sus dichas,
de hierro y de plumas hechas.
Tomad el arco, y dejad
el fuego que en otra esfera
mas alta vive, siquiera
por honra de mi verdad:
no muera mi voluntad
de otro fuego, que el que vive
en vuestros ojos, ni prive
al sol en ese arcabuz
un relámpago de luz,
que el aire de sombra escribe.
Cuando sale el bandolero,
y se le pone delante,
pide humilde el caminante
la vida, y deja el dinero:
lo mismo pediros quiero,
y el alma y potencia daros,
y que dejeis, suplicaros,

la vida para serviros,
un sentido para oiros,
y el otro para miraros.
Dicen que Palas dormia
en una selva, quitada
la guarnecida celada
de plumas y argenteria,
y Venus por bizarría
se la puso, á quien severo
dijo Amor: madre, no quiero
esos laureles y palmas,
con almas se matan almas,
que no con armas de acero.

Isabela.

¿Cuándo, Federico mio,
Isabela os ha negado
el alma?

Federico.

Doy por robado
todo mi libre alvedrio:
ya de la accion me desvio,
que tuve, dandoos la mia;
si vida y piedad pedia,
ya no la quiero, pues ya
vida por vida me da,
quien á matarme venia.
Mas dejando agradecido
esta plática, señora,
no lo esteis de verme ahora
donde por fuerza he venido:
el Emperador ha sido
la causa, que á caza viene
por este monte, y me tiene
sospechoso de que os vea,
que en esta vecina aldea

pasar la noche previene.
Ya sabeis, que son los zelos
sombra de amor, que no huviera
cosa que mas dulce fuera,
si le dejaran desvelos:
mas no quisieron los cielos
dar á los hombres un bien
tan alto, sin que tambien,
pagase amor tal pension;
que con zelos burlas son
olvido, ausencia y desden.
Vos os habeis de esconder
de suerte, que nadie os vea,
que teme amor que no sea
mi muerte, si os viene á ver:
tiene supremo poder,
y á damas tan inclinado,
que ya piensa mi cuidado,
que él es Páris, vos Elena,
y yo del mar en la arena
el Griego en llanto bañado.
Esto á los zelos les debe,
dulce Isabela, el amor,
que es dar aviso al honor,
con las sospechas que mueve.
Suenan truenos cuando llueve,
y de las nubes los senos
se rompen de piedra llenos,
dando al labrador desmayos;
pues jamas cayeron rayos,
sin que lo dijesen truenos.
Son los agravios, señora,
reloj de campana, dando
con públicos golpes, cuando
está pasada la hora:

los zelos al que la ignora,
son la saeta, que vá
adondo la letra está
tan quedo, que no se vé;
porque sepa antes que dé,
el número á donde dá.
Mirad si temer es justo,
viéndoos á vos tan perfecta,
que señale la saeta
la letra de mi disgusto:
que os escondais es mi gusto,
no os vea el Emperador,
porque la señal mayor
de amor, que á todas escede
es no dar zelos, si puede,
la muger que tiene amor.

Isabéla.

Cuando por mi sola fuera,
os quiero yo obedecer.

Federico.

Y yo, señora, volver
donde ya el César me espera.
No te entristezcas, ribera,
de que el sol te falte ahora
que tus campos y aguas dora;
cristal y flores, paciencia,
que breve será la ausencia
de mi luz, y vuestra aurora.

Tristan.

¿Y tú, Flora, nó te escondes?

Florela.

¿Y yo para qué, Tristan?
¿Tú, zelos? ¿de qué, galan?

Tristan.

¿Con letrilla me respondes?

¿no te puede ver alguno
mas galan, y mas señor?
¿de zelos, teniendo amor,
hase escapado ninguno?
Yo no sé historias que sean
egemplo, ni digo mas
de que mejor estarás,
Flora, donde no te vean:
caen rayos, suenan truenos,
avisan zelos de agravios,
guardánse los que son sábios,
dan en los que saben menos.
Campos, perdonad, que Flora
se va á esconder; no es esceso,
que no dejareis por eso
de ver el sol y la aurora.

ESCENA III.

Isabela y Florela.

Florela.

Suspensa estás.

Isabela.

Hame dado
lo que nunca imaginé.

Florela.

¿Es deseo?

Isabela.

Si.

Florela.

¿De qué?

Isabela.

De lo que has imaginado.

Florela.

De ver al Emperador
me parece que será.

Isabela.

¿Quién, Flora, no lo tendrá
de ver al mayor señor
del mundo que alaban tanto.?

Florela.

Necio en avisarte anduvo
Federico.

Isabela.

Culpa tuvo
pero de pensar me espanto,
que hiciese mi gusto empleo
contra su gusto.

Florela.

No es justo,
cuando es tan honesto al gusto,
recatar tanto el deseo.
No es nueva la condicion
que nos viene por herencia;
la primer desobediencia
nació de la privacion.
Malparió cierta romana,
con el deseo de ver
un monstruo, y de se atrever
á llegar á la ventana.
¿Qué agravio recibe honor
de galan y no marido,
por ver al esclarecido
Cesar, del mundo Señor?
que decir, porque es mancebo
que te puede codiciar,
es achaque de no dar
gusto.

Isabela.

La razon apruebo;
que Federico no es justo,

que quiera quitarme el ver,
si en baja, y noble muger
es naturaleza, y gusto
el ver á quien causa enojos:
todo al hombre se rindió
si no es los ojos, y yo
no tengo esclavos los ojos.
¿Cuál muger, aunque casada,
de no mirar se obligó?
que aun ciega hácia dentro vió
con potencia imaginada.
Yo, Flora, tengo de ver
al César, si bien será
disfrazada.

Florela.

Cerca está.

Isabela.

O ver, ó no ser muger:
tiéneme aquí el padre mio,
porque él está desterrado,
mirando un monte, y un prado,
y entrando en la mar un rio:
y un dia, que viene aquí
el águila con el pico,
de oro y perlas, Federico
me manda esconder á mí.
Mas quiere una muger ver,
que del mundo los despojos;
que es tapar al sol los ojos
cerrar los de una muger:
que como pasa, y traspasa
su luz por cualquier resquicio,
ó ha de perder el juicio,
ó ha de mirar lo que pasa.

ESCENA IV.

Febio, Rodulfo, Alejandro, caballeros de caza, y el Emperador.

Emperador.

Cansado estoy.

Febio.

Es el dia
caloroso por estremo.

Alejandro.

Cuando es con esceso tanto,
no sin donaire dijeron
los antiguos, que ladraban
aquellos celestes perros.

Rodulfo.

¿Qué mucho, si les dá el sol,
gran señor, de medio á medio,
y está para darles agua
hoy el acuario tan lejos?

Emperador.

Señoras yerbas, haced
silla al que tiene el imperio
de Alemania, y en Italia,
y Roma, el sagrado reino.
¿Qué dosel como estos olmos,
que con natural ingenio
visten yedras, que coronan
de racimos sin cabellos?
¿Qué telas como estos lauros
donde parece que huyendo
Dafne, mas agua que el sol,
la viene siguiendo Febo?
¿Con qué gracia se despeña
ese músico arroyuelo,

de esas pizarras al prado
que en verdes juncos, y helechos
le dan cama en que se duerma
del ruido que echan menos
las aves, á cuyos tiples
era templado instrumento?
¿donde quedó Federico?

Alejandro.

Luego que fuisteis siguiendo
aquel Antheon sin alma,
que de las ramas de un fresno
cuelga por los pies atado
bañando de sangre el suelo,
se fue entrando por el monte
con Tristan el escudero
de quien celebras donaires,
de quien repites despejos;
pero ya vienen los dos.

ESCENA V.

Dichos, Federico y Tristan.

Federico.

¿Si me habrán echado menos?

Tristan.

¿Eso dudais?

Emperador.

¿Federico,
donde has estado? ¿qué has hecho?

Federico.

Codicioso de seguir
un javalí mas soberbio,
que aquel feroz que en Arcadia
abrió de Adonis el pecho
con dos dagas de marfil,

eterno llanto de Venus,
perdí las señas del monte,
y por laberintos hechos
de pinos, que de las nubes
verdes obeliscos, dieron
temor al sol con la historia
de los gigantes soberbios,
anduve, señor, buscando
algun labrador Teseo,
que me sacase al camino,
hasta que de tus monteros,
de una peña repetidos,
me trujo el aire los ecos.

Emperador.

No se le puede negar
á la caza, caballeros,
ser el mas noble ejercicio
y de mas ilustre aliento,
para empresas militares,
y de antiguos y modernos
mas celebrado en el mundo.
Envidio el famoso esfuerzo
del africano, que mata
de Lidia en los campos secos
con solo el desnudo brazo,
y las dos puntas de acero,
al rey de los animales:
pero cuando yo contemplo
que es todo trabajo inútil,
parece que me arrepiento
de la fatiga que traigo,
y el cansancio con que vuelvo.

Federico.

En las acciones humanas
á la inclinacion debemos

hacer fáciles las penas:
así hallaron los secretos
de la gran naturaleza
los filósofos, y dieron
fin á tan altas empresas
los romanos y los griegos.
La inclinacion hizo sábios,
oradores y maestros
de las leyes; y el laurel
poétas de ilustres versos
corresponden las costumbres
á la inclinacion.

Emperador.

Ya veo,
que fué de nuestras pasiones
el primero fundamento.
¿Pero cuál es la mayor
pasion de las que tenémos
los hombres naturalmente?

Federico

Dejando afectos diversos,
son la ira y el amor.

Emperador.

¿Y cuál es el mayor?

Federico.

Tengo
la ira por más pasion,
de quien los sábios dijeron
que era una breve locura,
que ciega al entendimiento.

Emperador.

Engáñaste, porque amor
aspira en el alma á eterno;
que como ella es inmortal,
tambien amor puede serlo:

y la ira, y tú lo dices,
ser breve, pues dura el tiempo
que dilata la venganza:
pero del amór sabemos
que puede durar despues
de ejecutado el deseo,
toda la vida en un hombre.
Y es fácil aquí el ejemplo,
que podeis todos vosotros
tèner encendido el pecho
de amor ahora, y ninguno
tener ira; luego es cierto,
que es mayor pasion amor.

Federico.

Que es la mas noble confieso;
pero no que la mas fuerte.

Emperador.

Vosotros, que estais oyendo
al discreto Federico
un pensamiento tan nécio
¿ qué decís de su opinion?
confesándome primero
si amais, porque no es posible
que donde hay tantos sugetos
de hermosura y discrecion,
esteis libres de este efecto.
Dí tú, Fabio, por mi vida....

Fabio.

Yo, señor, con nadie tengo
ira; amor sí.

Emperador.

¿Quieres bien?

Fabio.

Cierta señora requiebro
con mas amor que esperanza.

Aro el agua, siembro el viento.

Emperador.

¿Tú, Rodulfo?

Rodulfo.

Por tu vida
diré verdad: yo no acierto
á conquistar voluntades:
tengo mi dama de asiento,
aseguro mi salud,
quíero mas, y gasto menos.

Emperador.

¿Tú, Alejandro?

Alejandro.

Gran señor,
un imposible pretendo.

Emperador.

No hay imposible, Alejandro,
rogando, amando y sirviendo.
Tristán, ya que estás aquí,
dí tu razon, porque entiendo
vencer con todos los votos.

Tristan.

Indigno, Cesar escelso,
me siento en tanta grandeza;
mas como siempre te veo
inclinado á mi favor,
tendré á tu vida respeto.
Yo quiero una casadilla,
de cuyos ojuelos negros
sabera el sol mas hermoso
si se acostara con ellos.
De las rosas de la cara
parece que amor há hecho
azucar rosado el alma
de mis enfermos deseos.

Breve boca y dientes blancos,
tales que un mico ligero,
pensando que eran piñones
saltó una vez á comerlos:
las manos eran, por Dios,
lindas, si pidieran menos;
lo que es el brio pudiera
ser el alma de otro cuerpo.
Fuese el marido á una aldea;
substituir quise el lienzo
de sus sábanas, volvió,
era rigoroso invierno,
escondióme en un tejado
del marido, y no del cierzo,
á donde estuve sin juicio
hasta que el Alba riendo
me tuvo por chimenea,
y con ser tan grande el hielo,
confieso que no ha podido
vencer de mi amor el fuego.

Emperador.

¿Porqué callas, Federico?

Federico.

Yo, señor, porque no puedo,
siendo ayudante de amor,
ayudar á tu argumento:
en toda mi vida quise
ni dije á muger requiebro,
ni sujeté el alvedrío,
ni rendí el entendimiento,
ni escribí papel de amores,
ni tuve de nadie zelos,
ni me vió rondar de noche,
ni oyó mis quejas el viento,
ni supe qué eran desdenes.

ni favores, porque tengo
de las tragedias de amor
innumerables ejemplos.

Emperador.

¿Pues qué has hecho, Federico,
de toda tu vida el tiempo?
¿Tú eres hombre? ¿Tú eres noble?
¿tú valiente? ¿tú discreto?
¿en qué Scitia, en qué Etiopia
naciste? ¿qué monte fiero
de Tesalia fué tu padre?
¿qué tigre te dió su pecho?
¿Hombre vivió sin amor
en el mundo, donde vemos
llorar una ave de ausencia,
morirse un cisne de zelos,
bramar en el bosque un toro,
gemir en el monte un ciervo,
y un delfin entre las ondas
del mar, festejar paseos
al sujeto que le dió
naturaleza por dueño?
¿Tú no sabes, Federico,
que desde el hombre primero
es amor Rey de los hombres?

Federico.

Señor, en amor me empleo
de la virtud y los libros.

Emperador.

Es justo amor, no lo niego;
¿pero hay cosa mas amable,
ni de escelente sujeto,
como una hermosa muger
al humano entendimiento?
¿Qué cosa es buena sin ellas?

¿Qué es la caza, qué es el juego
para igualar á sus brazos?
¿Ó por quien, dime, ha hecho
la plata la luna, el sol
el oro, el mar en su centro
las perlas, las piedras ricas,
los planetas, influyendo
para diversas colores
sus calidades y efectos?
¿Para quien tanto artificio;
desde el gusano pequeño,
que labra en capullos blancos
el túmulo de su entierro,
de donde la seda sale,
con que vestimos los cuerpos,
que nos dieron aquel sér
que todos reconocemos?
Pues advierte, Federico,
que desde hoy (estame atento)
has de buscar á quien ames,
humilde, ó alto sugeto;
por qué en mí cámara, juro
por Dios, y esto será cierto;
que no ha de entrar sin amor
hombre ninguno; que creo,
que hombre que no sabe amar,
no sabrá servir, y aun pienso,
que no puede ser leal,
ni valiente, ni discreto.
No digo, que amor vicioso
ocupe tus pensamientos,
sino amor casto, que obligue
virtuoso á un fin honesto.
¿Qué piensas tú que es él solo?
pues profesas libros, pienso,

que si á Aristóteles viste,
sabrás que dijo por ellos,
que él solo era Dios ó bestía;
de cuya maxima entiendo,
que si acompañan amigos
el humano entendimiento,
no la voluntad, que aspira
á mas estrechos deseos;
y al mismo sabio tambien
le desterraron los griegos,
porque adoraba á su dama,
y la hizo altar ó templo.
¿Hásme entendido?

Federico.

Muy bien;
y que buscaré sujeto,
á quien amar desde hoy.
¿Y como? si ya le tengo *ap.*
mas alto que el mismo sol.

Dentro ruido.

Uno.

Ataja, ataja: del cerro
pelado desciende al verde
valle.

Otro.

Si á Melampo suelto,
no se le irá por los pies,
aunque le igualen al tiempo.

Emperador.

Corred, caballeros, todos,
que en esta fuente os espero.

Federico.

¿Y yo tambien?

Emperador.

Federico;

tú el primero.

Federico.

Ya obedezco
tu gusto. Vamos, Tristan.

Tristan.

Un grande preñado llevo
de cosas que te decir.

Federico.

Hablaremos en secreto.

ESCENA VI.

El Emperador.

Quien no sabe de amor vive entre fieras,
quien no ha querido bien fieras espante;
ó si es Narciso, de sí mismo amante,
retrátese en las aguas lisonjeras.
Quien en las flores de su edad primeras
se niega á amor, no es hombre,
que es diamante,)
que no lo puede ser el ignorante,
ni vió sus burlas, ni temió sus veras.
¡O natural amor! que bueno y malo,
en bien y mal te alabo y te condeno,
y con la vida y con la muerte igualo:
Eres en un sugeto malo y bueno,
ó bueno al que te quiere por regalo,
é malo al que te tiene por veneno.

ESCENA VII.

El Emperador, Isabela y Flora vestidas de labradoras y Velardo de villano.

Isabela.

Muy mal nos habeis guiado.

Velardo.

No ha sido la culpa mia,
que esta gente no venia
á merendar en el prado
para sentarse despacío;
ni estamos para mirar
al César salir ó entrar
en las puertas de palacio.
Todos van en sus rocines
por el monte discurriendo.

Isabela.

Lejos se escucha el estruendo.

Florela.

De aqueste valle en los fines
repite el eco en las voces.

Emperador.

¡Qué graciosa labradora!
¿Sale mas fresca la aurora?

Isabela.

Tú, pienso que no conoces
al Emperador.

Velardo.

Yo no.

Isabela.

Mas no será menester,
que bien se echará de ver.

Velardo.

Pintado le he visto yo,

y así vendrá por acá.

Isabela.

¿Cómo?

Velardo.

Con un gran ropon
de armiños blancos, tuson
de oro, en que el cordero está
entre piedras y eslabones,
corona de tres, el mundo
en la mano, el sin segundo
cetro de tantas naciones,
y la valerosa espada.

Isabela.

¿Y ha de venir á cazar
de esta suerte?

Florela.

¿Y aquí andar
con la púrpura sagrada?

Velardo.

Andan tan graves y erguidos,
que por sus reales leyes,
he pensado que los Reyes,
Flora, se acuestan vestidos:
nosotros mudamos cara
con mala ó buena fortuna;
los Reyes no, siempre es una.

Emperador.

Mientras mas para y repara
mi vista en esta muger,
mas hermosa me parece.

Florela.

El César se desparece;
bien nos podemos volver.

Isabela.

¡Ay, Flora, que gran desaire

ser al aire mi venida!

Emperador.

No he visto cosa en mi vida
de tanta gracia y donaire.

Isabela.

¿Sin ver á los cortesanos
siquiera me he de volver?

Emperador.

Labradora puede ser
de corazones humanos.

Isabela.

Allí he visto un caballero.
¡Ola! qué digo, señor,
¿dónde está el Emperador?

Emperador.

Aquí, señora, le espero;
¿mas qué es lo que quereis?
que yo soy un gran privado.
Mucho tendreis negociado
con las gracias que teneis,
porque siempre la hermosura
lleva cartas de favor.

Isabela.

Ya sé que el Emperador
la divina arquitectura
humilla á cualquier muger.

Emperador.

No á cualquiera, que en efecto,
es quien es; mas yo os prometo,
que si os acertase á ver,
y á oiros hablar así,
que se perdiese por vos.

Isabela.

¿Perderse? ¡Válgame Dios!
¿pues no tiene el mundo allí?

¿hay mas que buscarse en él?

Emperador.

Quíen por un ángel se pierde,
es justo que se os acuerde
que es fuerza volar tras él;
luego buscarle en el suelo
vuestro pensamiento yerra,
que no se hallará en la tierra
quien se ha perdido en el cielo.

Isabela.

No entendemos por acá
tan angélicos requiebros,
que entre castaños y enebros
humildemente se vá:
decidnos del talle y cara
del señor emperador.

Emperador.

Miradle como á señor,
en que el respeto repara;
y con eso le habreis visto:
¿Mas dónde vivis?

Isabela.

No sé.

Emperador.

¿Sabrelo yo?

Isabela.

¿Para qué?

Emperador.

Porque soy el que conquisto
para el César estas aves.

Isabela.

Muy buen oficio teneis,
medrareis y privareis,
que son bocados suaves;
y así á vos os lo haga Dios,

pues junto al César estais,
que el bien que podais le hagais,
no sea todo para vos.
No digais de nadie mal,
que es bajeza, y no es razon
trocar con mala intencion
un espíritu Real;
que si de aquel alto cielo
alguna vez deslizais,
no dudeis, si bien hablais,
que hallaréis mas blando el suelo.
Esto os digo, aunque con miedo;
á ver al César venia,
mas que ya se acaba el dia,
á Dios.

Emperador.

Esperád.

Isabela.

No puedo. *Vase.*

ESCENA VIII.

El Emperador y Velardo.

Emperador.

Oyes tú, buen labrador.

Velardo.

¿Qué mandas?

Emperador.

Saber deseo
quien es esta labradora.

Velardo.

No me pareceis discreto
para cortesano.

Emperador.

¿Cómo?

Velardo.

Aunque es disfrazado cuerpo,
¿no veis que el alma es de dama,
las galas y el limpio aseo?
¿qué olor os dió de tomillo,
pues á los ámbares hecho,
no conocisteis el suyo?

Emperador.

No os espanteis, soy un nécio.
¿Cómo se llama?

Velardo

Isabela.

Emperador.

¿Y vos?

Velardo.

Al servicio vuestro,
Velardo.

Emperador.

¿Aun viven Velardos?

Velardo.

¿No habeis visto un árbol viejo,
cuyo tronco, aunque arrugado,
coronan verdes renuevos?
pues eso habeis de pensar,
y que pasando los tiempos
yo me sucedo á mi mismo.

Emperador.

Vos decís bien, y yo quiero
daros aquesta sortija.

Velardo.

¿De oro?

Emperador.

De oro, pues.

Velardo.

Del pueblo

soy señor; mas hay dos cosas
con peligro manifiesto
de ser envidiadas.

Emperador.

¿Cuáles?

Velardo.

La riqueza y el ingénio.
¿Dan todos los cortesanos
de esta suerte?

Emperador.

Así lo pienso.

Velardo.

Porque dicen por acá
que el dar se pasó á otro reino.

Emperador.

¿Quién es Isabela?

Velardo.

Es hija
del Duque Octavio.

Emperador.

Ya tengo
noticia del Duque Octavio,
y tambien de su destierro.

Velardo.

No tiene el César razon
de tenerle tanto tiempo
desterrado de la corte
por envidia.

Emperador.

Ahora entiendo
lo que me dijo Isabela:
todos los malos sucesos
atribuyen los culpados
á los que tienen gobiernos.
¿Es casada esta señora?

Velardo.

No señor, que está su viejo
padre muy pobre

Emperador.

Es hermosa.

Velardo.

No es el dote de estos tiempos.

Emperador.

¿Dónde vive?

Velardo.

A mano izquierda,
entre esas ayas y tejos
se esfuerzan dos torres mochas,
para ser mas altas que ellos:
allí pasa su tristeza
y su vejéz; mas ya siento
vuestra gente, á Dios, á Dios;
que van mis amas huyendo
de la noche, y de que el Duque
sepa que tan lejos fuéron. *Vase.*

ESCENA IX.

El Emperador, Federico y los demás.

Federico.

No ha visto en esta selva ni en ninguna,
de este ni otro horizonte,
tu Magestad Cesarea tan valiente
parto de los peñascos de aquel monte:
de juncos se vistió de esta laguna,
llevando del hocico y de la frente
colgados los lebreles irlandeses,
ardientes canes de estos rubios meses;
y á Melampo y Taurin por arracadas,
las orejas en púrpura bañadas.

Allí entre el cieno y ovas
de tantas cuevas y húmedas alcobas,
rindió la fuerte vida,
buscando el agua de su amor teñida,
en cuya sed, por mas ardides fragua,
bebió mas de su sangre que del agua:
ven á verle si quieres.

Emperador.

Ya no puedo,
que baja entre las sombras de su miedo
la noche que nos cubre,
y la creciente luna se descubre
en los fines del dia.
No está lejos de aquí la caserìa
del Duque Octavio, albergaréme en ella,
hasta que salga la amorosa estrella,
paraninfo del sol

Federico.

¿Del Duque Octavio?
¿pues ya te olvidas del pasado agravio?

Emperador.

¿Es mucho que me olvide,
si con los años el rigor se mide?

Federico

¿Quién te ha dicho, señor, que aquí vivia?
el Duque?

Emperador.

Un labrador, que conducia
sus bueyes de la arada,
atadas las covundas á las frentes,
y en la rústica mano la aguijada.

Federico

Resultarán dos mil inconvenientes
de ver al Duque ahora desterrado.

Emperador.

No lo estará, si queda perdonado.

Federico

Está todo el servicio en esa aldea.

Emperador.

Traerle.

Federico.

Será tarde.

Emperador.

Aunque lo sea.

Federico.

Estaba puesto allá todo recado.

Emperador.

Federico, acabad, no seais pesado. *Vase.*

ESCENA X

Federico y Tristan.

Federico.

¡Estraña novedad! ¡Por dónde, cielos,
ha dado mi desdicha en el agravio,
huyendo del peligro de los zelos!
si no es dichoso, no hay amante sábio.
¡Qué supiese, á pesar de mis desvelos,
la casa donde estaba el Duque Octavio!
¡Amor, que importan prevenciones dichas,
donde tienen imperio las desdichas!

Tristan.

¿De qué te afliges?

Federico.

Todo me desvela.

Tristan.

¿Pues hay mas que decirla que se esconda
á los ojos del César Isabela,
y que á tus justos zelos corresponda?

Federico.

¿No has visto alcon que á las perdices vuela,

y que las vá cercando á la redonda,
y que la mas segura y escondida
pierde primero que el temor la vida?
Así será Isabela, y sus criadas
guardadas de mis zélos y temores.

Tristan.

Cuando alojar soldados camaradas,
sienten para su mal los labradores,
esconden las gallinas, y guardadas,
apenas siente el gallo los albores
de la primera luz, cuando en voz fuerte,
se vuelve cisne por cantar su muerte.
Aquí será, señor, de otra manera,
si tu Isabela, defender procuras,
porque no cantarás estando fuera,
y ellas con esconderse estan seguras.

Federico.

¿Quién fuera nube que esconder pudiera
de Isabela, mi sol, las luces puras?
mas como no es posible al de los cielos,
menos podrán su resplandor mis zelos.

ESCENA XI.

SALA EN CASA DEL DUQUE.

El Duque Octavio y Velardo.

Octavio.

La vuelta de Federico
que viene el César confirma.

Velardo.

Digo que he visto, señor,
acercarse á nuestra quinta
gente del Real servicio,
instrumentos de cocina

y aparatos de la noche,
de que tan graves venian
las acémilas que llevan
los reposteros encima
con las armas del imperio,
que dije: si estas caminan
tan soberbias, porque traen
cosas de tan baja estima,
¿qué mucho que lo parezcan
los que tan cerca se miran
del señor Emperador?

Octavio.

No sé por donde mi dicha
le ha traido á nuestro monte,
ni como ya se le olvida
lo que tuvo por agravio;
presumo que determina
perdonarme, y que ha buscado
con esta invencion fingida
ocasion á su piedad;
que en fin cuando pretendian
el Imperio de Sajonia,
y él con armas atrevidas,
dejé la parte de Othon,
teniendo mayor justicia.
Coronóse, al fin, venciendo,
y en viendo en su frente altiva
las hojas de oro y laurel,
del sagrado imperio insignias,
pudiendo verter mi sangre,
con destierro me castiga.
Ya vá llegando la gente;
entra, y á Isabela avisa,
que tengo al César por huesped,
para que esté prevenida

para besarle la mano.

Velardo.

La gente, señor, me admira;
que sigue á un Rey, aunque sea
para entretenerse un dia.

Octavio.

Si ves el campo del cielo
y el sol, ¿por qué no imaginas
los ejércitos de estrellas
que de su luz participan?
Lo mismo es un Rey.

Velardo.

Yo parto
á decir que se aperciba
mi señora á ver el sol.

ESCENA XII.

El Duque, el Emperador y los demas.

Federico.

Aquí está el Duque.

Octavio.

Y se humilla,
gran señor, á vuestros pies,
á donde lágrimas sirvan
de palabras, que mejor
con ellas se significan
los sentimientos del alma.

Emperador.

Quien á vuestra casa misma
viene, Octavio, claro está
que el perdon os anticipa.
El blason de nuestro imperio,
entre el acero y la oliva
dice que perdona humildes,

y que soberbias castiga:
yo os abrazo, que es la pluma
que las amistades firma,
sin acordarme de agravios.

Octavio.

Vuestra Magestad invicta,
soberano Othon, bien sabe,
que como alma arrepentida
me sepulté en estos montes
en pena de mi desdicha,
pudiendo del de Sajonia,
cuyas banderas seguia,
admitir grandes mercedes.

Emperador.

No es menester referirlas,
sino saber, que tendreis
con este perdon las mias.

Federico.

Temblando, Tristan, estoy.

Tristan.

¿Pues de quién?

Federico.

De que le impida
que quiere ver á Isabela.

Tristan.

¿Y qué habrá despues de vista?

Federico.

Ser su hermosura tan grande,
que si el César se le inclina,
no habrá poder en el mundo
que lo que temo resista.

Emperador.

¿Federico?

Federico.

¿Señor?

Emperador.

Oye.

Ya me parece que hacia
agravio á tu amor, callando
de mi súbita venida
la causa.

Federico.

Y yo la deseo,
pues de Octavio la malicia,
con que tomó contra tí
las armas, no merecia
este perdon.

Emperador.

Cuando os fuisteis
salió de aquellas encinas,
¡quién creyera tal! un ángel,
un cielo, un sol, una ninfa
vestida de labradora,
que deseosa venia
de ver al Emperador,
y por verla, y por oirla,
no le dije que yo era.
Su hermosura y gallardía
fueron un rayo á mi alma;
no he visto cosa mas linda
desde que tengo el laurel
de Alemania, ni en mi vida
me dió mas dulce deseo
de su amorosa conquista.
Esto me trujo á su casa,
sabiendo que era la hija,
del Duque: díle al descuido
que me enseñe su familia;
iréme en viendola, y tú

le dirás, que amor me obliga
á tanto esceso, y que á solas
honestamente permita
que hablemos los dos.

Federico.

Señor,
¿ sola Isabela venia
á verte?

Emperador.

Así me lo dijo.

Federico.

Tu gran magestad obliga,
contra el honesto recato
que de esta dama publica
la fama, á mayor esceso.

Emperador.

¿ Ahora sabes que incita
toda novedad los ojos
de las mugeres?

Federico.

Es digna
tu grandeza de mayores
milagros.

Emperador.

Todo lo miran,
todo lo ven las mugeres
que quieren ver y ser vistas;
porque, si cuando desean
ver y ser vistas, les quitan
ser vistas, y que las vean,
harán mil cosas indignas;
romperán torres, saldrán
por rejas, pondrán mil vidas
y mil honras en peligro.

Federico.

Bien lo dicen mis desdichas; *ap.*
echó la fortuna el sello,
y firmó cuanto temia.
¡Bien dicen los desdichados,
que las almas profetizan!
Ya no es menester, señor,
que al Duque Octavio le diga
lo que mandaste; ella viene.

ESCENA XIII.

Dichos, é Isabela acompañada de criadas.

Isabela.

Vuestra Magestad permita
los pies á su humilde esclava.

Alejandro.

No soy yo, señora mia:
allí está el Emperador.

Federico.

Ay, señora, por tu vida,
que es el que hablaste en la fuente.

Isabela.

El alma me lo decia,
y no lo quise creer.
Dejad, señor, que se rinda
esta esclava á vuestros pies.

Emperador.

Que los brazos os reciban,
es mas justo. ¡O Federico,
qué hermosura tan divina!

Federico.

Demonio la juzgo yo. *ap.*

Emperador.

¿Qué intercesora podia
como vos traer el Duque?

Isabela.

Laurel de mil mundos ciña
esa victoriosa frente.

Emperador.

Parece descortesia
el recibiros en pie;
entrad, y tomemos sillas.
Dá la mano, Federico,
á Isabela.

Federico.

¡Ah, fementida!

Isabela.

¿Pues qué culpa tengo yo?

Federico.

Pregúntalo á las encinas
donde fuiste á ver al César:
eres mugér. (1)

Emperador.

¿Qué decias
á Isabela?

Federico.

Que merece
de tu imperial monarquía
la mitad.

Emperador.

Y aun toda es poco.

Federico.

¡Qué traicion!

Isabela

¡Qué necia envidia!

Florela.

¿Y tú no me das la mano?

---

(1) *Vuelve el rostro el Emperador.*

Tristan.

En cinco dagas vuidas
quisiera volver los dedos.

Florela.

¡Qué locura!

Tristan.

¡Qué desdicha!

Florela.

¿Qué quieres? tenemos ojos,
y los ojos...

Tristan.

Dilo.

Florela.

Miran.

Tristan.

Mal cuervo aposente el pico
en la mitad de tus niñas.

Florela.

¿Pues á quien ofende el ver?

Tristan.

Ya sé que el diablo os pellizca
en habiendo novedad.

Florela.

¿Y vosotros?

Tristan.

¿Pues querias
la libertad que tenemos
por ejecutoria antigua?

Florela.

Con eso no ven muger,
que luego no la codician
los hombres.

Tristan.

Flora, entre yeguas
todo caballo relincha.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

Federico y Alejandro.

Alejandro.

Piadosa hazaña del invicto César
ha sido, Federico, en tanto agravio
el haber perdonado al Duque Octavio;
no sé si diga que de amor ha sido,
pues no solo á la corte le ha traido,
pero de oficios de su casa honrado.

Federico.

Como nunca, Alejandro, me ha tocado
la envidia de la corte,
siempre camino por distinto norte.
Bien sé que la hermosura de Isabela,
puede en la edad de Othon, si le desvela
ser causa del honor que al Duque ha hecho;
pero de sus virtudes satisfecho,
y de la buena fama de esta dama
(que en las mugeres es la mayor fama)
tendré por imposible su deseo;
fuera de que no creo,
que Othon la mire como habeis pensado.

Alejandro.

Su condicion me ha dado
tan nécio pensamiento,
y de haberle tenido me arrepiento;
que el tiempo que estuvimos en la aldea
me dió ocasion de amarla su hermosura.

Federico.

¡Estraña desventura! *op.*
No hay cosa que no sea
para tormento mio.

Alejandro.

Víla una tarde que bajaba al rio
con Flora, su parienta, ó su criada:
sentóse en la esmaltada
orilla entre las flores,
que de envidia esforzaban sus colores,
y tomando una caña
que un labrador traia,
cada pez que sacaba parecia
una estrella de plata por el viento,
pendiente del sedal se resistia.
Llegué con osadia,
y dije: si los peces almas fueran,
á tan dichosas manos acudieran
sin resistirse tanto.

Federico.

Buen requiebro.

Alejandro.

¡Debeisos de burlar.

Federico.

Antes celebro
que vinieron las almas por despojos
al cristal del anzuelo de sus manos,
y al cebo de sus ojos.

Alejandro.

Allí nacieron pensamientos vanos,
allí esperanzas locas
de palabras corteses, aunque pocas,
que me dijo bañando en clavel puro,
cuando mezcla lo claro con lo obscuro
el nevado jazmin de sus mejillas:

cubriéronse de sombra las orillas,
porque el sol de Isabela y el del cielo
á un tiempo las dejaron,
quedando en la ribera tristes ecos,
las flores desmayadas, las suaves
aguas sin risa, y sin cantar las aves.
Con este amor, con este casto zelo,
que sus dulces palabras alentaron,
pienso pedirla á Octavio

Federico.

Dichoso vos, que sábio
seguís queriendo bien de Othon el gusto,
yo sin amor, aunque le voy buscando,
finjo que muero amando.

Alejandro.

¡Ay Dios! no finjo yo, que amando muero;
si llegare ocasion, de vos espero
con el César favor para casarme.
Entro á vestirle, y entro confiado
de la merced que siempre me habeis hecho.

Federico.

Y yo quedo á serviros obligado.

Alejandro.

Siempre lo estuve de ese noble pecho. *Vase.*

ESCENA II

Federico.

Canta pájaro amante en la enramada
Selva á su amor, que por el verde suelo
No ha visto al cazador, que con desvelo
Le está escuchando la ballesta armada:
Tírale, yerra, vuela, y la turbada
Voz en el pico transformada en hielo,
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo,

Por no alejarse de la prenda amada:
De esta suerte el amor canta en el nido,
Mas luego que los zelos, que rezela,
Le tiran flechas del temor de olvido,
Huye, teme, sospecha, inquiere, zela;
Y hasta que vé que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuela.

ESCENA III.

Federico y Tristan.

Tristan.

Pensarás que me he tardado
por culpa mia.

Federico.

No sé;
pero sé que te esperé,
de esperar desesperado.

Tristan.

A la nueva casa fuí
de la señora Isabela
con la propuesta cautela,
en cuya portada ví
como salvage á Belardo,
que en la forma de escudero,
quiere olvidar lo grosero,
y presumir lo gallardo.
Por Flora le pregunté;
el me abrazó y me llevó
á la sala, donde yo
el nuevo adorno admiré.
Visten las paredes tela
que hasta el suelo se dilata,
y está en baranda de plata
el estrado de Isabela,

que es el cristal de esta audiencia :
escritorios, sobrestantes,
que tuvieran para amantes
notable correspondencia.
Ramilletes con las flores
fingidas, que burlar pueden
las abejas ; tanto exceden
las imitadas colores.
Del Duque Othon un retrato
con el militar baston,
que fué la ofensa de Othon,
por quien le llamaba ingrato;
pero ya se le figura
que nunca lo pudo ser :
¡ válgame Dios, qué poder
tuvo siempre la hermosura!

Federico.

Llamáronla tiranía
breve, con mucha razon.

Tristan.

Eso las mugeres son
en su breve lozanía.

Federico.

¡Gran poder!

Tristan.

Corre parejas
con el mas alto poder :
braba cosa ser muger,
si no llegarán á viejas ;
mas como al fin les alcanza
tan notable diferencia,
allí dan su residencia,
allí tomamos venganza,
allí llega el que gastó
su hacienda, y la cobra en risa ;

allí el despreciado pisa
la hermosura que adoró;
allí la rosa y jazmin
que el poeta encareció
seca se muestra, y quedó
solo al serafin el fin;
allí la que á la ventana
por grande favor salia,
haciendo el papel de tia,
va por la calle entrecana;
allí la cara que intenta
hacer al sol igualdad,
parece rapado abad,
y mas si engorda á cincuenta.
pero son tan venturosas,
que cuando la edad declina
ó tienen hija, ó sobrina,
bien prendidas, bien airosas,
con que aquella tiranía
se hereda por sucesion.

Federico.

¡Qué cansada relacion,
á quien el alma tenia
colgada de tus razones!

Tristan.

Es retórico rodeo,
porque con mayor deseo
me escuches.

Federico.

¡Qué de invenciones!

Tristan.

Digo que Flora salió,
y que me dió mil abrazos;
pero apartóle los brazos..
¿quién dirás?

Federico.

¿Pues séló yo?

Tristan.

Hazte simple; tu Isabela,
que salió oyendo mi voz,
á abrazarme mas velóz
que garza que el alcon vuela.
¿Cómo piensas que venia?
El cabello en una mano,
y en otra el peine, que en vano
pensaba ser zelosía
del sol de sus bellos ojos;
y así como me abrazó,
todo el hombro me vistió
de aquellos ricos despojos.
Celebré mucho el favor,
y el verme, aunque era postiza,
con una muceta riza
de peregrino de amor.
Entraba el sol por la reja
como envidioso al soslayo,
que bien diera el mayor rayo
por tan hermosa guedeja;
así me llevó al estrado
preso en tan dulce prision,
que el César con el tuson
no vá tan bien adornado.
Sentóse, é hizo que Flora
me llegase una almohada:
repliqué, no importa nada;
y sentéme de señora.
Lo primero en que me habló,
fué en tu crueldad, pues no quieres
verla.

Federico.

Propio en mugeres:
no la vi, porque ella vió;
ella fué causa...

Tristan.

Es verdad.

Federico.

Yo la viera, si no viera:
vió lo que escusar pudiera;
esa si que fué crueldad.
El Emperador la adora,
porque ella le quiso ver:
competir, no puede ser.

Tristan.

Un remedio queda ahora.

Federico.

¿Cuál?

Tristan.

El César te ha mandado
que busques á quien amar;
dí que andándola á buscar,
con Isabela has topado;
que como te quiere bien,
podrá ser que liberal
te la deje.

Federico.

Mayor mal
resultar puede tambien;
pues seria hacer de modo,
si zeloso se enojase,
que de aquí me desterrase,
y será perderlo todo.
Mejor es disimular
y dejar á la fortuna
mi esperanza, si en alguna

puedo mi remedio hallar.
Pero en fin, ¿en qué paró
la plática?

Tristan.

En un efecto
de amor, que de lo secreto
del alma, al rostro salió.

Federico.

¿Cómo?

Tristan.

Por ser cosa fria
esto de las perlas ya,
aunque el mar del Sur está
cansado de las que cria;
no digo que las lloró,
pero que lágrimas vi:
tú allá sabrás para ti,
si fueron perlas ó no.

Federico.

¿Lágrimas?

Tristan.

Pude cogerlas.

Federico

Todo me siento abrasar.

Tristan.

Pues échate en aquel mar,
serás gusano de perlas.

Federico.

¡No me guardáras alguna!

Tristan.

En esta ropilla estan.

Federico.

Pues desnúdate, Tristan;
no te ha de quedar ninguna.

Tristan.

Quedo, señor, que en tu pecho
cayeron, porque él podia
guardarlas solo.

Federico.

¿Y no ardia
el mio en fuego deshecho?
pero están mas propiamente
en su mismo nacar ahora,
si son perlas de la aurora,
y no de su luz ausente.
¡Ay de mi!

Tristan.

Quedo, señor,
que el César sale.

Federico.

El me mata.

ESCENA IV.

Dichos, Fabio, Alejandro y Rodulfo con un espejo, otro con la capa y la espada, el Emperador mirándose.

Emperador.

Pienso que está bien así:
dadme la capa y la espada.

Federico.

¿Traerán la carroza?

Emperador.

No;
aunque la pedí; dejadla.

Rodulfo.

¿Quieres que llegue el caballo?

Emperador.

Ninguna cosa me agrada:

mal estoy conmigo mismo;
si no hay gusto todo causa.
¿ Hay nuevas ?

Alejandro.

Muchas, Señor.

Emperador.

En la corte nunca faltan.

Alejandro.

Hizo la naturáleza
que engendre su semejanza
todo animal, y en algunos
no puso primera causa,
porque lo es sola la tierra,
los cuerpos muertos, ó el agua;
y así hay nuevas en la corte,
que la verdad y las cartas
ni las saben ni las vieron,
y como son engendradas
del viento, en el viento mueren.

Emperador.

¿ Qué hay de Italia ?

Alejandro.

Que la Italia
infesta al turco.

Emperador.

Yo creo
que he de darle por Albania
algun mal rato, si puedo.
¿ Qué hay de España ?

Alejandro.

No hay de España
cosa nueva, qué no es poco.
Venécia, dicen, que trata
cobrar á Chipre.

Emperador.

¿Aquí estás,
Federico? ¿ya te guardas
de servirme?

Federico.

No me atrevo,
despues que buscar me mandas
dama.

Emperador.

¿Pues eso es difícil?

Federico.

Si se busca, no se halla.

Emperador.

Dices bien, porque el amor,
viene cuando no le llaman;
que es legítimo accidente,
y la eleccion es bastarda.
¿Y has hallado alguna?

Federico.

Pienso
que he visto una buena cara;
pero ando recateando
el dar mas ó menos alma.

Emperador.

Si la merece el sugeto,
dásela toda ¿qué aguardas?
porque no hay buenos amigos,
si la semejanza falta.
Un entendido con otro
hacen linda consonancia,
dos que una ciencia profesan,
dos que escriben, dos que cantan,
dos que juegan, dos que sirven,
dos que venden, dos que tratan.
Yo amo ¿cómo te puedo

decir mi amor, si no amas,
porque harás burla de mí?

Federico.

Ya, señor, pienso que basta
lo que quiero para entrar
en tu cámara, que tanta
fuerza tiene tu opinion.

Emperador.

¿No has visto hacerse probanza
en los actos de nobleza?
Pues yo quiero que se haga
de que ama quien entra aquí,
porque como los que aman
son locos, los que están cuerdos
harán burla de sus ánsias,
de sus fúrias, de sus zelos,
temores, desconfianzas,
alegrías y tristezas;
que los que por otras causas
el entendimiento pierden,
son locos, porque les falta
el juicio; mas en amor,
es porque les falta el alma.
Ya, en fin, amas, que los libros
no estorban, que si estorbarán
no amára Estela á Platon,
ni sus prendas estimara
con tal fé; con que no tienes
respuesta.

Federico.

Rindo las armas
á tu opinion.

Emperador.

Amor solo
todas las ciencias abraza.

Federico.

Amor ha hecho poetas
y pintores de gran fama,
amor es filosofia;
no hay ciencia que sin amarla
pueda llegar á saberse.
Paréceme que retratas
las escuelas de Platon,
y yo te doy la palabra
de amar con tanto furor
y tantos zelos, que salga
un discípulo famoso:
pero mira que me mandas
querer, y que si llegare
á ser loco por tu causa,
me has de ayudar á volver
en mí; porque fuera vana
la ciencia, si los maestros
solo el amor enseñaran,
y no el remedio de amor.

Emperador.

Palabra te doy, jurada
por mi laurel de ayudarte,
si llega tu amor á tanta
fuerza, que haya peligro
de perder con la esperanza,
ó la vida, ó el juicio.

Federico.

Pues esa palabra basta
para que mi ama sirva.

Emperador.

Un dia, con avisarla
de que yo la quiero ver,
me has de enseñar á tu dama,
pues yo te he dicho la mia;

y ahora con mas confianza
quiero que á ver á Isabela
con este título vayas,
que le he dado de Condesa
de Prado, nombre que cuadra
á quien tiene tantas flores,
que naturaleza vária
dió menos á los de Chipre,
cuando con pies de esmeraldas
la primavera los pisa,
y la aurora los esmalta.

Federico.

Yo lo haré, señor, así.

Emperador.

¿Qué hay, Tristan?

Tristan.

Gran Señor, nada,
si caigo de tu favor,
y mucho, estando en tus gracias.
Preguntóle un caminante
á un labrador ¿qué llevaba
en una carga? y él dijo,
previniendo la desgracia:
nada, si cae el jumento;
y era de vidrios la carga.
Tan sutil es el favor
de las Magestades altas,
y la humana condicion
está sujeta á mudanzas.
Soy jumento de mi amo,
y importa que yo no caiga,
porque no se quiebre y rompa
el vidrio de su privanza:
en fin, los dos vamos juntos.

Emperador.

¡Qué donaire!

Tristan.

Pues me alabas,
no quieres darme otra cosa.

Emperador.

¿No es gran premio la alabanza?

Tristan.

Grande; pero las lisonjas
desvanecen, y no hartan.
Yo soy quien te ha de alabar,
y como no me das nada,
desvanecerme te debo.

Emperador.

Yo te prometo mañana
una gran cosa.

Tristan.

Tus pies
beso.

Emperador.

Tú vete ¿que aguardas?
Federico, donde digo.

ESCENA V.

Federico y Tristan.

Federico.

Buenas van mis esperanzas,
buenos van mis pensamientos;
el César, Tristan, me manda
llevar favores á quien
á puros zelos me mata.
Título llevo á Isabela
de Condesa.

Tristan.

¿En qué te agravia
si despues viene á ser tuya?

Federico.

En una copa dorada
no importa que beba un Rey;
ni que se ciña una espada,
ó que se ponga un vestido,
primero que otro le traiga;
pero una dama, Tristan,
es materia de honra y fama:
y como dijo un discreto,
la honra tiene dos caras,
ántes que se casen una,
y otra despues que se casan;
y cualquiera de estas mira
la presente y la pasada.
He tenido por desdicha,
entre muchas que me aguardan,
que esté en frente de palacio
la casa de aquesta ingrata,
pues apenas salgo de él,
cuando miro á sus ventanas,
que aunque es hechar agua en fuego,
es el fuego de la fragua,
que cuanto le matan mas,
levanta mayores llamas.

Tristan.

¿Si llora por tí, qué quieres?

Federico.

¡Oh Tristan, que no mirára!

Tristan.

Ya lo que sus ojos vieron,
con tantas lágrimas pagan.

Federico.

En efecto, voy á verla.

Tristan

Y no vas de mala gana.

Federico.

Subiendo voy, como quien
miseramente acompañan,
por los pasos de su muerte
el cordel y la esperanza.

ESCENA VI.

Sala en casa del Duque.

El Duque, Isabela y Florela.

Duque.

Ya que estás en la Corte, no quisiera
que fueras blanco á pensamientos vanos
de tanta juventud.

Isabela.

Los cortesanos
siguen la novedad

Duque.

La vez primera
que en público saliste,
tantas envidias á las damas diste,
como deseos á galanes locos,
y donde miran muchos, no hablan pocos.

Isabela.

Yo presumo, señor, á lo que aspiras,
que pienso que eres el que mas me miras.

Duque.

Quisiera yo casarte.

Isabela.

La tema de los padres.

Duque.

Mas la vuestra,
como mil veces la esperiencia muestra:
y quisiera emplearte
en uno de los grandes caballeros
que el César favorece,
porque cualquiera de ellos te merece;
¿Será bueno Rodulfo?

Isabela.

No me agrada.

Duque.

¿Fabio?

Isabela.

Tampoco.

Duque.

¿Y Alejandro?

Isabela.

Menos.

Duque.

Pues todos son tan buenos,
y mejores que yo.

Isabela.

No importa nada
para la inclinacion.

Duque.

No te replico.
¿Osarete nombrar á Federico?

Isabela.

¿Pues tengo de espantarme?
¿No es como los demas?

Duque.

Mas me responde
la color de tu cara sin hablarme,
que tu lengua pudiera.

Isabela.

Mal esconde *ap.*
el alma un grande amor.

Duque.

¿Qué dices?

Isabela.

Digo
que es á quien quiere mas el César.

Duque.

Veo
entre breves razones tu deseo.
Al César hablaré; tu gusto sigo.

ESCENA VII.

Isabela y Florela.

Florela.

No sé como has hablado
al Duque en Federico de esta suerte,
cuando huye de verte.

Isabela.

Turbóse el corazon, y apresurado
dijo cuanto sabia;
sin que supiese yo lo que decia.
Confusa estoy, que el César poderoso
á Federico tiene tan zeloso,
que pienso que me olvida.
¡Oh nunca yo le viera!

Florela.

¿Quien pensara, señora, que pudiera
de una vista quedar tan encendida
la voluntad de Othon?

Isabela.

Quien sabe, Flora,
que el mas breve placer tarde se llora.

ESCENA VIII.

Dichas y Velardo.

Velardo.

Tan mal me amaño al vestido,
que parece que ando armado;
de estremo á estremo he pasado,
allá holgado, aquí fruncido.
Aqui ando de puntillas,
y para dar un recado
cuando están en el estrado,
hacenme hincar de rodillas.
Quise como allá en el prado
con una cinta atacarme;
quebróseme por bajarme
y no pude de turbado
componerme tan aprisa,
aunque ellas con no mirar
se pudieron escusar
de verme con tanta risa.
Yo por echar á correr
aumenté mas sus placeres:
demonios son las mugeres,
que todo lo quieren ver.
Ya se me habia olvidado
un recado que traia:
ya temo la cortesia
con miedo de lo pasado:
quedito la reverencia:
señora, á la puerta estan...

Isabela.

¿Quién?

Velardo.

Federico y Tristan.

Mira si les das licencia.

Isabela.

¿Què dices?

Velardo.

Que estan aquí.

Isabela.

¿Federico?

Velardo.

El mismo pues.

Isabela.

Es imposible.

Velardo.

No es.

Isabela.

¿Veístesle vos?

Velardo.

Yo le ví.

ESCENA IX.

Dichos, Federico y Tristan.

Federico.

Qué bien haces de dudar,
Isabela, que soy yo,
y que quien de aquí salió
pudiese volver á entrar:
no por mí te vengo á hablar,
el Emperador me envia,
que no fué voluntad mia;
pues solo el Emperador,
como absoluto Señor,
mandarme verte podia.
No juzgues á desvaríos
amorosos verte así,
con sus ojos vengo aquí,

que no vengo con los mios :
él me ha prestado estos brios,
él te mira, que yo no;
mírale en mí, pues te vió,
para que por mí te vea,
que no es posible que sea
yo quien te vé, siendo yo.
Yo no soy quien te queria,
pues vengo á mi amor traydor
á solicitar tu amor
por el César que me envia.
El te quiere, y yo solia,
mas que no lo sabe advierte
el alma, pues viene á verte,
que solo encubren mis ojos,
porque con estos enojos
no dejase de quererte.
Otro soy, otro sin ver,
para no sentir que vengo
á verte, pues que no tengo
el ser que me dió tu ser:
por ver, como al fin muger,
en tal peligro me veo,
que por no verte rodeo
yo mismo dentro de mí
las leguas que hay desde tí
á lo que verte deseo.

Isabela.

¿Porqué con tanto rigor
me miras y no me ves,
si arrepentida despues
sabes que lloré mi error?
¡O qué falso fué tu amor,
si puedo darle este nombre,
y como es justo que asombre

la diferencia en los dos,
pues lo que enternece á Dios,
no puede mover á un hombre!
¿ Ver y mirar no has sabido
como diferentes son?
porque el mirar es accion,
y el ver es solo sentido:
¿ pues de qué estás ofendido,
si el ver no puedes culpar?
que es mal hecho castigar
los ojos de una muger,
cuando sale solo á ver
sin ánimo de mirar;
pero si no quieres verme
porque yo ví tus enojos,
paguen llorando mis ojos
hasta cegarme y perderme:
verme y no verme, es ponerme
en ocasion de matarme:
tú no quieres perdonarme,
y yo pienso con morirme,
hacer que me llores firme,
cuando no puedas mirarme.

Federico.

Hay una fiera que tiene
rostro humano, y esta llora
como muger, y traidora
los que caminan detiene,
y al que enternecido viene,
le suele despedazar:
vase á una fuente á lavar,
y como su rostro mira
como el que mató, suspira,
y loca se arroja al mar.
Así tú, que me mataste

como al espejo te viste,
y la traicion conociste
que en tu semejanza hallaste,
viendo que es el que mataste
el mismo de quien tenias
el alma, que no sabias,
quisiste echarte en el mar
de tus lágrimas, y dar
triste principio á las mias.
Ya es tarde para no ver
lo que viste, ya por mí,
sucedió lo que temí,
ni puede dejar de ser:
sujetó Dios la muger
al hombre, mas causa enojos
ver, que para ver antojos,
parece ya que lo ha sido,
que lo sacó de partido
la libertad de los ojos.
Vive tú, para que Othon,
viva, que al imperio importa,
y en esta merced reporta
tus lágrimas, si lo son:
baste por satisfacion
mi desdicha y tu porfia;
vive tú, que si este dia
á los dos nos dividió,
no quiero deberte yo
tu muerte, sino la mia.
Este título contiene
que eres Condesa del Prado,
villa que el César te ha dado,
con otras muchas que tiene:
mira Isabela á que viene
Federico puesta en calma

la vida que me desalma;
pero puédote afirmar
que no te ha dado lugar
como el que te dí en el alma.

Isabela.

Si mas que letras tuviera
este título ciudades,
para mis firmes verdades
menos que un átomo fuera;
y que vienes considera,
(cosa que amor te defiende,
aunque el César la pretende;)
si me has de vender así,
á poner cédula en mí
como en casa que se vende.

Florela.

El César, señora.

Isabela.

¿Quién?

Florela.

El Emperador.

Isabela.

¿El mismo?

Tristan.

Con solo Alejandro viene.

Federico.

Retirarme es desvarío.

Isabela.

Yo me holgaré de que veas
mi verdad.

Federico.

Yo te suplico
por los años de mi amor,
de mis deseos los siglos,
la eternidad de mi fe,

lo inmortal de mis suspiros,
que sepas disimular,
que es hombre tan entendido,
que con cualquiera sospecha
hará de mi amor juicio;
y es tan soldado y tan hombre,
que está mi vida en peligro.

ESCENA X.

El Emperador y Alejandro que se vuelve.

Emperador.

Quédate afuera, Alejandro.
Esta fineza no ha sido,
Condesa, de poco amor.

Isabela.

Es tan grande, que remito
al silencio lo que callo,
y á la verdad lo que digo.
Esta silla habia de ser (*llégale la silla.*)
de mil mundos, y este un rico
dosél de estrellas del cielo.

Emperador.

Sentaos, señora, conmigo,
y será del mismo sol.

Isabela.

Cuando dá el sol en un vidrio
resulta del otro sol,
y así siendo vos sol vivo,
lo soy yo porque os retrato,
pero no soy el sol mismo.

Emperador.

Al contrario está mejor,
pues yo soy el que recibo
los rayos de vuestra luz,

que resulta en Federico,
en Tristan, en Flora.... ¿y vos,
quién sois?

Velardo.

No me ha conocido:
Velardo, señor, á quien
dió su merced el anillo,
cuando andaba por el monte,
sino que me han vestido
estas bragas que se acuerdan
del tiempo del Rey Perico,
y esta gorra que parece
suelo de pastel hechizo.

Isabela.

Beso á vuestra magestad
la mano, Príncipe invicto,
por el título y las villas.

Federico.

Y al traerle no le quiso; *ap. á Trist.*
¿qué te parece, Tristan?

Tristan.

Que habrá aquí grande artificio,
mira, toma y despues llora.

Emperador.

Señora, es este un principio
que introduce solamente
la voluntad de serviros.
Estoy tal despúes que os ví,
que no pienso ni imagino
cosa que en amor no sea:
de amor son hasta los libros
que leo, si bien soy yo
el arte de amar de Ovidio;
he hecho que mi aposento
esté todo guarnecido

de fábulas, y he mandado
que no haya criado mio
sin amor, tanto que ya
hice amar á Federico,
que por mí ha buscado dama,
y esta mañana me dijo
señas de su buena cara,
lo que de su gusto fio,
aunque el amor ha de ser
á gusto del dueño mismo;
y que la quiere en estremo,
aunque há poco que la ha visto,
y que me la ha de enseñar.

Isabela.

Pues yo siempre le he tenido
por galan.

Emperador.

El me ha jurado
que á nadie en su vida quiso
si no es en esta ocasion:
¿no es esto así Federico?

Federico.

Nunca, señor, quise tanto,
pero estoy medio reñido
con mi dama.

Emperador.

Serán zelos.

Federico.

Tengo el mayor enemigo
que pudo hallar mi desdicha,
discreto, galan, altivo,
soldado en fin, con las prendas
que reconozco y envidio.

Emperador.

No lo creas, que los zelos

hacen discretos y lindos
á muchos que no lo son;
porque es del temor oficio
hacer las cosas mayores,
y así le habrá sucedido
Tú tienes prendas amables,
gentil talle, buen juicio,
discrecion, gracia, donaire:
no hay fiesta ni regocijo
que no te lleves los ojos
de la corte; y así digo,
que aun yo con ser lo que soy
no compitiera contigo.
Solo á mí temer pudieras,
porque en la mano me pinto
con el mundo, que si no,
del mundo abajo te rindo
el talle, el entendimiento....;

Federico

Mil veces los pies te pido.

Emperador.

Es un sugeto, Isabela,
Federico, que yo estimo
como á mi propia persona:
una falta he conocido
sola en él, que es no querer;
con que todo cuanto he dicho
hecha á perder su tibieza.

Isabela.

En eso se contradijo
Vuestra Magestad, pues dice
que ya tiene dama.

Emperador.

Ha sido
este pensamiento en él

despues que del monte vino.

Tristan.

¿Oyes aquello?

Federico.

Estoy loco,
pues lo que de burlas dijo
al César por cumplimiento,
con tantas veras lo ha dicho.

Tristan.

Isabela disimula,
mas bien se vé que ha sentido
los zelos en la inquietud,
y en que ya los tiene escritos
en las rosas de la cara.

Federico.

Tú verás que el desatino
me cuesta mas de un pesar.

Tristan.

Cuanto es el amor mas limpio,
mas se mancha con los zelos.

Federico

Todo este nécio peligro
nació de querer mirar.

Tristan.

¿Pues huviera parayso
de los ojos si no viera
aqueste animal divino?
Huviera criado el cielo
del mar español al indio,
cosa mas bella y mas linda,
para las almas hechizo,
como una muger hermosa
desde quince á veinte y cinco,
si no deseara ver?

Federico.

Llevame á mí por testigo
de esa verdad, y verás
si lo que dices confirmo.

Emperador.

Este diamante en razon
de su fineza apetece
vuestra mano, si merece
tanto favor mi aficion;
pero ha de ser condicion
que os le tengo de poner.

Federico.

Si ella se deja vencer
de lo que el César la pide,
con dura venganza mide
sus zelos, pero es muger.

Isabela.

En obedeceros gano
una merced y un favor;
dadme el diamante, señor,
y ponerle he en vuestra mano;
á un Principe soberano,
siendo el anillo prision,
reconozco sujecion.

Emperador.

No hay en amor magestad.

Federico.

¿Quitas el guante?

Emperador.

Mostrad
el dedo del corazon.

Tristan.

De eso, señor, no te espantes,
que hay muger que se quitara
un zapato, si se usara

traer en los pies diamantes.

Emperador.

Agora sí que estos guantes
se llamarán de jazmines.

Tristan.

Señor, no te desatines.

Federico.

Mal pensaron mis engaños,
que principios tan estraños
tuviesen mejores fines.

Emperador.

Dos señas haciendo estoy
con vos, Isabela, aquí,
que me deis el guante á mí
por el anillo que os doy.

Isabela.

Dichosa en las férias soy.

Federico.

Y yo soy tan desdichado,
que en las férias me ha tocado
parte, aunque no del diamante,
pues lleva el César el guante,
y yo llevo lo picado.

Emperador.

Con este favor, pues gano,
me levanto. (*Levántase*)

Federico.

Y yo me asiento *ap.*
en el mas grave tormento
que dió á preso juez tirano.

Emperador.

Perdonad que vuestra mano
quede sin guante: mas rico
os le traerá Federico;
pero no de mas valor.

*

Federico.

Asentóme el guante amor;
era Dios, no le replico.
Mano hermosa y desleal,
rompan tu cristal los cielos,
vengar pudieras tus zelos,
pero no con tanto mal.

Emperador.

¿Federico?

Federico.

Estoy mortal.

Emperador.

Acuérdame este favor.

Federico.

No le olvidaré, señor.

Isabela.

Qué bien salió mi venganza.

Federico.

¿Cómo se fué mi esperanza,
si se ha quedado mi amor?

ESCENA XI.

Dichos, el Duque Octavio con Fabio, Rodulfo y Alejandro.

Isabela.

Mi padre viene.

Duque.

No puedo
pagar, señor, con palabras
tanta merced, tanto honor;
honren vuestros pies mis canas;
será el favor de este dia
mayorazgo de mi casa,
alto blason de sus puertas,

timbre de sus nobles armas.
Hánme dicho que habeis dado
despues de mercedes tantas
título y tierra á Isabel,
con que ya puedo casarla,
porque de mi pobre hacienda
no le quedaba esperanza,
respecto de tantas guerras;
de suerte que solo falta
que le deis tambien marido
con que á mi vejéz cansada
dareis vida y sucesion.

Emperador.

Duque, no vengo sin causa;
vuestro descanso deseo,
los que ahora os acompañan
son de mi casa lo noble
y lo mejor de Alemania:
haga eleccion Isabela
de quien de todos le agrada,
que desde aqui la confirmo.

Tristan.

Brava ocasion: hoy te casas.

Federico.

No sé, Tristan; mucho temo
el suceso, porque andan
encontradas estos dias
mi fortuna y mi esperanza.

Emperador.

¿No tomais resolucion?

Duque.

Señor, Isabela calla
con razon, de su silencio
seré intérprete, si mandas;
Fábio, Alejandro y Rodulfo

son el honor de su patria;
finalmente, invicto César,
digo que en cualquiera estaba
bien empleada Isabela;
pero el tener en tu gracia
tantas prendas Federico,
me obliga á pedir que hagas
á los tres esta merced.

Emperador.

Por mí no puedo escusarla.
¿Qué respondes, Isabela?

Isabela.

Que mis méritos no alcanzan
á los que tiene persona
que mereció tu privanza;
y fuera de esto, señor,
Federico tiene dama
que quiere, como tú sabes,
y ningun hombre se casa
enamorado de otra
de olvidar en confianza,
que no se vuelva á su gusto.

Emperador.

Octavio, aquí no hay forzarla:
tratemos esto despacio,
y venidme á ver mañana.

ESCENA XII.

Federico, Tristan, Isabela y Florela.

Federico.

No sé como pueda hablarte.

Isabela.

Ni yo mirarte á la cara.

Federico.

Estas las lágrimas eran,

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de Palacio.

El Emperador, Federico, Tristan y Alejandro.

Federico.
Todo está á punto, como tú mandaste.
Emperador
¿ Parécete presente, Federico,
digno de un César ?
Federico.
Tú le imaginaste
admirable, galan, curioso y rico.
Emperador.
Si yo pudiera hacer al guante engaste,
no de las piedras que al presente aplico,
sino de las estrellas de los cielos,
rotos dejára sus azules velos.
! Oh mano de cristal ! ¿ qué nieve pura
en las cumbres del alto Pirineo
mas intacta se vió, pues fuera oscura
con los marfiles que en tus manos veo ;
un diamante que puse en tu hermosura
siendo el vencido yo, será trofeo
de mi victoria, que en amor ha sido
siempre el mas vencedor el mas vencido.
Si todo el ámbar de la mar espuma,
si todo aquel metal, donde retrata
su rostro el sol, ó la luciente luna,
que da cabellos á la sierra en plata ;

si aquella fenix de púrpurea pluma;
y todas cuantas lágrimas dilata
entre dorados nácares la aurora,
que llora risa cuando flores dora;
Si cuanta grana el Tiro, y seda el persa,
y el chino joyas de diamantes y oro;
si aquella perla, unión lustrosa y tersa,
que de Cleopatra fue mayor tesoro,
si toda la riqueza que la adversa
fortuna sepultó del indio al moro,
en las arenas de la mar trujera,
para servirte precio humilde fuera.

Federico.

Quien esto escucha y esperanza tiene, *ap.*
alabe su locura por estraña.

Tristan.

Señor, dejar la empresa te conviene,
que seguir lo imposible no es hazaña.

Federico.

Ver á Isabela siento.

Tristan.

Antes previene
tu remedio, si así te desengaña.

Federico

No pienso hablarla dos palabras.

Tristan.

Mira
que es la mayor señal de amor la ira.

ESCENA II.

El Emperador y Alejandro.

Emperador.

Movióse entre filósofos de Grecia
Cuestion controvertida, cuál seria

La riqueza mayor, que ser podia,
De las que el hombre humanamente precia;
Si el oro, aunque hay virtud que le desprecia,
La fama, la salud, la monarquía;
Y dijoles Platon, porque tenia
La fácil duda por odiosa y necia;
Dejando los antiguos pareceres,
Escuela ilustre, porque no te asombres,
Si al apetito la razon prefieres,
Para laurel de tus gloriosos nombres,
La hermosura y la fama en las mugeres,
Es la mayor riqueza de los hombres.

Alejandro.

Con poco gusto, Señor,
Federico te obedece
en regalar á Isabela.

Emperador.

¿Por qué, Alejandro, no tiene
despues que yo le advertí,
la condicion diferente?
¿en qué, dime, la virtud
y los estudios ofende
amor, pues puede una dama
honestamente quererse?
No siempre la caza agrada,
y con relámpago breve
dar al javalí cerdoso
rayo de plomo la muerte;
no siempre jugar las armas,
no siempre el bridon valiente
hacer sudar con la vara
desde el codonal copete.
El descanso de los hombres,
ó labradores, ó Reyes,
fue siempre la compañia.

de las honestas mugeres,
y yo sé que Federico
ya lo conoce, y ya quiere.

Alejandro.

Bien dices, que quiere ya;
pues Octavio le pretende
para esposo de Isabela:
y admira el ver que no adviertes
la tristeza con que vive.

Emperador.

Mucho, Alejandro, te duele
ver que no te quiso Octavio.

Alejandro.

Antes, señor, que supiese
que tú amabas á Isabela,
pudiera Octavio ofenderme.

Emperador.

Federico tiene dama,
y no es posible que piense,
queriendo á Isabela yo,
en que Octavio le prefiere
á los nobles que me sirven.

Alejandro.

¿Dama, señor? si él tuviere
dama, fuera de Isabela,
yo quiero....

Emperador.

Envidia te mueve;
pues enseñarme su dama
esta noche me promete,
y ya la tiene advertida.

Alejandro.

Señor, engañarme puede
la lealtad, que no la envidia,
que yo...

Emperador.
Federico vuelve.

ESCENA III.

Dichos, Federico y Tristan.

Federico.
Bañando, señor invicto,
en pura rosa la nieve,
donde amor tiembla de frio,
con ser elemento ardiente,
recibió tus ricas joyas
Isabela, y con dos breves
razones me respondió;
la primera, que agradece
tanta merced; la segunda
que es tu esclava, en que resuelve
cuanto puedes desear.

Emperador.
Tan buenas nuevas merecen
premio, mas quiero guardarle
y que esta noche me lleves
á ver tu dama, que á ella
se le quiero dar, y hacerte
esta lisonja.

Federico.
Serán
en una muchas mercedes.

Emperador.
Ven á desnudarme, y vamos
donde tu buen gusto apruebe;
que dar parte á los amigos
hace mayores los bienes.

ESCENA IV.

Federico y Tristan.

Federico.
¡Qué gran confusion, Tristan!
Tristan.
¿A donde yo estoy qué temes?
yo te sacaré de todo.
Federico.
Si ver á mi dama quiere,
mire á Isabela, si ya
tiene dama quien la pierde.
Tristan
Yo he prevenido á Fenisa,
y seguramente puede
entrar el Emperador;
la sala un jardin parece,
bravo estrado, suelo turco,
escritorios y bufetes,
pastillas de cuatro calles,
y por dueñas cuatro sierpes.
Federico.
Triste voy, no me verás
Tristan, en tu vida alegre.

ESCENA V.

El Duque Octavio y Belardo.

Duque.
¿Aquel no era Federico?
Belardo.
Y su escudero Tristan.
Duque.
Basta, Alejandro galan,

que por mas que significo
al César lo que deseo
el remedio de Isabela,
no es posible que se duela
de la edad en que me veo.
A hablarle vengo.

Belardo.

Es muy tarde,
y pienso que vá secreto
á cierta visita.

Duque

Inquieto,
suspenso, triste y cobarde
me tiene la dilacion
del tratado casamiento:
ya, Belardo, me arrepiento,
y no con poca razon,
de haber venido á la corte.

Belardo.

Bien estabas en tu aldea.

Duque.

Quien esta inquietud desea,
su vida en la corte acorte.
Aires me han dado, que Othon
impide, y no favorece
lo que Isabela merece,
ó ha sido imaginacion.
Mas quisiera mi destierro
con quietud, que aquí salud.

Belardo.

¡Ah, señor; que esta inquietud
mas es que de oro de yerro!
Bien estabamos allá.

Duque.

Cuando estas grandezas miro,

por mi soledad suspiro.

Belardo.

Pues dejarlas.

Duque.

Tarde es ya.
¡ Cuanto mejor, arrojado,
Belardo, en el verde suelo,
miraba el sereno cielo
libre de tanto cuidado!
Allí sin ver ceños graves
que la autoridad enseña,
via bajar de una peña
el agua al son de las aves;
ya vine; mas de importancia
que la queja, es la paciencia.

Belardo.

¿ Que puede á tanta prudencia
decir mi ruda ignorancia?

Duque.

El César, Belardo, crea
que á Isabela ha de casar,
ó vuélvame á desterrar,
que yo lo soy en mi aldea.

ESCENA VI.

DECORACION DE CALLE.

El Emperador, Federico, Tristan, Fabio y Rodulfo, de noche.

Emperador.

Muriéndome voy de risa.

Federico.

Y yo de pena, señor,
de ver el poco favor

que has hecho á doña Fenisa.
¿ No has entrado y ya te vas ?

Tristan.

Por Dios, que tiene razon,
que fue terrible vision.

Emperador.

¿ De esto enamorado estás ?
¿ esto me trajiste á ver ?

Federico.

Que es mi luz te certifico.

Emperador.

¿ Es posible, Federico,
que quieres bien tal muger ?

Rodulfo.

Harto desvié las velas
por encubrir su figura.

Federico.

¿ Piensas, señor, por ventura,
que son todas Isabelas ?

Emperador.

¡ Jesus, qué cara ! espantado
vengo de ver tal vision.

Tristan.

Pues á fé que hay un Baron,
á quien le cuesta cuidado.

Emperador.

Menester es que lo sea
para muger semejante;
porque mas varon que amante,
cuando la goze, la vea.
¿ Fenisa es su nombre en fin ?
no debe de ser eterno,
si hay fenis en el infierno.

Federico.

Para mi fue serafin.

Emperador.

¿Quién te enseñó tal muger?

Federico.

Tristan.

Emperador.

¡Qué cosa tan suya!

Dasela, por vida tuya,
y no la vuelvas á ver.

Dederico.

Retratarla presumia,
y por tí mudo intencion:

Emperador.

Bien puedes con un carbon.

Tristan.

¿Qué dijeras de la mia?

Emperador.

Enséñamela tambien,
y diréte la verdad.

Tristan.

Si esto llamatse fealdad,
no ha de parecerte bien;
mas mostraréte un retrato
suyo.

Emperador.

Muestra.

Tristan.

En verso es.

Emperador.

Dile á ver.

Tristan.

Escucha, pues:
Admírome cuando veo
lo que ha menester cualquiera
oficio ó arte en su esfera,
para ejercitar su empleo,

y las musas soberanas
lo poco que han menester.

Emperador.

Pues bien, Tristan, ¿qué ha de ser?

Tristan.

Papel, y tinta, y mañanas.

Emperador.

¿No libros, no ciencias?

Tristan.

Si,
y algun poco de humildad;
que es locura y necedad
alabarse un hombre á si.
Pero escucha el retrato
del bien que adoro,
que á Tristan favorece
por no hallar otro.
Tres peregrinas calvas
su gracia aumentan,
una tiene en el pelo,
dos en las cejas.
Sus ojuelos azules,
son tan serenos,
que me dá romadizo
de solo verlos.
Su nariz, que del rostro
los campos parte,
afilada parece
jabon de sastre.
No son, pues, sus mejillas
color de Tiro,
pero fueron de España
papeles finos.
Sin claveles ni rosas
tal boca tiene,

que parece cachorro
de cuatro meses.
Un lunar nogueread
tiene por orla,
que cuantos se le miran
piensan que es mosca.
De apartados los dientes
piden divorcio,
que no quieren morderse
unos á otros.
Solo tiene una gracia
la boca bella,
que pidiendo, ó comiendo,
jamas se cierra.
Nunca acierto los puntos
de su zapato,
porque calza catorce
pidiendo cuatro.
De ser bella le viene
ser tan bellosa,
que sin ser hermitaña,
la cubre toda.
El que sea entendida
no es testimonio;
porque cuando dá voces
la entienden todos.
Nunca sale de casa
sino hay carroza,
porque tiene una pierna
mas larga que otra.
Mas con todas las faltas
que aquí refiero,
algo tiene que callo;
pues que la quiero.

Emperador.

Lindamente la has pintado;
la de Federico pinta,
y darete para tinta.

Tristan.

¿Soy buen pintór?

Emperador.

Estremado.
Mañana te doy.

Tristan.

¿Te doy?
siempre esta mañana es vana,
no habrá dia con mañana,
si síempre mañana es hoy.
Tu grandeza soberana
pierde en hacer esperar,
que es madrugar á no dar,
prometer para mañana.
Si áma Dios á quien dá el bien
alegremente, señor,
imita á Dios, que es rigor
dar tarde, aunque el mundo den.

Emperador.

Quítame aquesta cadena.

Tristan.

Escuchaba un labrador
un papagayo hablador
que estaba con linda vena
de una dama á la ventana,
diciendo aquesto de: Loro,
¿cómo estás? y el perro moro,
con su media lengua indiana;
y dijo á la dama: quien
éste á su tierra llevára
bravo dinero ganára.

La dama, sabiendo bien
la condicion del buen loro,
dijo: hareisme gran placer
en llevarle, por no ver
tanto loro y tanto moro
que me quiebra la cabeza:
y como alargó la mano
para tomarle el villano,
con notable ligereza;
convertido el pico en rayo,
tal lancetada le dió,
que muchos dias lloró
el canto del papagayo.

Emperador.

¿Pues yo habia de burlarte?
toma; y pues la reja es esta
de Isabela, llega y llama.

Tristan.

Podrá ser, señor, que duerma.

Emperador.

Bien podrá ser, y tambien
podrá ser que esté despierta:
llega, Federico, tú.

Federico.

¡En qué pasos, en qué penas *ap.*
traen á mi amor mis desdichas,
y mis desdichas mis quejas!
¿O reja, no me respondes?

ESCENA VII.

Dichos y Florela á una reja baja.

Florela.

¿Es Federico?

Federico.

¡Qué reja
tan piadosa!

Florela.

¿Pues qué quieres?

Federico.

Diráslc, Flora, á Isabela,
que está aquí el César.

Florela.

Yo voy.

Federico.

Pensé que me respondiera *ap.*
que era imposible salir,
y respondió voy por ella.
¡Ah cielos! ¿quién esto mira
con tanto amor, sino es piedra,
qué piensa de sus agravios?
mas no es posible que piensa.
Llegue vuestra Magestad.

ESCENA VIII.

Dichos é Isabela á la reja.

Emperador.

Como las aves despiertan
á los celages del alba,
cuando con pies de azuzenas
de los orientales montes
baja á las oscuras selvas;
así yo del triste sueño
de vuestra ausencia, Isabela,
despierto; y como ellas cantan,
y el verle salir celebran,
doy gracias á vuestros ojos,
de cuya divina esfera

toman luz mis esperanzas
y mis cuidados se alientan.

Isabela.

Bien templado de requiebros
y comparaciones tiernas
viene vuestra Magestad,
á las horas mas suspensas
del silencio de la noche.
Habrále dado materia
para tan altos concetos
alguna dama discreta
de las que en la calle ahora
de lo bien dicho se precian.

Emperador.

Antes si con vos, señora,
decir necedades fuera
posible, me la habia dado
la muger mas necia y fea,
que pienso que hay en el mundo;
pues tengo por cosa cierta,
que de haberla hecho, está
corrida naturaleza.

Isabela.

¿Fea y necia en tanto estremo,
y fuesteis, señor, á verla?

Emperador.

Es dama de Federico,
que no pensé que tuviera
tan mal gusto: vengo muerto
de risa.

Isabela.

No es cosa nueva
gozar de los mas galanes,
señor, las mugeres feas,
y los feos las hermosas.

Emperador.

Dices bien, siempre se truecan:
¿qué cosa es ver un marido
feo con una muger bella
que todos se la codician?
Yo pienso que esta influencia
dió á entender la antigüedad,
cuando casó la belleza
de Venus con la fealdad
de Vulcano, en competencia
del sol, por quién sucedió
el hacerle Marte afrenta
con tal risa de los dioses.

Isabela.

¡Quién á Federico diera
vaya! llamadle, que quiero
correrle.

Emperador.

Tendrá vergüenza.
¿Ah Federico?

Federico.

¿Señor?

Emperador.

Hele contado á Isabela,
que vengo de ver tu dama.

Federico.

Diríasla, cosa es cierta,
mi mal gusto.

Isabela.

No me admiro,
Federico, de que quieras
muger fea, porque suelen
ser graciosas y discretas:
pero necia, no es posible
que tu entendimiento pueda

sufrir tan grande tormento,
que por el mayor se cuenta.
¿En esto pára tu gusto,
tu melindre, tu lindeza,
tu gala, tu aseo, tu gracia,
tu olor, tu pluma, tu lengua?
Asco tendré de mirarte
de aquí adelante.

Federico.

No entiendas
que soy en esto culpado,
que como es cosa tan nueva
para mí tratar de amor,
presumí que todas eran
mugeres, y merecian
amor; que naturaleza,
si las feas para feos
hiciera sin que tuvieran
á las hermosas accion,
en poco tiempo viniera
á tanta fealdad el mundo,
que resultára en su mengua.
Y así está puesto en razon,
que haciendo discreta mezcla
de los feos y las lindas,
de los lindos y las feas,
ni todo sea fealdad,
ni todo hermosura sea.

Emperador.

Dice bien.

Isabela.

No dice bien,
que si fuera así, no hiciera
los negros en Etiopia,
que tanto se diferencian

de los blancos.

Federico.

Pues por eso
vemos, que la mezcla enmienda
lo negro, y á pocos lances
hace que en blanco se vuelva.

Isabela.

De lástima os quiero dar
dama, que mostreis al César
sin vergüenza.

Federico.

No la quiero:
guardadla para quien tenga
mas dicha, que yo he buscado
muger, que nadie apetezca.
Que si es fuerza que ellas miren,
y poderosos las vean,
fea la quiero y segura,
que no hay fea que no tenga
algo por que ser querida,
ni hermosa sin ser soberbia.
Esta manda, aquella sirve;
ésta pide, aquella ruega;
una regala, otra agravía;
una quiere, otra desdeña.
Dios me ayude con mi dama,
que el trato y correspondencia
hace hermoso lo mas feo.

Isabela.

¡Qué cosa, señor, tan necia!
mande vuestra Magestad,
que no solo de la reja
mas de la calle se vaya.

Emperador.

Vete, y por Dios que me pesa

de que vayas enojado;
vete, pues conmigo quedan
Fabio y Rodulfo.

Federico.

Señores,
que me vaya manda el César,
obedezco. Ven, Tristan.

Tristan.

¿Qué tenemos?

Federico.

Cosas nuevas
muy propias de mi fortuna.

Tristan.

Temo que en esta tormenta
se ha de anegar tu privanza.

Federico

Si ya lo está, no lo temas.

ESCENA IX.

Dichos menos Federico y Tristan.

Isabela.

Qué propia cosa, qué cierta
es, que no hay hombre tan sábio,
y discreto, que no tenga
alguna falta notable.

Emperador.

Cuando los discretos yerran,
no iguala á su necedad
la del mas necio.

Isabela.

Ya suena
gente en casa y viene el dia;
no es justo que se detenga
aquí vuestra Magestad.

Emperador.

No hay en el imperio fuerza
para dilatar la noche.
El cielo os guarde.

Isabela

Quisiera
responder, para serviros,
y como es precisa deuda,
no viene á ser cortesía.

ESCENA X.

El Emperador, Rodulfo y Fabio.

Emperador.

¿Qué hay, caballeros?

Rodulfo.

Que vuela
por los amantes el tiempo
con notable ligereza;
¿no habrás sentido las horas?

Emperador.

La mas graciosa pendencia
han tenido en la ventana
Federico é Isabela
por la fealdad de su dama,
que vi en mi vida!

Rodulfo.

Es discreta.

Emperador.

Túvole perdido. Vamos,
que no es justo que amanezca
en tales pasos el sol
á la Magestad suprema.

ESCENA XI.

Salon de Palacio.

Federico y Tristan.

Federico.
Tristan, yo vengo muerto.
Tristan.
No permitas
tanta rienda al dolor.
Federico.
No es en mi mano.
Tristan.
Al César soberano
contra tí solicitas.
Federico.
Cuando yo tengo de perder la vida,
¿qué importa la privanza, ó la caida?
¿No escuchaste, Tristan, las libertades
de Isabela conmigo?
Tristan.
Tú le diste
la causa; pues quisiste
hacer necias verdades
las mentiras y engaños de Fenisa,
y con tanta fealdad moverle á risa.
Federico.
Dos cosas intenté, de entrambas muero
con mostrarle, Tristan, muger tan fea,
hacer que el César crea
que en otra parte quiero,
y que Isabela no se persuadiese,
que la pude querer, si lo supiese.

¿Pero quién sospechára, quién dijera,
que de verla venia? ¿qué disculpa
daré de tanta culpa?
¡O quien ¡ay Dios! pudiera
olvidar como quiso! mas ¡ay cielos,
que es accidente amor, y olvido zelos!

Tristan.

Descansa de la noche que has pasado.

Federico

No puedo, que aun es noche todavia,
que no amanece el dia,
á quien es desdichado,
pues no es posible que su lumbre vean
los ojos que no ven lo que desean.

Sale un page.

El villano de Isabela,
que se convirtió á escudero,
quiere hablarte.

Federico

Yo no quiero,
por lo que el alma recela,
escucharle, ni aun saber
que se acuerde que nací.

ESCENA XII.

Dichos y Belardo.

Page.

Pues ya ha entrado.

Belardo.

¿Para mi
licencias son menester?
Solia su señoría
hacerme á mi mas favor;
pero en cesando el amor,

se acaba la cortesía :
casa y criados enfadan,
en sucediendo el desden,
que cuando se quiere bien,
hasta los perros agradan.
Yo os ví abrazar un lebrel
del Duque, y ahora á mi
aun no me hablais ; pues aquí
os traigo cierto papel
que fuera de oro algun dia.

Federico.

Los que me dió pedirá ;
mostrad.

Belardo.

¿Luego no me dá
albricias su señoría ?

Federico.

¿Pues yo qué dichas aguardo ?
¡ Ay Tristan ! llégate acá.

Belardo.

Bien me dijeron allá :
á la corte vais Belardo ;
los cortesanos harán
rica la pobreza vuestra,
ya son relojes de muestra,
que señalan y no dan.

Lee Federico.

Perro...

Tristan.

¿Perro dice ?

Federico.

Si.

Belardo.

Mira que pero dirá.

Federico.

Si con dos erres está
¿qué quieres?

Tristan.

¡Pues perro á tí!

Lee Federico.

»Perro el de la dama fea,
»aunque esto fuera venganza,
»para mi loca esperanza,
»no quiere amor que lo sea.
»Dos cosas dice de amor,
»que aquí pueden remediarme.

Tristan.

¿De qué te burlas?

Lee Federico.

»Matarme,
»ó darme al Emperador,
»y así despues de llorar,
»el ver que sin honra muero,
»ser suya esta noche quiero,
»porque me quiero vengar.
¡Jesus!

Belardo.

San Pablo, San Lucas. *Caese.*

Federico.

No era mi sospecha en vano;
¿esto trajiste, villano,
traidor?

Belardo.

Et ne nos inducas.

Federico.

Mátale.

Tristan.

Deten, señor,
la furia.

Belardo.

Tenle, Tristan.
San Cosme, San Preste Juan.

Tristan.

Este pobre labrador,
¿qué culpa tiene si viene
á traer lo que le dan?

Belardo.

Quien me quitó mi gaban,
en malos infiernos pene:
las bragas pues valen tanto,
que segun me vengo á ver,
temo que me han de poner
por Judas un jueves santo.

Federico.

¡Perro el de la dama fea!
¿pues, Isabela, tú eres
fea? ¿y que yo quiera quieres
cosa que tuya no sea?
Tú sola vives en mi,
tu hermosura, tu valor,
que aun es hermoso mi amor,
porque se transforma en tí;
dió tu rostro celestiál
cuidado á naturaleza,
porque sacó tu belleza
de su belleza ideal;
¿pues por qué tanta hermosura
me trata con tal rigor?

Tristan.

Sosiega, escucha, señor.

Federico.

El alma no está segura,
que un hombre tan desdichado
aun alma no ha menester,

porque tener alma es ser
y no siendo, no hay cuidado.
¿Esta noche? ¿pues tan presto?
¿pues sin mas informacion?

Tristan.

Señor, ten mas atencion,
al lugar en que te ha puesto
el César.

Federico

¿Muger tan bella,
una dama, una doncella,
hace á su amor tanto agravio?
¿La hija del Duque Octavio
se entrega al Emperador?
¿la que tuvo tanto amor
á Federico; y que ayer
se llamaba mi muger,
hoy hace tal desatino?
si es ángel, cielo divino,
de vuestro imperio arrojaldo.

Belardo.

Dele unos tragos de caldo,
así Dios, Trístan, te guarde.

Federico

Fuiste en matarme cobarde,
y en infamarte animosa.
Campos, llorad por la rosa,
que se marchita de zelos:
llorad por la aurora, cielos,
que llena de sombra está:
fuentes no corrais, que ya
se ha vuelto en llanto la risa,
ó para correr aprisa
de mis desdichas tomad
el ejemplo. ¡Qué lealtad!

¡qué amor! Isabela ¡ay Dios!
¿Quién dijera que los dos
nos halláramos así;
yo sin alma, tú sin mí,
que lo fuí tuyo tambien?

Belardo.

Cierto, señor, que no es bien
quejarse con tal rigor,
que el señor Emperador,
se la volverá mañana.

Federico.

¿Tanto amor, dulce tirana
Isabela, despreciaste?
¿qué mucho? viste, míraste,
que el ser yo tan desdíchado,
de ver tú, y de haber mirado
al César ha producido;
¿pues tan presto tanto olvido
y con tan infames nombres?
dichosos fueran los hombres,
si no vieran las mugeres:
perdona si tú lo eres.

Tristan.

Huye, corre, vete, vuela.

Belardo.

Voy á decirlo á Isabela.

ESCENA XIII.

Federico, Tristan y el Emperador.

Emperador.

¿Qué es esto?

Federico.

¿Quién lo pregunta?

Emperador.

¿Es Federico?

Federico.

No sé,
mas lo que es y lo que fué
en mí sujeto se junta:
de una esperanza difunta
soy un necio pretendiente,
soy un ser, que no se siente,
pues siendo el alma inmortal,
una forma substancial
la tengo por accidente.
Suspenso el entendimiento
y memoria sensitiva,
me ha dado la intelectiva
mas alto conocimiento:
y conociendo que siento
la ofensa, á vengarla voy,
pero como viendo estoy
el valor del que me ofende,
por no ser el que lo entiende,
dejo de ser lo que soy.
Que no siento, es verdadera
proposicion, pues no siento
que no siento, y sentimiento
de que no siento tuviera,
que si el no sentir sintiera,
viera yo que el no sentir,
era dejar de vivir;
y no viniera á tener
sentimiento de no ser,
que debe de ser morir.
El alma con que viví,
y que este ser animaba,
se fué á vos, cuando pensaba,

que mas la tuviera en mí;
y que se pasaba así
creyó la gentilidad
de un cuerpo en otro; mirad
si se pasa á vos la mia
esta noche, que podria
ser su mentira verdad.
De suerte que el alma mia,
aunque sin morir los dos,
hará pasándose á vos,
tan necia filosofia.
Quien es la que yo tenia
esta noche lo sabreis,
quien soy no me pregunteis,
porque lo que voy diciendo,
aun yo mismo no lo entiendo,
mirad si vos lo entendeis.

Emperador.

Responderte, Federico,
en seso y en tanto mal,
fuera ser al tuyo igual,
el que á tu lástima aplico,
que perderla un hombre noble
de las partes que hay en tí,
tan estimado de mí,
aumenta la pena al doble.
¿Tristan, qué desdicha es esta?

Tristan

Haber, gran señor, perdido
parte del alma el sentido,
que esto vale y esto cuesta;
que como tú le mandaste,
que quisiese tan aprisa,
he pensado que Fenisa,
de quien ayer te burlaste,

le ha dado hechizos, señor;
que es propio efecto de feas,
pues las hermosas no creas
que quieren por fuerza amor;
si quien tiene entendimiento,
quiere que nadie le quiera
por aquello que no fuera
su propio merecimiento.

Emperador.

Préndanla, mátenla.

Tristan.

Advierte...

Emperador.

No hay que advertir, morirá
Fenísa, culpada está
de Federico en la muerte;
que quien quita á un hombre el seso,
mas le quita que la vida.

ESCENA XIV.

Dichos, Isabela, el Duque Octavio, Belardo y todos.

Isabela.

Lastimada y ofendida
de tan estraño suceso,
no hallo remedio mejor
que darte de todo cuenta.

Duque.

Sino es venganza, es afrenta.

Belardo.

Aquí está el César, señor.

Duque.

Ya vengo, Principe invicto,
como dice, que me mandas,
Isabela, y ella y yo

te damos debidas gracias;
despues de tantas mercedes,
de que gustes de casarla
con Federico, que tanto
ilustra y honra mi casa.

Isabela

Y yo tambien por mi parte,
como mas interesada
en este favor.

Emperador.

Detente:
¿quién os dió nueva tan falsa?
ni he tenido pensamiento
de casarte, ni se trata
mas que de tan gran desdicha.

Isabela.

¿Qué desdicha?

Emperador.

Que una ingrata
muger le há quitado el seso,
y que he mandado matarla.

Isabela.

No es ingrata quien há sido
de este suceso la causa.

Emperador.

¿Sabes tú quien es, que ya
con muerte infame la aguarda
mi castigo?

Isabela.

Pues bien puedes,
gran señor, ejecutarla.
Yo soy, que con un papel
que le escribí por venganza
de los zelos que me diste,
finjí que está noche estaba

determinada á ser tuya,
siendo mentira inventada
de mi amor y mi desdicha.

Federico.

¿Mentira, Isabela? aguarda,
no prosigas, que el discurso
que hasta ahora me faltaba,
has vuelto á mí entendimiento,
y las potencias al alma.
Oye, invictísimo Othon,
augusto, heróico Monarca,
como el Macedon de Grecia,
Alejandro de Alemania;
oye á dos amantes, oye,
lo que hasta ahora ignorabas,
y te encubrieron por zelos
amor, respeto y privanza.
Dos años ha que á Isabela
sirvo, otros tantos que paga
mi amor, y con tantas guerras
el honesto fin dilatan
que con casarnos tuviera
tan bien nacida esperanza.
Por la parte de aquel monte,
de su prado, hacienda y casa
fuiste á cazar aquel dia,
principio de mis desgracias:
referirte lo que sabes
fuera cansada ignorancia.
Mandásteme que quisiese,
porque yo disimulaba
querer, temiendo enojarte,
y por no ofender la fama
de la opinion de Isabela;
y asi dándome la traza,

ó mi desdicha, ó Tristan,
finjí que á Fenisa amaba,
concertándonos los dos,
en que si por esta causa
viniese á perder el seso
con las demas circunstancias,
que son peligros de amor;
tú la palabra me dabas
de ayudarme, como espero
que lo harás, pues empeñada
la tienes á ser quien eres,
que nunca á los reyes falta.
Está es la ocasion, señor,
que amor y fortuna llaman,
no ya la ocasion perdida,
sino la ocasion ganada.
Favoréceme con darme
á Isabela, asi te hagan
los cielos, como de Europa,
Señor del Africa y Asia,
y á donde no llega el sol
inabitable distancia,
ni en los hielos de su sombra
vieron estampas humanas,
lleguen las águilas negras
de tus imperiales armas
y el sol de envidia las siga
que lleguen donde él no alcanza.

Emperador.

Federico, aun no presumo
(tan dificilmente hallan
el seso los que le pierden)
que le has cobrado, pues hablas
no digo en tu amor y el mio,
sino en decir que obligada

está mi palabra aquí,
pues es cierto que te engañas,
que cuando yo te la dí,
era cuando te mandaba
que quisieses y buscases
sujeto en alguna dama:
tú dijiste que lo harias,
si te daba la palabra
de ayudarte, y á Fenisa
me mostrastes: si te casas
con Fenisa, cumpliréla,
porque yo no pude darla
para lo que yo queria,
y tú de secreto amabas.
Con esto se desempeña
mi palabra, pues fue dada
para querer, no queriendo.

Federico

Con justa causa me llamas
loco, pues no conocia
que la palabra me dabas
de ayudarme, si quisiese.
Busqué dama fea y baja
por escusar á Isabela
zelos, y encubrir que estaba
enamorado de quien
tú lo estabas. Ya te sacan
de la obligacion, señor,
mí desdicha y mí ignorancia:
Con esto dadme licencia
para que á Italia, ó á España,
me lleven mis desventuras
á morir en tu desgracia.

Emperador.

Alza del suelo.

Federico.

¿ Pues darla
rehusas ?

Emperador.

Oyeme atento.
No fuera grandeza tanta
darte á Isabela, si fuera
cumplir la palabra dada :
cuando de ella libre estoy,
y tú con desconfianza
y sin accion de pedirla,
el dartéla será hazaña.
Dale la mano á Isabela.

Federico.

Vivas, invícto Monarca,
mil siglos.

Isabela.

A tus victorias
prevenga voces la fama.

Tristan.

Una palabra, señores:
el Emperador me casa
con Flora, aunque no lo dice,
ni me ha dado la palabra.
¿No es verdad, Flora?

Florela.

Así es.

Tristan.

Pues oigan, señoras damas,
que aunque esta comedia nuestra
su autor, como han visto, llama
¡ Si no vieran las mugeres !
quiere que á verla y honrarla
vengan muchas, y que vean
cuanto por el mundo pasa,

muchas fiestas, muchas bodas,
toros, y juegos de caña;
muchos novios las solteras,
muchos hijos las casadas,
mucha salud, mucha vida,
muchas joyas, muchas galas,
y lo demas que quisieren,
que aquí la comedia acaba.

¡Si no oieran las mugeres!

En esta comedia se propone Lope dar un ejemplo al bello sexo de los perjuicios que la curiosidad puede ocasionarle. Federico, amante correspondido de Isabela, temiendo que el Emperador se enamore de ella si la ve, la manda esconderse.

Que os escondais es mi gusto,
no os vea el Emperador,
porque la señal mayor
de amor, que á todas escede,
es no dar zelos, si puede,
la muger que tiene amor.

Este precepto despierta en su alma un deseo vehemente de conocer á Othon. No medita, ni prevee el daño á que se espone, ni se acuerda de los zelos que ha manifestado su amante: su curíosidad lo vence todo.

Yo, Flora, tengo de ver
al César, si bien será
disfrazada.

Florela.

Cerca está.

Isabela.

O ver, ó no ser muger.

Aquí empieza el nudo de la fábula y el interes, que va creciendo progresivamente hasta el desenlace. El encuentro de Isabela con el Emperador, las sospechas de Federico al saberlo; la resolucion de ocultar-

le sus amores, los zelos que le devoran al saber la pasion de Othon, los que concibe Isabela creyendo que su amante está enomorado de otra, la carta terrible que le escribe, manifiestan el talento del poeta, la fecundidad de su imaginacion, y que sabia formar un plan arreglado y bieu desenvuelto cuando no trabajaba con precipitacion.

Los caractéres son interesantes, nobles y apasionados. El del Emperador está pintado con toda la galantería de la juventud y la grandeza y generosidad diguas de un gran Monarca: es valiente, discreto y propenso á la pasion propia de su edad; pero sus amores son honestos y decorosos, y no ofenden nunca el pundonor de Isabela, aunque siembran en el corazon de Federico los zelos y el delirio que le arrebata Los dos amantes están perfectamente retratados; la nobleza de sus sentimientos, la constancia y pureza de su cariño, las penas que padecen mutuamente conmueven el alma de los espectadores. La carta que Isabela le dirije: *Perro, el de la dama fea* está llena de pasion y de verdad. El delirio que arrebata á Federico, despues de haberla leido, es demasiado metafísico, y por consiguiente menos natural é interesante que debiera. Es lástima que Lope manchase con este borron una comedia tan bien imaginada

Los diálogos, la urbanidad del estilo, la facilidad y las gracias de la versificacion son de Lope. La pintura que hace Tristan de Isabela es graciosa y rica.

¿Cómo piensas que venia?
el cabello en una mano,
en otra el peine, que en vano
pensaba ser celosía
del sol de sus bellos ojos;
y así como me abrazó

todo el hombro me vistió
de aquellos ricos despojos.
Celebré mucho el favor,
y el verme, aunque era postiza,
con una muceta riza
de peregrino de amor.
Entraba el sol por la reja,
como envidioso, al soslayo,
que bien diera el mayor rayo
por tan hermosa guedeja &c.

Otros muchos versos pudieran citarse de igual mérito; pero nuestros lectores no necesitan que los copiemos aquí despues de haberlos leido con aprecio en la comedia.

EL SOLTERON
Y SU CRIADA.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

FORMADA

SOBRE LA QUE ESCRIBIÓ EN FRANCES

EL CIUDADANO COLLIN D' HARLEVILLE.

POR

D. T. G. S.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

El que compáre la comedia francesa de Collin D' Harleville, intitulada le Vieux Celibataire, con la que yo presento al teatro español, conocerá que esta no es una mera traduccion en que se trasladan las bellezas, igualmente que los defectos del original. A la verdad no carece de ellos, ya se atienda á los principios que le constituyen, ya á la distribucion del plan, al desarrollo de la accion, á las situaciones, á los caractéres, al lenguage, &c.

Yo no me lisonjearé de haberlos corregido; pero sí, me atrevo á decir, que sin las alteraciones que he hecho, su representacion no sería tolerable. Por eso he variado en parte el plan de la comedia francesa, he invertido el órden de muchas scenas, he suprimido algunas, he colocado otras nuevas, he mudado costumbres y caractéres, ó avivando algunos de sus rasgos, ó reformándolos en sus mismos principios: en fin

he alterado la colocacion, y aumentado el interés de diferentes situaciones, he añadido mas viveza á todos los diálogos, mas colorido al lenguage, &c.

Sería prolixidad inútil el analizar, y confirmar cada una de estas mutaciones, que solo deben exâminarse despues de la lectura de ambas piezas. Mi objeto principal ha sido indicar de léjos la senda que deben seguir los traductores del teatro: bien que nunca tendré por tales á los que sin ningun conocimiento de los idiomas, ni de la materia que traducen, no hacen mas que desfigurar las gracias, y conservar las monstruosidades de los originales.

El éxîto de esta pieza puesta en espectáculo, tampoco probará nada contra las razones que mo animáron á emprehender semejante trabajo. Y yo desconfio ya tanto del juicio del público espectador, que ni sus vituperios me harán desestimar mi obrita, ni sus aplausos mirarla con mas aprecio. T. G. S.

5-2

ACTORES.

DON ROQUE, viejo solteron. *SEÑOR VICENTE GARCÍA.*

DON JACINTO, su hijo natural, baxo el nombre de Cárlos. *SEÑOR BERNARDO GIL.*

DOÑA FELISA, ama de gobierno. *SEÑORA ANDREA LUNA.*

LAURA, muger de Jacinto. *SEÑORA MARIA GARCIA.*

DON AMBROSIO, mayordomo. *SEÑOR RAFAEL PEREZ.*

JORGE, portero. *SEÑOR TOMAS LOPEZ.*

Julianito, niño de siete años, hijo de Jorge.

Señor Joaquin Garcia Luna.

La Scena es estable en Madrid, en el quarto de Don Roque.

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Jacinto, poniendo en órden los muebles del aposento de Don Roque.

Jac. Ya está vestido. Arreglémos,
del modo que ayer estaba,
su aposento... ¡Ah! ¡padre mio!
¡si la humillacion amarga
que tu hijo infeliz padece,
un dia te presentára
las pruebas de su inocencia,
contra la calumnia insana!
¡si conocieras que solo
el amor filial le manda,
y no el interés, servirte
con tanto afan y eficacia!...
¿pero quién viene aquí?... ¡Jorge!

SCENA II.

Jacinto y Jorge.

Jorge. Gracias á Dios, que se os halla
solo una vez, Don Jacinto...

Jac. ¡Imprudente! ¿no reparas
que nombrándome me pierdes?

Jorge. Voto á... perdonad... ¡mal haya
mi memoria!

Jac. ¿No te acuerdas
de que aquí Cárlos me llaman?

Jorge. Me acuerdo, y mucho me acuerdo;
pero tambien se me pasa
á veces: no os enfadeis:
le doy á vm. mi palabra,
que no se me olvidará
aunque dos siglos pasáran.
Vaya ahora que estamos solos;
hablad, decid sin tardanza:
¿en qué estado va el asunto?
¿lograis ya la confianza
de nuestra ama de gobierno,
y de Don Roque la gracia
se ha podido adelantar?...

Jac. Aun mas de lo que pensaba;
sin embargo, yo no vivo
satisfecho hasta que Laura,
mi querida esposa, logre
introduccion.

Jorge. Pues contadla
por segura.

Jac. ¡Ah! ¿y en qué forma?
¿baxo qué título? ¡quánta,
quánta amargura esta idéa
en mi corazon derrama!
¡Nosotros aquí sirviendo,
confundidos en la casa
de mi padre entre la clase
mas humilde!

Jorge. Sí: es desgracia,
no hay duda: ¿mas por ventura,
servir á un padre es infamia?
Era forzoso sufrieseis
para que se vindicára
vuestra justicia; y repito
que es grande fortuna el que hayais
conseguido entrar tan pronto.
Luego, vuestra esposa Laura,
va á entrar tambien, pues ayer
me dixo aquel camarada,
amigo del mayordomo,
que hoy enviaria la carta
que se necesita.

Jac. ¿Quándo
podré fidelidad tanta
recompensar?

Jorge. ¡Uh! esto no es

por interés, ni jactancia:
yo sí que nunca podré
pagaros el bien, que mi ama
y madre vuestra me hizo.
Ella me amparó en su casa
desde que era tamañito;
si Jorge es honrado, si ama
la verdad, sabed que es obra
de su exemplo y su eficacia:
á vm. le ví yo nacer,
y desde su tierna infancia
me le encargó, hasta que entrambos
padecimos la desgracia
de ver su muerte.

Jac. ¡Ay! ¿por qué,
porque tan presto la parca
la arrebató á mis caricias?
Ella murió con la amarga
pena de dexar un hijo
abandonado á la gracia
de un hombre, que aun en secreto
no quiso esposa llamarla.
¡O! ¡dulce madre! previas
de tu hijo la suerte infausta,
quando cubierta del velo
de la muerte, estas palabras

me dixiste, que por siempre
impresas tengo en el alma:
sé de las virtudes hijo,
si nadie hay que se complazca
en darte tan dulce nombre.

Enternecido.

Jorge. Señor, ¡por Dios!... no se trata
de lo pasado... advertir,
que aunque haya sido contraria
hasta hoy la suerte, ya el cielo
un nuevo rumbo señala.
Murió vuestra madre, es cierto,
y vm. expuesto quedaba
al furor de la calumnia;
mas tambien luego me manda
Don Roque venir, y así
descubro toda la trama;
reconozco su carácter
y sus opiniones raras;
en fin me ocurre escribiros,
¿y quándo? quando os hallabais
tal vez ya desperanzado:
seguis al punto mis trazas,
venis de incógnito, veis
de cerca las asechanzas,
se proporciona el que venga

vuestra esposa de criada;
y para el último golpe
ya es muy poco lo que falta.
¿Es esta poca fortuna?

Jac. Tienes razon.

Jorge. Pues constancia;
y por lo demas contad
que esa juventud lozana,
y esa modestia, os harán
dueño de la confianza
de Doña Felisa: y ¡ola!...
no sé qué deçir... madama
tiene gusto.

Jac. ¡O! te diré...
lo mejor se me olvidaba:
ayer á solas conmigo
tuvo una sesion muy larga,
ponderó sus buenas prendas,
habló mucho de las varias
penas que sufre sirviendo;
y al fin añadió se hallaba
afligida, por no haber
una persona sensata
á quien descubrir pudiese
los secretos de su alma:
yo la apuré de manera,

que pienso que esta mañana,
segun ella dió á entender,
vendrá á decirme...

Jorge. ¡Caramba!
¿no lo digo yo? ¡Guardáos
si esas indirectas paran
en haceros una tierna
declaracion!... mas son vanas
mis sospechas; no es posible
que la niña se olvidára
de su interés: ese Ambrosio,
que vino á ocupar la plaza
de su difunto marido,
la ronda mucho y la halaga,
y ella se muestra mas dura
que una piedra; no le agrada
la juventud.

Jac. Así pienso.

Jorge. Y yo pienso que en el alma
os detesta el tal Ambrosio.

Jac. No es mucho, quando maltrata
aun á su señor: á mas,
si en mi conducta repara,
acaso teme algun dia
perder por mí su privanza.

Jorge. Y lo teme con razon;

pues Don Roque se declara
á favor de vm.

Jac. Mas dulce
es para mí esa esperanza,
que la de su herencia. Sea
qual hijo ó sirviente; nada
me importa, con tal que pueda
merecerme al fin su gracia.

Jorge. ¡Que esos sentimientos reinen
siempre en Cárlos!

Jac. Siempre en mi alma
reináron, Jorge: tal vez
algun tiempo la desgracia
los amortiguó; mas luego
viendo que un padre me ama,
sino con nombre de hijo,
como criado, su llama
renació con mas vigor,
y nunca será apagada
en mi pecho. He conocido
que el tiempo jamas alcanza
el remedio á nuestros males,
si hasta el fin de la jornada
la virtud no nos sostiene.

Jorge. Ya para el fin poco falta,
porque en breve vuestra esposa

va á dar... ¡Ola! ¿qué buscaba
Julianito?

SCENA III.

Dichos, y Julianito con una carta en la mano.

Jul. ¿Quién? ¿yo, padre?
Jorge. ¿Qué es eso?
Jul. Me dió esta carta *Se la entrega á Jorge.*
mi primo Pasqual, y fuf,
sin hablarme mas palabra
se marchó; pero me voy
yo tambien, que si asomára
Don Ambrosio, reñiría. *Vase.*

SCENA IV.

Jacinto y Jorge.

Jorge. ¡Qué diablos será esta carta!
¿me permitis?...
Jac. Sí: ábrela:
¿en qué te detienes?
Jorge. ¡Vaya! *Despues de haberla abierto.*
¡si es cabalmente el socorro,
que ya impaciente aguardaba!
Es la recomendacion

para vuestra esposa Laura,
de aquel amigote mio,
que conoce mucho al maula
del mayordomo.

Jac. ¿Y qué dice?

Se la entrega á Jacinto.

Jorge. Leedla, y ved como prepara
la suerte un feliz suceso
despues de tantas borrascas.

Lee.

Jac. "Amigo Ambrosio: he sabido que buscabas
» una sirviente jóven para segunda de vuestra
» ama de gobierno, y os envio una persona ex-
» celente para el caso en la dadora de ésta: sin
» duda quedaréis contentos con ella; es bien na-
» cida, juiciosa y dócil: y podrá perfeccionarse
» baxo la direccion de Doña Felisa. Tuyo siem-
» pre, Torres."

Jorge. Este es el último lance
de ventura; por criada
se le introduce la nuera.

Jac. El cielo por fin se apiada
de este infeliz. *Se guarda la carta.*

Jorge. Y creed,
que al momento queda en casa
con tal recomendacion.

Jac. Lo espero así: tú derramas
en mi corazon un gozo,
que hasta hoy ¡mísero! ignoraba.
En viéndola mi buen padre,
en escuchando aquella habla
de virtud y de dulzura,
no puede ménos de amarla.
¿Tú no la has visto?

Jorge. Sí tal.

Jac. Quizá habrás visto sus gracias,
todo su encanto; mas ¡ah!
no conoces aquella alma
de bondad, que de la mia
fué señora soberana
á la vez primera. Escucha,
(ya que hoy la paz y la calma
te debo) de mis amores
la historia sencilla y grata.
Tú sabes que abandonado,
mísero, solo en mi patria,
despechado me alisté
soldado. Mi vigilancia
en el servicio, mi buena
educacion, y una rara
madurez, único fruto
de mis primeras desgracias,

me ganáron el favor
de mis Xefes. Ya empezaba
á gozar algun reposo,
quando por dicha me mandan
ir á Cuellar de bandera:
llego al pueblo, y me señalan
alojamiento en la pobre
choza de la hermosa Laura,
á tiempo que perseguido
de la avaricia inhumana
de un acreedor poderoso,
su anciano padre esperaba
su víctima ser. El llanto
que en su afliccion derramaba
esta virtuosa familia,
despedazó mis entrañas:
pago su deuda y alivio
su dolor: todos me abrazan,
todos á una voz de hermano
y de hijo el nombre me daban.
¡qué placer! Nada en el mundo
desde aquel punto envidiaba.
Yo no pude mucho tiempo
resistir: mi ardiente llama
declaré á Laura, y en breve
ante el altar nuestras almas

eterno amor se juráron.
Sus padres, ya de abanzada
edad, muriéron á poco;
y obteniendo sin tardanza
mi libertad, el cultivo
del campo nos sustentaba.
Sin opulencia y sin ocio,
¡quál mi afanar suavizaba
mi adorable compañera!
¡quál entre inocente calma
se deslizaban mis dias!
Tal era, quando una carta
de tu amistad me previene
por menor todas las causas
de mi abandono. El estado
de mi padre, que me odiaba
engañado, mi inocencia,
la justicia, todo clama
que me vindique. En efecto,
solo con mi esposa amada,
vengo á Madrid, y mudando
las señas de nombre y patria,
entro á servir á los mismos
que me persiguen: ¡y tanta
es la fuerza del malvado,
que tímida y desolada,

aun para hablar la virtud
la ocasion del vicio aguarda!
Si para mí no la alcanzo,
si por fin miro frustradas
mis esperanzas, ¿qué habrá
que mi dolor satisfaga?
¿qué es de la justicia? ¿dónde
es la verdad respetada?

Jorge. Sosegaos, que ahora conviene
el disimulo y cachaza.

Jac. ¡Quánto padezco en fingir!

Jorge. Pues tambien me repugnaba
á mí al principio; y á fé
que viendo las circunstancias,
he aprendido ya á fingirme
ciego, quando esta canalla
robando está á vuestro padre.
Fuera de lo que regala
la cocinera, que es linda
espigadera, nuestra ama
siega de primor, y coge
dinero y papel sin tasa.
El Don Ambrosio ha comprado
una magnífica casa;
vm. que tiene talento,
discurra cuya es el arca

de donde salió su importe:
todos los dias la alhaja
con un mueble nuevo; y otro,
todos los dias nos falta,
de suerte que en poco tiempo,
si prosigue, nuestra casa
quedará sin mueble alguno,
quando la otra esté amueblada.
Jac. Si al ménos le hubieran hecho
feliz, yo les perdonára
su exceso; mas no contentos
con robarle, se adelantan
á oprimirle: ¡Triste anciano!
hecho ya á la tolerancia,
devora en secreto el llanto
que sus pesares le arrancan.
Jorge. ¡Pero tate!... no hay remedio:
Doña Felisa se clava:
ahí sale ya, y con semblante
de pedir mercedes.
Jac. Calla.

SCENA V.

Dichos y Doña Felisa.

Jac. Señora, besoos los pies.
Jorge. A la obediencia, madama.

Fel. ¡O! buen dia, amigo Cárlos...
¿qué haces aquí? *A Jorge.*

Jorge. ¿Quién yo? nada:
estabamos conversando
sobre las cosas de Italia,
Alemania, Francia, Europa...

Fel. Está bien; pues ahora marcha
á conversacion á baxo.

Jorge. ¡He! solo á mí me regañan,
y él sin cesar está hablando
de vm.

Fel. ¿Y de mí qué hablaba?

Jorge. Que pareceis cada dia
mas jóven, y mas gallarda.

Fel. Cárlos es muy fino, y usa
de expresiones delicadas;
pero tú te vales de ellas
para adularme. Vé y guarda
la puerta.

Jorge. ¡Yo adulador!

Fel. Y á ninguno des entrada
sin avisarme.

Jorge. Está bien.

Fel. Si viniere alguna carta
entregámela.

Jorge. Por hoy...

es regular que no la haya.

Fel. No importa: acuérdate bien
de todo.

Jorge. Muger mas falsa *Aparte yéndose.*
no la habido jamas desde
que hay mugeres en España.

SCENA VI.

Jacinto y Felisa.

Jacinto continúa arreglando el aposento, y entretanto Doña Felisa en el extremo opuesto, le mira con mucha agitacion, y miéntras dice su monólogo manifiesta á un mismo tiempo desconfianza, firmeza y temor.

Fel. Ya es forzoso decidir:
si mas tiempo se dilata
mi proyecto, es muy posible
que la suerte trastornára
en un punto tantos años
de afan y de vigilancia.
Y no hay duda, Cárlos es
el mas seguro: de él nada
recelaría Don Roque,
y yo sé que interesará
su corazon si le hablase

de mi amor con eficacia.
¿Mas qué le diré? ¿si acaso
de mi conducta se extraña?...
¿y qué ha de extrañar? tambien
quando él sirve, solo trata
de mejorar, como todos,
su fortuna... ¡qué agitada
me siento!... por otra parte
yo le soy muy necesaria,
para que pueda negarse;
es discreto, le acompaña
la prudencia: ayer al verme
suspirar, se me mostraba
muy sensible... no hay remedio,
digno es de mi confianza;
y conviene aprovechar
el tiempo... Cárlos, palabra.

Se sienta en el camapé, y Jacinto llega.

Jac. Mandad, señora.

Fel. Yo quiero
me digas ¿cómo te hallas?
¿estás contento?

Jac. Lo estoy
tanto, que casi juzgára
que estaba en mi casa propia.

Fel. Sé siempre el mismo; y tu honrada

conducta te ofrecerá
cada vez nuevas ventajas:
parece que con agrado
te mira Don Roque.
Jac. Gracias
á vuestra bondad.
Fel. Es cierto:
merezco su confianza.
Jac. Fruto es de vuestro talento
y experiencia.
Fel. Si en mí alabas *Suspirando.*
esas qualidades, sabe
que son de mis males causa.
Jac. ¿Vuestros males? yo no entiendo...
Fel. ¡Si supieras!... ¡pero incauta!
¡qué iba á decirte!...
Jac. Señora:
lo conozco: mi humillada
situacion no corresponde
á mi voluntad; no alcanza
á aliviaros...
Fel. Es posible
que alcanzase; y si tan ardua
empresa no fuese hallar
uno, que se interesára
en mis desdichas, que fuera

buen amigo, nó dudára
en elegirte.

Jac. Dichoso.
si complaceros lograba.

Fel. Y ciertamente, á tí mismo
no te es ménos necesaria
una persona prudente,
á quien tu pecho se abra.
Eres dócil y discreto,
y no pareces en nada
ser criado...

Jac. No lo soy:
y un tiempo tengo esperanza
que lo conozcais.

Fel. A mas, mi recompensa...

Jac. Me basta
por premio el saber que os sirvo,
¡Ah! no dudeis: aguardaba
desde ayer con impaciencia
esta ocasion: vuestras raras
prendas, vuestro dulce genio;
todo en vos, señora, manda
complaceros: ¡no dudeis!...
mas si quizá os desagrada
Cárlos, jamas descubrais...

Despues de haber mirado á todas partes, suspira profundamente, se levanta, toma la mano de Jacinto, y la aprieta con entusiasmo.

Fel. No, amigo: mi confianza
en tí deposíto.

Jac. Hablad.

Fel. Quince años ha que encerrada
vivo aquí, sin otro premio
que servir... Mira si basta
para que erigirme deba
por señora de la casa.

Jac. Es justicia.

Fel. Mi difunto
y yo no dexamos nada
que hacer de quanto pudiese
cumplir mi justa esperanza.
De la vista de Don Roque
alejamos sin tardanza
á los parientes, amigos,
y á todos quantos trataba:
mas de repente mi esposo
me faltó en las circunstancias
mas críticas: quedé sola
para la empresa mas ardua,
que era contrastar un hijo...

Jac. ¿Un hijo? ¿de quién?
Fel. No alcanzas
este misterio. Don Roque,
solo por extravagancia,
nunca se casó, aunque era
amante de cierta dama
principal de la que tuvo
este hijo, que hoy es la causa
de mi mal. Ella murió...
Jac. ¡Ay de mí! *Aparte.*
Fel. ¿Qué es eso?
Jac. Nada. Proseguid.
Fel. Ella murió
en Valladolid su patria,
miéntras él vino á la corte
á negocios de su casa.
Aquí ausente confirmó
sus caprichos; é informada
por él mismo del asunto,
califiqué de inconstancia
la reserva que en la ausencia
su buena amiga guardaba,
y sus sinceros deseos
de cubrir con una santa
union los yerros pasados,
los pinté como asechanzas

para oprimirle, y despues
vivir libre y descuidada:
por último, entre mi esposo
y yo logramos con maña,
que su amorosa pasion
á indiferencia pasára.
Jac. ¿Pero el hijo?
Fel. Escucha. Apénas
de aquella molesta carga
se vió libre con la muerte,
fixó ya en Madrid su estancia,
y por direccion de Ambrosio,
trocó el comercio en labranza.
Entónces formó el proyecto
de llamar al hijo para
educarle aquí á su lado.
¡Quánto costó el que mudára
de plan, y en Valladolid
le dexáse!
Jac. ¿Y por qué causa
intentabais disuadirle?
Fel. Pues, si á su lado mirára
un objeto tan querido,
como un hijo, ¿qué esperanzas
nos quedaba? y á mí, á mí,
¿qué fruto despues de tantas

y tan contínuas fatigas?

Jac. Sí: la conseqüencia es clara.
Seguid.

Fel. Al fin le mostré
que sería ménos cara
allí su manutencion,
que en Madrid; que aquí abundaban
las distracciones, capaces
de viciar la edad lozana
de quince años, y además
de este modo preparaba
á su vejez mil cuidados:
me creyó al punto, y me encarga
el cuidar de su asistencia.

Jac. Así era vuestra la plaza.

Fel. Aun no. Le hice despedir
los criados que quedaban
de su madre: solamente
el que hoy es portero en casa
se exîmió; mas logré pronto
que Don Roque le llamára,
con pretexto de que allí
era inútil. Su llegada
me dexó ya libre el campo
para la empresa mas ardua;
pero segura. Debiendo

suministrarle sin tasa
sus asistencias, discurre
si serían limitadas
por mi mano. Con efecto,
puesto ya en las circunstancias
de mendigar, sin poder
ni aun quejarse, sentó plaza.
Tanto acriminé esta accion,
que ya Don Roque pensaba
desheredarle. Despues
se animó á escribir dos cartas
pidiendo perdon: mas yo,
lo mismo que las pasadas,
las oculté.

Jac. Precauciones
muy precisas y acertadas.

Fel. En público no he leído
sino tres; pero glosadas.
Al fin se ha perdido él mismo
por una aventura extraña.

Jac. ¿Cómo?

Fel. Sin dar parte al amo
se casó.

Jac. ¿Pues en sus cartas
no lo decia?

Fel. A lo ménos

Don Roque no supo nada
hasta que yo le informé
de la boda, y la muchacha,
pintándola qual si fuera
una aventurera, vaga,
incógnita, miserable.
Entónces el viejo en rabia
y cólera se enfurece:
maldice al hijo, y nos manda
que nunca mas se le nombre.
He aquí de acciones tan varias
el suceso.

Jac. ¿Y ya qué resta?

Con tono de dolor y abatimiento.

Fel. Mucho, Cárlos, mucho falta.
Oye el último secreto
que mi corazon guardaba.
Ya ves que pueden salir
todas mis fatigas vanas,
sino le estrecha conmigo
una obligacion... ¿No alcanzas
todavía mis idéas?

Jac. Aun no: ¿pero qué embaraza
vuestra franqueza? decid.

Con viveza é interés.

Fel. Si conmigo no se casa,

¿viviré segura, Cárlos?

Jac. ¿Con vos? ¿el amo? Arrojada
es la empresa ciertamente.

Fel. Es forzoso el acabarla.

Jac. ¡Qué! ¿ya la habeis comenzado?

Fel. Muchos años ha que cauta
voy preparando su pecho.
Le hago pinturas muy gratas
del himenéo: le leo
novelas de amor, que encantan
sus sentidos, y en los lances
mas tiernos hago una pausa
para dar lugar á que
en ellos se embeba su alma.
Sabe tambien que el motivo
por qué yo hice que llamára
á Jorge, fué solamente
el que siempre presenciára
la escena de dos esposos
que felices se idolatran.
Las inocentes caricias
de su hijuelo, que no pasa
de siete años; sus juguetes,
todo excita su apagada
imaginacion; y así
su pecho á amar se prepára.

Mas para rendirle, ahora
tu persona es necesaria.

Jac. Mandad con franqueza.

Fel. Observo,
quando el amo se levanta,
que gusta de hablar contigo:
¿qué ocasion mas apropiada
para hablarle del asunto?
Le insinuarás que se halla
muy aislado: que sería
feliz si encontrar lográra
una amable compañera.
Entónces á hablarle pasas
de mi persona: que en parte
conservo todas las gracias
de la juventud, unidas
á la madurez sensata
de mi edad. En fin, ya ves,
me mantengo fresca, sana,
y mi presencia... Tambien
añadirás, si te agrada,
que al principio me tuviste
por su esposa, no por ama.

Jac. No os canseis mas; quedo ya
impuesto.

Fel. En una palabra:

tienes talento, y descuido
en tí.

Jac. Vivid descuidada.

Fel. ¿Con que me entiendes?

Jac. Repito
que vivais asegurada
de que yo haré lo que hicierais
vos misma en mis circunstancias.

Fel. Pues vive tambien seguro,
que la recompensa...

Jac. Basta.
Me aníma interés mas puro.

Fel. El amo ya sale: calla.

SCENA VII.

Los dichos y Don Roque.

Roq. Buenos dias... ¡O señora!
no reparé que ahí estabais.

Fel. ¡Amo mio!

Roq. ¡A Dios, amigo
Cárlos.

Jac. ¡Señor!

Fel. O me engañan
mis ojos, ó está vm. triste.
¿Pasasteis acaso mala
noche?

Roq. No, amiga.

Fel. Será
apariencia; mas jurára
que estaba ayer mas risueño
vuestro semblante.

Roq. Pues raras
son las veces que la risa
se vé en mi rostro.

Fel. Apostára
que de ese hijo tan perverso
vuestra tristeza dimana.

Roq. Su imágen de mi memoria
un instante no se aparta.
Esta noche le ví en sueños.

Fel. ¿Y por qué no desecharla?
¿No conoceis que no intenta
mas que labrar vuestra infamia?
Señor, olvidarle, y ved
de cuidaros.

Roq. ¡Ah! mi alma
puede aborrecerle, sí;
mas no olvidarle.

Fel. ¡Qué gana
teneis, señor, de afligiros!
Cárlos, Ambrosio y yo, nada
querémos mas que agradaros.

Sin salir de vuestra casa
tendréis en nosotros hijos,
parientes, amigos... ¡vaya!
sosegaos... ¡quánto siento
dexaros!... pero me llama
la obligacion de serviros.

Roq. ¡Cómo ha de ser!

Fel. Que no salga
Cárlos, y os divertirá.

Jac. ¡Felice yo, si lográra
sucederos dignamente!

Al irse por lo baxo á Jacinto.

Fel. Acuérdate de la trama. *Vase.*

SCENA VIII.

Don Roque que se sienta cerca de la mesa,

y Jacinto.

Roq. ¡Qué digna muger es ésta!
¡quánto en cuidarme se afana!
¿No es verdad?

Jac. Señor, en eso
pienso que á nadie aventaja.

Jac. ¡O! tambien estoy contento
contigo.

Jac. Si alguna falta

me advertis en los principios,
sabed que es involuntaria.

Roq. No, yo no advierto ninguna.

Jac. Siempre es mayor la eficacia
de un criado, quando sirve
á un amo á quien idolatra.

Roq. Yo no sé que es; me penetran
el corazon tus palabras,
aunque no quiera, me hacen impresion.

Jac. ¡Si ellas bastáran
á segurarme algun dia
vuestra ternura!

Roq. Sí bastan.
No sé por qué, tu presencia,
tu conversacion me encanta;
solo contigo estoy bien.

Jac. ¡Ah! ¡si pudierais ver quánta
es mi dicha en agradaros!

Roq. Mil penas, amigo, agravan
mi corazon: necesita
desahogo. Corro con ansia
toda la naturaleza,
y en toda ella no se halla
un amigo, en cuyo seno
pueda mis penas amargas
depositar.

Jac. ¿Qué decís?
¿penas?

Roq. ¡Ay! tú me juzgabas *Se levanta.*
por feliz, y no lo soy.

Jac. ¿Pero quién imaginára?...

Roq. Ya me ves: aquí en la tierra
solo, falto de esperanza...

Jac. ¿Solo?

Roq. Sí, amigo; yo vivo *Enternecido.*
aislado... ¡ó Dios! ¿por qué causa
en mis años florecientes,
ó luego quando escuchaba
libre mi razon, porque
me negué á la union sagrada
que me hubiera hecho feliz?

Jac. Virtud sola es la que traza
nuestra dicha, y no hay estado
en que ella mas sobresalga,
que en el vuestro.

Roq. Sí: en el mio
es feliz el que le abraza
por virtud, no por capricho.

Jac. Yo pienso que no sin causa
renunciasteis al consorcio.

Roq. En parte no era infundada
mi opinion. El himenéo

es cadena muy pesada.
Yo apartado de mis padres
desde la mas tierna infancia,
tuve ocasion de observar
por mí mismo sus infaustas
conseqüencias. Inconstantes,
vanas, infieles, falsarias
las mugeres, ¿á qué males
no dan orígen? Quien ama
sus gracias por mucho tiempo,
es infeliz. Yo encontraba
muchas humildes, honestas
en lo exterior, y en su casa
eran eterno tormento
de un esposo.

Jac. Perdonad,
si es á la vuestra contraria
mi opinion. La esclavitud
de himenéo es la mas grata,
entre todas las que al hombre
en la sociedad enlazan;
si una esposa amable...

Roq. ¿Y qué?
¿es posible el encontrarla?

Jac. Sí señor: hay infinitas
sencillas, y moderadas

en sus gustos, recogidas,
que su ventura señalan
en la de su esposo.
Roq. Yo
tengo experiencia muy larga
en contrario.
Jac. Confesad
que tal vez las que tratabais
mas de cerca, no serían
las de mas virtud.
Roq. ¡Qué vanas!
¡qué mudables! ¿y en tal sexô
nuestro pundonor descansa?
Jac. Y si tan débiles son,
¿para qué en tan fragil basa
apoya su honor el hombre?
El es, él es quien quebranta
sus misma leyes. Un padre
muy solícito se afana
en educar con acierto
un hijo, y no cuida nada
de la educacion de una hija,
que luego á ser se prepára
una madre de familias.
Los mismos que la acompañan,
fomentando su amor propio,

acrecientan su ignorancia,
su indolencia y su altivez.
He aquí de dónde dimanan
sus defectos; ¡y quán leves
son, señor, si se comparan
con los nuestros!

Roq. Pero, bien.
Quiero suponer que haya
algunas buenas, y que éstas
siempre nuestra dicha labran.
Con todo, ¡quántos cuidados
nos cercan al que se casa!

Jac. Cuidados inevitables,
que siempre al hombre acompañan,
estos en retorno ofrecen
mil placeres, y no agravan
el corazon.

Roq. Yo no entiendo...

Jac. Pues si una amiga repára,
y alivia nuestros quebrantos,
¿qué será una esposa amada,
nuestra eterna compañera,
amiga amorosa y franca,
que un mismo interés la estrecha
á nosotros, que no aguarda
para gozarse otro bien

que el nuestro, ni otra desgracia
para sentir? Comparad
los desvelos que nos causa
una familia, que es propia,
con los de una mercenaria,
que muy poco cuidadosa
de nuestro bien, solo trata
de su provecho.

Roq. Es verdad.
Eso es lo que á mí me pasa.
No dudo que mis criados
me estiman; mas se propasan
tambien conmigo.

Jac. En efecto.

Roq. Ya ves, esto me traspasa
el corazon. Muchas veces,
avergonzado de tanta
condescendencia, he querido
sacudir tan dura carga,
y he cedido al fin. A Ambrosio
le despedí veces varias,
y le he vuelto á recibir,
porque, aunque es extraordinaria
su viveza, él es honrado,
y hombre de bien: aun el ama,
Doña Felisa, conmigo

algunas veces regaña,
y quando mas enfadado
prorrumpo yo en amenazas,
ella calla, muda el tono,
dexa pasar la borrasca,
y... ¡soy muy débil! despues
con mas libertad me manda.

Jac. Lo conozco.

Roq. ¿Y qué ha de hacer
una persona privada
de amigos ¡ah! y de parientes?...
Uno tengo; ¡mas qué amarga
me es su memoria!

Jac. ¿Un pariente?

Roq. Mira, renuevo las llagas
de mi dolor... déxame.

Jac. Tal vez, señor, os distraiga
el confiar...

Roq. No es posible:
no hay consuelo que me valga
en mis males; déxame.

Jac. Perdonad.

Se sienta y toma un libro.

Roq. Solo estos calman
mi tormento.

Jac. ¡Ay Dios!... ¿qué aguardo? *Aparte.*

¿Si me permitís que salga
á una diligencia?...

Roq. Sí;
pero vuelve sin tardanza,
y dile á Jorge que suba
á acompañarme: me agrada
el sosiego, pero no
la soledad.

Jac. No hará falta.

Dice los siguientes versos aparte, miéntras Don Roque se pone á leer.

¡Infeliz! No viviré
si un momento se dilata
su desengaño, si un punto
el castigo se retarda
al crímen y á la perfidia.
¡Dulce esposa! ¡tu ignorada
virtud va á comparecer;
plegue á Dios, que la asechanza
de la calumnia á su vista
quede una vez disipada!

SCENA IX.

Don Roque solo.

La cláusula de letra bastardilla debe decirse en tono delectura. Despues cierra el libro con enojo, y se levanta.

Roq. ¡Qué bien dices! *Desde el punto,*
en que nace la esperanza,
se empieza á gozar.... ¡Un viejo!
Un viejo no espera nada.
Todo me fastidia: libros,
sociedad, todo me enfada,
y todo lo anhelo. Cárlos...
ya se marchó, y Jorge tarda.

SCENA X.

El mismo y Ambrosio.

Sale con cierto desembarazo grosero, y pone sobre la mesa el dinero que anuncian los versos.

Roq. ¡Ola! ¿qué traes Ambrosio?
Ambr. ¿Qué quiere vm. que le traiga?
Dinero. Ahí están mil reales.
Roq. Mucho lo necesitaba:
y es muy poco: hace ya tiempo

que no he percibido nada.

Ambr. ¿Y es culpa mia? ¡cuidado!...
¿No vé vm. que nadie paga?
Todos á una voz se excusan
con el tiempo.

Roq. Y no sin causa.

Ambr. Si le llora algun rentero,
al instante vm. se ablanda.

Roq. Eso es natural.

Ambr. ¡Muy bien!
¿y los gastos? Pues las casas
se han compuesto; se aumentó
nuevamente la labranza:
y así en mas de quatro meses
no espere vm. mas cobranza.
¡Si se pensará que en esto
tengo yo alguna ganancia!
A fé, que quizá yo pierdo
muchas veces que vm. gana.

SCENA XI.

Los dichos y Jorge.

Jorg. ¡Buen apóstol! *Aparte.*

Ambr. ¿A qué vienes?

Jorg. ¿A qué? A que el amo me llama.

Ambr. Aquí no tienes que hacer;
vuélvete á la puerta.

Jorg. ¡Vaya!...
si me llaman... si está abaxo
mi muger...

Ambr. No importa: marcha.

Roq. ¿Y por qué le hablas así?

Ambr. Este es mi modo: ¿qué aguardas?
Vete pronto.

Roq. Déxale.

Jorg. Quando el amo me lo manda,
debo quedarme.

Ambr. ¡Insolente!

Jorg. ¿Insolente?

Roq. ¿En qué te agravia
para tratarle así?

Ambr. ¡Bueno!
que haga quanto le dé gana,
y á mí me falte...

Jorg. ¿En qué falto?

Ambr. En no obedecer.

Jorg. En casa
no hay mas amo que el señor.

Roq. No mas.

En todo el diálogo debe haber suma viveza en el tono y acciones de los personages.

Ambr. ¿Qué es lo que vm. habla?

SCENA XII.

Los dichos y Doña Felisa.

Fel. ¿Quién mueve tal alboroto?
¡He! Ambrosio...

Roq. Sí: se propasa
ya á ultrajarme.

Ambr. Solo quiero
que el portero á cumplir vaya
con su obligacion.

Fel. ¿Y de eso
toda la qüestion dimana?

Roq. ¡Ah, señora! mas me irrita
el tono, que las palabras.

Fel. Es verdad. Este buen hombre,
ya lo sabeis, tiene tanta
viveza, tan fuerte el genio...

Ambr. ¡Señora!...

Al oído á Ambrosio.

Fel. ¡Que siempre se haya
vm. de olvidar de que es
precisa la tolerancia!...

Vaya, amo mio, por Dios;
sosegaos. Está acabada
la qüestion.

Roq. Yo soy muy bueno:
pero todos se adelantan
á abusar de mi bondad,

Fel. Teneis razon demasiada.
Vm. es honrado, fiel, *A Ambrosio.*
juicioso; pero es muy mala
costumbre...

Ambr. ¿Y por qué me irritan?

Roq. Al instante se arrebata,
me replica, ¡y con un modo!...

Fel. Mal hecho.

Ambr. ¿Y quién no se enfada
en el pronto?

Fel. Sí: es verdad.

Ambr. Ya se vé: el amo repára
en mi genio, y no se acuerda
de que Ambrosio tiene dadas
pruebas de amarle.

Fel. No hablémos
mas del caso. La mañana
está muy buena: ¡amo mio!
salir para que se esparza
el ánimo, y volved pronto:

no podré estar sosegada
si tardais.

Guarda el dinero: toma el sombrero y redingot. Doña Felisa le limpia y asea con mucha afectacion.

Roq. Pues voy un rato
hácia Atocha.

Fel. Que Dios vaya
con vos, señor.

Roq. Hasta luego. *Vase.*

Al oído á Doña Felisa.

Ambr. Aguardo á vm. en la sala.

Fel. ¿Para qué?

Ambr. Tengo que hablaros
á solas una palabra. *Vase.*

Fel. Voy al instante. Ya Jorge,
puedes irte: no haces falta. *Vase.*

Jorg. Está bien... ¡Gracias á Dios!
A no verlo, lo dudára.
¡Qué demonios! Vaya, importa
el no dormirse en las pajas.
Voy á avisar á Jacinto,
que no se detenga Laura
en venir... ¡El Don Ambrosio!...
¡pues la niña!... ¡qué canallas!

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Ambrosio y Doña Felisa.

Ambr. Señora, ya es necesario
que de asegurar tratémos
nuestra dicha: ya vé vm.
que tambien se acuerda el viejo
de que es el amo; y en fin
la amo á vm. ha mucho tiempo,
y solo con vuestra mano
viviré feliz.

Fel. ¡Qué empeño!
¡es un modo bien extraño
de pretender!

Ambr. Ya no espero
dilaciones: la amo á vm.
ciegamente, lo confieso.
Yo no soy galan, señora;
pero tampoco merezco
un desayre.

Fel. La verdad,
temo mucho el casamiento.

Ambr. ¿Qué hay en éste de temible

para vm.? Antes uniendo
así nuestros intereses,
dirigiéndonos de acuerdo,
nos esperaba una vida
regalada, con sosiego:
y... vamos, ya sabe vm.
que uno á otro nos conocémos.

Fel. ¡Qué poco repára vm.,
amigo, en lo venidero!
¿No era mejor aguardar
hasta que el último obsequio,
como sirvientes, le hagamos
á Don Roque?

Ambr. No comprehendo...

Fel. Quiero decir, hasta tanto
que sus párpados cerrémos.

Ambr. Eso es largo: no señora,
nos importa hacer primero
una retirada honrosa,
dexando aquí unos sugetos
buenos, dóciles, de nuestra
eleccion, que dependiendo
de nosotros, conspiráran
á cumplir nuestros deseos.

Fel. Todo es verdad; pero es cosa
de importancia... ya verémos.

Ambr. ¡Siempre una misma respuesta!

Fel. ¡Qué impaciencia!

Ambr. ¡Qué pretextos!
ya me canso: hasta mañana
solamente doy de tiempo
para decidir.

Fel. Muy bien.
Hoy será mi último esfuerzo, *Aparte.*
y verémos... es preciso
hoy apurar mi talento. *Vase.*

SCENA II.

Ambrosio solo.

Ambr. Esta muger me hace falta
para ser dichoso. Luego
uniendo nuestros caudales
se formaba un total bueno,
y el amo le completaba
al fin con el testamento.
Sobre todo, no me agrada
ser un solteron eterno
como él, que quando fallezca,
en vez de lloro y lamentos,
se celebrará su muerte
con regocijo y contento

de todos, àl recoger
lo que con tanto desvelo
ha adquirido... ¡Pobre diablo!
¿pero qué busca aquí dentro
esta graciosa muchacha?

SCENA III.

Ambrosio, y Laura que entra muy turbada y llena de timidez.

Laura. Don... Ambrosio...
Ambr. Soy yo mesmo:
¿y bien?
Laura. Puede ser que ahora
os estorbe: Don Anselmo
Torres me envia...
Ambr. Ya, ya.
Tú quieres servir ¿no es esto?
Laura. Si no os incomoda, ved
esta esquela. *Se la entrega.*
Ambr. ¿Mas qué es eso?
¿tiemblas, niña?
Laura. No señor.
Ambr. No hay porqué; á ver: en efecto.
Leyendo la esquela.
"Bien nacida, dócil..." basta:
conviene muy bien tu aspecto

con lo que dice mi amigo.

Laura. Señor, ese es favor vuestro.

Ambr. ¿Te llamas?

Laura. Laura.

Ambr. ¿Y tu edad?
¿veinte años, he?

Laura. Aun no los tengo.

Ambr. ¿Has servido?

Laura. No señor:
y á no ser aquí, protesto
que no sirviera.

Ambr. Y supongo,
¿sois soltera?

Laura. Careciendo
de fortuna, no era fácil ...
que pensase en casamiento.

Ambr. Pues vaya, estás recibida.

Laura. Yo, señor, os lo agradezco
con toda mi alma.

Ambr. Hablaré
al amo, aunque es lo que ménos
importa. Ahora escúchame
dos advertencias.

Laura. Ya atiendo.

Ambr. Aquí, niña, hay mas de un amo.

Laura. Me lo han dicho.

Ambr. Yo el primero.

Laura. ¡O! sí señor.

Ambr. Además,
con el ama de gobierno
es menester que te muestres
pronta y dócil, yo la aprecio,
y el amo la estima.

Laura. Bien.

Ambr. El amo es un pobre viejo,
bonazo, franco: tratarle
con cierto mimo y respeto.
Ya puede vivir muy poco;
y si mereces su aprecio,
pudiera hacerte algun dia
dichosa.

Laura. Yo le venero
aun por motivos mas puros.

Ambr. Pues cuenta con mis consejos.
No hay mas que hacer: sobre todo,
acuérdate en qualquier tiempo,
que entraste por Don Ambrosio.

Laura. Desde hoy á afirmar me atrevo
que nunca me olvidaré
de los favores que os debo.

Ambr. Yo salgo á una diligencia,
para que despues entrémos

á presentarte: vé y vuelve,
si quieres, de aquí á un momento;
pero por nadie preguntes
sino por mí.

Laura. Ya os entiendo. *Vase Ambrosio.*

SCENA IV.

Laura, y Jacinto muy apresurado.

Jac. ¿Si habrá conseguido?...

Laura. ¡Esposo!

Jac. ¡Laura mia! ya prevéo
en tu semblante mi dicha.
¿Te ha admitido?

Laura. Muy contento;
pero todavía estoy
temblando.

Jac. Calma, te ruego,
tu inquietud; ya nada temas,
si por fin benigno el cielo
nos favorece: bien pronto
mi padre verá ese aspecto
de virtud, escuchará
tu hablar gracioso y modesto,
y esto basta para ser
cumplidos nuestros deseos.

Quisiera que ya te hubiese
visto.

Laura. Tambien yo lo anhelo,
y lo temo á un tiempo mismo;
pero sobre todo tiemblo
al pensar que el ama...

Jac. ¡El monstruo
de maldad!

Laura. La compadezco.

Jac. Triunfe de su iniquidad
tu virtud: ¡ah! ¡quánto siento
fingir miéntras tú padeces!

Laura. ¿A tu lado qué tormentos
puedo temer? La pobreza,
la calumnia, el desconsuelo
nos han perseguido siempre,
y siempre viste sereno
mi semblante, y en tí solo
buscar al dolor consuelo.
Aquellas horas pasadas
en el dolor mas acervo,
son para mí todavía
los mas dichosos momentos
de mi vida.

Jac. Siendo amado
de Laura, siempre me creo

venturoso; pero acaso
saldrán... Solo te prevengo,
que si con mi padre hablares,
aun quando ganes su afecto,
no me descubras: conviene
que me conozca mas tiempo.
A Dios, mi bien; no es posible
pintarte mis sentimientos.
Laura. ¡Son los mas gratos! A Dios.
Jac. ¿Y pronto?...
Laura. Sí, pronto vuelvo. *Vase.*

SCENA V.

Jacinto solo.

Jac. ¡Alma de candor! padeces
por mí, inocente. En el seno
de tu patria hoy vivirias
en regalado sosiego,
si Jacinto... ¡desdichado!
Jacinto no pudo ménos
de amarte; y no gozará
de tranquilidad su pecho
hasta haberte hecho feliz.
Tu bien, es el dulce objeto
de su afan... ¡ah, Jorge!

SCENA VII.

Jorge y Jacinto.

Jorge. ¡Vaya!
No sabe vm...
Jac. ¿Qué hay de nuevo?
Jorg. Una friolera: que acaban
de llegar tres muchachuelos,
que aseguran ser parientes
de nuestro amo, con intento
de visitarle.
Jac. ¿Y qué importa?
Jorge. No frusten nuestros proyectos.
Jac. Es imposible, y si son
infelices, yo no debo
impedirles que mejoren
de situacion.
Jorge. Uno de ellos
tiene ya en la mano un rollo
de papeles. ¿Vendrá presto?
(me dixéron) -yo no sé-
no importa, le aguardarémos.
En efecto, abaxo quedan,
y miéntras viene se han puesto

Suena dentro ruido.

á enredar: ¡escuche vm.
qué zambra!

Jac. Pues diles luego
que suban.

Jorg. Se lo diré;
bien está: el negocio es vuestro. *Vase.*

Jac. Tambien son parientes mios,
tal vez, mas qüe yo sujetos
á la desventura.

SCŒNA VII.

Jacinto y Doña Felisa.

Fel. Cárlos,
¿qué alboroto es ese?

Jac. ¡Cielos! *Aparte.*

Fel. ¿Quién ha venido?

Jac. Señora,
son tres niños, segun pienso,
pobres, parientes del amo,
que quieren verle.

Fel. Al momento
haz que se vayan.

Sale, y al ver á Doña Felisa, se suspende.

Jorge. Ya suben...

Fel. ¿Y para qué los has hecho subir? Dí que no vendrá á comer.

Jorge. ¡Jesus que enredo! ¿con que les diré que vuelvan despues á la tarde?

Fel. ¡Necio! que no vuelvan; que se va fuera de Madrid: corriendo díselo.

Jorg. ¡Pobres muchachos! *Yéndose.*

Jac. Mira donde van. *Al oído á Jorge.*

Jorge. Entiendo. *Vase.*

Fel. No sabes quánto pudiera ese raro parentesco dañarnos. Eres novicio, y aun no conoces los riesgos. Pero yo he visto venir al amo, y aquí le espero con cierto ardid: por un niño voy á conquistar á un viejo: retírate.

Jac. A Dios, señora.

Fel. Supongo que ya habrás hecho esta mañana...

Jac. Empecé

á hablarle del caso; pero
llegó el mayordomo...

Fel. Cuenta
á otra vez: vete.

Jac. Obedezco. *Vase.*

SCENA VIII.

Doña Felisa y Julianito.

Fel. Ya habrá llegado: ¡Julian!
Sale ahora.
¿te acuerdas bien?

Jul. Bien me acuerdo.

Fel. Te regalaré mil cosas
como tú guardes silencio
con todos: mas ya se acerca,
si no me engaño, empecémos.
¿Y qué haces quando ves triste
á tu papá?

Jul. Le doy besos,
le acaricio.

Fel. ¿Y qué te dice?

Jul. Me besa tambien, y luego
le dice á mi madre:
mira, este niño es el consuelo
en nuestro mal: mas feliz,

con ser un pobre portero,
soy yo que el amo.

Habrá salido quando indican los versos de Doña Felisa, y permanece suspenso á la puerta escuchando el diálogo entre aquella y Julianito.

Roq. ¡Ah! ¡qué digno
soy de compasion! yo debo *Aparte.*
envidiar al mas humilde.

Fel. Ya va produciendo efecto. *Aparte.*

Jul. Quando estuvo papá malo
no me apartaba del lecho,
y le decia á mi madre:
si ahora fuera yo soltero,
¡pobre de mí!

Fel. ¡Bello niño!
ya está enternecido el viejo. *Aparte.*
Y dime, ¿tú quieres mucho
al amo?

Jul. ¡Toma! le quiero
como á papá, y si lo fuera
le diera un abrazo.

Sale con los brazos abiertos hácia el niño.

Roq. ¡Bueno!
dámele.

Se levanta como sorprehendida.

Fel. ¡Señor!

Jul. ¡Papá! *Le abraza.*

Roq. Me ha conmovido en extremo
el oirle.

Fel. Siempre lo he dicho.
El amo es sensible, tierno.
Vete ya, y cuidado. *Al oído á Julianito.*

Roq. A Dios.

Jul. A Dios, papá: despues vuelvo. *Vase.*

Roq. ¡Me agradan tanto sus gracias!

Fel. Muy interesantes: cierto
que Jorge es feliz.

Roq. Si lo es.

Fel. Se halla dichoso en el seno
de una esposa que le adora,
y ambos al lado estan viendo
su imágen viva en el niño.

Roq. ¡Ay Dios!

Fel. Tambien yo me acuerdo
que en mi niñez era el gozo
de mi padre: ¡qué perfecto
señor! de todos sus hijos
á nadie con mas extremo
quiso que á mí; ¡ya se vé!
me tuvo ya siendo viejo,

de sesenta años, y estaba
su amor propio satisfecho:
la hija de su vejez
me llamaba en el exceso
de su placer.

Roq. ¡Sesenta años!

Fel. Sí señor: estaba aun fresco
y sano... así como vm.;
ni es mucha edad... ¿Mas qué es eso?
¿estais pensativo?

Roq. No.

Fel. ¿Qué teneis?

Roq. Nada.

Fel. Yo advierto
en el semblante... á ninguno
le faltan, señor, sus duelos.
Aquí donde vm. me vé,
aun quando callo, padezco.

Roq. ¿Vm.?

Fel. Sí señor: querria
decíroslo, y me avergüenzo.

Roq. ¡Qué necedad!

Fel. Yo venia
á pedirle á vm. consejo.

Roq. Sobre qué.

Fel. En una palabra,

Ambrosio quiere que luego
sea su esposa.

Roq. ¿Cómo? ¿cómo?
diga vm.

Se sienta, y la hace sentar á su lado.

Fel. Ha mucho tiempo
que me importuna, señor,
y por mas que le desprecio
nada consigo: en fin, dice
que si hoy mismo no resuelvo,
desistirá. Este es el caso:
con que amo mio, ¿qué debo
hacer?

Roq. Me sorprehende vm.,
y á la verdad, yo no acierto...

Fel. Ambrosio es un hombre honrado,
bien lo sabe vm., muy recto;
¡pero es tan duro!... y en fin,
es un asunto tan sério
el matrimonio.

Roq. Sí: es fuerte
de condicion; pero el genio
se suaviza, siendo vm.
tan cariñosa, y sabiendo
manejarse.

Fel. ¡Ah! ¡sí lo soy!

Nació para el himenéo
mi corazon, y en verdad,
á no ser la ley que os tengo,
estuviera ya casada.
En mi primer casamiento
no se consultó mi gusto;
fuí forzada, y con todo eso
en la vida se quejó
mi Justo, que esté en el cielo,
de mí... ¡cuidándole siempre
con un amor, un esmero!
Roq. Sí: qualquiera juraria
que le amabais en extremo.
Fel. Pues ahora bien, ¿qué sería
si hallase un marido bueno
de mi eleccion, de mi gusto,
un hombre formal?
Roq. Lo creo.
Fel. No me agrada, ni tampoco
me conviene un jóven.
Roq. Cierto.
Fel. Fuera de esa edad, qualquiera
me acomoda; yo confieso
que un hijo así pequeñito
es un delicioso objeto;
solo uno desearía,

uno no mas, ¡qué contento!
¡Me parece que ya estoy
viéndole saltar enmedio
de su padre y de mí, á entrambos
halagándonos risueño,
aumentando nuestro amor!...
¡ay! entónces ¡qué embeleso

Le toma la mano como arrebatada.

fuera el nuestro!... digo el mio.
y el del esposo que el cielo
me hubiese dado. Con todo,
no presuma vm. que siento
aquí la viudez. ¡Jesus!
muy dichosa me contemplo;
y sabe Dios que quisiera
acabar con vos el resto
de mis dias.

Roq. ¡Ah! señora,
me enternece vuestro afecto,
me penetra.

Fel. Ya vé vm.
con quánto gusto me empleo
en servirle: el mayor gozo
es para mí el complaceros;
y en verdad que he derramado
muchas lágrimas por ello.

Roq. ¿Cómo, señora?

Fel. ¡Ay, señor!

por vm. he sido objeto
de la malicia; han querido
comprometer mi respeto
y mi honor, interpretando
sobre el amor que os profeso.
Ya se vé, aun quando quisiera
desmentirles con mi aspecto
ó con mi edad, no es posible;
y entretanto estoy sufriendo
que sospechen...

Roq. ¿Qué sospechan?

Fel. ¿Qué han de sospechar? que os quiero,
y que vm. me corresponde;
que estamos ya de secreto
casados: el mismo Cárlos
me creyó los dias primeros
ama en realidad. A mí,
si he de decir lo que siento,
no me importa que murmuren,
pues si os estimo, obedezco
á mi corazon... Ahora,
siendo tan sensible y tierno,
¿le entregaré á una persona
áspera?

Roq. No. Ya no apruebo
el casarse con Ambrosio:
de ningun modo; su pecho
no es digno de tal terneza.

Fel. Tal vez yo me lisonjeo
á mí misma; pero juzgo,
amo mio, que merezco
mejor fortuna... ¡Pasar
toda la vida sirviendo,
aislada, la que pudiera
hacer feliz!... Desfallezco
al mirar mi situacion.

Roq. Doña Felisa... no acierto *Arrebatado.*
á resistir... cada vez
nuevos encantos advierto
en vm.... yo me arrebato...
me han conmovido en extremo
vuestras palabras.

Fel. ¿Qué valen
mis palabras? ¡Ah! si un tiempo
fuera dable... que enlazados...
¡ay! entónces yo protesto
que hallára vm. nuevos dones,
que hasta ahora tiene encubiertos
mi humillada situacion.

Roq. ¡Tarde, tarde considero *Con mayor viveza.*

quánto he perdido! ¿Y yo pude
ver con frialdad y desprecio
tantas gracias?

Fel. ¡Si supierais
quántas lágrimas, quán tiernos
suspiros tengo exhalados
por esta pasion!... no acierto
á hablar, señor... el rubor...

Se levanta fuera de sí, y la toma la mano.

Roq. Escuche vm... no hay remedio:
vm. me encanta, y es fuerza
declarar...

Al oir á Ambrosio Don Roque queda turbado, y Doña Felisa demuestra suma impaciencia.

Ambr. No tengas miedo; *Dentro.*
sube al instante.

Fel. ¡Dios mio!

Roq. Suena gente...

Fel. En un momento,
¿decia vm.?...

Roq. Y es Don Ambrosio.

Fel. ¡Triste de mí! ¡á qué mal tiempo!

SCENA IX.

Doña Felisa, Don Roque, Ambrosio y Laura.

Ambr. Mi amigo, Torres, envia
esta niña, que presento
á vm. Es juiciosa, dócil,
y de muy buen nacimiento.
Fel. ¿Para qué?
Ambr. Para que ayude
á vm. en todo el gobierno
de la casa; ha tantos dias
que andaba buscando...
Fel. ¡Bueno!
¿Acaso yo necesito?...
Ambr. La necesita vm.: cierto.
Hemos trabajado mucho,
y es justo que descansémos.
Señor, espero que vm.
no me desayre.
Fel. En efecto,
por venir por Don Ambrosio
admítala vm, no quiero
meterme en nada: me voy,
y que decida. *Vase.*

Ambr. ¡Qué genio!

Laura. ¡Infelice Laura! apénas *Aparte.*
llegaste, empiezan de nuevo
tus quebrantos.

Roq. Hombre, yo
á decidir no me atrevo;
por mí, que quede en buen hora;
pero si el ama...

Ambr. ¡O! yo ofrezco
persuadirla: voy allá,
y al instante la convenzo. *Vase.*

SCENA X.

Don Roque y Laura.

Laura queda á un extremo del teatro, denotando en sus actitudes, temor y afliccion. Don Roque se paséa hablando consigo mismo.

Roq. No hay duda, me ama: ese enojo
nace solo de su zelo.
Ya no soy tan infeliz.
Me ama: la amaré; y al ménos
al morir habrá quien llore
sobre mis cenizas... ¿Pero
en mi edad?... ¿quién me diria
allá en mis años primeros?...

¿Qué importa? Si mis errores
me apartáron del mas recto
camino de la virtud,
hoy otro seguro emprendo.
Viviré en paz; sus caricias
animarán el invierno
de mis años... ¿qué tendrá
esta muchacha? yo advierto
en su semblante un candor
de un ángel. ¡Ah! tambien luego
con una familia honrada
será mi gozo completo.
Ella suspira, ¿qué tienes?
Laura. Nada, señor.
Roq. Si yo veo
que suspiras.
Laura. No extrañeis
el que muestre mi consuelo
en mis suspiros; me habeis
amparado, y solo siento
el no poder con mi labio
mostrar mi agradecimiento.
Roq. Aquí te se tratará
como hija; yo me intereso
desde hoy en tu bien: me encanta
tu hablar tan dulce y sincero,

tu modestia.

Laura. En la muger
es obligacion.

Roq. Me alegro
de que te adornen principios
tan sólidos.

Laura. No poséo
otros bienes: es la herencia
única que me pudiéron
dexar unos padres pobres
y virtuosos.

Roq. ¿Con qué fuéron
pobres? ¿he?

Laura. Sí señor: eran
respetables aunque puestos
en la clase en que abatido
el hombre vive contento,
si puede con su sudor
bañar un pan duro y negro.
En fin labradores eran.

Roq. Yo al mas pobre le prefiero
á un rico ocioso.

Laura. En las horas
consagradas al sosiego,
su placer era formar
mi corazon: sus preceptos

sencillos, como sus almas,
se grabáron en él presto,
que aun era mas persuasivo
que sus palabras, su exemplo.
¡Padres de mi amor! ¡si hubierais
visto á la que fué el objeto
de vuestras caricias sola,
huérfana en pais ageno!

Roq. ¿Con qué han muerto?

Laura. Sí señor;
un accidente funesto
me arrebató á mi buen padre,
y mi madre á poco tiempo
le siguió.

Roq. ¡Perder así
sus padres! ¡padres tan buenos!
Ya ves, no los conocí,
y los amo y los venero.

Laura. ¡Quánta bondad! Sin embargo,
no me ha despojado el cielo
de todo: tengo un amigo,
un amigo verdadero,
que es el que me ha acompañado
en mi viage.

Roq. Segun eso
¿tú eres aquí forastera?

Laura. Sí señor...
Fel. ¡Laura! *Dentro.*
Laura. Mas pienso
que me llaman.
Roq. ¡He! no importa.
¿Pero con algun objeto
habrás venido?
Laura. No hay duda:
oidle, señor. Mi sincero
amigo, el único apoyo
que hay en todo el universo
para mí, con quien un dia
ser afortunada espero,
tiene aquí un pariente rico;
pero sordo á sus lamentos.
Cansado el infeliz, quiso
hacer el último esfuerzo:
eres virtuosa, me dixo
un dia; tu rostro halagüeño,
tu virtud y tu desgracia,
tal vez moverán su pecho
mas que mi llanto. Creile:
sus labios no conociéron
nunca el engaño: al instante
como hermanos emprehendémos,
casi mendigando, el viage:

en fin, llegamos al pueblo...

Roq. Llegasteis, ¿y qué?

Laura. ¡Dios mio!
¡quál fué su recibimiento!

Roq. ¿Con indiferencia?

Laura. Así
nos hubiera sido ménos
doloroso: nos negó
la entrada.

Roq. Pues desde luego
tendrá el tal un corazon
de bronce.

Laura. ¡Ah, señor! es bueno:
es humano: los extraños,
á quienes fia el gobierno
de su casa, y de sí mismo,
son los que le han impuesto
en nuestro mal.

Roq. De ese modo
es débil. Vaya, yo quiero
encargarme de mover
ese hombre inflexîble; iréinos
tu amigo y yo...

SCENA XI.

Dichos y Doña Felisa.

Sale muy acelerada, y se encara con Laura.

Fel. ¡Todavía!
Roq. ¿Qué busca vm.?
Fel. Sí: ya veo
que os incomodo.
Roq. ¿Y en qué?
Fel. No sé: serán los secretos
de la criada importantes
sin duda. Hace ya lo ménos
una hora que os está hablando,
y á fé, que tales misterios
me disgustan.
Roq. ¿Y por qué
la disgusta á vm. que hablémos?
Fel. Es verdad: os interesa
su conversacion: entiendo.
Roq. De su educacion estaba
hablando.
Fel. ¡Asunto muy bello!
Vaya vm. al gabinete.
Laura. ¿Y qué he de hacer?

Fel. Allá dentro
se lo dirán; y despues
tambien las dos hablarémos.

Laura. Señor, dadme resistencia, *Yéndose.*
que á tanto penar ya cedo. *Vase.*

Se paséa por el teatro.

Roq. Es necesario tratarla
con suavidad.

Fel. ¡Buen consejo!

Roq. Es sensible.

Fel. ¿Y qué? ¿soy yo *Con dulzura.*
insensible?

Roq. No por cierto;
pero es muy interesante.
Tiene...

Fel. Sí señor: convengo
en que es dócil. Mas hablando
de otra cosa, ¿aquel acento
dichoso que os estorváron
pronunciar?...

Roq. Y además de eso
tiene excelentes principios,
gracia, modestia y talento.

Fel. ¡Ay, Don Roque! ó yo me engaño,
ó un extraño movimiento

os agita.

Roq. Me han gustado
sus máxîmas, lo confieso.

Fel. ¿Con que solo quiere vm.
hablar de ella? ¿y un momento
ha podido hacer se olvide
de otros objetos?

Roq. ¡Qué empeño!
¿no he de hablar de ella, si es buena?

En tono de cólera que va aumentando hasta el fin de la scena.

Fel. Vm. ha perdido el seso:
ya es burlarme.

Roq. Es que vm. tiene
hoy mal humor.

Fel. Me impaciento
de que una sirvienta...

Roq. ¿Y qué?
Ese es un realce nuevo
para su virtud.

Fel. ¡Don Roque!
ya me falta el sufrimiento.

Roq. ¿Por qué, señora?

Fel. Porque
en el alma la aborrezco.

En fin, en casa es inútil:
¿de qué sirve? Yo resuelvo
que se vaya.

Roq. ¿Irse? ¿quién? ¿Laura?
os chanceais.

Fel. No me chancéo.

Roq. ¿Cómo?

Fel. ¿Y está vm. dudoso?
¿A la que con tanto esmero
le ha servido á vm., prefiere
una muger?...

Roq. No prefiero
á nadie; pero yo soy
incapaz de un rompimiento
fuera de sazon.

Fel. Muy bien.
¿Ese es el voto postrero
de vm.? pues escuche ahora
mi decision: al momento
es menester que salgamos
una de las dos.

Roq. Sosiego,
señora: ¿qué impide, Laura,
á que yo os ame?

Fel. No hay medio;

ó despida vm. á Laura,
ó bien á mí: no consiento
mas dilaciones.

Encolerizándose por grados hasta el fin de la scena.

Roq. Jamas,
jamas he visto otro genio
mas tenaz.

Fel. ¡O Laura, ó yo.

Roq. ¡Cuidado qué!... ya no puedo
sufrir mas... váyase vm.
si le acomoda.

Fel. ¡Ah! comprehendo
el arcano: la ama vm.

Roq. No, eso no; pero supuesto
que ella no ha dado motivo,
no saldrá; yo la defiendo. *Vase.*

Dice el primer verso con suma humildad y dulzura, y en ademan de ir á detener á Don Roque.

Fel. Perdone vm... amo mio...
¿Qué he escuchado? ¿es éste el mesmo
que yo juzgaba rendido?
¡incauta! ¿por un rezelo
futil habré malogrado

tanto afan, tantos desvelos?...
¿Mas qué digo? ¡malograrse!...
Ha sido el rapto primero
de la cólera; despues
podrá calmarse... yo tengo
la culpa: continuamente
á Ambrosio estoy previniendo,
y yo soy mas imprudente
que él... No importa,
aun hay remedio.
Bien léjos de desmayar,
conviene tomar aliento.
¡Amigo Cárlos!

SCENA XII.

Felisa y Jacinto.

Jac. Señora.
Fel. ¡Ay! ¿sabes que me he indispuesto
con el amo?
Jac. ¿Cómo? ¿vos?
¿por qué?
Fel. Porque me intereso
en su bien. Como esa Laura
no hace falta, le aconsejo

que la despida: se pone
al instante tan soberbio,
tan tenaz en defenderla...
Yo previniendo los riesgos
le amenacé, con que al punto
una de las dos habrémos
de salir. ¿Ahora creerás
que ha tenido atrevimiento
para decir que me vaya,
si quiero, baxo el supuesto
de que Laura ha de quedarse?

Jac. Ciertamente, me sorprehendo.
Es verdad que él es afable;
pero al fin es amo.

Fel. Cierto.
Yo tambien sin reflexîon...
ya se vé, me causa tedio
solo el verla.

Jac. ¿Con qué en nada
os ofendió segun eso?
Pues amiga, si Don Roque
está con ella contento,
¿á qué incomodarle? ¿á qué
si no teneis fundamento
para temerla, quereis

agraviarla?

Fel. El mal está hecho:
lo que importa es repararle.

Jac. Eso es muy fácil: en siendo
esposa del amo, Laura
no os causará detrimento.

Fel. ¡Ay, amigo! ya juzgaba
por seguro el casamiento,
y solo por mi imprudencia
le he atrasado.

Jac. Pero luego
os reconciliais...

Fel. Sí, al punto:
aun quando me humille. Espero
que me favorezcas.

Jac. Bastan
vuestro rostro y vuestro ingenio
para vencerle.

Fel. Con todo,
no me abandones, te ruego.

Jac. Jamas, señora... Ya viene,
y muy pensativo.

Fel. ¡Bello
anuncio! Déxanos solos,
que importa no perder tiempo.

SCENA XIII.

Doña Felisa y Don Roque.

Sin ver á Doña Felisa, que estará á un extremo del teatro sentada.

Roq. Soy desgraciado, lo soy.
¡Cómo me porto con ellos!
¡y cómo me pagan! ¡vaya!
¡Y Doña Felisa! pero
tambien yo me precipito;
fuí demasiado ligero:
me propasé...

Fel. ¡Ay! ¡demasiado! *Sollozando.*
Sin piedad, sin miramiento...

Roq. ¡O! ¡que ahí estabais, señora!

Fel. Este es de mi afan el premio.
¡Ay de mí! despedazar
un corazon puro y tierno,
que nunca pudo esperar
semejante tratamiento
del que amaba.

Roq. Si ya digo
que me excedí; si confieso
que no he sabido...

Fel. Despues
de este golpe tan acervo
aborrezco el mundo; iré
á buscar el mas secreto
retiro, y allí ignorada...
Roq. Vaya, por Dios, que olvidemos
lo pasado.
Fel. ¡Ay! nunca, nunca
lo olvidaré.
Roq. Todo aquello
fué una vagatela, nada.
Fel. Ya sé el amor que os merezco:
ya lo conozco; lo visto
me basta para escarmiento.
Roq. Doña Felisa, señora:
creame vm., soy siempre el mesmo,
siempre; y mis palabras son
leyes para mí.
Fel. ¡Qué intenso
será el amor, quando así
me despide vm.!
Roq. Primero
fué vm. quien se despidió.
Yo, no hay duda, tengo el genio
muy vivo; pero despues,

ya lo vé vm., me arrepiento.
¿Y aun se mantiene vm. firme?
¿obstinada?...

Fel. Me mantengo
firme en serviros, y en que
esa Laura...

Roq. Que no hablémos
mas de Laura; la aseguro
que en esta muchacha encuentro
muchas virtudes. ¿Amarla?
no señora. ¿Estaba ciego,
ó loco? ni era posible.
En fin, si nuestros deseos
se logran, siempre es preciso
recibir...

Fel. ¿Con que no tengo
que temerla?

Roq. No: en la vida.
Sobre todo yo no puedo
por una leve contienda
dar lugar á un rompimiento.

Fel. Pues yo ya habia jurado
en mi interior...

Roq. ¿Con que debo
esperar?... ¡He! no dudeis.

Fel. Qué mas quiere vm. Ya cedo;
vuestra soy.
Roq. ¡Muger amable!
tú eres todo mi universo.

SCENA XIV.

Los dichos y Ambrosio.

Ambr. ¿Parece que vm. despide
á Laura? Yo no tolero
tal desayre.
Roq. No hay tal cosa.
Ambrosio, ántes conocemos
que es muy buena.
Fel. Sí: yo misma,
aunque al principio me he opuesto,
veo que es útil.
Ambr. Está bien.
Fel. Y ahora mismo voy adentro
á instruirla, para que acierte
á serviros con esmero. *Vase.*

Se paséa dirigiendo, segun indican los versos á veces la palabra á Don Roque, que estará sentado y profundamente pensativo.

Ambr. Me parece que bastaba

que mi amigo Don Anselmo
la enviase, para que todos
la miráran con aprecio:
que yo tampoco he dexado
de informarme de secreto,
y á una voz la alaban quantos
la conocen. A mas de eso,
¿hay mas que ver su modestia,
su compostura, su aseo?
¿No es verdad? ¿Y de salario
qué la daré? Vm. es dueño.
¡Señor! ¿oye vm.? ¡qué flema!
Está con el pensamiento
mil leguas distante; acaso
si ya el ama de gobierno
le consultó... ¡Señor!... ¡vaya!
que el tal señor es molesto.
¡Señor!

Roq. Espérate: mira
que me hace falta dinero.

Ambr. ¿Y el que trage?

Roq. Necesito
mas.

Ambr. Pues todos los renteros
han pagado: ya lo he dicho.

Yo aunque quisiera, no tengo
un quarto. Se venderá
una casa, no hay remedio.

Roq. Hombre, ¡vender!

Ambr. Pues si no,
busque vm. un usurero
que le preste: ya lo he dicho.
Es menester un plan nuevo
de economía: entre tanto
que vm. maneje el dinero,
¿qué ha de suceder? Si yo,
que me parece lo entiendo,
me embarazo en muchas cuentas,
vm. que dexó el comercio
tanto tiempo hace, ¿qué hará
puesto en negocios agenos
de su inspeccion?

Roq. Bien está:
vende el solar mas pequeño.

Ambr. Si es así. Pues al instante
voy de modo á disponerlo,
que gane vm., si es posible,
la mitad.

Roq. Te lo agradezco.

Ambr. En esta venta podré *Aparte.*

ganarme yo el diez por ciento. *Vase.*

Despues de alguna pausa.

Roq. Sí: es lo mejor; no es posible
el traspasar los derechos
de naturaleza. Es mi hijo:
si fué ingrato, si perverso,
no por eso debo yo
abandonarle; y aun puedo
esperar... ¡ah! ¡si algun dia
le viera!... ¡inútil deseo!
Ahora ¿á quién encargaré
este asunto? Jorge es bueno,
pero pudiera perderle
por un cariño indiscreto.
Doña Felisa y Ambrosio
no lo aprobarán, lo veo.
Si Cárlos... Cárlos es fiel:
su virtud y su talento
justamente le hacen digno
de mi confianza. Ni tengo
que descubrir... ¿para qué?
Le diré lo que pretendo,
sin nombrar á nadie. En fin,
le hablaré. ¡Cárlos! Ya advierto *Llamando.*
cercana mi dicha, ¡ay Dios!

la dicha que cabe á un pecho,
qué tarde siguió la senda
de la virtud. A lo ménos
con una amable familia...

Llamando con campanilla.

¡Cárlos! ¿No está en su aposento?

SCENA XV.

Don Roque y Jacinto.

Jac. Señor.
Roq. Mira, voy á darte
una prueba del aprecio
que hago de tí.
Jac. ¡Quán dichoso
en serviros me contemplo!
Roq. Buen amigo, me parece
que hoy mismo hice recuerdo,
hablando contigo, de un
pariente cercano..
Jac. Es cierto,
é inferí que era la causa
de todos vuestros tormentos.
Roq. Tú lo dixiste. El sería
de mi corazon el dueño,

si ménos malvado...

Jác. ¡Qué!

¿os ha ofendido en efecto?

Roq. ¡Ah! continuamente.

Jac. ¡Cómo!

Roq. Perdóname, si reservo
abrirte mi alma á ocasion
en que mas despacio estemos.

Jac. Bien, señor; pero si acaso
vuestra confianza merezco,
yo os pido no os olvideis
de esa promesa. Rezelo
que no es tan culpable, no;
que de la envidia el veneno...

Roq. ¡Oxalá que fuera así!
en fin, perdónele el cielo.
Yo tengo que disponer
de mis bienes, y no quiero,
siendo un hombre infame, darle
con mi socorro fomento
á sus vicios; mas tampoco
á abandonarle me atrevo.
Si tiene hijos é inocentes,
pagan los enormes yerros
de su padre, abandonados

á la miseria... no pienso
una vez en esta imágen
sin lágrimas... Eso intento;
saber si tiene familia,
si está pobre.

Jac. ¡Qué violento *Aparte.*
me es el callar! ¡Almas viles!
¡de qué corazon tan tierno
me habeis privado!

Roq. ¿Qué tienes?

Jac. No extrañeis, si me enternezco.
Mas perdonad que os pregunte,
¿con qué fin quereis saberlo?

Roq. Para tenerlos presentes
al hacer mi testamento.
¿No te parece?

Jac. ¿Y en tanto
han de padecer? Yo pienso
que esa donacion carece
de mérito. El opulento
vé ya abrirse su sepulcro:
¿qué mucho, si huyó ya léjos
la esperanza de gozarlos,
que ceda entónces muriendo
sus tesoros?

Roq. Pero entónces
da una prueba de su afecto
á la persona, á quien quiere
elegir por heredero.

Jac. ¡Y qué estéril fué el cariño,
que escuchando los lamentos
de la indigencia, guardó
hasta el postrimer aliento
sus auxîlios! ¿y qué vale,
quando ya le encubre el velo
de la muerte? Ya sus dones
parecen mas bien efecto
del amor propio. *Yo mando,*
yo quiero, son los primeros
vocablos que se descubren
en qualquiera testamento.
Parece que de la vida
se extingue al fin el imperio,
y aun el de la voluntad
quiere hacerse mas extenso.

Roq. Tienes razon. Cada vez
admiro mas tu talento
y tu virtud: ¡qué bella alma!
Yo por ahora suspendo
mi intencion. Es menester,

(amigo, fio en tu zelo)
es menester informarse
del estado de mi deudo.
Tú buscarás quien conozca
en dónde está algun sujeto...
Jac. ¿Dónde está? decidme.
Roq. En Cuellar
está ya hace mucho tiempo....
Jac. ¿En Cuellar? Pues cabalmente,
en nuestra casa tenemos
quien lo sabrá.
Roq. ¿Cómo?
Jac. Laura
es natural de ese pueblo,
y recien venida.
Roq. ¡Laura!
¡No sabes quánto me alegro!
¡es muy amable!
Jac. ¿Quereis
que la llame?
Roq. Sí: pretendo
exâminarla, y despues
informarme de secreto
por quien ella diga. Antes
voy á prevenir, que quiero

recogerme, para que
nadie venga á mi aposento.
¡Laura! Se estremecerá *Yéndose.*
al contar sus desaciertos. *Vase.*

Jac. Llegó el instante, llegó
mi ventura. !O! Dios inmenso,
defensor de la inocencia,
pon en sus labios el fuego
de la virtud, que nos abra
de mi triste padre el seno.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Don Roque y Laura.

Laura. ¿Cómo le hablaré?... ¡Buen Dios! *Ap.*
sosten mis débiles fuerzas.

Roq. Laura, acércate.

Laura. Señor.

Roq. ¡Si supieras que no cesa
de ofrecerse á mi memoria
tu desgracia!

Laura. Ya aunque fuera
mas cruel, con ménos susto

mi corazon la recuerda,
habiendo podido á vos
interesaros.

Roq. Qualquiera
se interesára.

Laura. ¡Ah, señor!
mi gratitud será eterna.

Roq. Se me olvidó preguntarte,
¿de dónde eres?

Laura. Soy de Cuellar.

Roq. ¿Y nunca de allí saliste?

Laura. Allí ví la luz primera;
y allí mi morada ha sido
hasta ahora.

Roq. ¿Es buena tierra?

Laura. A lo ménos desconocen
sus moradores la negra
perfidia de las ciudades:
y á lo ménos allí alienta
libre la virtud.

Roq. Con todo,
aunque mas los buenos sean,
tambien malvados habrá.
Y una villa que no dexa
de ser freqüentada, al fin...

y pienso que allí hay bandera
de Dragones.

Laura. Sí señor.

Roq. Y aun deberá estar en ella
un soldado, que por ser
mi pariente, me avergüenza.

Laura. ¿Quién es? Le conoceré
tal vez.

Roq. ¡O! no me interesa
casi nada; y luego ¿cómo
es posible que tú sepas
entre diversos?.... Su nombre
es Jacinto de Contreras.

Laura. Le conozco.

Roq. ¿Le conoces?

Laura. Sí señor.

Roq. ¿De qué manera?

Laura. Por su virtud. Un acaso,
ó mas bien la providencia,
le traxo á mi casa á tiempo
que el dolor y la miseria
nos cercaba. Su bondad
nos salvó; la menor deuda
fué la vida de mi padre:
á él se la debí. ¡Ah! sus prendas,

dignas de mejor fortuna,
el afecto le grangean
de todos: honrado, justo,
sencillo...

Roq. ¡Vaya! esas señas
son de otro. Si el que yo digo
tiene el alma mas perversa.
En nada absolutamente,
en nada éste se asemeja
al que dices. Ha cubierto
á su familia de afrenta:
se huyó, sentó luego plaza;
y al último, para enmienda,
se ha casado allá en tu pueblo
con una vil mugerzuela,
incógnita, desastrada;
en fin, una aventurera.

Laura. ¡Ah! no lo creais: es falso;
es falso, señor. Contreras
se casó; pero su esposa,
desde su infancia primera,
aprendió virtud, y siempre
en su pecho la conserva;
inocente en sus acciones,
cándida, dulce y modesta.

Se enamoró de un soldado,
es verdad: ¿y qué, si él era
digno de su amor? Sus padres
bendixéron con inmensa
alegría su eleccion:
desde entónces en pobreza
han vivido; pero siendo
exemplo de una perfecta
y santa union... ¡Almas viles!
¿en qué pudo su inocencia
ofenderos?...

Roq. Pero, Laura:
¿qué es esto? ¿por qué te empeñas
en defenderla?

Laura. ¡Ay señor!... *Con entusiasmo.*
yo me defiendo á mí mesma.

Roq. ¡Qué! ¿serás tú?...

Se arroja á sus pies llorando.

Laura. Sí: yo soy
vuestra desgraciada nuera;
perdonad: ¡para callar
me faltó la resistencia!

Roq. ¡Buen Dios! ¡es posible! ¡Laura!

Laura. Sí señor: ved aquí llena
de desconsuelo á la esposa

de vuestro Jacinto; vedla
implorar vuestra piedad
por el infeliz, que fuera
víctima de la perfidia.

La levanta.

Roq. Alza, hija mia: no temas.
Laura siempre es á mis ojos
amable; pero no creas
que por eso Jacinto es
ménos culpable. Tú intentas
disimular sus errores
conmigo, porque eres buena
esposa. Sí: tu candor
desde ahora te liberta
de su odiosa compañía;
mas él...

Laura. ¡Ah! romped la niebla
que os encubre sus virtudes,
y perdonadle en su ausencia
hasta que le conozcais.

Roq. ¡Conocerle! Nunca sea.
Yo sé bien que habrás venido,
porque su maldad te era
insoportable; y sin duda
á ver si viéndote puesta

baxo mi amparo, cedia
y lográbamos su enmienda.
Te ampararé; sí: te ofrezco...

Laura. ¡Ah, padre mio! que os ciega
el error. Jacinto es digno
de vuestro amor y terneza.
Tambien vos mismo ultrajabais
engañado la inocencia
de su esposa: vuestro hijo
ha sido tambien, qual ella,
acusado injustamente.

Roq. En quanto á tí no se niega;
pero de él he tenido
datos de mucha certeza.
En fin, yo me informaré...

Laura. Escuchadme ántes siquiera.

Roq. Luego hablarémos. Ahora
conviene no dar sospechas
á la familia. Hablarémos:
me dirás quanto tú quieras;
pero, hija mia, te encargo
que guardes silencio: es fuerza
disimular. Solamente
voy á decir que mi nuera
eres, á Doña Felisa.

Se ha de alegrar, que es muy buena.
A Dios.

Laura. Mirad que impaciente
ya mi corazon desea
desahogarse en vuestro seno.

Roq. Volveré. ¡Qué alma tan bella! *Vase.*

SCENA II.

Laura, Jacinto, y despues Jorge.

Jac. ¡Esposa mia! *Se abrazan.*

Laura. ¡Jacinto!

Jorge. Vamos, no hay que andar en fiestas:
se lo va á contar al ama,
y levantará una gresca
de mil diantres. Mejor es,
que aquí vm. no se detenga.

Jac. Sí, mi bien: retírate
á tu quarto ántes que venga.

Laura. Dios vela sobre nosotros.
Ya yo triunfé: nada temas. *Vase.*

Jorge. Pues ahora voy á hacer
lo que dixe á vm. Es fuerza
indisponer á Madama,
y al Ambrosio con cautela.

Voy á buscarle, y decirle
que su amada compañera
le está burlando, y dirige
entretanto sus idéas
á enganchar al amo.

Jac. ¡O! no.
De ese modo manifiestas
mi secreto.

Jorge. ¡Qué reparo!
Es lícito encender guerra
entre enemigos comunes.
Ambrosio apénas lo sepa,
se enfurece con Madama:
todo será gritos, quejas,
amenazas... Es un gusto
el presenciar la contienda
de dos malvados. Sin eso,
¿quándo los buenos pudieran
sosegar? Voy, voy allá. *Vase.*

Jac. De la amistad verdadera
he aquí un exemplo. Los malos
tál vez cómplices encuentran;
pero amigos solamente
permite el cielo que sean
los buenos.

SCENA III.

Jacinto, y Doña Felisa muy acelerada.

Fel. ¡Ah! ¡Cárlos, Cárlos!...
¿no sabes ya... (yo estoy muerta)...
la novedad?...
Jac. ¿Quál, señora?...
Fel. Que Laura, amigo, es su nuera:
se le ha descubierto.
Jac. ¿Cómo?
Fel. ¡O! la noticia es bien cierta.
Jac. ¿Pues quién pudo?...
Fel. El amo mismo
me lo ha dicho.
Jac. ¿Con que es esa
la muger del hijo?
Fel. ¡Ay! sí.
No eran vanas mis sospechas;
mi corazon no es traidor:
¡si desde la vez primera
me disgustó! Mira tú,
quando mi dicha se acerca,
¡aparecerse! ¡frustrar
todo mi afan y cautela!

Amigo, ya es necesario
irme yo, si Laura queda.

Jac. ¿Pero temeis?...

Fel. Tú tambien
saldrás. Es preciso tengas,
siendo el privado, la suerte
que á tu protectora espera.

Jac. En verdad yo sentiré
mi desgracia por la vuestra.

Fel. Mas aun podémos hacer
de modo que salga ella,
y nosotros nos quedémos.

Jac. ¿Salir ella?

Fel. Sí.

Jac. ¿No os cuesta
repugnancia?

Fel. Hay un arbitrio,
que es sostener, y dar pruebas
de que no es muger del hijo.

Aparte.

Jac. ¡O Dios! ¡qué maldad! ¡qué negra
traicion! ¿Mas cómo, señora?

Fel. Tengo la trama dispuesta,
y me ha de servir el mismo
Jacinto.

Jac. De qué manera?

Fel. Viniendo una carta suya
en que dé á entender que en Cuellar
está su esposa.

Jac. ¡Qué he oido? *Aparte.*
¡cielos!... ¿quereis contrahacerla?

Fel. ¡O! no: que entónces sería
una impostura tremenda.
¿Cómo habia de atreverme
á cometer tal vileza?
Y sobre todo, que el amo
conoce muy bien la letra.
Eso no, amigo. Ya sabes
que en mi poder se conservan
muchas cartas de Jacinto...

Jac. ¿Y bien?

Fel. Nos sirve una de ellas.

Jac. ¿Y la fecha?

Fel. Se le muda.
Ambrosio luego aparenta
haber estado con Torres,
de quien ella traxo esquela,
y con una relacion
bien estudiada y compuesta,
dará principio al ardid:

yo mostrando resistencia
á creerle, al mismo tiempo
le apoyo con sutileza:
en esto viene la carta,
y ya es la victoria nuestra.
¿Qué tal?
Jac. ¿Y si ella quizá,
al amo entónces presenta
sus documentos?...
Fel. ¡O! no:
libre está de que él la vea.
Jac. ¿Estais segura?
Fel. Lo estoy,
como tú me favorezcas.
El amo queda á mi cargo,
y al de Don Ambrosio: y miéntras
tú, para que ella no entre,
cuidarás de entretenerla.
Jac. Me agrada el encargo. Ofrezco
el no separarme de ella.
Fel. Amigo, aquí viene el amo.
Todo mi talento apénas
me basta para fingir.
Retírate ya, y no pierdas
el tiempo.

Jac. En breve, señora,
vais á quedar satisfecha. *Vase.*

SCENA IV.

Felisa, y D. Roque profundamente pensativo.

Fel. ¿Parece, señor, que estais
conmovido? ¿qué os altera?
Roq. Es natural.
Fel. Cierto. ¿Y dónde
está?...
Roq. Me parece queda
en su quarto. Mas señora,
decid, ¿no es amable?
Fel. Es bella,
es excelente.
Roq. Al principio
os engañó.
Fel. ¿Quién lo niega?
Ahora que la conozco,
cierto que me da vergüenza.
A la primer vista siempre
se juzga con ligereza.
Roq. ¿Si nos habrá sucedido,
y mucho mas en la ausencia,
otro tanto con Jacinto?

Fel. ¡Ay, señor! ¡qué diferencia!
¡oxalá no nos sobrárán
en contra de él tantas pruebas!
Sus cartas...
Roq. Sí: ya lo sé.
Con todo, en sus vicios ella
no tiene parte.
Fel. Ninguna.
Eso es juzgar con prudencia,
sin confundir al iniquo
con el bueno.
Roq. Sí: es muy buena:
tan modesta, tan humilde...
Fel. Y aquel ayre que interesa
desde luego. Bien que á mí
me basta ser cosa vuestra
para amarla.
Roq. ¡Qué bondad!
Fel. ¡O! mi pecho solo anhela
vuestra dicha.
Roq. ¡Qué muger!...
¿Pero Ambrosio tan de priesa?...
¿qué querrá?
Fel. Como acostumbra,
será alguna vagatela.

SCENA V.

Dichos, y D. Ambrosio muy apresurado, aparentando una gran sorpresa y turbacion.

Roq. ¿Qué es eso?
Ambr. ¡Ay, señor! estoy
de cólera y de vergüenza...
¡Qué infamia! Me han engañado...
¡Válgame Dios!... y qualquiera
se engañaría... Esta Laura,
que entró aquí por mi imprudencia...
Fel. Vamos, ya sé lo que quiere
decir...
Ambr. ¡O! ¡nadie lo acierta!
Fel. Y en verdad que no es motivo
para que vm. forme queja.
Ambr. ¡Voto va!... ¿Con que el saber?...
Fel. ¿El qué? que Laura es la nuera
del amo...
Ambr. ¡Todo al contrario!
Señora, ni lo es, ni sueña
en serlo.
Roq. ¿ Qué no?... *Atónito.*
Ambr. Lo dicho.

Es una muger de aquellas,
que abundan tanto en el mundo.
Ahora me encontré á la puerta
á mi amigo, que venia
á avisarme á toda priesa
que le habian engañado
tambien, por no conocerla.

Volviendo siempre á mirar á Don Roque.

Fel. ¡Vaya! no creo...

Ambr. ¡Señora!
Oígame, y tenga paciencia.

Roq. Será algun cuento.

Ambr. No es tal.
Escuchen vms. Ella
estuvo en Cuellar, y supo
que Jacinto tiene en esta
corte un pariente que dicen
ser rico: toma las señas,
indaga las circunstancias,
viene luego, y se presenta
fingiendo ser muger suya.
Este es el caso á la letra.

Roq. ¿Qué dices, hombre?

Fel. ¡Es posible!

Roq. ¡Vaya! ¡No dudes, intentan

halucinarnos, Ambrosio!
Aquel candor que demuestra...
Ambr. ¿El candor? ¡Ay, señor mio!
fie vm. en apariencias.
La tal niña sabe hacer
qualquier papel con destreza.
Conoció el genio de vm.,
y hétela al instante vuelta
una santa. Don Anselmo
me informó bien de sus tretas
y artificios.
Fel. ¡Pero qué!
¡fingir aquella modestia!...
Lo que sí tengo observado,
que á Jacinto no le mienta.
Roq. Si yo se lo he prohibido.
Ambr. ¿Y si su marido fuera,
lo cumpliria?
Fel. Es verdad.
Mostrar tanta indiferencia
no era fácil. Ahora bien:
¿y dónde el marido queda?
Ambr. Esa es otra.
Roq. ¿Qué sabemos?
Puede ser que no se atreva...

Ambr. ¡No atreverse!

Fel. Sí... ya, viendo
el favor que la dispensa
vm...

Roq. Pero su esperanza,
(yo pierdo el juicio) ¿quál era?
pues al fin tarde ó temprano
debia ser descubierta.

Ambr. ¿Quál era? estafarle á vm.,
y despues tomar soleta.

Fel. Hasta ahora no tenemos
mas que presuncion.

Roq. Y es fuerza
aclararlo; es menester...

Ambr. Despedirla.

Fel. ¡O no! prudencia.
Sin escucharle primero
á ninguno se condena.
¿No es verdad? *A Don Roque.*

Roq. Cierto que sí.
Llamarla á ver su respuesta.

Fel. Es así... ¿pero quién viene? *Levantándose.*

SCENA VI.

Dichos, y Julianito con una carta, que entrega á Doña Felisa.

Jul. Señora, esta carta...
Fel. Venga.
Pues de Cuellar es el sello.
Roq. ¿Qué dice vm.? Puede que ésta
nos sirva... ¡pluguiera al cielo!
¡Si Jacinto!... ¿pero en ella
qué dirá?
Fel. ¿Qué quiere vm.
que diga? Mil insolencias.
En el lugar de vm. yo,
la verdad, no la leyera.
Roq. Sí: puede ser que nos saque
de dudas.

Se la entrega, y Don Roque lee para sí.

Fel. Pues bien, leedla.
Roq. ¡Válgame Dios! Yo no entiendo
este lenguage: me llena
de confusion.
Fel. ¿Pues qué dice?
Roq. Es preciso la sorprenda

á vm. Dice de este modo.

En tono de lectura la prosa señalada con comas.

"Amado padre..."

¡ah! ¡que aunque tarde, se acuerda
al fin de tan dulce nombre!

»Despues de haberos escrito veinte cartas, to-
»davía me atrevo á repetiros la memoria de
»vuestro hijo.

¿Qué veinte cartas son éstas?
¿señora? ¿quándo escribió?...

Fel. Yo no entiendo quáles sean:
tres solas se han recibido;
bien lo sabe vm.

Roq. ¡Qué idéa!

Fel. Pero siga vm. leyendo,
porque eso nada interesa.

Roq. »Laura, mi querida Laura, es quien me aní-
»ma á implorar de nuevo vuestra piedad. Ella
»baña con su llanto estos rasgos, dirigidos á un
»padre benigno. No desecheis, señor, su ruego.
»Se halla enferma sin poder salir de nuestro po-
»bre alvergue; y estas palabras, que me dicta,
»son hijas de su inocencia y su candor. Quiera
»el cielo que la cumplan su deseo de estrechar-

»se en vuestro seno paternal, juntamente con
»vuestro desgraciado hijo.

» Jacinto Contreras."

Lo que admiro en esta carta,
que es en todo muy diversa
de las demas.

Fel. No señor:
ahora no se detenga
vm. en eso. Otra cosa
es la que á mí mas me lleva
la atencion. Ahora sí
que confirmo mis sospechas.
¿No dice que Laura está
sin salir de casa, enferma,
que es quien le dicta la carta,
y que la baña con tiernas
lágrimas? Pues ya la trama
de esta otra es manifiesta:
no queda duda.

Ambr. En efecto:
es clara la conseqüencia.
Me alegro que haya un testigo
tan fuerte, para que vean
que quando hablo... ¡pero qué!
si yo tenia evidencia...

si Don Anselmo...

Con mucho sentimiento.

Roq. ¡Infeliz!
¡me ha engañado!

Fel. ¡Qué perversa!
Vamos, señor: á no verlo,
tampoco yo lo creyera.

Ambr. ¡Infame! Es una maldad
horrible. Mas no se pierda
el tiempo; voy al instante
á despedirla. Pudiera
una muger de esa clase
ocasionarnos mil penas
en un minuto: ¿quién sabe?
Hasta salir de la puerta
no la he de perder de vista.
Voy allá.

Roq. No, Ambrosio, espera.
Quiero verla, y despedirla
yo mismo. Dila que venga.

Fel. ¿Cómo? ¿vm.? ¡qué disparate!

Roq. Sí, yo mismo. Quiero hacerla
confesar, é intimidarla,
para que si acaso intenta
engañar en otra parte...

Fel. ¡Ah! no piense vm. en verla.
Nada ménos. La tal niña
desconoce la vergüenza,
y léjos de producir
un espíritu de enmienda
los consejos, al contrario,
viéndose ya descubierta,
Dios sabe lo que diria:
¡Jesus! ¡y una alma tan tierna
como la de vm.!... ¡si yo
es imposible pudiera
contenerme! ya se vé;
para un corazon que sea
sensible, hallarse engañado
es la pena mas acerba.
No, amo mio; esa traidora
conviene desaparezca
al momento. Echela vm.,
Ambrosio, ántes que anochezca,
sin escándalo ni ruido.
Ambr. Bien, bien. De esa diligencia
me encargo yo; ¿pero á qué
quiere vm. que se suspenda
hasta la noche? Ahora mismo
la recitaré mi arenga.

Roq. Sin tratarla mal.
Fel. ¡O! no;
ni hablarla con aspereza.
Que se vaya.
Ambr. Verá vm.
qué pronto libres nos dexa.

SCENA VII.

Dichos y Jacinto.

Al ir á salir Ambrosio, Jacinto se presenta, y le detiene: al oirle manifiestan todos grande sorpresa.

Jac. Suspenda vm., le suplico,
un instante la sentencia.
Fel. ¿Pues cómo?...
Jac. Escuchad, señor.
Me ha confiado sus idéas
Doña Felisa, y conviene
declararos quanto sepa.
Fel. ¿Y qué significa?.. Cárlos...
¿Por ventura se opusiera?...
Jac. Sí: se opone á la injusticia.
La verdad que hable le ordena:
ni es justo que por vm.

mas la inocencia padezca.

Fel. ¡He! ya infiero todo el caso.
Laura tiene gentileza,
es jóven, le ha enamorado,
y por eso se interesa
en su favor.

Ambr. Y no hay duda:
Doña Felisa lo acierta:
está patente el secreto.

Roq. No. Justo es que se le atienda.
Cárlos es hombre de bien.

Jac. ¡Ah, señor!... Si vm. no lleva
á mal contestarme... *A Doña Felisa.*

Fel. ¿A qué?

Jac. Perdonad mi impertinencia.
¿Decís que Jacinto ha escrito
una carta?

Fel. Sí: por señas
que ese sello... y sobre todo
el que conozca su letra
podrá afirmar...

Jac. Pues sabed
que ni él ha escrito de Cuellar,
ni ya está allí; no señora.
Está en la casa paterna

ha mucho tiempo. Por fin,
de una vez quede deshecha
vuestra intriga : soy yo mismo.

Cada uno debe manifestar diferente pasion, y en su situacion debe descubrirse la confusion, la admiracion, &c. El estudio de los actores vale mas que todas las advertencias que pudieran hacerse.

Fel. ¡O cielos!

Ambr. ¡Posible fuera!

Roq. ¡Qué! ¿Cárlos será?... ¡buen Dios!

A Don Roque con ternura.

Jac. Víctima fuí de la negra
perfidia de estos malvados.
Por ellos en la miseria
siempre he vivido : por ellos
incógnito en la presencia
de mi padre quise dar
á conocer mi inocencia.

Ambr. ¡Qué patrañas! ¡Vaya! todos
han perdido la chaveta.

Jac. Esperad. Yo mostraré
testimonios que os convenzan.

Saca una cartera, y de ella los papeles que expresa.

Fuí soldado ; y ahí teneis,
padre mio , la licencia,
y una certificacion,
que mi conducta comprueba
durante el servicio. Pero
¡ quán distintos , señor , eran
los informes de estos viles !...
Aquí está la fé de muerta
mi madre , que al fallecer
me encargó á vm. como prenda

A Doña Felisa.

de sus amores : mi fé
de bautismo ; y en fin , estas
cartas , en que esa muger
me manda no comparezca
en Madrid , y me prohibe
que nunca á escribiros vuelva,
y... qué se yo... Sí señora
reconozca vm. la letra.

Presentándoselas á Doña Felisa.

Ved como logró despues
el reducirme á la extrema
necesidad de seguir
la milicia. Aquí lo expresa
esta razon del dinero

que me daba de asistencias.

Don Roque habrá ido leyendo de paso todos los papeles. Unas veces manifiesta la mayor confusion: otras compasion: echará algunas miradas de indignacion, é ira á Doña Felisa y Ambrosio, y queda luego sumamente agitado fixos los ojos en Jacinto.

¿Qué mas, señor?... pero ¡qué!...
Desechad todas las pruebas
que presento: oid tan solo
las inspiraciones tiernas
de la sangre: oid á vuestro
corazon: él os revela:
él clama que es vuestro hijo
el que con su llanto riega
vuestras plantas.

Se arroja á sus pies, y Don Roque le levanta despues de una breve pausa, y le abraza llorando. Así permanecen hasta que sale Laura.

Roq. Sí, hijo mio.

SCENA VIII.

Los mismos y Jorge.

Jorg. Y si alguna duda queda,
yo puedo ser buen testigo,

que desde su edad primera
le conozco. Sí señores:

A Ambrosio y Felisa.

ya no me muerdo la lengua:
la verdad es una: ello
me explicaré con rudeza;
pero quanto yo dixere
es la verdad pura y neta.

Viendo á Laura á la puerta.

¡Eh! Salga vm., señorita,
que ya no hay nadie que pueda
estorbaros el llegar.

SCENA IX.

Los dichos y Laura.

Sale precipitada á echarse á los pies de Don Roque, y éste se lo impide.

Laura. ¡Ah! ¡padre mio, clemencia!
Roq. ¿Qué dices? ¡Laura! ¡Jacinto!
perdonad tantas ofensas,
que un error...
Jac. ¡Ah! no señor.
Este momento compensa
todos los males pasados;

y ya su memoria aumenta
nuestro placer.

Con indignacion á Doña Felisa y Ambrosio.

Roq. Huyan léjos
al punto de mi presencia,
ó mi cólera...

Laura. Tened.

Jac. Sosegaos: ellos llevan
el castigo mas cruel,
mas atroz, en su conciencia.

Roq. ¡Corazones insensibles!
¿Tanta fué vuestra dureza,
que cifrabais vuestra dicha
en las desgracias agenas?
¿en hacer desventurada
esta familia?... ¡Me llena
de horror! Ni sé donde estoy.
Parece que de una inmensa
obscuridad he salido
á gozar una nueva luz.
¡Ah! ¡yo no puedo explicar
el placer que experimenta
mi corazon!... ¡Pero qué!...

A Doña Felisa y Ambrosio.

¿todavía?... ¿acaso intentan
acabar?...

Fel. No tema vm.
Aunque un reyno me valiera,
no me quedára. Yo voy
en mi interior satisfecha.
Sé que mi único delito
ha sido haber dado rienda
á una pasion, que... por fin,
puede que vm. se arrepienta,
y bien pronto; pero no,
no espere vm. que yo vuelva.
Ahí tiene vm. sus hijitos,
que premiarán su terneza.

Roq. ¡Infame!

Jorg. ¡Gran mogigata!

A Ambrosio en ademan de irse.

Fel. Vámonos. Vm. ¿qué espera?

Ambr. ¿Qué espero? Que vm. se aparte
de mi vista. Si no hubiera
creido yo á sus engaños,
tal vez mas aprecio hicieran...

Jorg. ¡Sí! Que el mancebo por sí
tiene las mejores prendas...
Váyanse al punto, y ajusten
allá en la calle sus cuentas.

Los echa.

Gracias á Dios que quedó

por los buenos la pelea.

Roq. ¡Y yo pude tanto tiempo
darles crédito en ofensa
de dos almas inocentes!...
¡Hijos! perdonad mi ciega
obstinacion.

Jac. ¡Oh! no hablémos
de nuestras antiguas penas.
Hemos padecido, sí;
pero ¿por ventura erais
vos feliz?

Laura. ¿Y quién, señor,
en tan dulce instante piensa
en una imágen?...

Roq. ¡Ay Laura!
Este instante me recuerda
mis errores. Abracé
de la virtud mas perfecta
el estado; pero ¡ay triste!
mi juventud inexperta
no por ella le abrazó!
¡quán venturoso viviera,
si hubiese sido virtuoso
mi celibato! ¡siquiera
hubiese una vez vencido
del error la densa niebla

que ofuscaba mis sentidos!
¡y condescendido hubiera
con los deseos sinceros
de tu buena madre!... Eterna
hubiera sido la dicha,
que ya tarde lisonjea
mi vejez.

Jac. No mas, señor.
¿Qué satisfaccion mas plena
que ese reconocimiento
de vuestra antigua flaqueza?
Pero á otra cosa: han venido
unos niños que contestan
ser parientes, y se hallan
pobres.

Roq. ¿Y por qué no llegan?

Jorg. Los echó Doña Felisa
noramala.

Roq. ¡La perversa!

Jorg. Mas Don Jacinto me dixo
que les pidiera las señas
de su posada...

Jac. Y espero
que socorrais su indigencia.

Roq. Sí: de hoy mas dedicaré
los pocos dias que me restan

de vida á hacer todo el bien,
que libre un tiempo pudiera
haber hecho. Desde ahora
ya es tuya toda mi hacienda.

Jac. Y Jorge, mi buen amigo...

Jorg. ¿Qué va que vm. me avergüenza?

Jac. ¿Cómo podrémos pagarte
de nuestra dicha la deuda?

Jorg. ¿A mí? Si lo que he hecho yo
¡vamos! lo haria qualquiera.

Roq. Así tambien yo la mia
le deberé. Tú le premia
como merece. ¡Hijos mios!
¿por qué siempre no resuena
en mi oido el grato nombre
de padre?

Jorg. No os cause pena;
que si le agrada, dirémos
todos padre á boca llena.

Laura y Jac. ¡Padre amado!

Roq. ¡Hijos del alma!
Ya nada á mi pecho queda
que desear, sino que en mí
el jóven incauto aprenda.
¡Triste del que injustamente
el himeneo detesta!

¡y triste del libertino
que profanando la senda
de la mas pura virtud,
la corrupcion busca en ella!

FIN.

EL SOMBRERO

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

Alfredo Chavero



MÉXICO
JOSE MARIA SANDOVAL, IMPRESOR
Calle de Jesus María número 4

1878

PERSONAJES

EL SEÑOR DE VILLENA, hombre serio.
EL SEÑORITO GABRIEL, jóven truhan.
DOÑA PETRONILA, su esposa, vieja romántica.
DOLORITAS, su hermana, jóven poetisa.
ANATOLIO, practicante de medicina.

ACTO UNICO.

—

Salon.

ESCENA I.

GABRIEL. DOLORITAS.

DOLORITAS.

Tu conducta es inmoral, y sobre inmoral prosaica. Andar á picos pardos con mujerzuelas que no pueden inspirar ninguna idea levantada, ninguna ilusion de esas que se alzan en el fondo de nuestra alma, como dorado vapor que á los primeros rayos del sol naciente se eleva en el horizonte del lago adormecido, cuyo corazon palpita en purísimas ondas azules, rizadas por las caricias del zéfiro, que va luego á juguetear entre las verdes hojas de los fresnos que levantan al cielo sus frondosas frentes, miéntras bulliciosas parvadas de jilgueros....

GABRIEL. (*Interrumpiendo.*)

Basta, basta, basta. Déjate de jilgueros, y de bosques, y de lagos, y de nubes. Los filósofos, desde Caifas hasta Porraz el del Tívoli, han creído que la mayor calamidad de la vida era una suegra; y yo digo, y lo afirmo, y me ratifico; que lo es en grado superlativo una cuñada. Bien decía el marqués de Villena, y lo repite mi amigo Villena que no es marqués, que la palabra cuñada viene de las voces *da* y *cuña*, que con una cuña das en mi vida y en mi felicidad, y las pártes de medio á medio.

DOLORITAS.

¡Ingrata humanidad! ¡ingrato Gabrielito! ¿Qué más podías desear en la existencia, que la felicidad de que te ha colmado el hado venturoso? Cuando cumplías veinte años, mi hermana Petronila te entregó su robusta mano. No tenías experiencia, y ella te trajo la que sus cincuenta abriles y sus tres matrimonios anteriores le habían proporcianado. Pobre tú, ella te allegó tres herencias, y un corazon tres veces adiestrado en los amores. ¡Cuántos hombres necesitan envejecer, para ver á su mujer tranquila y reposada

por los años; y tú desde el primer momento encuentras á la tuya matrona respetable! Así el fresco rosal crece á veces á la sombra de corpulento sabino. Así el arroyo bullidor se escapa de entre las peñas de gigantesca montaña. Así...,

GABRIEL. (*Interrumpiendo.*)

Bien, bien: pero por lo mismo que mi esposa es una señora respetable, no debía extremar tanto su cariño; y sobre todo, sería bueno que no me expusiese al ridículo con sus exagerados celos y sus regaños impertinentes.

DOLORITAS.

¿Acaso sabes, pobre é inexperto jóven, lo que son celos, que así los rechazas? El amor sin celos no es amor. Pides una botella de cerveza, la destapas, y la cerveza no hace espuma: esa cerveza no sirve. Pues bien, los celos son la espuma del amor. Ama sin celos. Bebe cerveza sin espuma, desgraciado.

GABRIEL.

Pero un poco de libertad.... Yo cumplo con mis deberes....

DOLORITAS.

¡Libertad! El hombre debe estar como el endecasílabo, encerrado en su justa medida. Un matrimonio es un dístico.

GABRIEL.

Sí; y si hay una docena de hijos es un soneto. ¿Por qué no te casas tú? Me parece que Anatolio....

DOLORITAS.

¡Casarme yo! Para que me encuentre con un hombre prosaico. Yo necesitaba un sér que viviera siempre en adoracion delante de mí, y que constantemente estuviese quemando en el fuego del altar de himeneo el incienso de su cariño.

GABRIEL.

Pues si quieres que te estén quemando incienso, cásate con un sacristan ó con un monaguillo.

DOLORITAS.

Déjate de bromas, y atiende. Petronila sabe que anoche estuviste en el baile de los de Pérez,

GABRIEL.

¿Y quién se lo dijo?

DOLORITAS.

Anatolio.

GABRIEL.

Lo voy á extrangular.

DOLORITAS.

Te lo prohibo. No quiero perder á un adorador tan constante. No lo ámo; pero me gusta verlo con sus ojos de carnero muerto, pendiente de cualquier señal de mando de los míos. Que es muy feo: ántes los ídolos eran los feos, hoy lo son los creyentes. Que es tonto: es un legítimo representante de la mayoría de los hombres. Así me figuro que me adora la multitud. Tú sabes que yo vivo en los espacios imaginarios. Mi alma tendiendo sus álas....

GABRIEL.

Como las de una gallina....

DOLORITAS.

Prosaico, te abandono.

GABRIEL.

Gracias á Dios.

ESCENA II.

GABRIEL.

(Se pone á horcajadas sobre una silla.)

Voy á contarte, público amigo, mi triste y lastimera historia. Me encontré á los veinte años sin padres y sin carrera. Si hubiera tenido algun patrimonio, habría puesto una roleta para hacerme rico, y despues me hubiera metido á contratista de vestuario para hacerme todo un personaje. Pero vi con desesperacion que no me quedaba otro camino, que aceptar la mano de Petronila, que quería casarse por cuarta vez con un jóven guapo como yo. Porque yo soy guapo. Me decidí al matrimonio, como cualquier desesperado se decide al suicidio. Pero yo solamente me sentía con fuerzas para aguantar á una mujer; y me he encontrado con dos: mi cuñada es la segunda. ¡Y es bonita! ¡y graciosa! Pero hace versos, y habla con las musas ó muzarañas, que todo da lo mismo. Y no quiere que baile yo, ni que cóma con mis amigos, ni que tome una copa, ni que me gusten las muchachas bonitas. ¿A vdes.

no les gustan? ¿sí? ¡Pues á mí por qué no me han de gustar? Pero me dirán vdes. que soy casado. Quisiera yo verlos con una mujer como mi vieja, para contemplar qué hacían. Me replicarán vdes. que por qué me casé. Pues me casé.... por hacer algo.... no tenía nada que hacer.

ESCENA III.

GABRIEL. PETRONILA

(Que sale vestida como una polla, y furiosa da un golpe á Gabriel en un hombro.)

PETRONILA.

¡Infame, monstruo, Sardanápalo!

GABRIEL.

¿Ven vdes. qué paloma?

PETRONILA.

Tú me engañas. Tus hechos me dicen muy alto que no me ámas.

GABRIEL. (*Aparte.*)

¡Cómo si decirle que no la quiero fuera engañarla!

PETRONILA.

Yo he pasado la vida soñando con el amor, sin poder hallarlo.

GABRIEL.

Se ha perdido. Hay que poner avisos en los periódicos.

PETRONILA.

A los quince años me casé con un pintor.

GABRIEL.

No me has enseñado sus cuadros.

PETRONILA.

Era pintor de ollita: salpicaba fachadas. Fuimos Julieta y Romeo. Murió envenenado. Una noche por tomar la botella de aguardiente, tomó la de aguarras, y reventó.

GABRIEL.

¿No dejó siquiera un trago?

PETRONILA.

No; apuró el cáliz hasta las heces.

GABRIEL.

¡Lástima!

PETRONILA.

A los veinte años me uní en segundas nupcias con un barbero. Fuimos Norma y Polion. Le condenaron á muerte por sacrílego.

GABRIEL.

¿Penetró en el bosque sagrado?

PETRONILA.

No; se robó unos copones.

GABRIEL.

¡Pícaro!

PETRONILA.

A los veinticinco años me volví á casar, con un ministro....

GABRIEL.

¿Ministro de Hacienda?

PETRONILA.

Ministro ejecutor de los juzgados menores. Fuimos Dido y Eneas. Se marchó y me dejó. Supe

que había muerto en la revolucion. Yo fuí Dido abandonada.

GABRIEL.

Calla, Petronila; que me estás conmoviendo.

PETRONILA.

Cumplía yo treinta años cuando te dí mi mano.

GABRIEL.

Treinta años ¿de qué?

PETRONILA.

De edad.

GABRIEL.

¡Ah!

PETRONILA.

Te traje un corazon lleno de ternura, una alma purísima, un amor todo fuego: desgraciado, ¿qué has hecho de ese sagrado depósito?

GABRIEL.

Te aseguro, Petronila, que yo no he recibido, ni siquiera he visto, ni ese fuego, ni esa alma, ni ese corazon, ni esos treinta años.

PETRONILA.

¿Te mofas de mi desesperacion?

GABRIEL.

Lo único que recibí fué tu mano. Ahi la tienes, pegada á tu brazo. Tus casas, no me has dejado tocarlas; ni siquiera las rentas.

PETRONILA.

¡Tengo celos!

GABRIEL.

No tienes razon.

PETRONILA.

Si no es razon lo que digo que tengo, sino celos. En mi cuarto matrimonio, seremos Otelo y Desdémona. Tú serás Desdémona. Yo te apagaré la vela, y te mataré.

GABRIEL.

Señora, á mí nadie me apaga la vela. No hay motivo para que yo no vaya á un baile. A mi edad....

PETRONILA.

¿Y acaso voy yo?

GABRIEL.

Petronila, tu volúmen, tu....

PETRONILA.

Insolente, me voy, porque no me puedo contener ya. *(Se va.)*

ESCENA IV.

GABRIEL. ANATOLIO.

GABRIEL.

¿No habrá quien me pegue un tiro?

ANATOLIO. (*Entrando.*)

Yo....

GABRIEL. (*Yéndose.*)

Ni para eso sirve vd.

ESCENA V.

ANATOLIO. DOLORITAS. (*Que entra.*)

ANATOLIO.

Doloritas.

DOLORITAS.

Anatolio, ¿qué le pasa á mi señor cuñado, que se va como loco?

ANATOLIO.

Nada.

DOLORITAS.

¿Me puso vd. en limpio mi oda á Chapultepec, esa inspiracion sublime que tuve la otra tarde que paseaba yo por el bosque muellemente reclinada en un coche?....

ANATOLIO.

Simon.

DOLORITAS.

Sí; pero sin número. ¿La trae vd.?.

ANATOLIO.

Sí.

DOLORITAS.

¿Vd. no se molestará si le leo otra vez mi improvisacion?

ANATOLIO.

No.

DOLORITAS.

Oiga vd.

Salud al bosque corpulento
Que tiene un monte con su castillo en el centro.

Dígame vd., Anatolio, ¿corpulento y centro son buenos consonantes?

ANATOLIO.

Puede.

DOLORITAS.

Tus albercas de aguas cristalinas
Retratan las hojas magestuosas de las encinas.

Allí no hay encinas; pero hay ahuehuetes, y da lo mismo ¿verdad?

ANATOLIO.

Cierto.

DOLORITAS.

Siempre no leo lo demas, porque hablo del sér ideal por quien suspiro en secreto, del ángel de mis amores, del querub de mis ensueños.... y me da vergüenza delante de vd. Son tan maliciosos los hombres.... Vd. comprendería....

ANATOLIO.

Nada.

DOLORITAS.

Por eso aprecio á vd. tanto. Vd. todo lo sabe, y todo finge ignorarlo. Siempre encerrado en sus monosílabos, guardando su amor inmenso en el fondo de su pecho; así como montaña de granito oculta en sus entrañas la veta de oro purísimo; así como el mar de olas gigantescas y de aliento de huracan guarda la tornasolada perla.

ANATOLIO.

¡Oh!

DOLORITAS.

Sí; yo comprendo el alma sublime de vd. Vd. no se cree digno de mí, y calla. Yo no puedo amarlo, porque en mi alma se anida la desesperacion. ¡Yo ámo á Gabriel!

ANATOLIO.

¡Cáscaras!

DOLORITAS.

¿Qué quiere vd.? Salí de un colegio, en donde no tenía más amigas que las musas. Mi hermana Petronila se acababa de casar con Gabriel, y éste me pareció el rubicundo Febo que se elevaba en el horizonte de mi felicidad. Hija de un

segundo matrimonio, tengo veinticinco años ménos que mi hermana. No tengo en el mundo sino mi amor; amor oculto que nadie comprende; que sólo á vd. he descubierto. No puedo corresponder á su pasion.

ANATOLIO.

Pero....

DOLORITAS.

Nada, ámeme vd. en silencio. Se lo permito. La adoracion es el perfume que sube al ídolo. Seré la diosa de vd.; pero desde mi pedestal.

Es imposible vivir feliz:
En la vida, donde quiera se encuentra un desliz. [*Se va.*]

ANATOLIO.

¡Demonio!

ESCENA VI.

ANATOLIO. VILLENA. (*Entrando.*)

VILLENA.

¿Vive aquí Don Gabriel Zamueco?

ANATOLIO.

Sí.

VILLENA.

¿Me hace vd. el favor de avisarle?

ANATOLIO.

Voy. [*Se va.*]

ESCENA VII.

VILLENA. (*Solo.*)

Acabo de llegar de Sonora. He empleado cinco años en pelear con los bárbaros. Ya me había acostumbrado á esta lucha mi mujer. ¿Qué se habrá hecho mi vieja? Supe solamente que se había vuelto corredora, que prestaba con un real en el peso, y que estaba medianamente rica. Yo vengo hecho una lástima, y ella está en fondos; pues ni así la quiero. Mi amigo Gabriel, cuya habitacion he podido averiguar, me acogerá. Esta casa parece confortable. Seremos felices.... pero con seriedad. No hay que olvidar que soy un hombre serio.

ESCENA VIII.

VILLENA. GABRIEL.

GABRIEL.

Villena.

VILLENA.

Amigo mio. [*Se abrazan.*]

GABRIEL.

¿Qué es de tu vida?

VILLENA.

Mi vida es toda una historia. ¿Recuerdas que nos separamos hace años en Orizava? Estábamos en el cuerpo médico. Tuviste la noticia de la muerte de tu padre, y te fuiste á las batuecas á recibir la herencia....

GABRIEL.

De un caballo flaco y de una silla baquera sin plata:

VILLENA.

Yo me vine á México, y me casé con una robusta matrona.... llena de cualidades.... era fea, gorda, romántica, celosa, pleitista, chillona, vieja y cominera. Si tu mujer fuera así, merecerías, no mi compasion, sino mi desprecio. Saldría por las calles, burlándome de tí. Me cuentan que estás casado: ¿cómo es tu esposa?

GABRIEL.

¿Mi esposa?

VILLENA.

Sí. ¿Es jóven?

GABRIEL.

Edad.... regular.... [*Aparte*] mente pasada.

VILLENA.

¿Es bonita?

GABRIEL.

Eso va en gustos.... [*Aparte.*] del demonio.

VILLENA.

¿No será celosa?

GABRIEL.

No....

VILLENA.

¿Ni romántica?

GABRIEL.

No....

VILLENA.

¿Ni cominera?

GABRIEL.

No....

VILLENA.

No sabes decir más que *no*.

GABRIEL. (*Aparte.*)

Ojalá nunca hubiera yo sabido decir *sí*.

VILLENA.

En fin, éres feliz, y basta.

GABRIEL.

¿Y tú enviudaste?

VILLENA.

No lo sé.

GABRIEL.

¿Cómo?

VILLENA.

Llegó un dia fatal, en que ya no pude aguantar á mi costilla, ó mejor dicho, á mi jamon de oso. Me levantaba yo, y tenía que ir á darle sopitas de chocolate en la boca.

GABRIEL.

Como á un loro.

VILLENA.

Despues, miéntras se vestía, operacion larga, y se ajustaba con mil trabajos la ex-cintura, y se pintaba la ex-negra cabellera, y se introducía la maquinaria de los dientes postizos por entre los ex-graciosísimos labios, y se teñía de albayalde y azarcon las ex-tersísimas mejillas, me veía yo obligado á estarle leyendo, ó las meditaciones de Lamartine, ó el Hernani de Victor Hugo, ó cualquiera otra obra romántica, como la Iliada de Homero ó el Periquillo.

Yo tenía buena voz, de barítono naturalmente, pues sabes que soy hombre serio. Pues bien, despues de comer, tenía yo que arrullarle la siesta con la cancion de *Los ojos*, ó la *Atala*, ó el *Septimino de Hernani* que cantaba yo solo, acompañado de una no muy sonora guitarra, hasta que el

aria se convertía en duo con los ronquidos de mi sílfide.

Era el momento de mi felicidad, porque me escapaba á ver á los amigos.... y á las amigas. Pero cuando volvía, encontraba siempre la tormenta de los celos. Aquello era ya un infierno hasta la noche: entónces era.... dos infiernos. Me hacía sentar á sus piés en un taburete; tenía yo que estarle diciendo flores; y ¡horrible! ¡horrible! ¡horrible! unía sus gelatinosos labios con los mios. Un dia me dió un beso tan largo, que sus labios se pegaron en mis bigotes. Despegarlos era imposible. Anduvimos una hora como bailadores de danza habanera, y no hubo más remedio que rasurarme sobre las narices de mi paloma. ¡Tú comprendes: un hombre serio sin bigotes, víctima del amor!

GABRIEL.

Te comprendo.

VILLENA.

¿Y no te ríes?

GABRIEL.

Si me dan ganas de llorar.

VILLENA.

Por fin descubrí el remedio de mis males, despues de profundas meditaciones.

GABRIEL.

Díme cual es ese remedio; que no puedes calcular cuanto me importa.

VILLENA.

Como te he dicho, yo no tenía más momento de felicidad que el rato de escapatoria durante la siesta de mi costilla. Era yo entónces otro hombre. ¿En qné consistía? Yo me veía el mismo á todas horas: los mismos ojos, la misma nariz, la misma boca, la misma levita, los mismos callos. ¡Ah! me dije.... eureka.... he encontrado el enigma.... cuando estoy con mi mujer no tengo sombrero... cuando me escapo lo llevo.... el sombrero es la dicha, es la libertad. ¡Viva el sombrero! ¡viva el gorro frigio!

Al dia siguiente llegó mi suegra á vivir con nosotros. Ya no me importaba: tenía yo el antídoto.... el sombrero. Que mi mujer se encelaba, el sombrero, y á la calle; que estaba romántica y quería que le cantara yo, el sombrero y con la música á otra parte; que me quería besar, me sumía el sombrero hasta la barba, y echaba á correr. Mi suegra se desesperó, ¡y reventó!

A mi mujer le empezaron á dar ataques. Ya eso no lo sufrí, me calé el sombrero.... y no he

vuelto á verla. La emancipacion de la humanidad está en ponerse el sombrero. Los pueblos que se lo quitan delante de un hombre, son esclavos. La constitucion debería tener por viñeta un sombrero de cinco pisos.

GABRIEL.

Has hecho la luz en mi espíritu.

VILLENA.

¡Viva el sombrero! Pero á propósito de sombreros, ¿no tendrías algo que darme de almorzar?

GABRIEL.

Por supuesto; y tengo un vinillo....

VILLENA.

Vinillo.... un hombre serio como yo....

GABRIEL.

Es vino serio, es Burdeos.

VILLENA.

¡Ah! ya es otra cosa. ¿Pero quién es esa guapa moza que viene allí? ¿Es tu mujer?

GABRIEL. (*Aparte.*)

Mi cuñada. Si sabe quien es mi mujer se burlará de mí. *(Alto.)* Sí: te la voy á presentar. *(Se adelanta á recibir á Doloritas.)*

ESCENA IX.

DICHOS Y DOLORITAS

GABRIEL. (*Aparte á Doloritas.*)

Es preciso que pases por mi esposa un rato.

DOLORITAS. (*Aparte á Gabriel.*)

Pero....

GABRIEL. (*Aparte á Doloritas.*)

Es indispensable. *(Alto.)* Villena, te presento á....

DOLORITAS.

Caballero.

VILLENA.

Es vd. muy linda. Es muy feliz este pícaro. No he visto ojos más expresivos, ni labios más

bien arqueados, ni manos más pequeñas, ni piés más....

GABRIEL.

Hombre, la estás enamorando en mis narices.

VILLENA.

No temas; si soy hombre serio.

GABRIEL.

Decías que tenías apetito.....

VILLENA.

Ve á que me dispongan algo, miéntras hablo con tu graciosa mitad. (*Aparte á Gabriel.*) No te la enamoro.

GABRIEL. (*A Villena.*)

Puedes hacerlo, chico. (*Se va.*)

VILLENA. (*Aparte.*)

Éste es como todos los maridos: nada más que es más franco.

ESCENA X.

DOLORITAS. VILLENA.

VILLENA.

Sentémonos, señora. Mi amigo Gabriel me ha puesto á dos pasos del abismo. Es vd. encantadora.

DOLORITAS.

Es vd. muy chancista.

VILLENA.

Soy un hombre serio. En el colegio, yo me comía los dulces de Gabriel. Cuando estuvimos en el cuerpo médico, solía cobrar su sueldo.... por distraccion. Cuando entré en la curia, me tocó embargar los muebles de la casa de su difunto padre: él no lo sabe. Ya ve vd., es lógico que ahora enamore á su mujer.

DOLORITAS.

¿Es vd. médico?

VILLENA.

Soy enfermo de amor y hombre serio. ¿Padece vd. de algo?

DOLORITAS.

Del alma Me he conmovido hoy mucho con el Diablo Mundo de Espronceda. ¿Recuerda vd. aquellos versos?

Tambien tu corazon, hecho pavesa,
Llegó ya á no llorar, pobre Teresa.

VILLENA.

¡Ah! sí.

Tambien tu corazon, hecho pabilo,
Llegó ya á no llorar, pobre Cirilo.

DOLORITAS.

¿Es vd. poeta? Yo soy poetisa.

VILLENA.

¡Oh, Safo!

DOLORITAS.

¿Qué zafa vd.?

VILLENA.

Nada.... prosiga vd. ¿Su nombre?

DOLORITAS.

Dolores de Alegría.

VILLENA.

¿Tiene vd. dolores cuando está alegre?

DOLORITAS.

No, señor: Alegría es mi apellido.

VILLENA.

Yo tuve una Alegría que me mataba.

DOLORITAS.

¿Algun niño que le nació á vd?

VILLENA.

No, señora.

DOLORITAS.

¿Se sacó vd. la lotería?

VILLENA.

No; mi mujer.

DOLORITAS.

¿Se sacó vd. á su mujer? Pues qué, ¿rifan á las mujeres?

VILLENA.

No; mi mujer era Alegría.

DOLORITAS.

Mejor para vd. Es bueno tener una mujer alegre.

VILLENA.

La mía me mataba. ¿Es vd. acaso parienta de Doña Petronila Alegría?

DOLORITAS.

Es mi hermana.

VILLENA.

Entónces mi amor es doblemente criminal. Pero vd. no me rechazará. Yo la idolatro. Míreme vd. á sus piés.

DOLORITAS.

¿Qué hace vd. de rodillas, caballero?

VILLENA.

Nada téma vd.; soy un hombre serio.

ESCENA XI.



DICHOS. ANATOLIO.

ANATOLIO.

¿Es el señor zapatero, y tóma la medida?

DOLORITAS.

El señor es médico.... y como me he torcido un pié.

ANATOLIO.

Yo soy practicante: ayudaré.

GABRIEL. (*Dentro.*)

Villena.

VILLENA. (*Yéndose.*)

Vuelvo.

ANATOLIO.

¿No ayudo?

DOLORITAS. (*Yéndose.*)

Necio.

ESCENA XII.

ANATOLIO. DESPUES PETRONILA.

Ya me canso de estar callado. Monosílabos y palabras sueltas han sido mi gasto. Pero soy un Maquiavelo, un Bismark: he logrado engañar á todos con mi diplomacia. Dicen que el mejor di-

plomático es el que engaña mejor. Hombres políticos conozco que no saben más que engañar: deben ser unos profundos diplomáticos. Aquí todos creen que ámo á Doloritas. ¡Necios; amar yo á una niña insustancial! Yo adoro á Doña Petronila; ésa sí que toda es sustancia. Doloritas es una jóven huesuda. Un practicante de medicina como yo, necesita carne que cortar con su bisturí, no huesos. ¡Una poetisa! La medicina vive del cuerpo humano, como los gusanos y los zopilotes. Carne, carne, siempre carne. Esta es nuestra presa. No se puede hacer la autopsía de los pensamientos. Ademas, yo no disminuyo mi clientela. Hay muchos hombres que no piensan; pero todos tienen un brazo que romperse, ó una barriga que les duela. Aquí viene mi diosa: decidámonos.

PETRONILA.

Anatolio, ¡qué desgraciada soy! ¿Conque es verdad que el infiel fué al baile de los de Pérez?

ANATOLIO.

Lo vi arrebatado en brazos de una jóven por el huracan de un wals vertiginoso.

PETRONILA.

¿No me engaña vd.?

ANATOLIO.

¿Engañarla yo? ¡Si diera mi existencia por su felicidad! ¿No ha comprendido vd. en mi silencio cuanto la adoro?

PETRONILA.

No, Anatolio: al que no habla, Dios no lo oye.

ANATOLIO.

¿Mi discrecion no ha hecho que en su alma nazca el amor?

PETRONILA.

No, hijo: el que no llora, no mama.

ANATOLIO.

Yo gemía en el hospital, acompañado tan sólo de los cadáveres que dormían el sueño de la muerte en la plancha del anfiteatro: séres insensibles que no hacían caso de mis lágrimas. Vd. tampoco hacía caso de ellas.

PETRONILA.

Ojos que no ven, corazon que no siente.

ANATOLIO.

Los dos sufrimos horriblemente. Pero los mis-

mos sufrimientos que á vd. martirizan, la arrojarán en mis brazos. Estamos sobre un volcan. Solamente tenemos una salvacion, la fuga.

PETRONILA.

Un rapto: enloquezco de emocion. ¡Robada como la Leonora del Trovatore! Tú serás mi Manrico. Darás el do de pecho. Me tomarás en tus brazos, y huiremos. Abandonaré al infame. No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Levántame en tus brazos.

ANATOLIO.

Pesas mucho.

PETRONILA.

Entónces me íré á la grupa de tu corcel.

ANATOLIO.

No tengo caballo.

PETRONILA.

Partiremos en un coche con persianas.

ANATOLIO.

Mejor á pié: lo notarán ménos.

PETRONILA.

Es verdad. Hay muertos que no hacen ruido, y es porque no andan en coche. ¿Y adónde me llevarás?

ANATOLIO.

No tengo más casa que el anfiteatro.

PETRONILA.

¿Me piensas descuartizar?

ANATOLIO.

Pienso matarte de amor.

PETRONILA.

El que por su gusto muere, hasta la muerte le sabe. Vamos. Pero ántes, de rodillas como los caballeros antiguos, besa la mano de tu dama. (*Se arrodilla Anatolio á besarla, cuando aparecen á la vez Villena y Gabriel, que vienen medio alegres del brazo.*)

ESCENA XIII.

PETRONILA. ANATOLIO. GABRIEL. VILLENA.

GABRIEL.

Tiemble la esposa infiel, tiemble la ingrata....

VILLENA.

Casualidad como ésta.

PETRONILA.

Perdon. (*Cayendo de rodillas.*)

GABRIEL.

¡Infame! ¿Y te besaba la mano ese rebanamuertos?

ANATOLIO.

Yo no permito que se ultraje la dignidad de mi profesion.

GABRIEL.

Calle vd., descuartizador. Vd. no tiene ni profesion, ni dignidad.

VILLENA.

Amigo sin igual, que defiende mi honra.

PETRONILA.

Gabriel....

GABRIEL.

Lucrecia Borgia, ¿crees qué un marido, aunque tenga una mujer detestable, puede estar contento con que le adornen la frente? Con ese adorno no se puede uno poner el sombrero; y el sombrero es la libertad, segun dice este admirable amigo, que acaba de apurar conmigo seis botellas de lo fino, y que es un hombre serio: este incomparable Villena.

PETRONILA.

(Al oír el nombre, le ve, se alza, y se arroja en sus brazos.)

¿Villena? ¡Él! ....¡tú!....

VILLENA.

Ecce-homo

GABRIEL.

¿Por qué te abraza mi mujer?

VILLENA.

Está chispo. Dice que Petronila es su mujer. Es la mia.

GABRIEL.

Estás borracho. Es mi consorte. Te engañé cuando te dije que lo era Doloritas.

VILLENA.

Es ella....

PETRONILA.

Es él.... Mi ministro....

GABRIEL.

¿El ejecutor?

PETRONILA.

El mismo....

GABRIEL.

¡Oh dicha! Mi matrimonio es nulo. Anatolio, perdóneme vd. Es vd. hombre de dignidad y de profesion.

ANATOLIO.

No entiendo.

PETRONILA.

Mi Villena....

VILLENA.

¡Atras, sierpe! Te casaste otra vez: te repudio.

GABRIEL.

Tienes que llevártela: es tu mujer.

ANATOLIO.

¡Ah! ¿Es su mujer? Pues debe cargar con ella.

VILLENA.

Gabriel, ¿recuerdas que te debo algunos picos? Eres mi acreedor. No tengo en el mundo nada, más que mi mujer. Te la entrego. Hago cesion de bienes á mis acreedores. La ley me autoriza.

ANATOLIO.

Sí; la ley lo autoriza.

VILLENA.

Dice vd. muy bien, señor. .. ¿Cuál es la gracia de vd?

ANATOLIO.

Mi gracia es despanzurrar muertos.

VILLENA.

Quiero decir: su nombre.

ANATOLIO.

Anatolio Araña, servidor de vd.: en el anfiteatro del hospital tiene vd. su casa.

VILLENA.

Gracias. Villena, hombre serio: en cualquier calle tiene vd. la suya. Con licencia de vdes. me retiro.

PETRONILA.

(Arrebatándole el sombrero, y poniéndose encima de pié.)

No te vas. Tú me perteneces. Reclamo mis derechos.

VILLENA.

¡Mi reino por un sombrero! [*Arrebatándole el suyo á Gabriel, y yéndose.*] Te cambio mi mujer por tu sombrero. No abuso, son dos gallinas viejas. Adios.

ESCENA XIV.

PETRONILA. GABRIEL. ANATOLIO. DOLORITAS.

[Gabriel quiere precipitarse tras de Villena; pero lo detiene Doloritas que entra.]

DOLORITAS.

¿Adónde vas?

GABRIEL.

Doloritas, Villena es el marido anterior de tu hermana. Soy libre, voy á buscar casa.

PETRONILA.

Es cierto.

ANATOLIO.

El señor era un abceso.

DOLORITAS.

¡Oh felicidad! Yo te ámo. Nos casaremos.

En medio de mis horas de estupor,
Yo soñaba siempre con la esperanza de tu amor.

GABRIEL.

No podemos: la ley lo prohibe. Tú no sabes coser, ni guisar, ni barrer....

DOLORITAS.

Sé hacer versos.

GABRIEL.

Pues bien; una poetisa no es mujer, es hombre: y dos hombres no pueden casarse.

ANATOLIO.

Es verdad, está prohibido el matrimonio entre los machos.

PETRONILA.

[Tomando de una mano á Gabriel.]

Pues tú, no te me vas. A falta de mi tercer marido, detengo al cuarto.

GABRIEL.

Anatolio, esta mujer está loca.

ANATOLIO.

Hace bien: no quiere quedarse sin un cuarto.

GABRIEL.

Señora....

PETRONILA.

Tú me perteneces.

DOLORITAS.

[Apoderándose de la otra mano de Gabriel.]

No, tú me perteneces á mí. Yo te adoro. *(Ambas tiran de Gabriel en opuestas direcciones.)*

GABRIEL.

¿Y ahora que hago entre Scila y Caribdis?

PETRONILA. (*Soltándolo.*)

Yo no soy caribe.

DOLORITAS.

Ni yo tampoco.

GABRIEL.

¡Qué instruida es la poetisa! ¡Ah! un sombrero. Adios. ¡Viva la libertad! [*Se va y cierra la puerta á Dolòritas y Anatolio que lo iban á seguir.*]

ANATOLIO.

Es el mio.

DOLORITAS. (*Cayendo en un sillon.*)

Se ha cerrado la puerta de mi esperanza.

PETRONILA. (*Deteniéndolo.*)

Anatolio, te voy hacer una confesion. Sólo á tí he amado en la vida.

ANATOILO.

Enlutada misteriosa,
Ya escuché tu confesion:
Y cual tú no existe cosa,
Que eres mujer horrorosa,
Y no mereces perdon.

PETRONILA.

Me digiste que me amabas, y ya estoy libre.

ANATOLIO.

Por lo mismo. Yo buscaba en tí las emociones de la lucha. Estás libre: ya no me convienes. Ahora comprendo que mi amor era un pecado mortal.

DOLORITAS. (*Poniéndose de pié.*)

¿Pecado? dale otro nombre.

Esa es la vida, es la luz;
Y el mismo Dios, no te asombre,
Murió por el mucho amor que le tenía al hombre;
Enclavado entre dos ladrones en una cruz.

PETRONILA.

Quédate á mi lado.

DOLORITAS.

No, Anatolio; venga vd. conmigo á buscar á Gabriel. Vd. será Minerva, yo Telémaco; y recorreremos el mundo en pos de Gabriel, que será Ulises.

ANATOLIO.

Sí: Calipso no se podía consolar de la partida de Ulises.

DOLORITAS.

O vamos ó me muero.

ANATOLIO.

Pues reviente vd., y la llevaré á la plancha.

DOLORITAS.

Infame.... Los nervios.... [*Cae en los brazos de Anatolio.*]

PETRONILA.

¿Mi hermana en tus brazos?.... Tengo celos... La convulsion.... *(Cae del otro lado en brazos de Anatolio.)*

ANATOLIO.

Misericordia.... ¡Con dos mujeres y sin sombrero!

FIN DE LA COMEDIA.

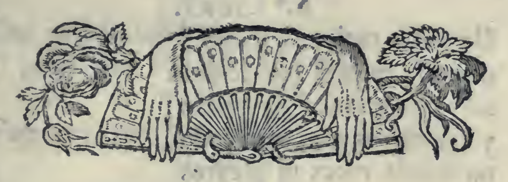
EL SOMBRERITO.

Mal del hombre podia
La resistencia toda
Vencer la sugestion y la porfia
De sus tres enemigos declarados:
Agregósele quarto, que es la Moda,
Con sus ardides mas disimulados;
Y mientras ésta su atencion divierte,
A su salvo los tres le dán la muerte.

PERSONAS.

D. BRUNO, *marido de*
D.ª LAURA.
D.ª RITA, *su amiga.*
D. SILVERIO, *petimetre*... } *Sus obsequiantes.*
D. LORENZO, *Oficial*...... }
PETRA, *Criada.*
SILVESTRE, *Page.*
UNA MODISTA.
UN MOZO, *su Criado.*
PACO... }
ANTON. } *Barberos de la vecindad.*
PERICO. }

La Escena se supone en Madrid.



El teatro representa jardin con algunos asientos de piedra. Doña Rita petimetra, peynada de sombrerillo, y Doña Laura igualmente compuesta, sin adorno en la cabeza, sentadas ambas al foro: y Don Bruno aburrido en otro lado lejos: en el medio del tablado unos guantes rotos, un abanico tirado, y una escofieta estropeada. Luego que se alza la cortina, un momento de silencio, y despues levantandose Don Bruno, coge los despojos, y dice en tono lastimero.

D. BRUNO.

Abanico despreciado,
guantes blancos sin provecho,
y mal-hadada escofieta...
¡qué lástima de dinero!
¿tienes conciencia, muger?

D.ª LAURA.

Un poco mejor la tengo
que tu ; pues si me dexáras
salir con quanto yo quiero,
y me dieras gusto en todo,
no habria voces ni pleytos
en la casa.

D. BRUNO.

Y si tu fueras...

D.ª LAURA.

Dí, ¿qué soy?

D. BRUNO.

Eres...

D.ª RITA.

¿Volvemos
á la camorra? Señores,
tened prudencia.

D.ª LAURA.

No puedo
con este hombre.

D. BRUNO.

Yo tampoco
con esta muger.

Sale Don Lorenzo, Oficial.

D. LORENZO.

¿Qué es esto?

D.ª RITA.

Que se han salido á reñir
al jardin que está mas fresco.

D. LORENZO.

Pues no hace nada de frio.

D. BRUNO.

Como está el dia tan bello,
nos dió gana de salir
despues de comer.

D. LORENZO.

¡Qué veo!
Mi Señora Doña Laura,
parece que está ese cielo
nublado.

D. BRUNO.

Acaba de darle
un fuerte vapor de aquellos
que la hacen perder el juicio.
Vea vmd. aquí los trofeos
de su locura.

D.ª LAURA.

¡Ojala
que lo fueran tu pesquezo,
y tus ojos, mal marido,
miserable, ruin, grosero!

D. BRUNO.

Muger, mira...

D. LORENZO.

Hasta despues.

D.ª RITA.

¿Dónde vais?

D. LORENZO.

Ahora me acuerdo
de que es tarde, y de que aun
no he rezado el Jubileo.
Yo volveré á acompañar
á vmds. con Don Silverio
para ir al bayle á las siete.

D.ª LAURA.

Yo no voy.

D. BRUNO.

Si yo me empeño,
irás.

D.ª LAURA.

No iré.

D. LORENZO.

Doña Rita,
¿hemos tenido muñecos?

D.ª RITA.

Nó, que han sido gigantones;
y que segun van creciendo,

pueden ser mas.

D. LORENZO.

¿Y la causa?

D. RITA.

Una friolera; pero
Laurita tiene razon.

D. BRUNO.

¿Ella razon? Don Lorenzo,
venid acá, y como si
os estuvierais muriendo,
decid qué sentís. Estaba
mi muger, habrá dos credos,
vestida para su bayle
y peynada, con acuerdo,
de los pies á la cabeza,
de su capricho y su espejo.
Tenia escofieta rica,
(segun el gusto moderno)
que ella poco vale, aunque
me costó quarenta pesos;
estaba tan presumida
de su gala y de su aseo,
tan alegre y hueca, que
no cabia en el pellejo,
quando vino esta Señora
por ella; y apenas vieron

sus ojos ese malvado
sombrerito que trae puesto,
se le antojó sombrerito;
que ha de ser ni mas ni menos,
en la hora, en el instante,
invencion del propio ingenio,
vaciado en el mismo molde..,

D. LORENZO.

¿Y dónde se hallará?

D. BRUNO.

Eso
la propuse yo.

D.ª LAURA.

Es mentira; *llora.*
que porque no sean completos
mis gustos en tu poder,
y en vez de darme consuelos,
repetirme pesadumbres,
empezaste encareciendo
lo lindo, y bien colocado
de la cofia, y por lo mesmo
la he pateado; sí Señor, *fuerte y rabios.*
y si no trae el sombrero,
patearé al Page, y á todos
quantos digan que no tengo
razon. *llegandose.*

D. LORENZO.

¿Quién será capaz *retirandose.*
de decirlo, conociendo
la que á vmd. le sobra?

D.ª RITA.

Nó,
no lo asegureis por miedo
ó por fisga, que la tiene:
pues ningun marido cuerdo,
y que tenga una crianza
tan qual, para un bayle serio,
donde reciben de toda
ceremonia y cumplimiento,
permite que su muger
vaya sin lo mas del tiempo,
lo mas de gusto, mas caro,
y que se rompa mas presto:
que á cada funcion se debe
llevar un trage diverso,
y sombrerillo, abanico,
guantes, y zapatos nuevos.

D. LORENZO.

Así lleváran algunas
caras nuevas.

D. BRUNO.

Pues es cierto

que no las hay de distintos
semblantes cada momento.

Sale el Criado.

CRIADA.

Aquí está el Page, Señora.

D.ª LAURA.

¿Y lo trae todo?

CRIADA.

Yo creo
que nada.

D.ª LAURA.

¿Cómo? Silvestre,
niño. *alterada.*

Sale el Page.

PAGE.

¿Señora? No puedo
alentar. *sudando y jadeando.*

D.ª LAURA.

¿Y el sombrerito?

PAGE.

Maldito el que tienen hecho
en las mil y setecientas
tiendas que habrá por lo menos
de Modistas en Madrid.

D.ª LAURA.

Bruto, animal, majadero,

sí los hay , vuelve á buscarlos ;
y como vuelvas sin ellos,
hoy te has de acordar de mí.

PAGE.

Señora , si vengo muerto
de correr , y no los hay.

D.ª LAURA.

Si hay tal : ó vete , ó te estrello.

PAGE.

¡Qué tenga yo este destino
fatal , de hacer quanto puedo
por complacerla , y que siempre
me esté mi Ama riñendo !

D. LORENZO.

No eres tu solo , hijo mio,
que á otros les pasa lo mesmo.

D.ª LAURA.

¿No vas ?

D. BRUNO.

Muger...

D.ª LAURA.

Calla tu.

D. RITA.

Don Bruno , es vmd. tremendo.
Tambien es fuerte rigor
querer quitarla el derecho

de reñir á sus criados
con tanta causa.

CRIADA.

Por esto
no haya mas bulla, Señores:
verán vmds. que presto
hallo sombrerito yo.

D.ª LAURA.

¡Ay Petra, quánto consuelo
me dieras! Anda, hija mia:
que si me le traes, te ofrezco
una bata, y mi mejor
basquiña de terciopelo.

CRIADA.

Tu que tal dixiste: toma,
aunque tuviera de un vuelo
que ir á París.

D. LORENZO.

Yo sé donde
encontrará vmd. sombreros.

CRIADA.

¿Dónde? *viva.*

D. LORENZO.

En la fábrica de
Badajóz. *con frialdad.*

CRIADA.

¡Qué resalero!
El lance en que nos hallamos:
es para burlas por cierto. *vase.*

D.ª RITA.

¡Qué graciosa es la muchacha!

D.ª LAURA.

Es divina. Yo me muero
por ella. ¿Qué haces tu aquí *al Page.*
bestia? marchate allá dentro.

PAGE.

Perdoneme vmd. *vase.*

D.ª LAURA.

Buscadme
otro Page, Don Lorenzo,
mañana.

D. LORENZO.

Mejor es hoy:
voy á buscar á Silverio,
á encargarle, y de aquí á un rato
á serviros volverémos.

D.ª RITA.

¿De veras?

D. LORENZO.

Sí; pero como
ya no estén en paz, no entro. *vase.*

D. BRUNO.

Aturdido vá de oirte
ese hombre : ¿qué irá diciendo?

D.ª LAURA.

¿De mí? ¡Oh! los Oficiales
son demasiado discretos
y prudentes, quando median
maridos, porque están hechos
á sufrir sus necedades.

D.ª RITA.

Pues si no fuera por eso,
¿cómo así dexar pudiera
el lance, sin haber vuelto
por tí, y haberte vengado?

D.ª LAURA.

Eso claro está.

Sale el Page.

PAGE.

El Cartero, *le dá una*
Señor. *carta.*

D. BRUNO.

¿Mi madre me escribe,
y no mi padre? ¿qué esto?

D.ª LAURA.

¿Ha vuelto Petra?

PAGE.

No tarda, Señora.

D.ª LAURA.

¿Por qué, mostrenco?

PAGE.

Porque aunque fuera volando,
París dicen que está lexos.

D. BRUNO.

¡Ay desgraciado de mí!
ya se acabaron los pleytos *llorando.*
sobre funciones por este
carnabal.

D.ª LAURA.

¿Pues qué tenemos ahora?

D.ª RITA.

¿Por qué llorais? *sobresaltada.*

D. BRUNO.

¡Ay hija! mi padre ha muerto.

D.ª LAURA.

¿Quándo?

D. BRUNO.

El mes pasado: el dia doce.

D.ª RITA.

Por mes mas ó menos,
podia haberlo dexado
para el doce de Febrero. *

D.ª LUARA.

Ya se vé: si es imposible
que yo tenga rato bueno.

D.ª RITA.

No llores por frioleras,
que pueden tener remedio,
muger.

D. BRUNO.

¿Remedio la muerte?

D.ª RITA.

Nó; pero puede tenerlo
el luto, ocultando vmd.
la carta y los sentimientos
á todos, hasta Quaresma:
que entonces celebrarémos
el Novenario, y tal qual,
aunque vestidas de negro
y sin bayles, las amigas
juntas nos divertirémos
con tan plausible motivo

D. BRUNO.

Muger... Señora, yo os ruego

* *Dia de Ceniza en el año de 84.*

no me deis lugar...

LAS 2.

A qué?

D. BRUNO.

A que me hagan los extremos
de mi pena, ó mi razon
decir...

D.ª RITA.

Que lo estais fingiendo
todo, quizá porque Laura
no vaya á la funcion.

D. BRUNO.

Vedlo *la dá la*
vos misma, muger, ó diablo. *carta.*

D.ª LAURA.

¿Murió, Rita? *ap. las 2.*

D.ª RITA.

Con efecto.

D.ª LAURA.

Es desgracia mia, es
fatalidad.

D. BRUNO.

Mas lo siento
yo que tu, consuelate...

D.ª RITA.

A buena hora el consuelo,

mas valiera haberla ahorrado
la pesadumbre.

D.ª LAURA.

Sabiendo *llorando.*
mi pusilanimidad,
y lo que quise á mi suegro,
me vá á dar el trabucazo
de repente.

D.ª RITA.

Sois muy necio.

D. BRUNO.

¿Yo?

D.ª RITA.

Sí. Mal haya la carta,
amen, mal haya el correo
que la condujo, y las manos
tambien que aquí la trajeron.

La rompe, y guarda los pedazos.

PAGE.

Amen.

Sale la Criada, y la Modista con su Criado.

CRIADA.

Albricias, Señoras,
que ya traygo aquí sombreros
de sobra.

D.ª LAURA.

Bendita seas. *la abraza.*

D.ª RITA.

Veamos sin perder tiempo,
Madama.

MODISTA.

Madama, sí.
Aquí tiene uno de negro
que acaba de llegar.

D. BRUNO.

Yo
quisiera ver al mas cuerdo *ap.*
en este lance.

D.ª LAURA.

¡Qué lindo!
Bruno.

D. BRUNO.

¡Si vieras qué feo
me parece á mí!

MODISTA.

El Señor
me perdonará, que es hecho
en París pur la Señora
del Consúl de Madrilecos.

D. BRUNO.

Bien está. Yo me retiro

por no hacer un desacierto. *vase.*

D.ª RITA.

Anda con mas de mil diantres.

MODISTA.

El Señor tiene mal quenio.

D.ª LAURA.

Está algo desazonado.
¿Qué vale?

MODISTA.

Cinqüenta peso
pur Usia.

D.ª LAURA.

Pues no es mucho.

CRIADA.

Ved si yo los hallé.

PAGE.

De esos
yo tambien ví muchos; mas
¿por qué han de llamar sombreros
lo que no quita en verano
el sol, ni el agua en invierno? *vase.*

D.ª LAURA.

Madama, perdone vmd.
y aguarde, le probaremos
al tocador, llevala *ap. á la*
mientras yo pillo el dinero *Criada.*

á tu Amo, al gavinete
de verano...

CRIADA.

Ya lo entiendo.
Sigame vmd.

MODISTA.

Sí, Madama.
Entra los cacones.

MOZO.

Luego *á D.ª Laur.*
me dará usté la propina.

D.ª LAURA.

Sí, amigo.

MOZO.

Para muñuelos. *vanse los 3.*

D.ª LAURA.

¿Qué hacemos, Rita?

D.ª RITA.

Seguir
con el comenzado enredo
de que lo ha fingido; pues
quando llegue otro correo,
ya estamos en la Quaresma.

D.ª LAURA.

Dices bien: viva tu ingenio.

Sale el Page.

PAGE.

Ahí están esos Señores.

D.ª LAURA.

¿Qué Señores?

PAGE.

Uno pienso
que se llama no sé cómo,
mas del otro no me acuerdo.

D.ª RITA.

Famosas señas.

Salen Don Silverio y Don Lorenzo.

D. SILVERIO.

Los dos
somos.

D.ª LAURA.

¿Y á qué es el misterio
de anunciarse?

D. LORENZO.

Por saber
si habia calmado el viento
que yo dexé alborotado.

D. SILVERIO.

Y yo tambien, demás de eso,
porque me habia ocurrido,
Señora, el buen pensamiento

de pedir al Cirujano
vecino sus tres mancebos,
para que os cantasen una
tirana nueva, que creo
os ha de gustar.

D.ª LAURA.

De oirla
por el patio la sabemos,
si es la que yo me discurro.

D.ª RITA.

Dexa que entren, que yo quiero
aprehenderla.

D.ª LAURA.

¿Y qué dirá *ap. las 2.*
mi marido?

D.ª RITA.

Por lo mesmo:
saldrá, contará la muerte
de su padre, negaremos;
rota la carta, no tiene
pruebas, creerán que se ha vuelto
el juicio, pegan con él,
pega él con todos, y hacemos
de los tres Carnestolendas.

D.ª LAURA.

Como tuyo es el intento:

diganles vmds. que entren.

D. SILVERIO.

Adelante, Caballeros.

Salen los 3.

LOS 3.

A la obediencia, Señoras.

LAS 2.

Guarde Dios á vmds.

D. SILVERIO.

Pedro,
Paco, Anton, enarbolad
los tiples, y despachemos,
que están de priesa.

BARBERO 1.°

Nosotros
estamos siempre dispuestos.

D. LORENZO.

Pues alón.

BARBERO 2.°

Cuenta, muchachos,
echar un cantar discreto.

Tirana á duo, y luego coro.

Sale Don Bruno.

D. BRUNO.

¿Adónde estamos, Señores?
¿Laura, estás loca? ¿qué es esto?

Sale la Criada.

CRIADA.

¡Tirana! ¡Pero ay que son
mis amigos los Barberos!

D. BRUNO.

Muchacho, ves al quartél.

D. SILVERIO.

¿Pues qué mal hallais en esto,
Don Bruno?

D. BRUNO.

¡En la hora que me hallo
con noticia de haber muerto
mi amado padre, esta bulla
en mi casa!

D.ª RITA.

Ya le ha vuelto
la manía.

D.ª LAURA.

No es manía,
sino inventar mas pretextos *llora.*
de mortificarme.

D. LORENZO.

Amigo,
eso tambien es mal hecho.

D.ª RITA.

Y si es cierta la noticia,

que os dé la carta por texto.

D.ª LAURA.

¿Qué haces, Rita? *ap. las 2.*

D.ª RITA.

Nada temas,
que hoy justamente me he puesto
ſaltriqueras dobles. Calla,
verás que chasco le pego.

D. SILVERIO.

Carta, canta: dicen bien.

D. LORENZO.

Sacadla.

D. BRUNO.

¡Habrá en el infierno
muger peor!

D. SILVERIO.

Desmentidlas.

D. BRUNO.

Si me la quitó, y la hicieron
pedazos. En el bolsillo
los tiene al lado derecho:
que le enseñe.

D.ª RITA.

Otro embolismo:
eso ya es atrevimiento *se altera.*
y grosería, Don Bruno.

vedlo patente. Pañuelo,
abanico, guantes de
prevencion y palillero,
¿Hay aquí mas? *le vuelve.*

D. SILVERIO Y D. LORENZO.

No Señora.

D.ª RITA.

¿Quereis ver al lado izquierdo
ahora?

D. LORENZO.

No os molesteis,
que está el caso manifiesto.

BARBERO 3.º

Hombre, ¡qué lance!

BARBERO 2.º

Allá en casa,
verás que risa tenemos.

D. SILVERIO.

Que erais ridículo ya
se sabía; mas protexto
que es mas de lo que se sabe.

D.ª LAURA.

¡Ay! que quando yo me quejo...

D.ª RITA.

Eso ahora no viene al caso;
que harto te compadecemos

todos.

D. BRUNO.

Dilo tu, Silvestre.

D.ª LAURA.

¿No veniste del Correo, *pronta.*
diciendo que no habia carta?

CRIADA.

Una libra de pimiento *al oido.*
te hago cenar esta noche,
si no lo afirmas.

PAGE.

Es cierto. *recio.*
Mi Ama dice la verdad.

D. BRUNO.

Dices bien, hijo, yo miento.
Tomemoslo de otro modo, *ap.*
no el barrio escandalicemos.

D.ª RITA.

Chistes de Carnestolendas. *burlandose.*

D. BRUNO.

Decis muy bien, me chanceo.

CRIADA.

Pues la Francesa no gasta *al Amo.*
chanzas; y aguarda el dinero
del sombrerillo.

D. BRUNO.

¿Y quánto es?

CRIADA.

Dice que cinqüenta pesos.

D. BRUNO.

Es muy barato.

D.ª LAURA.

Y quizá
puede que rebaje de eso
una peseta, que á mí
me hace merced.

CRIADA.

La debemos
muchisimo las parroquianas.

D. BRUNO.

¿Tu tambien gastas sombrero,
alma mia?

CRIADA.

Y escofietas
de fandango, que me pelo
por ellas.

D. BRUNO.

Sea para bien. *á ella.*
¿Te se antoja otro embeleco *á D. Laur.*
de gusto para ir al bayle?

D.ª LAURA.

Nó ; si tragera pañuelos
con buen encaje , quizá
llevára alguno.

D. BRUNO.

Veremos
si le trae.

TODOS.

Viva Don Bruno.

D. BRUNO.

Ea , Señores , adentro
á obsequiar á mi muger ,
mientras consulta al espejo
sus perfecciones.

D.ª RITA.

Esto es
ser un marido discreto ,
y fino.

D. BRUNO.

Me dexa ufano
la aprobacion que os merezco.
A mi hermana , y á mis tios *ap.*
habrán escrito lo mesmo :
voy á recoger las cartas ,
y desde allí me enderezo
al bayle ; pillo á Señora ,

en público se las leo,
en público me la traygo,
y en público me la encierro
adonde no la dé el sol
en seis meses por lo menos.

D. LORENZO.

¿En qué pensais?

D. BRUNO.

En la gala
que he de llevar yo, que quiero
tambien ir al bayle.

D.ª RITA.

Viva.

TODOS.

Viva.

BARBERO 1.º

Señor Don Silverio,
¿echamos otra coplita?

D. BRUNO.

Mucho, y la acompañaremos
todos.

D.ª LAURA.

Rita, no me fio. *ap. las 2.*

D.ª RITA.

Por hoy se ha ganado el pleyto:
mañana será otro dia:

y si no á mí que le entiendo.

D. BRUNO.

Petra, saca dos botellas
de Jeréz, refrescaremos
despues de cantar; y tu,
Silvestre, traeme corriendo
mi guitarra.

PAGE.

Arda Bayona,
y todos nos calentemos. *vase.*

BARBERO I.°

¿Vá de veras?

D. BRUNO.

Vamos, hija,
que es tarde, y se pierde el tiempo.

Con la representacion de la tirana se dió fin.



STRADELLA,

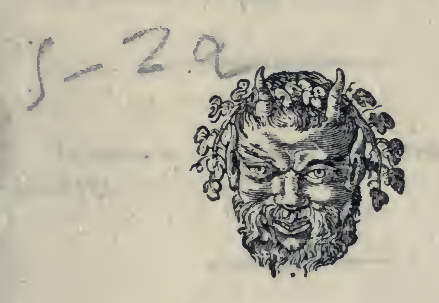
COMEDIA EN UN ACTO

ARREGLADA PARA EL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. JACINTO DE SALAS Y QUIROGA,

ETC., ETC., ETC.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1838.

5-2-6

PERSONAS.

Alejandro Stradella.

Un desconocido, *el gran duque de Toscana.*

Malvolio.

Carcaso.

Belmonte, *agente de policía de Florencia.*

Blanca, *jóven veneciana, muger de Stradella.*

Felipa, *su aya.*

Esbirros.

Acompañamiento del gran duque.

La escena es en Florencia hácia mediados del siglo XVII.

Se hallará en Madrid en las librerías de *Escamilla* y *Cuesta*, donde se encuentra la Coleccion del Teatro moderno.

STRADELLA.

Una habitacion amueblada modestamente, y segun el gusto del renacimiento. Una puerta en el fondo que comunica con la parte esterior; encima de esta puerta una Vírgen en su nicho. A la derecha del espectador; en último término, una ventana; mas inmediato al público la puerta que conduce á la habitacion de Blanca, y en parte retirada un piano. A la izquierda una ventana en último término. Del mismo lado la puerta de una escalera escusada, cubierta con un gran cuadro.

ESCENA PRIMERA.

FELIPA, *saliendo por la puerta de la derecha.*

Descansa...! Bendito sea el Señor...! Delante de ella tengo que reprimirme por no aumentar su dolor... pero cuando estoy sola, puedo al menos lamentarme á mis anchas, y al menos esto consuela, y no poco...! Pobre Blanca...! la mas rica y noble de cuantas en Venecia tienen padre noble y rico! Quién me lo hubiera dicho en otro tiempo, á mí, su fiel aya, que habia de verla huyendo, reducida á ocultarse en un arrabal de Florencia? Y si no fuera mas que ella, pase... á su edad el amor sirve de todo; eso bien me lo sé yo; la Vírgen bendita me perdone...! Pero, pensando en los peligros que de un momento á otro pueden amenazarlos á ella...

y sobre todo á su marido...! Cada vez que llaman á la puerta, la sangre se me hiela en las venas. (*Llaman.*) Dios mio...! ya estoy temblando. Miremos, antes de abrir. (*Se asoma á la ventana.*) Un hombre de malas trazas...! Dios eterno...! y entra...! Ya, mi amo al salir, se habrá olvidado de echar la llave... estos artistas son distraidos de tal modo...! corramos...!

(*Al punto de dirigirse al fondo, ábrese la puerta, y sale Carcaso.*)

ESCENA II.

CARCASO. FELIPA.

Car. (*En trage raido, aspecto ridículo, y grotescos modales.*) Nuestro Señor dé felices dias á la señora...

Fel. Digo! colarse asi, sin esperar á que os enseñen siquiera el camino...!

Car. Quise evitaros esa molestia... estaba la puerta abierta...

Fel. Y por quién preguntais...?

Car. (*Con misterio.*) Por el señor Stradella.

Fel. (*Turbada.*) Cómo...? qué es eso...? No entiendo... no conozco...

Car. Asi se responde á todos; pero á mí, que vengo como compañero...

Fel. Sois músico...?

Car. Soy Carcaso, humilde cantante.

Fel. (*Como desconociendo este nombre.*) Ese nombre...!

Car. Ah! no es tan conocido como el del muy ilustre señor Alejandro Stradella, vuestro amo. Amiga, él empezó por donde otros quisiéramos acabar. Yo, que os hablo, hace veinte años que canto, y toda-

vía no he podido encontrar una escala digna de elevarse hasta él.

Fel. Pero, qué es lo que quereis...?

Car. Hacer un favor á vuestro amo.

Fel. (*Midiéndolo de pies á cabeza con desden.*) Un favor...! Y qué favor...?

Car. (*Despues de haber mirado con misterio en torno suyo.*) Vengo á avisarle que no está seguro.

Fel. (*Aparte.*) Noticia fresca. (*Alto.*) Tendríais por casualidad algun dato particular...?

Car. Cómo si tengo! y muchos...! Al ganar el corazon de su discípula, la señora Blanca Grimaldi, al decidirla á abandonar Venecia con él, mi ilustre compañero se ha portado como un gran compositor; y con un solo tema, una simple fuga, quién sabe cuántas cosas ha hecho...!

Fel. Cómo...! Hay algun otro enemigo á mas del conde Grimaldi, el tio y tutor de mi señorita...

Car. Oh...! en cuanto á ese, como buen diplomático, solo se valdrá de notas... de protocolos... y eso es muy largo... pero desgraciadamente tenemos á mas que habérnoslas con el señor marqués Morosini, prometido esposo de la jóven robada...

Fel. Dios nos la depare buena...! pero qué derecho da ese título de prometido esposo...?

Car. El derecho mas terrible... porque á falta de título jurídico, se emplean armas de mas pronto uso, y de todos modos mas seguras... por ejemplo, (*Mostrando un puñal.*) una cuarta de buen acero, y una mano firme...

Fel. Dios mio...! qué horror...!

Car. Sin duda que es horroroso, pero es costumbre...! Á mas tenemos que habérnoslas con la señora Hortensia...

Fel. La coquetilla del barrio de los Esclavones, la viuda de un procurador...?

Car. La misma. Recien llegada á Venecia, parece que mi enamorado compañero la ha obsequiado...

Fel. Hola...! esa teníamos...!

Car. Ella parece que no se mostró uraña... esta beldad quiere hoy hacerle el favor... Segundo puñal...! Ya veis que está entre dos precipicios mi querido compañero.

Fel. Quién creería eso...? gente de las primeras familias de Venecia, cuyo nombre está en el libro de oro, recurrir al asesinato...! no es horroroso...

Car. Mucho que lo es... pero es costumbre... y os advierto que un espadachin ha salido ya de Venecia...

Fel. Un espadachin...! tiemblo... pero estais bien cierto de ello...?

Car. Oh! no me cabe duda... lo sé... oh! lo sé... personalmente. Es el danzante de mas invencion... Mirad... estoy por asegurar que en este momento se ocupa solo en idear el medio de introducirse aqui, bajo cualquier pretesto, para conocer el terreno, combinar su plan, y despues... (*Hace señal de clavar un puñal.*)

Fel. Dios eterno...! Ah...! Señor...! podríais darme al menos las señas de ese mal hombre, para que procure yo conocerle...?

Car. Segun lo que he oido decir... es un buen mozo... fisonomía graciosa... talento... modales muy finos...! (*Aparte.*) No he hecho muy mal mi retrato.

Fel. Válgame el Señor...! tener una que desconfiar de las personas que mejores trazas tengan!

Car. Muchas veces conviene hacerlo asi...! Os aconsejo ademas que, si existe por casualidad en es-

ta casa algun pasadizo, alguna salida secreta...

Fel. (*Volviendo involuntariamente la vista hácia la puerta secreta.*) Ay...! Dios mio...! esta escalera secreta... la puerta no está cerrada...

Car. (Bueno...! ese es el camino... necesito la llave.) (*Alto.*) Cómo...? cómo...? teneis una escalera secreta y dejais la llave en la puerta...! Qué imprudencia...!

Fel. Teneis razon...! voy á...

Car. (*Deteniéndola.*) No os molesteis, no os molesteis, señora... yo lo veré por mis propios ojos... Cuando se trata nada menos que de la vida de un compañero, del gran maestro Stradella... Dios mio...! (*Cerrando la puerta de la derecha.*) Asi... Ahora quitemos la llave, y sobre todo guardémosla con cuidado... Hay tantos malvados que llevan siempre consigo llaves falsas... (*Saca una con sutileza de su bolsillo.*) Un cambio... (*Cambia de llaves.*) se hace al momento... vos no las sabríais distinguir... (*Le da la llave falsa.*) Tomad vuestra llave.

Fel. (*Guardándola.*) No saldrá de mi bolsillo.

Car. Una vez que ya he conseguido el honroso objeto de mi visita, permitid... (*Saluda para retirarse.*)

Fel. Os vais ya... No dejeis de volver á ver á mi señor...

Car. Por supuesto... esas intenciones tengo.

Fel. (*Acompañándole.*) El cielo os haga feliz en cuanto emprendais...

Car. Asi lo espero... Cuanto puedo hago para lograrlo. No os incomodeis... ya conozco el camino. (*Aparte, al retirarse.*) Desafio ahora á todos mis rivales, hasta á este hipócrita Malvolio.

ESCENA III.

FELIPA.

Qué hombre tan honrado...! mereceria ser canonizado...! Y yo que tenia desconfianza de él nada mas que por sus trazas... Qué gran favor le debo...! gracias á su celo, no vuelvo á tener un instante de tranquilidad... Espadachines...! asesinatos...! Cuando imagino que á menudo nos quedamos solas, mi señorita y yo, en esta casa, que está en sitio tan retirado...! Si al menos tuviéramos un buen criado que pudiera hacer centinela, y defendernos en caso de necesidad... Pero cómo hallar una persona de confianza en esta ciudad, en donde no conocemos á nadie...? Ah...! Vírgen Santa, protégenos...!

ESCENA IV.

BLANCA. FELIPA.

Blan. (*Saliendo por la puerta de la derecha.*) Protegernos...! y contra quién, Felipa...?

Fel. (*Aparte.*) Mi señorita...! no la asustemos. (*Alto.*) Nada, nada, señorita. Estaba haciendo oracion... Pero qué tal, se ha descansado...?

Blan. Apenas he podido conciliar el sueño... el sueño mas triste, en que me veía separada de mi Stradella...

Fel. Ya, ya, una pesadilla; ya sé lo que es... (*Aparte.*) Una acabo de tener, una, y despierta.

Blan. Cómo tarda en venir...?

Fel. Para qué atormentaros...? No puede haberse detenido en casa del comerciante, que debia pagarle hoy esas letras?

Blan. Eso es lo que estoy esperando, para que podamos irnos á Roma, en donde el favor del santo padre ofrece á Stradella un asilo inviolable.

Fel. Desgraciadamente todavía no hemos llegado allá, y me parece que para estar seguros en Florencia, lo mejor hubiera sido implorar la proteccion del gran duque de Toscana, el príncipe Fernando II de Médicis.

Blan. Lo pintan tan generoso...! tan popular...!

Fel. Como que dicen que se pasea solo por las calles como un cualquiera, y que visita á los artistas célebres, y entra en las casas de comercio, en las tiendas, en el casino, para verlo todo por sus propios ojos. Ah! si un hombre como mi amo se dirigiese á él...!

Blan. Tienes razon; pero cuando le he dicho esto mismo á mi marido, ha rechazado mi idea con tal repugnancia...

Fel. Y por qué?

Blan. No lo he podido adivinar.

Fel. Un capricho tal vez.

Blan. Pues bueno, aunque eso sea, le daré una prueba de amor respetando hasta sus caprichos.

Fel. Buena moral es esa... yo le respeto tambien, le quiero mucho, pero... hacer caso de sus caprichos...! demasiados ha tenido, y que nos cuestan caros, por cierto; testigo el dia de la escapatoria: si no se hubiese negado á tomar...

Blan. Ah! cállate; ese rasgo ha aumentado mi amor.

Fel. Y disminuido vuestro bolsillo.

Blan. Cómo olvidar la grandeza de su conducta...!

acababa mi tio de negarle con desden mi mano, que yo le daba con mi corazon, y no contento con esta afrenta, le habia intimado, en su calidad de magistrado, que saliese del territorio de la república en el término de veinte y cuatro horas; y cuando opusimos á esta tiranía un casamiento secreto y la fuga, cómo hubiera podido esponerse á que se creyese que habia obrado por vil interes...! Oh! me parece verle todavía, cuando en el momento de huir tragiste tú la caja que encerraba mis diamantes...! qué bello me pareció cuando volviendo á mí los ojos me dijo: "no, no, de ella, no quiero mas que á ella sola.—Una vez que yo le he de deber mi felicidad, débame ella la riqueza."

Fel. Buena riqueza te dé Dios.—La que os ha dado hasta ahora...

Blan. (*Sonriendo.*) Mejor, con eso nadie nos conocerá... las privaciones disfrazan...

Fel. Cáspita! Y algunas veces demasiado...

Blan. Y qué importa eso? Nada me falta cuando mi Stradella está á mi lado, cuando le veo, sobre todo cuando le oigo... oirlo! Dios mio! en mi familia, en toda Venecia le acusan tal vez de haber usado de artificios para seducirme... cómo se engañan... solo usó de uno, y muy sencillo... su canto.—Quién, al escuchar su voz, no siente conmovido el corazon! Qué me importa lo que me rodea en la tierra, cuando me imagino estar en los cielos...

Fel. En los cielos...! (*Mirando la habitacion.*) Por la Vírgen bendita que si el paraiso no está mejor pertrechado que esto, no habia para qué vivir tantos años sin mancha.

Mal. (*Cantando al pie de la ventana.*)

Salve, piadosa señora,
Amparad á un peregrino
Que, en nombre del ser divino,
Vuestra compasion implora.

Fel. Escuchad... vos que amais tanto el canto, os ha dado ese peregrino por el gusto.

Blan. (*Sonriendo.*) Oh! no se parece su voz á la de mi Stradella; pero canta; toma... dale esa moneda... es la última que me quedaba... Esto será buen agüero para mi marido.

Fel. (*A la ventana.*) Tomad, amigo. (*Arroja la moneda.*) Pero...! Dios mio, qué veo...! no me engaño, no...; entrad, entrad, amigo!

Blan. Qué es eso, Felipa?

Fel. Una inspiracion, señora. Conozco á ese peregrino de haberlo visto hace mas de dos años en la iglesia de San Marcos, orando con un fervor que edificaba. El cielo nos le envia, señora...!

Blan. Pero... qué tiene que ver...?

Fel. Buscabais un criado seguro y fiel que nos acompañase á Roma...

Blan. Y crees tú que ese peregrino...?

Fel. Respondo de él como de mí misma. Es un modelo de piedad... y luego... es tan honrado... ofrecia el agua bendita con una soltura... Aqui está, mirad qué santo rostro.

ESCENA V.

LOS MISMOS. MALVOLIO *en trage de peregrino.*

Fel. Acercaos, acercaos, buen peregrino.

Blan. No venís de Venecia, amigo?

Mal. (*Con tono hipócrita.*) Sí señora.

Blan. Y vais á...?

Mal. A Roma.

Fel. A Roma?

Mal. A Roma, á besar la sandalia del santo padre y ganar las indulgencias...

Blan. Cómo os llamais?

Mal. Malvolio...

Blan. Cuál es vuestro oficio?

Mal. Para serviros, la Serpiente de la Escritura Santa.

Fel. Cómo?

Mal. Serpiente, para serviros... Yo soy el que en la misa unas veces atrueno con mi voz, otras enciendo las luces, otras me doy golpes de pecho. En fin, soy el ejemplo vivo de una serpiente.

Fel. Hola!

Blan. No teneis otro oficio?

Mal. Sí tal, señora; unas veces doy al fuelle en el órgano, otras lloro en los entierros; y cuando me sobra tiempo, ruego á Dios por las animas del purgatorio.

Fel. (*A Blanca.*) Qué tal...? No os decia yo que era un santo varon? Con que, en qué quedamos?

Blan. Bueno, haz lo que quieras. (*Se acerca á mirar á la ventana.*)

Fel. (*A Malvolio.*) Respondedme. Si se presentara una ocasion de concluir vuestra peregrinacion en un

buen carruage, sirviendo á un hombre generoso que os recompensara bien...

Mal. Con tal que fuera con personas piadosas que no me indujeran en tentacion.

Fel. Conmigo...

Mal. Oh! entonces no hay tentacion que temer.

Blan. (*Alborozada.*) Ahí está, ahí está; de bien lejos le he visto.

Fel. A quién? A mí, señora?

Blan. Voy corriendo á recibirle. (*Se va por la puerta del fondo.*)

Fel. (*A Malvolio.*) Seguidme á la cocina.

Mal. Al momento... dadme solamente el tiempo de rezar una salve á la Vírgen para santificar mi entrada aqui. (*Se pone de rodillas.*)

Fel. Asi me gusta; el alma antes que el cuerpo; dadme vuestro baston, que os incomodará. (*Lo toma y se va por la derecha.*) Es un tesoro este muchacho...!

ESCENA VI.

MALVOLIO, *levantándose así que Felipa sale.*

Por fin... ya he llegado... y estoy en estado de ganar los doscientos cequíes del señor Morosini, sin temer que ese judío Carcaso siga mis pasos...! como hace siempre. (*Con uncion.*) Ah...! hé aqui lo que es frecuentar las iglesias... Dios protege á los que le sirven. Ahora ya estoy seguro de ganar ese dinerillo, que no me vendrá mal... Pero, vive Dios, que he de cumplir bien con mi deber... mi oficio es como otro cualquiera... con tal que lo ejerza uno lealmente... (*Al oir pasos se retira á un lado.*)

ESCENA VII.

STRADELLA. BLANCA. MALVOLIO.

Blan. Cuánto has tardado...! Estás sudando, mi querido.

Stra. En verdad estoy despedazado... he andado tanto... (*Reparando en Malvolio, que se adelanta con gazmoñería para cogerle el sombrero.*) Es ese el hombre de que me has hablado?

Blan. Ese es.

Mal. (*Haciendo reverencias.*) Señor...

Stra. Bueno, bueno, amiguito. Podeis ir allá dentro.

Mal. (*Saludando.*) Sí, señor...! (*Aparte al retirarse.*) Qué pedazo de hombre...! Si lo hubiese yo visto antes, hubiera pedido doble paga. (*Stradella se vuelve á él con impaciencia. Malvolio se inclina con gesto hipócrita.*) Sí, señor...

ESCENA VIII.

STRADELLA. BLANCA.

Stradella se sienta distraido; Blanca se acerca á él y lo mira con ternura.

Blan. Qué pensativo estás, querido mio...

Stra. (*Tomándole la mano.*) De veras...? Pues entonces hago mal, porque tu presencia debia bastarme para desvanecer todos mis disgustos.

Blan. Con que tienes disgustos?

Stra. Ya que no te lo puedo acultar, te diré que sí. Hoy todo parece conspirar contra nosotros, y sin

embargo, en medio de mis pesares conozco que la fortuna no ha sido del todo injusta; (*Con ternura.*) no me ha concedido el mas envidiado de sus bienes? y no es justo que me lo haga pagar...?

Blan. Ah! ya lo temia yo... algun nuevo peligro de que yo soy la causa... Eras tan dichoso antes de conocerme...

Stra. Pues hija, te sienta como hay Dios ese lenguaje, á tí que has perdido por mí la más brillante fortuna...! Ten valor, angel mio. Despues de la tempestad el azul del cielo es mas hermoso.

Blan. Cómo te agradezco el que me consueles asi...!

Stra. Caspita! si uno se dejase vencer por la adversidad, no merecería ni el nombre de artista...! A mas, no hay nada perdido; si he cometido una imprudencia...

Blan. Qué imprudencia...! dímelo.

Stra. Si no me riñeras mucho...!

Blan. No te reñiré; cuéntamelo, cuéntamelo, por Dios.

Stra .Hace un rato, cuando fuí á casa de ese bendito comerciante, no me fue posible hablarle, porque dormia aun; si le hubiera ido á llevar dinero, le hubiera dispertado... pero como iba á buscarlo...

Blan. Prosigue.

Stra. Obligado á pasearme para pasar el tiempo hasta la hora de volver, yo no sé cómo me dejé tentar, á pesar de tu prohibicion, pero lo cierto es que...

Blan. Qué? acaba.

Stra. Entré en la catedral...

Blan. En la catedral... cielos! en el sitio mas frecuentado de Florencia! esponerte á ser reconocido! Eso es horroroso... eso es no tenerme amor ninguno.

Stra. (*Sonriendo.*) Y decia que no me habia de reñir.

Blan. Te habia rogado tanto que no entrases en mas iglesia que en la de este apartado arrabal!

Stra. Ya: en la capilla del convento vecino! pero si la música que alli se oye...! todas voces de muger... ni un bajo, ni un miserable tenor, mientras que, al pasar por delante de la catedral, estaban precisamente diciendo la misa... oí de lejos zumbar una armonía llena, viril, voces magníficas de hombre; vamos, aquello solo incitaba; y por colmo de tentacion, adivina lo que cantaban: un trozo de música mio, querida, mi hermoso *credo*... Tú le conoces, y sabes que no es solo á su padre á quien le parece sublime.

Blan. Me tienes en brasas...

Stra. No le cantaron mal, y si no hubieran ido demasiado piano, hubiera quedado contento de ellos, menos de uno solo: el tenor; figúrate, querida mia, un hombre con el peor gusto del mundo... que en melodías enteramente sencillas, meramente de espresion, va á mezclar adornos y floreos del género mas estravagante.

Blan. Ahora no se trata de eso... esa imprudencia...

Stra. Ya llegaremos á ella, hija mia; pero... aquel maldito tenor hizo que se me irritasen los nervios... hacia una hora que estaba ya volado, cuando hé aqui que llega á una frase que habia escrito yo para mí, para este pecho... y el infame, creerás que ha tenido el atrevimiento de desfigurármela con un rasgo? pero, qué rasgo! vamos, ya era por demas; no pude resistir, y en mi indignacion...

Blan. Qué has hecho?

Stra. He restablecido la pureza del texto, he cantado la frase; sí, es preciso confesártelo todo, en un momento de olvido he dado mi *do* de pecho, lo que

ya sabes que solo hago cuando estoy con las personas á quienes amo; luego conocí la locura, y hubiera querido poderle recoger, pero ya era tarde; hija mia, en la vida he visto sensacion general como la que produjo, ni mayor tumulto, ni entusiasmo parecido en la iglesia... Quién ha podido cantar asi? decian; solo Stradella en el mundo es capaz de eso! Y no se oía mas que pronunciar mi nombre por todas partes.

Blan. Me haces temblar.

Stra. No es verdad que es terrible? pero al mismo tiempo era delicioso; si me hubiese dejado llevar de mi entusiasmo, hubiese gritado: pues bien, sí, es Stradella, soy yo.

Blan. Dios mio!!

Stra. No tengas miedo: he pensado en tí, y eso me ha salvado; el amante, el marido de Blanca ya no tenia derecho de arriesgar su libertad; me confundí con la mutiltud, y desaparecí. Pero segun parece, mi aventura ha circulado pronto por toda Florencia, porque una hora despues, cuando me presenté en casa del comerciante, le he encontrado conversando con un hombre de muy buenas trazas, por mas señas que habia oido contar la nueva, y que decia: no hay duda, Stradella ha venido de incógnito á Florencia.

Blan. Ay! amigo mio, no perdamos ni un solo minuto, salgamos para Roma antes de que anochezca.

Stra. Marchar! Eso pronto se dice... pero... sin dinero...?

Bian. Cómo! Esas letras de cambio vencidas hoy mismo...?

Stra. Nuevo contratiempo; acabo de recibir, me di-

jo el comerciante considerando las letras, una contraorden del que las ha firmado, del judío Salomon.—En su carta me dice que era el pago de una venta que le fue hecha de objetos artísticos, pero...
Blan. Ah! ya adivino, tus cuadros, tus estátuas! por mí lo has vendido todo!
Stra. Y sin pena; por desgracia la venta ha sido nula, porque ha añadido el comerciante: el consejo de los diez ha secuestrado todos los bienes del vendedor, el señor Stradella.
Blan. Qué escucho! todavía esta nueva persecucion...!
Stra. Todo es contra nosotros hoy.
Blan. Qué va á ser de tí, reducido á ocultarte, sin recursos, sin un solo amigo!

ESCENA IX.

LOS MISMOS. FELIPA. MALVOLIO.

Fel. (*Agitada.*) Señor! mi querido señor...!
Stra. Dios mio! qué ocurre, Felipa?
Fel. Os persiguen, señor; han adivinado vuestro paradero; abajo, á la puerta, un desconocido pregunta por vos, os llama por vuestro verdadero nombre.
Blan. Ah! querido mio! Huye, huye, por Dios! esa escalera secreta...
Fel. Aqui está la llave.
Mal. (*Tomándola con precipitacion.*) Dádmela, yo abriré.
Stra. Qué! cuando se acerca el peligro iré á huir yo como un cobarde? negaré mi verdadero nombre? Mi nombre sin mancha, y que ya es el tuyo? no, no; Felipa, abre la puerta.

Blan. (*A Stradella.*) Te espones mucho.

Stra. Veré el peligro cara á cara; pero ademas de todo, para temblar asi cuántos son ellos?

Fel. Yo no he visto mas que uno.

Stra. (*Sonriendo.*) Un solo hombre! Y le tendria yo miedo!

Mal. (*Aparte, asustado.*) Cáspita! tiene valor!

Stra. Abrid, Felipa. (*Felipa sale.*) (*A Blanca.*) No temas, niña, seremos dos para uno, tranquilízate.

ESCENA X.

LOS MISMOS. UN DESCONOCIDO. FELIPA.

Fel. Por aquí, señor, por aqui.

Mal. (*Aparte, mientras que el desconocido saluda á Stradella y á Blanca.*) No le conozco; si será algun rival! En nuestro oficio lo que mata es que somos muchos.

Stra. (*Al desconocido.*) Podré saber á quién tengo la honra...?

Des. Honra! No hay ninguna honra en esto: yo no soy mas que un simple mercader de Liorna.

Stra. Y á qué debo esta visita?

Des. Tal vez importuna.

Stra. Imprevista al menos.

Des. A la causa mas sencilla; hace un momento que estaba yo en casa de un comerciante cuando vos entrásteis alli.

Stra. Ciertamente, ya me acuerdo. Perdonadme si no os he reconocido al momento.

Des. No me habeis visto mas que una sola vez, nada tiene de particular; pero no me tendreis al menos por torpe, porqué yo no os habia visto jamas, y al observar vuestra emocion cuando yo hablaba de

Stradella, vuestro turbado semblante al saber el secuestro puesto á vuestros bienes, pronto conocí que erais...

Stra. El artista mas apurado de toda Italia, no lo niego.

Des. Pues de ese apuro es del que vengo yo á sacaros.

Blan. Qué escucho?

Stra. Y de qué modo?

Des. Poniendo á vuestra disposicion dos mil ducados.

Stra. y *Blan.* Es posible...?

Mal. (*Aparte.*) Dos mil ducados...!

Fel. (*Bajo á Stradella.*) Desconfiad.

Des. Aqui los teneis. (*Saca su bolsillo.*)

Stra. (*Despues de haber con una mirada tranquilizado á Blanca.*) Tal generosidad...! por mi alma que no me quiero hacer rogar... viene este socorro tan á tiempo... sin embargo (*Desechando la bolsa.*) no puedo aceptar un beneficio...

Des. Beneficio...! nada de eso; nosotros los comerciantes no damos nada por nada; se trata solo de un ajuste que vengo á hacer con vos.

Stra. (*Con alegría.*) Un ajuste...! por mi vida que si encontrais en mi equipage algo que valga dos mil ducados...

Des. Oh...! yo sé buscar mejor...! lo que yo quiero está (*Mostrando la frente de Stradella.*) alli.—

Stra. Pero sepamos por fin qué es...?

Des. Una de vuestras inspiraciones, un motete vuestro.

Todos. Un motete...!

Des. (*A Blanca.*) Perdonad, señora, si hablamos de negocios delante de vos...

Stra. Pero, vive el cielo, que no sé para qué necesiteis un motete mio.

Des. Es un capricho... debe haber en breve boda en mi casa, y quiero que la fiesta sea completa, que haya algo estraordinario que me dé importancia, que haga hablar de mí... y nosotros los comerciantes, tratándose de artes, vamos siempre á los hombres célebres; eso nos libra de juzgar por nosotros mismos. Y con tal que nos den algo en que haya verdadero genio, no nos detenemos en el precio... asi es que hace tiempo que me hubiera dirigido á vos, si no se hubiese dicho que os habíais negado á servir de este mismo al gran duque de Toscana, que tanto deseo tenia de poseer una composicion vuestra para las bodas de su hijo.

Stra. Y es cierto...! para el gran duque... nada... nada...! aun cuando cubriese cada una de mis notas con un diamante.

Blan. Modérate, querido.

Des. Por qué moderaste, señora? eso fuera bueno si los Médicis fuesen todavía, como en su origen, unos mercaderes que enviaban buques hasta las Indias, que, desde su escritorio, hacian tratados con los tronos, y negociaban el reposo de las naciones, ó los triunfos de los ejércitos...! Pero en el dia que solo son unos meros príncipes, unos pobres soberanos hereditarios, no hay necesidad de hacerse violencia para callar...

Stra. Teneis razon... sois un hombre de buenos sentimientos... aunque á la verdad, algo estravagante... tomad esos cinco... tendreis el motete que deseais.

Des. Con que es trato hecho...!

Stra. Sí, tan solo á una condicion...

Des. Y cuál...

Stra. Que nos acompañareis á comer.

Des. De veras...! me ofreceis... á mí, que he venido á especular con vuestro apuro...

Stra. Precisamente... és para vengarme; tendreis que hacer penitencia...

Blan. Pronto, Felipa... Malvolio... la mesa.

Mal. (*Aparte.*) Dos mil ducados por un motete! por ese dinero le hubiera yo asesinado á toda Florencia.

ESCENA XI.

STRADELLA. EL DESCONOCIDO. BLANCA.

Des. (*Aparte.*) Se ha negado á irme á ver á mi palacio; pues bien, yo he venido á verlo á él á su casa.

Stra. Me estoy riendo de pensar la rabia que tendrá el gran duque cuando sepa que he hecho para un mero mercader lo que no he querido hacer para su alteza... y para que tenga mas rabia... voy á escribir con cuidado vuestro motete...! cuanto mas efecto produzca... tanto mas pateará el gran duque.

Des. Con que tan mal lo quereis...? qué os ha hecho?

Stra. Nada... nada... un capricho... me desagrada... lo detesto... es uno de esos hombres cuya presencia me haria daño, y á quien no podria mirar cara á cara...

Des. Pero en fin, de qué lo culpais...?

Stra. De ser un ignorante, sin gusto, sin ideas... un llamado protector de las artes, que no las conoce en lo mas mínimo, aunque no por falta de orejas... un verdadero Midas...!

Des. (*Sonriendo.*) Ya entiendo... y vos sois el Apolo...

Stra. Y por qué no...? modestia á un lado... yo me he acreditado en mi género, como él en el suyo.

Des. (*Sonriendo.*) En el de las orejas...? bien puede ser... y solo encuentro una dificultad, y es, que jamas habeis estado, á mi entender, en Florencia de diez años á esta parte que la Italia os admira...

Stra. En ese tiempo no... pero... antes... pues qué, la Toscana no es mi patria...?

Des. Qué fortuna...!

Stra. Y eso qué os importa á vos?

Des. A mí nada... pero la gloria del pais...

Stra. Pero si vos no sois de él...

Des. Ó! no, eso no... yo soy de Parma...

Stra. (*Bajo á Blanca.*) Calla! yo creía que nos habia dicho otra poblacion.

Des. Con que en fin...

Stra. Nada... hace quince años... entonces tenia yo diez y seis... mi madre, labradora de la frontera, viuda de un triste soldado, todo lo habia sacrificado para hacerme estudiar en Florencia. Para proporcionarle mejores dias nadie puede adivinar los esfuerzos que yo hice. Cuando fue preciso separarme de ella, mi pobre madre derramó muchas lágrimas. Asi fue, que pensando en su choza ningun esfuerzo me parecia grande, con tal que de él esperase la victoria, porque me decia yo á mí mismo: "es para mi pobre madre... ella me bendecirá."

Des. Por fin...

Stra. Por fin, ya creía tocar al término. Habia logrado salir del camino trillado; habia sabido crearme una habilidad particular; en fin, era yo... Se abre un concurso, un certámen; el duque vino á él.

Des. Rara cosa...! Y qué hizo? (*Aparte.*) Yo ya no me acuerdo...!

Stra. Qué hizo? nada; una hazaña. Empezó á aplau-

dir voces comunes, métodos vulgares, habilidades en flor que jamas han dado fruto... llega por fin mi turno... tenia miedo, pero me acordé de mi pobre madre, y estuve superior á mí mismo.

Des. Y el gran duque...

Stra. La echó de inteligente, y no encontrando todos los melindres comunes á que estaba acostumbrado, sabeis lo que hizo? "Pasemos á otro... pobre muchacho, jamas hará cosa de provecho."

Blan. (*Soltando la carcajada.*) De veras?

Des. En cuanto á eso, os doy la razon, obró mal; pero le habeis desmentido despues de tal modo, que os debeis creer en paz.

Stra. En paz. Ó! tal vez, si no me acordase mas que de los desprecios, de los insultos de mis compañeros, de mis mismos maestros, cuya envidia, comprimida hasta entonces, miró este fallo como una arma para humillarme, para proscribirme, le perdonaria á vuestro Fernando el desalentarme... pero la muerte de mi madre, que no pudo resistir á la pérdida de sus esperanzas...! Al recordar este suceso no puedo detener las lágrimas... Mi pobre madre, que murió de dolor y de miseria...! por qué no vive ahora...? yo la haria feliz...!

Blan. No te aflijas asi, querido Stradella.

Des. Siento en el corazon...

Stra. Pero dejemos en paz á los príncipes, su proteccion y su buen gusto... (*Al ver la mesa, que traen Felipa y Malvolio.*) Esto es mas sólido é interesante...



ESCENA XII.

LOS MISMOS. MALVOLIO. FELIPA, *trayendo una mesa cubierta.*

Stra. Vamos, querido mercader, vamos á la mesa...(*Se sienta.*) Y para cambiar de conversacion, habladnos de comercio, de vuestros negocios... Qué es lo que vendeis...? qué teneis en vuestros almacenes...? cuál es el género de vuestro comercio...?

Des. Del mio...! lo que domina son... son los objetos de lujo... sederías, terciopelos...

Blan. Hola...! oh! tendria mucho gusto en ver vuestros almacenes.

Des. Estan á vuestra disposicion, señora; si pasais alguna vez por Plasencia...

Stra. Cómo Plasencia...! Hace un momento decíais Parma...

Fel. Pues yo me acuerdo de haberle oido decir Liorna.

Des. (*Aparte.*) Maldita memoria...!

Blan. (*Bajo á Stradella.*) Mira cómo se turba...!

Mal. (*Aparte.*) Es un compañero; pero vive el cielo que no es muy ducho...!

Stra. Parece, señor mercader, que cambiais á menudo de residencia.

Des. Nada tiene eso de estraño. Tiene uno depósitos en tantas poblaciones...

Stra. Por de contado... podríais decirme á cómo costaria la tercia de terciopelo igual al que lleva puesto mi muger...?

Des. (*Aparte.*) Qué aprieto, Dios mio...! (*Alto, mirando el trage de Blanca.*) Es muy bello.

Stra. Con que...?

Des. Pues... pero ya se ve... como...

Stra. (*Clavando en él la vista.*) El precio...?

Des. (*Aparte.*) Mil veces me he puesto mi manto ducal, pero jamas he inquirido el precio.

Stra. Vamos, señor mio, cuánto vale la tercia...?

Des. Segun... diez ó doce ducados...!

Fel. Doce ducados...! Vírgen Santa... yo no he sido jamas tendera, pero cuando gusteis, yo os daré la tercia de terciopelo igual á este á cinco ducados lo mas, y mejor tal vez, porque este tiene algodon.

Stra. (*Recio.*) Basta, Felipa.

Fel. (*Bajo.*) No hablaré mas, pero... mi querido señor... una sola palabra... (*Le habla al oido.*)

Des. (*Aparte.*) Qué diantres tienen que hablarse con tanto misterio...?

Stra. (*Bajo á Felipa.*) Y estás segura...?

Fel. (*Bajo.*) Lo juro.

Stra. (*Bajo.*) Pues está bien. (*Alto á Malvolio, poniéndole el vaso.*) Vino, Malvolio. (*Al desconocido con energía.*) Querido, no bebereis á mi salud...?

Des. Cómo no...? Con todo mi corazon.

Stra. (*Al desconocido con fuerza.*) Eso estrechará las amistades, y falta me hace, porque acabo de saber que un espadachin, un asesino, se ha introducido en mi casa...

Blan. (*Queriéndose levantar.*) Cielos...!

Stra. Siéntate, hija mia; no tengas miedo...!

Des. (*Con viveza.*) Un asesino...! si es cierto... cualquiera que sea vuestro resentimiento con el gran duque, no dudeis, venid á su palacio... yo mismo os conduciré á él.

Fel. (*Bajo á Stradella.*) Bien os decia yo...

Stra. El camino no estaria tal vez libre de riesgo... y á mas, el miserable no está tan adelantado co-

mo presume; tiempo tenemos de beber. Sentaos... yo os lo ruego... Echad vino al señor, Malvolio.

Mal. Está bien, señor.

Stra. Le probaré que un puñal levantado contra mi pecho, puede volverse contra el suyo... y este brazo...

Mal. (*Aparte, temblando mientras echa de beber.*) Jesus Nazareno...!

Stra. Tened cuidado, señor; vuestro vaso tiembla...

Des. No, es la botella.

Stra. Bebamos, pues.

Des. A vuestra larga prosperidad...!

Stra. Y al arrepentimiento del traidor... porque si yo lo descubro, puede encomendarse á todos los santos de su devocion. (*Aparte, observando beber al desconocido.*) No ha vertido una gota.

(*En este momento, tres golpes dados con fuerza á la puerta hacen temblar á todos los presentes.*)

Blan. Ah! Dios mio...!

Stra. Quién llama asi...? Id á abrir, Felipa...

(*Felipa sale; al mismo tiempo se oye una voz gritar fuera.*)

Una voz. Abrid, en nombre del gran duque.

Mal. (*Aparte.*) Del gran duque...!

Blan. Somos perdidos...!

Stra. No temas... yo te defenderé.

Mal. (*Aparte.*) Malsines...? vendrán á quitarme el pan de la boca.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. FELIPA. BELMONTE. DOS ESBIRROS, *que se colocan á los lados de la puerta de la entrada.*

Bel. (*Con la espada en la mano.*) El señor Alejandro Stradella...!

Stra. Soy yo...

Bel. (*Desdoblando un papel.*) Escuchad órdenes que os conciernen. (*Lee.*) "En nombre del muy alto y muy poderoso señor Fernando II de Médicis, gran duque de Toscana, y á peticion de la serenísima república de Venecia, el llamado Alejandro Stradella, acusado de rapto en la persona de una doncella noble, será detenido donde quiera que sea hallado dentro del territorio de Toscana, y conducido otra vez á Venecia, para dar cuenta de su conducta ante el consejo de los diez. La señora Blanca Grimaldi será detenida igualmente, y puesta en manos de su familia."

Blan. Ya no hay esperanzas...

Mal. (*Aparte.*) Esto es un robo... infeliz de mí...!

Stra. Qué tal...! y dirán luego que hago mal en no dirigirme al gran duque...? Hé aqui cómo protege á los artistas... hé aqui cómo el descendiente de Lorenzo el magnífico entiende la hospitalidad.

Bel. Os espero, señor Stradella; y á vos lo mismo, señora.

Blan. Lo único que os pido en nombre de Dios es que no nos separeis.

(*El desconocido, que ha escuchado sonriéndose á Stradella, detiene á Blanca en el momento en que va casi á echarse á los pies de Belmonte.*)

Bel. Lo siento, señor, pero las órdenes que he recibido son terminantes en ese punto.

Des. Deteneos, señor capitan... Ó yo conozco muy mal las leyes de este pais, ó la fianza de un ciudadano conocido de Florencia hace inviolable toda libertad.

Bel. Asi es, señor.

Des. Yo soy ciudadano de Florencia, y soy fiador de Stradella y su señora.

(*Movimiento de Blanca y Stradella.*)

Mal. (*Aparte.*) Ya lo tenemos de Florencia.

Bel. (*Adelantándose.*) Pero señor... (*En este instante ve el rostro del desconocido, y se detiene con sorpresa.*) Qué veo...!

Des. Con que no hay mas que hablar... Por su parte, el señor Stradella y la señora Blanca se obligan á no salir de Florencia sin permiso del gran duque.

Stra. Yo lo prometo.

Bel. (*Con respeto.*) Basta...

(*Belmonte va á saludar segunda vez; una seña del desconocido lo detiene.*)

Des. (*A Malvolio.*) Enseñad á esos señores el camino. (*A Belmonte.*) Sigilo.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, *menos* BELMONTE *y* LOS ESBIRROS.

Stradella ha quedado estupefacto de lo qne ha visto. El desconocido se acerca á el y le toca ligeramente en el hombro.

Des. Qué tal...! no decis nada...!

Stra. Digo, señor mercader de Parma, de Plasencia, de Liorna... ó... seais lo que os dé gana; sería un ingrato si no confesase que me habeis hecho un gran servicio sacándome de manos de estos desalmados. Perdonadme mis sospechas.

(*Le da la mano.*)

Des. Cómo, sospechas...?

Stra. Sí, sospechas... esa loca de Felipa...

Des. Pero amigos, yo os dejo. No olvideis mi motete; os advierto que quiero una obra maestra, que tengo prisa.

Stra. Ahora mismo voy á la capilla del convento inmediato á hacer mi oracion, segun costumbre cuando tengo que entregarme á alguna composicion importante... vuelvo al momento... me encerraré y me pondré al piano.

Blan. Cantareis una hora ó dos.

Des. (*A Stradella.*) Cantareis?

Stra. Oh! sí, para inspirarme.

Blan. Son los momentos en que está mas feliz.

Stra. Mañana... tal vez esta misma noche estará hecho el motete.

Des. Entre tanto hablaré por vos... veré á mis amigos... y si quereis por fin hacer las paces con el gran duque...

Stra. Menos que nunca...! despues de las órdenes espedidas contra nosotros.

Des. Oh! que no sea ese motivo! esos pobres príncipes... les hacen hacer tantas cosas sin que ellos lo sepan... (*Aparte.*) Esta vez sobre todo...

Stra. No importa... os lo repito... no trabajaré jamas para él; nunca cantaré en presencia suya...

Des. (*Aparte.*) Eso está por ver...

Stra. (*Tomando su sombrero.*) Y á mas, qué necesi-

dad tengo de vuestro gran duque estando vos ahí...?

Des. Teneis razon... para serviros en vuestros apuros, qué mas da él que yo...?

Blan. Tanta generosidad... cómo quisiera poderos dar una prueba de mi gratitud...!

Des. (*Bajo y con viveza.*) Teneis un medio de hacerlo.

Blan. Cuál es...? (*El desconocido le dice una palabra al oido; ella da señal de sorpresa.*) Es posible...?

Stra. (*Acercándose á Blanca.*) Qué dices?

Blan. Digo, querido, que nuestra posicion no debe inquietarnos, una vez que... el señor... tiene la bondad de interesarse por nosotros.

Stra. (*Al deconocido.*) Y hace un instante os creía ella un espadachin. Hé aqui lo que son las mugeres. Vamos, salgamos.

ESCENA XV.

MALVOLIO.

Tan luego como salen todos, se adelanta alegre frotándose las manos.

Vamos, vamos, esto va magnificamente... Sin este buen mercader la justicia me quitaba este hombre, y con él los honorarios que tan legítimamente me pertenecen, y destino á mi cara mitad... Es tan dulce trabajar uno para su familia! (*En este momento se oye un ligero ruido en la puerta escusada.*) Qué es eso...? Quién hace ruido...? qué necio soy...! Es el viento... Antes de todo pensemos en asegurar la retirada... Esta puerta, segun me han

dicho, conduce á una escalera secreta, y con la ayuda del picaporte de la vieja... (*Lo saca de su bolsillo.*) Es una invencion magnífica la de los picaportes... No hay puerta que resista... ni cerradura que no ceda. (*Le pone en la cerradura.*) Cómo...! No abre... (*En el momento en que va á volver á poner la llave en la cerradura, se abre la puerta y sale Carcaso envuelto en una capa; Malvolio se detiene asombrado.*) Qué veo...!

ESCENA XVI.

MALVOLIO. CARCASO.

Car. Un hombre...!
Mal. Quién vive?
Car. Amigo.
Mal. Carcaso!
Car. Malvolio!
Mal. (*Amenazándole con un puñal.*) Culebra...!
Car. Serpiente...!

(*Los dos permanecen un instante en la misma postura con los puñales alzados; de repente Carcaso se echa á reir. Malvolio hace lo mismo.*)

Car. Si nos hacemos daño uno á otro...
Mal. En verdad... dos padres de familia... Vaya, hablemos como honrados compañeros que estan en rivalidad, es cierto, pero que se estiman...
Car. Que han nacido para estimarse.
Mal. Este bendito de Carcaso!
Car. Este bendito Malvolio... cómo está tu muger...?
Mal. Buena, á Dios gracias. Y tus niños... tu último niño... sus dientecitos...
Car. Le estan saliendo ahora. Pronto cederé mis par-

roquianos á mi hijo mayor... un bello mozo... lleno de talento...

Mal. Con que, hablemos claro. Tú vienes á...

Car. Sí; y tú...?

Mal. Yo tambien...

Car. De parte de quién...?

Mal. Del señor Morosini... el ex-futuro de la señora blanca... noble siciliano, algo vilioso... muy hombre de bien... Y tú de parte de quién vienes...?

Car. De la de la señora Hortensia, la abandonada de nuestro maestre, napolitana de ojos negros, con pasiones de fuego, y un corazon como el Vesubio... Por lo demas bellísima criatura, paga en buena moneda...

Mal. Caspita...! Pero dos aqui... para qué...?

Car. Si echásemos suertes á quién...? Precisamente tengo aqui...

(*Saca dados del bolsillo.*)

Mal. Y para qué eso...? Asociémonos...

Car. Cómo, asociarnos para tan poca cosa... dos hombres para... y el honor...

Mal. Has visto tú al maestro Stradella...?

Car. No, jamas... y lo siento... no haber oido al primer cantante de Italia...! yo que soy hombre tan fanático por la música...! es vergonzoso...!

Mal. Pues bien, compañero, el primer cantante de Italia es un pedazo de hombre que tiene los puños á lo menos tan fuertes como los pulmones... Y si no llevase yo siempre conmigo una reliquia de San Genaro... que tiene la bendicion del santo padre... hubiera sin duda renunciado ya á...

Car. Cobarde...!

Mal. Cobarde...! Cobarde...! Vaya, hazlo tú solo, valenton...

Car. Necio...! de qué sirve la fuerza en nuestro oficio...! la fuerza para nosotros es lujo... con maña todo se consigue...

Mal. No importa; por sí ó por no, ningun daño hará el que seamos dos...

Car. Corriente... Y en dónde operamos...?

Mal. Aquí... Va á venir dentro de un momento á encerrarse en esta habitacion para cantar...

Car. Cómo...! cantará...?

Mal. Toma...! y eso qué importa...?

Car. Qué dicha! Yo que hace tanto tiempo que deseo oirlo...

Mal. De una pedrada matarás dos pájaros...

Car. (*Riéndose.*) Y enviaremos á nuestro artista derecho al paraiso... recomiendo su alma á santa Cecilia...

Mal. Quieres callarte y no gastar chanzas con esas cosas...?

Car. (*Aplicando el oido.*) Alguien viene...

(*Se oye la voz de Stradella que tatarea fuera.*)

Mal. Es nuestro hombre...! Presto, presto... á nuestro lugar...

Car. Qué momento...!

Mal. (*Empujándole.*) Cuando empiece á cantar...

Car. (*Volviendo.*) Ah...! me olvidaba...

Mal. Vete, miserable...

(*Lo empuja hácia la puerta de la escalera secreta, por la cual ambos desaparecen.*)

ESCENA XVII.

STRADELLA.

Stradella entra con precipitacion y se pasea por algun rato en silencio, pero muy agitado.

Sí, ya he encontrado el tema... Me parece que esta composicion no deshonrará á sus hermanas. (*Se sienta delante de una mesa.*) Veamos... ahora que estoy solo... á ver si puedo estampar algunas frases... *largo maestoso.* (*Talarea y se dispone á escribir, y despues se detiene de pronto.*) No... esto no está bueno... es trivial... sin color... (*Arrojando la pluma con rabia.*) Maldito oficio...! No hay remedio, es preciso encontrar bellas ideas á hora fija... le pagan á uno para eso... Y cuando la inspiracion le falta á uno, un silbido es la recompensa... Ah! si ese público que silba se viese en nuestro pellejo, obligado á crear...! entonces veriamos...! Vaya... volvamos á probar de nuevo...! no sé qué diera por servir á ese mercader que se ha dirigido á mí con tanta confianza... al menos que mi obra valga tanto como su dinero.

(*Va á sentarse como buscando ideas en su imaginacion; la puerta secreta se abre con silencio, y Malvolio y Carcaso salen, cada uno con un puñal en la mano.*)

ESCENA XVIII.

STRADELLA. MALVOLIO. CARCASO.

Stra. (*Revolviendo los papeles de su mesa encuentra*

un himno á la Virgen.) Un himno á la Vírgen...! Feliz ocurrencia...!

Mal. Vamos, este es el momento.

Car. (*Deteniéndolo.*) Silencio.

(*Stradella se sienta al piano y toca un brillante preludio. En este momento se abre la puerta del fondo, y Blanca sale con mucho cuidado conduciendo al desconocido, que lleva encima de su trage una rica cadena de oro, de la cual está pendiente una cruz de diamantes. Siguenle señores, pages y guardias, que permanecen en la galeria esterior. Stradella, absorto en su composicion, nada ve de lo que en su torno pasa.*)

Car. (*Con entusiasmo, pero bajo.*) Bello...! Bravo...! Bravísimo...!

Stra. Ya tengo el tema...! ya tengo el tema...!

ESCENA XIX.

LOS MISMOS. EL DESCONOCIDO, Ó EL GRAN DUQUE. BLANCA. FELIPA. ACOMPAÑAMIENTO, &c.

Stra. (*Canta.*)

MÚSICA DEL MAESTRO DON RAMON CARNICER.

El perfume de tu altar,
Madre del amor viviente,
Ni es el perfume de Oriente,
Ni el clavel, ni el azahar;
No; tu perfume es mejor:
Hija del Eterno Padre,
Del Hijo amorosa Madre,
Tu perfume es nuestro amor.

Dos corazones angélicos
Que viven porque te adoran,
Tu piedad, ó Madre, imploran
En premio de su virtú.
Al mar del mundo sin brújula,
Tal vez perdidos navegan;
Ay! si en tus brazos se entregan,
Enlázalos, Madre, tú.

(*Tan luego como Stradella ha empezado á cantar, se ha descubierto Malvolio con respeto; se postra insensiblemente, en lo cual le imita Carcaso. A la conclusion de la estrofa este último no puede reprimirse, deja caer el puñal, aplaude con las manos, se postra, y esclama:*)

Car. (*Aplaudiendo.*) Bravo, bravísimo...! Es el canto del cisne...!

Blan. (*Adelantándose con precipitacion.*) Qué escucho...? (*Al notar los puñales que tienen los dos hombres á sus pies, da un grito.*) Ah...!

Stra. (*Saliendo de su éxtasis.*) Qué es eso...? qué es eso...?

Blan. Dios mio...! asesinos...!

Gran duque. Cómo...! esos dos hombres...

Stra. (*Acercándose á los dos hombres, que permanecen de rodillas.*) Responded, miserables... Es cierto...?

Car. Señor... (*Stradella hace un gesto amenazador.*) pero cantais tan bien...

Mal. Todavía estoy conmovido...!

Gran duque. Es posible...? Tal efecto ha producido en...

Stra. Pero qué significa tanta gente... esplicadme eso... duermo, ó estoy despierto...?

Gran duque. Stradella, habiais jurado no cantar jamas delante del gran duque, pero vuestra Blanca os ha hecho faltar al juramento, porque... el gran duque os acaba de oir cantar.

Stra. Cómo, señor...!

Gran duque. Y doy gracias á mi curiosidad, porque ella me hubiera proporcionado el gusto de defender vuestros dias, si vuestro raro genio no hubiese hecho este milagro... (*Dándole la mano.*) He sentido vuestras quejas de esta mañana... me he dado palabra de haceros olvidar mi falta para con vos, y de conquistar vuestra amistad... Acabo ya de escribir al dux de Venecia á fin de que haga cesar las persecuciones dirigidas contra vos.

Stra. Señor, mi gratitud...

Gran duque. Mientras llega la contestacion, os ofrezco un asilo en mi palacio...

Stra. Para probaros que no olvido jamas un beneficio, acepto esa oferta, y prometo á vuestra alteza cantar yo mismo en la boda de su hijo el motete que me ha encargado.

Gran duque. Gracias, Stradella...! (*Volviéndose á los asesinos.*) En cuanto á estos miserables...!

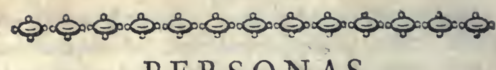
Stra. Oh! Señor, os pido su perdon...! les debo el mas bello triunfo de mi vida... como Orfeo, he enternecido á...

Car. y *Mál.* (*A gritos.*) Viva el señor Stradella! Viva!

FIN.

LAS SUPERFLUIDADES.

Si se aplicára el hombre
A cumplir las funciones de su estado
Qual se le vé afanado,
Porque no se murmure de su nombre,
Con vanas y ridículas taréas;
Mejor nombre tendria,
Viviera mas, y en paz descansaria.



PERSONAS.

D. PABLO.
D. BLAS.
D. LUIS.
D. ROQUE.
D. ANDRES.
D. JORGE.
D. PEDRO.
D. LOPE.
D.ª JUANA.
D.ª ANA.
PEPILLA.
D.ª JACINTA.
SU HIJA.
PAGE 1.º
PAGE 2.º
UN ASMATICO.
UN LACAYO.
UN COMPRADOR.

UN MOZO *que no habla.*

La Scena es en Madrid.

13-9-



Calle pública: atraviesan de quando en quando algunas gentes, hombres de capa, y mugeres de mantilla, por el foro, para mayor verisimilitud: y salen de militar muy soplado D. Pablo, y de capa de grana y corbata D. Blas.

D. PABLO.

Anoche, Don Blas, perdiste
una grande cuchipanda.
¡Qué linda cena nos dió
mi Señora Doña Juana!

D. BLAS.

¿Cena? ¿Pues no fue ayer dia
de ayuno?

D. PABLO.

Bien lo reparas:
colacion quise decir.

D. BLAS.

Pues para colacion basta,

(aunque haya veinte personas)
con seis quartos de ensalada,
dos ó tres panes en sopas,
y un par de libras de pasas.

D. PABLO.

En qualquiera otra vigilia
así es; mas en la de Pasqua,
en sentandose á la mesa,
muchos hay que la quebrantan;
por eso á su noche todos
la noche-buena la llaman.

D. BLAS.

¿Con que noche-buena quiere
decir hartura de panza?

D. PABLO.

Así es.

D. BLAS.

¿Pero qué cosas
tuvisteis extraordinarias?

D. PABLO.

Hubo (sin ponderacion)
sus quinientas ensaladas.

D. BLAS.

¿Y de qué?

D. PABLO.

De todas yerbas.

D. BLAS.

No traè Dioscorides tantas.

D. PABLO.

Quien dice quinientas, dice
diez.

D. BLAS.

Eso es menos la tara.

D. PABLO.

Nos presentaron despues
una grande besugada,
congrio, merluza, salmon,
pastelillos, empanadas,
una infinidad de postres,
y vinos de todas castas.

D. BLAS.

¿Y no hubo pabos asados?

D. PABLO.

¿A qué viene esa bobada?
¿Pabos en noche de ayuno?

D. BLAS.

Se conoce que ayunaban.

D. PABLO.

¡Pabos! ¿No somos Christianos?

D. BLAS.

Esa qüestion es muy árdua.

D. PABLO.

Pues buena comida habrá.

D. BLAS.

¿A dónde?

D. PABLO.

En la misma casa.

D. BLAS.

¿Por qué?

D. PABLO.

¡Cómo se conoce
que te has criado en la Mancha!
Estás hecho un animal.

D. BLAS.

Mas animal es quien traga
tanto un dia, que no puede
digerirlo en dos semanas.

Sale Don Luis pensativo, con una lista.

D. LUIS.

¿Por dónde empezaré yo
á correr mis carabanas?
Setenta y quatro visitas:
mucho es para una mañana. *Pasa.*

Sale Don Roque mirando el relox acelerado.

D. ROQUE.

Las diez, y treinta cumplidos,

sin los Conventos, me faltan.
Debian de celebrarse
en Mayo todas las Pasquas;
que dán mas de sí los dias,
y son las horas mas largas.
Sale D. Andres muy soplado, y corriendo.

D. ANDRES.

Felices, Don Roque, con
muchos aumentos de gracia
temporales y espirituales
en compañia de Madama,
y demás que vmd. deséa.

D. ROQUE.

Viva. Don Andres, mil gracias.

Sale Don Jorge.

D. JORGE.

Vamos, en nombre de Dios,
despachando como salgan.

D. ANDRES.

Don Jorge, felices con *al pasar.*
muchos aumentos de gracia
temporales y espirituales
en compañia de Madama,
y demás que vmd. deséa.

D. JORGE.

Ahora voy á vuestra casa

á lo mismo.

D. ANDRES.

Yo á la vuestra.

D. JORGE.

Escusemos pataratas.

Vanse cada uno por su lado.

D. BLAS.

¿No ves aquel petimetre?
Parece perro con maza.

D. PABLO.

Es dia muy ocupado
hoy para la gente hidalga.

Sale un viejo Asmático, afirmado en un baston, y su Lacayo.

ASMATICO.

Hijo, mas poquito á poco,
que los alientos me faltan.

D. PABLO.

Amigo, sea enhorabuena,
que me dixeron que estabas
asmático.

ASMATICO.

Y aun lo estoy;
porque está tan arraygada
la calentura .... y el pecho
tan fatigoso .... ni el habla

puedo echar ..... perdona, amigo.

D. PABLO.

¿Pues por qué sales de casa?
Para Dios, quando no hay fuerzas,
con el corazon nos basta.

ASMATICO.

¡Quánto ha que no salgo á Misa!
Ni asomar á una ventana
me permiten: pero hoy, como
es preciso dar las Pasquas
á las gentes, he salido,
y mas que muerto me cayga.

D. BLAS.

Amen: que lo merecia
por locura tan extraña.

D. PABLO.

¿Pues no teneis un criado?

ASMATICO.

Los negocios de importancia
nadie los debe fiar
de quien su primor no alcanza.
Oyes, acuerdame chico,
que pasemos por la plaza
para dar las Pasquas á
la verdulera de casa.

LACAYO.

¿A la verdulera?

ASMATICO.

Sí;

que por ser atento, nada
se pierde: amigos, á Dios.

D. PABLO.

Retirese usté á su cama,
y no sea bobo.

ASMATICO.

¡Y que luego
en Madrid nos motejáran
de impolíticos!

Sale D. Pedro con un monton de esquelas.

D. PEDRO. *al Asmático al entrarse.*

Tomad,
tomad. *al Lacayo.*

ASMATICO.

Decid de palabra,
qué mandais.

D. PEDRO.

Fruta del tiempo
importuna, y no escusada:
perdonad la cortedad,
y estimad la confianza. *Vase el Asm.*

D. PABLO.

¡Señor Don Pedro!

D. PEDRO.

Tomad;
y tomad vos, camarada,
que no puedo detenerme,
y es terrible la jornada.

D. BLAS.

¿Qué es esto?

D. PEDRO.

Para hablar tanto,
es ocioso que gastára
el tiempo papel y plumas
en iros dando las Pasquas
por esquelas; y no obstante
que las dexo en vuestras casas,
repito personalmente;
que lo que abunda no daña.

D. PABLO.

¿Cómo ha pasado la noche
mi Señora Doña Juana?

D. BLAS.

¿No es ese el marido de
las quinientas ensaladas? *ap. los* 2

D. PABLO.

Sí.

D. PEDRO.

Ella lo dirá, Don Pablo,
porque, amigo, solo faltan
tres dias desde aquí al martes,
y os aseguro, que pasan
de quarenta y cinco mil
y setecientas las cartas
de Pasquas que he de escribir
á Andalucia alta, y baxa.
En tres balijas no cabe
lo que escribo por la mala.

D. BLAS.

¿Y qué escribis?

D. PEDRO.

Poco, y bueno:
yo no soy de los que gastan
circunloquios ni supinos
en un anuncio de Pasquas.
¿Queréis ver el borrador?

LOS 2.

Con mucho gusto.

D. PEDRO.

Pues vaya:
no hay Secretario que diga
tan poco en tantas palabras.
Supongo margen.

D. BLAS.

Y Cruz.

D. PEDRO.

Esa está ya reformada,
porque si uno escribe al diablo,
no se espante de la carta.
Muy Señor mio, ó amigo,
(conforme con quien se trata).

D. PABLO.

Al grano.

D. PEDRO.

Decis muy bien;
tened cuenta, que no es larga:
,,Si todas quantas desdichas,
,,si todas quantas desgracias
,,ha inventado la fortuna
,,sobre mí se descargáran,
,,mientras no me dexe manco
,,os he de escribir las Pasquas.
,,Nuestro Señor guarde á vmd....
et cetera. ¡Ved qué rara
expresion! Pero aguardad,
que he visto allí un camarada,
y voy á cumplir .... tomad.

á Don Andres que sale.

D. ANDRES.

A atento nadie me gana :
amigo , felices , con
muchos aumentos de gracia....

D. PEDRO.

Ya os entiendo..

D. ANDRES.

Temporales ....

D. PEDRO.

No me tengais agarrada
la mano , que estoy de priesa. *vase.*

D. ANDRES.

Aguardad , que poco falta.

D. BLAS.

Hombre , esta gente está loca.

D. PABLO.

¡Loca ! El que se descuidára
en semejantes asuntos ,
con buena nota quedaba.

D. BLAS.

¡Superfluidad ! Pero vos
no entrais tambien en la danza ?

D. PABLO.

Yo donde voy á comer
solamente doy las Pasquas ;
y no escribo ni respondo ,

sino á los que me regalan.

D. BLAS.

¡Otra mania!

D. ANDRES.

Compadre, *llega.*
¿le he dado ya á vmd. las Pasquas?

D. PABLO.

Entre amigos....

D. ANDRES.

¿Cómo es eso?

D. PABLO.

Sí: ya me acuerdo.

D. BLAS.

Por dadas.

D. PABLO.

Vámonos, pues.

D. ANDRES.

Van vmds.
á casa de Doña Juana?

D. PABLO.

Si, Señor.

D. ANDRES.

Yo voy al punto;
que primero voy á casa
de mi barbero, y mi sastre.

LOS 2.

¿A qué?

D. ANDRS.

A darles yo las Pasquas
antes que ellos me las den,
que así salen mas baratas.

D. BLAS.

No hay lugar mas divertido
que Madrid, para quien se halla
como yo sin pretensiones,
muger, cortejo, ni trampas. *vanse.*

Se muda el teatro en gabinete, con mesa y escribania: cantidad de cartas, &c. y sale la Señora D.ª Juana de Ama de casa, el page 1.º y un comprador.

D.ª JUANA.

Antes que vuelva tu Amo,
echad en una canasta
todos esos papelones,
y llevad á la antesala
esa mesa, que me estorba:
pues quiero desocupada
esta pieza, donde pienso
recibir esta mañana
las visitas.

PAGE.

Si mi Amo
vé que han revuelto sus cartas,
despues pobres de nosotros.

D.ª JUANA.

Eso no importa; llevadla.

PAGE.

¿Vamos hoy á la Comedia?

D.ª JUANA.

No; pero iremos mañana.

COMPRADOR.

Vamus, alze de ese ladu.

Sale Don Pedro con la guia en la mano.

D. PEDRO.

El correo de Vizcaya
parte lunes por la noche
tambien .... ¿Dónde vais, canalla,
con esa mesa?

D.ª JUANA.

Allá fuera;
que están puestas en la sala
las mesas, y es necesario
que entren aquí los que vayan
llegando.

D. PEDRO.

¿Pero, muger,

posible es que me embarazas,
sabiendo que estoy metido
en un asunto de tanta
gravedad?

D.ª JUANA.

Si tú deliras:
¿á qué vienen tantas cartas?

D. PEDRO.

¿Y á qué vienen ayer y hoy
tanta gente convidada?

D.ª JUANA.

A comer; y á que se sepa
que tengo buena crianza
con los que todas las noches
me obsequian y me acompañan.

D. PEDRO.

Si tú tienes ese gusto, ...
yo tengo el de escribir Pasquas.
Saca papel, chico.

PAGE.

Ya
van las seis resmas gastadas.

D. PEDRO.

Pues que traygan otras seis
por hoy; que para mañana
tomarémos providencia

de que por mayor se trayga.

Sale Doña Ana con el Page 2.°

D.ª JUANA.

¡Qué temprano!

D.ª ANA.

Dexame,
que vengo desesperada.

D.ª JUANA.

¿Por qué?

D.ª ANA.

Despues hablaremos.

D.ª JUANA.

Dí que venga una muchacha
á tomar esta mantilla. *al Page.*

D. PEDRO.

No puede :.: pon una carta
para el Alcalde de Illescas.

PAGE 1.°

¿Sabe vmd. cómo se llama?

D. PEDRO.

No; pon al Señor Alcalde,
y llamese Mula, ó Aca.

D.ª JUANA.

Dexale, que tiene ahora
que ir de mi parte á dar Pasquas
de cumplimiento.

D. PEDRO.

Primero
es esto.

D.ª ANA.

Si gustas, Juana,
aquí tienes mi criado.

D.ª JUANA.

Puede ser que de él me valga;
que este otro, con sus correos
nos trae revuelta la casa.

D. PEDRO.

Si supieras la taréa
que es ésta, no lo extrañáras.
Dios, por su piedad, me saque
con bien de la temporada.

Sale Don Pablo.

D. PABLO.

A los pies de vmd. Señora:
me alegro de que vmd. haya
pasado tan bien la noche,
como parece.

Sale Don Blas.

D. BLAS.

Deo gracias.

D.ª JUANA.

¿Y vmds. han descansado?

D. PABLO.

Los favores nunca cansan.

D. PEDRO.

¿Qué tenga tanto que hacer
dia, en que nadie trabaja?

Sale Don Roque.

D. ROQUE.

A los pies de vmd. Señora.

D. PEDRO.

Ya empieza á venir la zambra.
Subid la mesa al desvan,
que negocios de importancia,
y versos, mejor se escriben *se la llevan.*
en las partes solitarias.
Perdonen vmds. que
tengo que hacer.

D.ª JUANA.

No nos hagas
esperar para comer.

D. PEDRO.

Hasta dexar evaquadas
la Milicia, y las Audiencias,
no puedo soltar la carga. *vase.*

D.ª JUANA.

Estemos aquí; pues como
está la mesa en la sala,

no quiero que todos entren.

D.ª ANA.

Haces bien.

D.ª JUANA.

Con que en sustancia,
¿qué tienes?

D.ª ANA.

¿Qué he de tener?
Que en todita la mañana
ha parecido Don Lope.

D.ª JUANA.

¿Pues anoche no hizo en casa
de su Gefe colacion?

D.ª ANA.

Sí: mas por la misma causa
(ya que no vino despues
para acompañarme á casa)
debió madrugar.

PACA.

Misterio
tendrá quizá la tardanza.

PAGE 2.º

¿Señora, tiene vmd. que
mandar, ó me voy á casa?

D.ª JUANA.

Hágame vmd. gusto de ir

á dar recados de Pasquas.

PAGE 2.º

Digame vmd. dónde.

D.ª JUANA.

Pocos
serán, y á corta distancia.
Llegue vmd. en un instante
á Atocha, y Copacabana,
desde allí á San Bernardino,
y luego despues se baxa
ácia la casa del Campo,
y se las dá al Señor Guarda
mayor; y en estando allí,
una vez que cerca pasa
de la puerta de Toledo,
pregunte si esta mañana
han dexado en el registro
dos cajones de naranjas
para mí; y vuelva vmd. presto,
porque estoy un poco escasa
de gente para servir
la mesa.

D. ROQUE.

Para hacer ganas
de comer, no es malo el viaje.

PAGE 2.º

Se hará como vmd. lo manda.
Ya voy... (á dormir quatro horas, *ap.*
que la noche ha sido mala). *vase.*

D. BLAS.

Si el pobre no toma postas,
no vuelve en esta semana.

Sale Don Jorge, y se tiende junto á una silla.

D. JORGE.

¡Ay! Perdone vmd. Señora,
que no puedo echar el habla,
que vengo muerto.

TODOS.

¿De qué?

D. JORGE.

De hacer visitas de Pasquas.

D. BLAS.

¡Ojala! A ver si con eso
los tontos escarmentaban.

Sale Pepilla de Criada.

PEPILLA.

Señora.

D.ª JUANA.

¿Qué traes, Pepita?

PEPILLA.

Vengo de parte de mi Ama,
que si vmd. no la envia coche,
no puede venir, á causa
de que tiene su merced
una cólica cerrada,
que no sabe si pro-vino
de que probó la lombarda,
ó de los vesugos; pero
que aunque el Médico la manda,
que por hoy no salga á Misa,
porque no digan que falta
en un lance á sus amigas,
no puede venir á pata;
que vmd. pida un coche, y que
vaya luego el coche á casa.

D.ª JUANA.

¿Y dónde tengo yo el coche?

PEPILLA.

¿Qué sabe de eso mi Ama?

D.ª JUANA.

Hija, dila que yo siento
que esté tan desazonada.

D.ª ANA.

¿Pero cómo ha sido?

PEPILLA.

Luego
que su mercé entró en la cama,
la cascó una gomitona;
y por fin á fuerza de agua
caliente se fue aliviando.

D.ª ANA.

¿Pero qué era lo que echaba?

PEPILLA.

Un besugo entero echó
de la primer bocanada;
y de la segunda, un congrio
con una cola tan larga.

TODOS.

¡Jesus!

PEPILLA.

No, pues no es mentira.

D. BLAS.

Yo no se por qué se espantan
aquí de lo que vomitan,
sabiendo lo que se traga.

D.ª JUANA.

Hija, dila que se anime.

PEPILLA.

Ya está su mercé animada;
pero queria coche.

D.ª JUANA.

Dila
que avise, para esperarla
á comer.

PEPILLA.

Si no vá el coche,
no vendrá, que está muy mala. *vase.*

Sale Don Lope con un gran ramo de flores, y muchos cucuruchos, que figura de dulces.

D. LOPE.

No crei que tan temprano
saliese vmd. de su casa.

D.ª ANA.

A muy buen tiempo.

D. LOPE.

Señora,
le ha tentado esta mañana
el diablo á mi peluquero...

D.ª ANA.

Bien.

D.ª JUANA.

Hoy es dia de gracias,
y no de riñas; decidnos
¿qué tal os fue anoche en casa
de vuestro Gefe?

D. LOPE.

Muy mal,
por no estár allí Doña Ana.
Yo repartí el ramillete,
y no pude tomar nada,
sino este par de docenas
ó tres, de flores de Italia,
y estos quantos cucuruchos
de dulces.

D. PABLO.

¿Y tocó tanta
porcion á todos?

D. LOPE.

No sé;
porque viendo que se echaba
la gente á la rebatiña,
abanzé, y fue cosa rara;
era el ramillete un bosque
de flores de mas de vara,
y á un abrir y cerrar de ojos
arrasamos la campaña.

D.ª ANA.

¿Y no tomasteis mas que esto?

D.ª JUANA.

¡Oh! para fineza basta.

D.ª ANA.

Es verdad, que es el Señor
tan corto....

D. BLAS.

La prueba es clara.

Sale Don Andres.

D. ANDRES.

Señores, felices con
muchos aumentos de gracia
temporales y espirituales
en compañia de madama,
y demás que vmds. gusten.

D. BLAS.

El Don Andres es un maza.

D.ª JUANA.

Allí hay silla.

D. ANDRES.

Está muy bien:
descansad un rato patas.

Sale Don Luis.

D. LUIS.

Señora, perdone vmd.
que ha sido la Misa larga.

D.ª JUANA.

En buen dia, buenas obras:
vaya vmd. á ver como anda

la cocina, y que las mesas
se pongan á uso de Francia.

D. LUIS.

Bien; mas deme vmd. las llaves.

D.ª JUANA.

Llamad al Amo, muchachas:
Señor Don Lope, ¿por qué
no se quita vmd. la capa?

D. LOPE.

Señora, aun tengo que oir Misa,
y ya son las dos muy dadas.

D.ª ANA.

Pues vayase usté al instante.

D. LOPE.

Eso breve se despacha. *vase.*

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

¿Qué me quiéres muger?

D.ª JUANA.

Que
tomes las llaves, y vayas
á sacar lo que se ofrezca.

D. PEDRO.

¿Y para eso me embarazas
el correo? Alguno de esos
Señores, que no hacen nada,

te puede ayudar; y cuenta
que aunque la casa se cayga
no me avisen, que primero
es mi obligacion, que nada. *vase.*

D.ª JUANA.

¡Ay tal mania!

D. LUIS.

Señora,
vengan las llaves, y al arma. *vase.*

D.ª JUANA.

Si no fuera por Don Luis,
ciertamente que quedára
yo lucida.

D.ª ANA.

Los maridos
no nos ayudan en nada.

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

¿Han comido vmds. ya?

D.ª JUANA.

¿Pues sin que te se avisára,
se habia de comer?

D. PEDRO.

Qué importa?
Yo en estando con mis cartas
estoy mantenido, voy

á escribir once á Navarra. *vase.*

Salen Doña Jacinta, su hija, Pepilla con un perro cargada, y un mozo con una hacha de viento, un gato, y dos pares de zapatos.

D.ª JACINTA.

Hija, solamente tú
de mi rincon me sacáras
con la noche que he tenido.

D.ª JUANA.

Ya lo ha dicho tu criada.

D.ª JACINTA.

Y eso, amiga, como viste
que no cené quasi nada.

HIJA.

Vamos, sientese vmd. madre,
que viene vmd. delicada.

D.ª JUANA. Y D.ª ANA.

Sientate.

D.ª JACINTA.

Pues si no ha sido
porque ya estaba peynada
la chica, á fé que no vengo,
aunque despues regañáras.
¡Qué colicón he tenido!

HIJA.

Yo creí que no escapaba
de la noche su merced.

PEPILLA.

Hoy se la llevó la trampa.

Sale Don Lope.

D. LOPE.

Diez minutos he tardado:
discurro que no hice falta.

Sale Don Luis.

D. LUIS.

Señoras, todo está pronto.

D.ª JUANA.

Pues que se quite la espada
quien quiera favorecernos.

D. ANDRES.

Y el sombrero, y la casaca.

D.ª JUANA.

¿Sabeis trinchar?

D. ANDRES.

Sí Señora:
arroz, sopa, y ensalada.

D.ª JUANA.

Que avisen á mi marido.

Sale Don Pedro con una taza de caldo, servilleta, &c.

D. PEDRO.

Muy buen provecho te haga,
que yo ya me estoy sirviendo,
y solo quiero esta taza
de caldo, monda y lironda,
porque siento muy cargada
la cabeza con el tiempo;
pero aunque muerto me caiga,
tengo el consuelo de haber
dado á todo el mundo Pasquas. *vase.*

D. ANDRES.

Vedlas muy felices con
muchos aumentos de gracia.

D.ª JUANA.

Ea, á comer, Caballeros.

D.ª ANA Y D. PABLO.

¿Y despues habrá tonadas,
y broma?

D.ª JUANA.

¿Quién pregunta eso,
sabiendo lo interesada
que vivo en dar gusto á quantos
favorecen esta casa?

D. BLAS.

¿Gusta vmd. de que la lleve? *á D^a. Jac,*

D.ª JACINTA.

¿Tienes azeytunas, Juana?

D.ª JUANA.

Muy ricas; ¿cómo estás?

D.ª JACINTA.

Se
me van abriendo las ganas.

D.ª ANA Y D.ª JUANA.

Animate.

D. BLAS.

A la mitad
de la comida se atasca;
y rezamos el responso
en vez de oracion de gracias.

Se ván entrando todos; y deteniendo Don Pablo á D. Blas, le pregunta

D. PABLO.

¿Qué te parece, D. Blas?

D. BLAS.

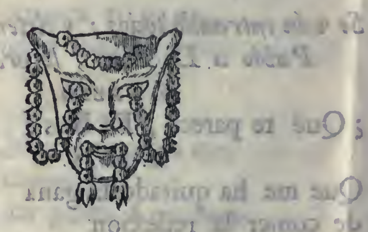
Que me ha quitado la gana
de comer la reflexíon
que esta gente alborotada
suscita al menos juicioso.

D. PABLO.

¿Quál es?

D. BLAS.

Que si se aplicáran
á cumplir su obligacion
los hombres, como se afanan
superfluamente porque
no se murmure que faltan
á los cumplidos de duelos,
parabienes; años, Pasquas,
etcétera; evitarian
otras censuras que dañan
mas su crédito: y mejor
tiempo y salud empleáran.



TAL PARA CUAL,

ó

LAS MUGERES Y LOS HOMBRES.

TAL PARA CUAL,

ó

LAS MUGERES Y LOS HOMBRES.

COMEDIA ORIGINAL

EN VERSO Y EN UN ACTO:

POR DON MANUEL EDUARDO

DE GOROSTIZA.

MADRID 1820.

Imprenta de Repullés, *plazuela del Angel.*

Y solo se engaña el sexo,
Que al otro piensa que engaña.

D. Juan, scena 18 y ultima.

AL EXCMO. SEÑOR MARQUES DE CAMARASA, &c. &c. &c.

Á ti, cuyo afecto jamas se ha desmentido, y cuya amistad pura y desinteresada supo resistir al tiempo, á las pasiones, á la ausencia; á ti, Joaquin mio, ofrezco esta pequeña comedia, no para que tu nombre la autorice, sino solo para que mi corazon agradecido pueda (aprovechándose de tan

grata coyuntura) manifestarte públicamente que conoce el precio de tu amistad, y que la merece, pues lo conoce.

Madrid 1º de Diciembre de 1819.

Manuel Eduardo
de Gorostiza.

PERSONAS.

LA BARONESA, *sobrina de* DOÑA INES.

DOÑA CLARA, *amiga de las dos.*

DON NICASIO, *oficial de infantería.*

DON JUAN, *poeta, amigo de la Baronesa.*

FERMINA. } *criadas de la Baronesa.*
JUANA..... }

La escena es en Madrid en casa de la Baronesa.

El Teatro representa una sala de dicha casa, elegantemente amueblada.

ACTO ÚNICO.

ESCENA I.

LA BARONESA Y FERMINA.

BARONESA.

¿Has visto en toda tu vida
muger mas desventurada
que yo?

FERMINA.

He visto infinitas,
que como usted se quejaban,
y con la misma razon.

BARONESA.

¡Es terrible mi desgracia!

FERMINA.

Pero señora....

BARONESA.

Despues
(como quien no dice nada)
de cuatro meses de ausencia,
¡volver ahora!

FERMINA.

Estravagancia
es por cierto.

BARONESA.

Y cabalmente
cuando por dicha empezaba
á consolarme.

FERMINA.

Trabajo
perdido.

BARONESA.

Pues ya se vé.
¡Mira tú si tengo causa
para sentir y llorar!

FERMINA.

Sí señora; y muy sobrada.
¡Cáspita! volver un novio,
á el que ya no se esperaba,
y con quien ya se tenia
muy cumplido con dos cartas
mas ó menos; digo, ¿es moco
de pabo?

BARONESA.

¡Qué desdichada
que soy!

FERMINA.

Vaya, quien no se ahorca
en iguales circunstancias,
no sabe amar.

BARONESA.

Es verdad.

FERMINA.

Pero al fin, si no os engaña,
y egecuta lo que escribe,
la desdicha nunca es tanta.

BARONESA.

¿Por qué?

FERMINA.

Porque solo debe
hacer noche en Madrid....

BARONESA.

Vaya;
¿te parece poco?

FERMINA.

Y luego
proseguirá su jornada
para Cádiz, donde el pobre,
según nos dice, se embarca
con su division.....

BARONESA.

Pues eso
es lo peor.

FERMINA.

¿Lo peor?

BARONESA.

Muchacha,
pues no ves que si volviese
por alguna temporada,
entonces.... del mal el menos.

FERMINA.

Ya entiendo; entonces llenára
de nuevo su antiguo empleo.

BARONESA.

Sí, Fermina, y si le hallaba
tan fino y tan consecuente
como antes.... quizá premiára
con mi mano su cariño;
pero cuando solo pasa
por Madrid, es fuerte cosa

verse casi precisada
á tener que sostener
la nunca bien ponderada
tarea de una despedida,
de nuevos llantos, de santas
y repetidas protextas;
y sufrir, en fin, las ansias
que padecen los amantes
en situacion tan aciaga.

FERMINA.

Es verdad: no hay vomitivo
mas terrible que una marcha.

BARONESA.

¡Y para el otro mundo!

FERMINA.

¡Ay
señora de mis entrañas!
¿Y quién es el alma en pena?

BARONESA.

Don Nicasio, que se embarca
para América.

FERMINA.

Y si luego,
como otros muchos, se casa
por allá con una negra,
á fuerza de azúcar blanca,
os aseguro, señora,
que hace usted lo que se llama
un viage redondo.

BARONESA.

Mira,
casi, casi me alegrára.

FERMINA.

¿De veras?

BARONESA.

Sí, porque entonces
su conducta disculpaba
en nuestra separacion
la frialdad que siente el alma.
Pero no hay miedo. Nicasio
de tal modo me idolatra,
que aunque vaya y vuelva á Lima
diez veces, tendrá constancia.

FERMINA.

El paso del charco grande,
con todo, me da esperanza,
que no hay fuego que resista
á tanta humedad.

BAROÑESA.

Te engañas:
es mucho lo que me quiere.

FERMINA.

¿Qué lo prueba?

BARONESA.

Sus palabras.

FERMINA.

Las de un hombre son moneda
sin cordoncillo, y no pasa
para quien teme encontrarse
en vez de dinero pasta.

BARONESA.

Las suyas son verdaderas;
Fermina: una dilatada
experiencia me lo prueba.

FERMINA.

¿Pues cómo?

BARONESA.

En cinco semanas
que le conocí, jamas
me engañó.

FERMINA.

¡Jesus! ¡qué rara
probidad para estos tiempos!

BARONESA.

Jamas faltó una mañana
á mi tocador; jamas
en el salon se paseaba,
y sí al lado de los coches:
y jamas por fin dejaba,
aunque lloviesen venablos;

de ir á las once á la casa
donde iba yo de tertulia,
y donde el pobre se estaba
haciéndome cucamonas
hasta las doce bien dadas.

FERMINA.

Pues dígole á usted, Señora,
que son méritos.

BARONESA.

Y raras
sus prendas.

FERMINA.

Y usted, supongo,
que admirando su constancia,
de igual modo pagaria
su afecto.

BARONESA.

Yo.... no le amaba.

FERMINA.

¿No le amabais?

BARONESA.

No por cierto.

FERMINA.

Me gusta una muger franca.

BARONESA.

¿Qué quieres? siempre he tenido
la fatalidad extraña
de no querer á ninguno.

FERMINA.

¡Válgate Dios, y qué malas
lenguas! ¡pues no se asegura
por el mundo que usted ama
á todos!

BARONESA.

¡Jesus, qué embuste!
Mira, muger, cuando estaba
en la casa de mis padres,
mi cariño se cifraba
en muñecas, chucherías,
y como niña, en niñadas.

¿¿¿

Llegó la hora de casarme,
y sin consultarme en nada,
me dieron un novio rico,
viejo, enfadoso y con asma.
Ya ves tú, si yo podia
quererle.? Despues hallaba
á la moda en favor mio,
porque entonces no se usaba
querer á marido viejo.

FERMINA.

Es moda que nunca pasa.

BARONESA.

Enviudé, como era justo;
y jóven, rica, agraciada,
¿en quién puedo yo emplear
mi afecto con mas ganancia
que en mí misma?

FERMINA.

Ya se vé.

BARONESA.

Así es facil te persuadas,
que hasta el tiempo me ha faltado

para lo demas.

FERMINA.

Si falta
el tiempo , la culpa es suya.
Mas si no es de amor la llama ,
¿qué es pues lo que usted sentia
por Don Nicasio de Vargas?

BARONESA.

Es puro agradecimiento.

FERMINA.

Y es la virtud de las faldas.

BARONESA.

Tienes razon. Las mugeres
cuando se ven adoradas ,
por fuerza tienen al cabo
que agradecer.

FERMINA.

Y no escapan
con todo de que las llamen
cocodrilos y tiranas.

BARONESA.

Mal hecho. Si un hombre muere
de amor, y su muerte arranca
dos lágrimas á su amante,
no debe quejarse.

FERMINA.

Y gana
en el cambio. ¡Ah! ¿sabe usted
lo que digo?

BARONESA.

¿Qué?

FERMINA.

Que es lástima
no se muera Don Nicasio
en vez de irse á la otra banda.

BARONESA.

¿Y por qué?

FERMINA.

Porque su muerte
fuera por usted llorada.

BARONESA.

La ausencia es muerte de amor.

FERMINA.

Segun eso, usted prepara
para cuando llegue el pobre,
la cantidad necesaria
de lágrimas y suspiros.

BARONESA.

Ya la tengo preparada;
y desde hoy me verás
llorosa y desconsolada
hasta que se vaya el hombre.

FERMINA.

Si no llega hasta mañana
¿á qué pues tal madrugar?

BARONESA.

Como el pobrecito me ama tanto, no es mucho que yo sienta dos dias su marcha.

FERMINA.

Eso se llama ser justa.

BARONESA.

Asi, cierra esas ventanas y pon la luz de tal modo que se noten bien mis gracias.

FERMINA.

Voi por la luz.... ya está aqui.

BARONESA.

Sube un poco la pantalla.

FERMINA.

¿Así?

BARONESA.

Un poco mas.... la sombra
debe de dar á mi cara
ciertos rasgos de tristeza.
Dime, ¿encuentras elegancia
en mi postura?

FERMINA.

Bastante
cuando esté mas inclinada
vuestra cabeza.

BARONESA.

¿Estoi bien?

FERMINA.

Divinamente.

BARONESA.

Pues marcha,
y traeme algun libro.

FERMINA.

¿Cuál?

BARONESA.

Traeme un tomo de la Clara.

ESCENA II.

LA BABONESA SOLA.

Para una muger los libros
en algunas circunstancias
son muebles tan necesarios
como el abanico. Varias
conozco yo que no saben
leer, y son literatas
solamente porque envuelven
en la Crónica sus mangas
de tul.

ESCENA III.

FERMINA Y DICHA.

FERMINA.

No encontré á Clarisa,
por mas que pude buscarla;
y en su lugar he traido
la historia de Sancho Panza.

BARONESA.

Para estar sobre el sofá,
bueno es cualquiera.

FERMINA.

Ahora falta
venga visita que pueda
compadecer vuestra amarga
situacion.

BARONESA.

Temo con todo
no conozcan mi estudiada
sensibilidad.

FERMINA.

Si usted
se viese muy apurada,
traiga pronto á la memoria
los enemigos del alma,
que son para una muger
suegra, marido, y cuñada,
y verá cuál se le oprime
el corazon,

ESCENA IV.

Juana y dichas.

JUANA.

Doña Clara
de Mendoza.

BARONESA.

¡Qué fastidio!
Otra cosa no faltaba
para aburrirme.

JUANA.

¿La digo
que está usted fuera de casa?

BARONESA.

Ahora tendremos dos horas
de secretos y confianzas,
y misterios, y tapujos,
sobre cualquier mojiganga,
sin mas interés ni objeto
á la verdad que matarlas,

JUANA.

Al fin ¿qué la digo?

BARONESA.

Dila
que pase adelante.

ESCENA V.

DICHAS, MENOS JUANA.

BARONESA.

¿Cuántas
veces al cabo del año
te parece que esta dama
me visita?

FERMINA.

¿Cuántas?

BARONESA.

Dos
á lo mas; pero me cansa
tanto en ellas, que te juro

que bien pudiera escusarlas.

FERMINA.

¿Quién es ella?

BARONESA.

Una inocente,
con su punta de avisada,
con gran gana de casarse,
y con pocas esperanzas.
Vive en casa de un tio suyo
que fue sacristan en Parla,
y es ahora, nó se qué cosa,
de la Rota. Varios hallan
en ella cierta belleza;
pero á mí hablándote en plata,
me parece tonta y fea.

FERMINA.

Si es muger, nada me extraña.

BARONESA.

Hace seis meses que vino
la última vez, y.... mas calla,
que ya está aquí.... Dios me dé
paciencia para aguantarla.

ESCENA VI.

Doña Clara, y dichas.

DOÑA CLARA.

Á Dios, Baronesa mia.

BARONESA.

Jesus, amiga, ¡y qué cara
se vende usted!

DOÑA CLARA.

¡Ay señora!
en este mundo no faltan
á nadie sus quebraderos
de cabeza.

BARONESA.

Mas no se halla
disculpa tan fácilmente
á quien deja asi olvidadas
tanto tiempo á sus amigas.

DOÑA CLARA.

Ya sé yo que usted me trata
como tal.

BARONESA.

Soy mas que amiga;
pues soy vuestra apasionada.

FERMINA.

¡Cómo miente mi señora! *Ap.*
Viva la buena crianza.

DOÑA CLARA.

Sepa usted que vengo muerta.

BARONESA.

Pues ¿qué es lo que á usted le pasa?

DOÑA CLARA.

Que tuve el mal pensamiento
de ir en casa de la Paula,
mi prima....

BARONESA.

¡Ola! ¿y cómo está
doña Paulita?

DOÑA CLARA.

Entregada
al mas profundo dolor.

FERMINA.

¿Qué dice usted?

DOÑA CLARA.

Que su casa
parece. . . . .

BARONESA.

¡Ay Dios! ¡Qué precioso
ridículo!

DOÑA CLARA.

Desde Francia
lo enviaron.

BARONESA.

Ya dige yo
que no era dije de España.
¿Y fué caro?

DOÑA CLARA.

Quince duros.

BARONESA.

No vi cosa mas barata.
¿Con que la pobre primita
está tan desconsolada?
¿eh?

DOÑA CLARA.

Calle usted, señora,
por Dios. Despues que pasa
una su vida entre penas,
que cual propias acibáran
todos sus gustos, tener
que sufrir de las estrañas
¿no es terrible?

BARONESA.

Ciertamente.
¿Es de abalorio la banda
que adorna vuestra cabeza?

DOÑA CLARA.

No tal, que son perlas falsas.
Pues, como digo, la pobre
está hecha un mar de lágrimas
con la pérdida que anoche
sufrió.

BARONESA.

No sé una palabra.
¿Y qué fué?

DOÑA CLARA.

Que se murió....

BARONESA.

¿Quién, su esposo?

DOÑA CLARA.

La Sultana.

BARONESA.

¿Aquella doguita negra?

DOÑA CLARA.

Sí señora.

BARONESA.

¡Qué desgracia!
¡cómo estará la infeliz!

DOÑA CLARA.

Figúrese usted.

BARONESA.

¿Y la causa
se sabe de este quebranto?

DOÑA CLARA.

Descuidos de una criada:

...

la atracaron de garbanzos.

BARONESA.

Por eso les tengo tanta tema: mas dejando á un lado materia tan poco grata, ¿dígame usted, si será nuestra esta noche?

DOÑA CLARA.

Sí, amada amiga; traigo labor por eso.

BARONESA.

Siempre ocupada, ¿no es verdad?

DOÑA CLARA.

Siempre. No sé estarme nunca cruzadas las manos.

BARONESA.

¿Y qué hace usted?

DOÑA CLARA.

Frivolité.

BARONESA.

No me cansa
aquesta labor jamas.

DOÑA CLARA.

Ni á ninguna.

BARONESA.

Si educada
está como debe. Arrima *á Fermina.*
ese velador, muchacha,
que yo tambien quiero hacer
frivolité.

DOÑA CLARA.

Muchas gracias.

ESCENA VII.

JUANA Y DICHAS.

JUANA.

Vuestra tia doña Ines
en este momento acaba
de apearse.

BARONESA.

Y dime, ¿por qué
no entra?

JUANA.

Porque está empeñada
en que cante la cachucha
el Loro de la antesala,
y Periquito no quiere.

DOÑA CLARA.

¿Y acostumbran á ser largas
sus visitas?

BARONESA.

Suele estar
hasta las once.

DOÑA CLARA.

¡Qué infausta
noticia!

BARONESA.

¿Por qué, señora?

DOÑA CLARA.

Es que yo necesitaba
quedar con usted á solas
un rato.

BARONESA.

Alguna confianza,
¿no es verdad?

DOÑA CLARA.

Cierto.

BARONESA.

¿Urge
mucho?

DOÑA CLARA.

Mucho.

BARONESA.

¿Y breve?

DOÑA CLARA.

Se despacha
en un santi-amen.

BARONESA.

Pues id
vosotras, y con gran maña
entretened á mi tia
algunos minutos.

FERMINA.

Basta:
le hablaré de sus difuntos,

JUANA.

Y yo de la hipeçacuana,

que en lugar de chocolate
toma todas las mañanas.

ESCENA VIII.

La Baronesa y Doña Clara.

DOÑA CLARA.

Cuantas gracias.,...

BARONESA.

No perdamos,
amiga, el tiempo; se trata
de aprovecharlo. Ademas
no sé quién deba las gracias
mejor, si aquella que escucha
lo que ignora, ó bien la que habla.

DOÑA CLARA.

Voy pues al grano. Mi tio
ha empeñado su palabra,
y quiere casarme luego
con un ricacho de Arganda.

BARONESA.

¿ Discreto ?

DOÑA CLARA.

Como un hidalgo.

BARONESA.

¿Y jóven?

DOÑA CLARA.

No, mas no gasta
otro alifafe que gota.

BARONESA.

Entonces no encuentro nada
que deba asustaros.

DOÑA CLARA.

Sí;
pero es el caso que me hallo
comprometida.

BARONESA.

¿Pues cómo?

DOÑA CLARA.

En la cuaresma pasada
ibamos varias amigas
en casa de mi cuñada
á jugar al escondite......

BARONESA.

Como entonces no se baila,
algo se ha de hacer.

DOÑA CLARA.

Allí
conocí por mi desgracia
un oficial tan galan,
tan discreto, con tal labia,
que en verdad me enamoró:
él tambien manifestaba
quererme, y......

BARONESA.

Lo dió á entender
primero con sus miradas,
luego con sus apretones
de manos, ó sus pisadas,
Y al cabo finalizó

por donde antes se empezaba
y fue por hablar, ¿no es esta
la historia?

DOÑA CLARA.

Sí amiga.

BARONESA.

Vaya
pues no tiene novedad,
que á todas lo propio pasa.
¿Y despues?

DOÑA CLARA.

Despues se fue
á su regimiento.

BARONESA.

¿Y tanta
dificultad os parece
quien ausente ignora, ó calla?

DOÑA CLARA.

Es que vuelve.

BARONESA.

Eso es muy malo.

DOÑA CLARA.

Y como llega mañana
sin falta, no tengo tiempo
ni aun para. . . .

BARONESA.

¿Cómo se llama
ése oficial?

DOÑA CLARA.

¡Ay amiga!
aunque no soy reservada,
perdone usted. . . .

BARONESA.

Ya vé usted,
que á mí no me importa nada,
y que no es curiosidad.

DOÑA CLARA.

Por supuesto.

BARONESA.

A nadíe agradan
secretos agenos.

DOÑA CLARA.

Cíerto.

BARONESA.

Y.... en fin, ¿quién es?

DOÑA CLARA.

Dí palabra
de no decírlo, y así solo
quisiera me aconsejara
usted lo que debo hacer
en una tan delicada
posicion.

BARONESA.

Toma, casarse.

DOÑA CLARA.

¿Con quién?

BARONESA.

Con quien usted ama
si es que este quiere, y sino
con el primero que salga.

DOÑA INES, *dentro.*

¿Baronesa?

BARONESA.

¡Ay Dios! mi tía.

DOÑA CLARA.

Pero ¿y si soy desgraciada
con quien no quiero?

BARONESA.

Eso es ya
pedir al golfo manzanas.
Las mugeres tienen solo
este ascenso, y si reparan

en leves dificultades,
otra menos remilgada
llega cuando no se espera
y se queda con la plaza.

ESCENA IX.

DOÑA INÉS, Y DICHAS.

DOÑA INES.

¡Jesus, sobrina! tu loro
tiene poquísima gracia.
¡No se encuentra uno en el dia
que divierta!

BARONESA.

Pues bien se hallan
papagayos sin embargo.

DOÑA INÉS.

Sí, pero son muy machacas.
¿Usted aqui, señorita?
Cuánto gusto. . . .

DOÑA CLARA.

Acompañaba

á la baronesa, y....

BARONESA. *A doña Inés.*

¡Qué!
¿Conoceis á doña Clara?

DOÑA INES.

Pues si somos muy amigas
desde las ferias pasadas.

DOÑA CLARA.

Alli nos vimos dos veces.

DOÑA INES.

Y quedó tan cimentada
la amistad, que....

BARONESA.

Vaya, tia,
¡qué petimetra y qué guapa
viene usted!

DOÑA INES.

Como que estoy

de boda.

BARONESA.

¿Pues quién se casa?

DOÑA INES.

Una servidora tuya.

BARONESA.

¿Usted?

DOÑA INES.

Yo.

BARONESA.

¿Y cuándo?

DOÑA INES.

Mañana.

BARONESA.

¿Es negocio concluido?

DOÑA INES.

Sí, sobrina, solo falta
que el novio quiera.

BARONESA.

¡Pues no
es cosa de gran importancia
lo que falta!

DOÑA INES.

Ya se ve.
Mas querrá.

BARONESA.

Mucha confianza
tiene usted.

DOÑA INES.

Es que conozco
lo que él en casarse gana,
y no le juzgo tan necio
que no estime su ventaja
como yo la estimo: ademas
me tiene el pobre ya dadas

. . .

tantas pruebas de su afecto,
que la menor desconfianza
fuera injusta.

BARONESA.

¿Será acaso
aquel portugués de marras
pretendiente á todo empleo,
y que entre tanto cuidaba
no ha mucho de vuestros parches
eternos de tacamaca?

DOÑA INES.

No es ese, que se murió
de un hartazgo por la Pascua.

BARONESA.

¿Quién es luego?

DOÑA INES.

Un caballero
militar, de una gallarda
presencia, de fino trato,
sin mas renta que su espada,
y con un grande deseo,
segun pienso, de embainarla.

BARONESA.

Sin embargo, á vuestra edad
hay algo de estravagancia. . . .

DOÑA INES.

No hay edad para casarse
cuando una se encuentra sana
y robusta.

BARONESA.

El matrimonio
tiene ademas tantas trabas. . . .

DOÑA INES.

¡Ay amiga, cada cual
de la feria en que se halló habla
conforme en ella le fue;
y como estuve casada
dos veces, y siempre he sido
sumamente afortunada,
no es estraño que á tal lazo
quedára yo aficionada.

BARONESA.

Cierto.

DOÑA INES.

Mi primer marido
fue un vecino de la Habana,
con quien casé por poderes.

BARONESA.

¿Y era hombre de buena pasta?

DOÑA INES.

Sí lo era, mas falleció
antes de llegar á España.

BARONESA.

Entonces no es maravilla
que el pobre no os molestára.

DOÑA INES.

Pues menos me molestó
el otro, que de Dios haya,
con quien no tuve en diez años

una palabra mas alta
que otra; verdad es que fue
sordo y mudo.

BARONESA.

¡Cosa estraña!

DOÑA INES.

Asi en cuanto llegue el novio
le ofrezco mi mano blanca,
y. . . .

BARONESA.

¡Ola! ¿Tambien está fuera?

DOÑA INES.

Mañana llega.

BARONESA.

¡Mañana!

DOÑA INES.

¿Qué te admira?

BARONESA.

Nada, tia;
pero es cosa estraordinaria
que tres mugeres encuentren
en un dia lo que otras tardan
muchos años en hallar.

DOÑA INES.

No te entiendo.

BARONESA.

Me esplicára
si no fuera por. . . .

ESCENA X.

DON JUAN Y DICHAS.

DON JUAN.

Señoras,
á vuestros pies. .

BARONESA.

¡Vírgen santa!

¿Usted por aqui, don Juan?
Yo juzgué que usted ya estaba
hace mucho tiempo muerto.

DON JUAN.

La caliginosa parca,
con efecto, amiga mia,
levantando su guadaña,
quiso darme, aunque en amago,
unas sendas cuchilladas.

BARONESA.

¿Y qué quiere usted decir
con metáforas tan raras?

DON JUAN.

Que he tenido un gran catarro
en la semana pasada,
y que no pude por eso
disfrutar de vuestra grata
y apreciable compañía.

BARONESA.

Esas son disculpas vanas.

DON JUAN.

¿Disculpas?

BARONESA.

Sí, amigo mio:
los hombres cuando se cansan
al instante se resfrian.

DON JUAN.

Testigos de ello estas cuantas
pastillas de malvavisco,
que se ofrecen á las plantas
de ustedes, y que sobraron
del cuarteron que por mi ama
de gobierno se compró
para endulzar mi garganta.

BARONESA.

¿Y quién resiste á tan dulce
conviccion? Justificada
queda, pues, tan larga ausencia,
y en prueba de mi confianza,
quiero conozcan á usted
mis amigas.

DON JUAN.

Muchas gracias.

BARONESA.

Señoras, presento á ustedes
el poeta mejor de España.

DOÑA INES.

¡Ola, un poeta!

DOÑA CLARA.

¡Jesus, poeta!

BARONESA.

Y tocador de guitarra,
bailarin y enamorado
de profesion.

DOÑA CLARA.

Vaya, vaya,
cuántas cosas.

DON JUAN.

No merezco
semejantes alabanzas,
y es todo pura bondad
de la Baronesa.

BARONESA.

¡Calla!
¿Con que es bondad? Pues don Juan,
si no me engaña la fama,
¿no fue usted quien escribió
la historia de las cruzadas
en seguidillas?

DON JUAN.

Con todas
las licencias necesarias.

BARONESA.

¿Y no fue usted quien tradujo
las obras mas afamadas
del griego, sin saber griego?

DON JUAN.

Sí fuí.

BARONESA.

¿Y queda en la cara
de todas las amarilis
de vuestro barrio, una mancha,
peca, faccion ó lunar
que no fuera celebrada
por vuestra lira en sonetos,
en sextillos ó en octavas?

DON JUAN.

Verdad es.

BARONESA.

Pues bien, entonces,
¿por que se oculta y disfraza
vuesto ingenio?

DON JUAN.

Por modestia.

BARONESA.

¡Por modestia! ¡qué antigualla!

DOÑA CLARA.

¿Segun eso hace usted coplas
como si bebiese orchata?

DON JUAN.

Lo mismo.

DOÑA CLARA.

¿Y siempre de amor?

DON JUAN.

Sin amor todas son malas.

DOÑA CLARA.

¿Querrá usted mucho?

DON JUAN.

Lo sé
aparentar, y esto basta,

en verso.

BARONESA.

Tambien en prosa.

DOÑA INES.

Fueran mejor espresadas
vuestas ansias, sin embargo,
cuando las sintiese el alma.

DON JUAN.

Escuche usted, por su vida,
lo que en tales circunstancias
cierto aprendiz de poeta
dió por respuesta á una dama.

"*SONETO.*

"Lozana, pura, alegre, desdeñosa,
"Y con fragante olor, con tez lucida,
"Suele á veces brillar envanecida,
"En ameno jardin, purpurea rosa.
"Dedícala, Damon, por ser hermosa,
"Su afanoso penar, su fé cumplida,
"Y por cuidar tan cara flor, descuida
"El púdico clavel, la lis graciosa. (res
"Mas; ¡ay! pronto, Damon, quedó sin flo-

»Que el tiempo marchitó la rosa vana,
»Y á las otras su mísera fortuna.
»Ejemplo tal dirije mis amores;
»Sirvo á la triste y sirvo á la lozana,
»Y á todas quiero bien, mucho á ninguna.

BARONESA.

Ese soneto es muy bueno,
y en verdad mucho me agrada;
porque al cabo el gran principio
de vuestro sexo proclama.

DON JUAN.

¿Y cual es?

BARONESA.

La veleidad.

DON JUAN.

Baronesa, usted se engaña;
querer una despues de otra
puede llamarse inconstancia,
mas querer á todas juntas,
es al contrario extremada
aficion al bello sexo,
y ciertamente no agravia

las mugeres quien encuentra
en todas mérito y gracia.

BARONESA.

Quien quiere á todas, no quiere
á ninguna.

DON JUAN.

Si usted saca
esa consecuencia, yo
deduciré la contraria;
que el que á ninguna prefiere
es porque á todas las ama.

BARONESA.

Valiente sofisteria.

DOÑA INES.

Jueguecillo de palabras.

DON JUAN.

Será como ustedes quieran,
pero esta doctrina errada
ó cierta, es la del autor
del soneto, y sin que valga

para que ustedes se enfaden
tambien es la mia.

BARONESA.

Me encanta
tamaña sinceridad.

DOÑA INES.

Lira tan acomodada,
como la vuestra, sin duda,
á cada instante se inflama?

DON JUAN.

Sí señora, y no hay muger
quizá en Madrid que no la haya
inspirado.

DOÑA INES.

¿Inclusa yo?

DON JUAN.

Aunque parezca jactancia
dos epitafios me cuesta
usted.

. . .

DOÑA INES.

Muchísimas gracias,
pero aun me siento muy buena.

BARONESA.

Don Juan en ellos hablaba
sin duda de los difuntos.

DON JUAN.

¿De quién quiere usted que hablára?

DOÑA INES.

Pues, amigo, ya que usted
se ocupa de mis desgracias,
debe tambien celebrar
mis venturas.

BARONESA.

Apostára
una oreja á que mi tia
quisiera que celebrára
usted en verso su nueva
boda.

DOÑA INES.

Y muy bien que apostabas,
porque ese es mi pensamiento.

DON JUAN.

Desde luego..... pero vaya.
¿Y qué cosa?

DOÑA INES.

Cualquier cosa
verbi gratia, una cantata,

DOÑA CLARA.

No, no: un himno al amor
será mejor.

BARONESA.

¡Qué bobada!
no vale mas que Don Juan
componga á las circunstancias
algun sainete.....

DON JUAN.

¡Sainete!

BARONESA.

O sino algun melodrama,
que si he de decir verdad,
en mí igual efecto causa.

DON JUAN.

Con todo siempre es mas noble.

BARONESA.

No me meto en su prosapia;
pero digo, que una escena
alegórica, simpática,
y que pudiera en familia
representarse, llevára
en objeto y diversion
á lo demas gran ventaja.

DOÑA INES.

Dices bien.

DOÑA CLARA.

¡Sublime idea!

DON JUAN.

Y fácil de realizarla.

BARONESA.

¿Cómo?

DON JUAN.

Porque cabalmente
tengo ya casi acabada
para igual caso una loa.

DOÑA INES.

Se casará alguna dama
amiga vuestra, y.....

DON JUAN.

No tal,
ninguna amiga se casa,
mas puede muy bien casarse,
y aquel que madruga, mata
primero.

BARONESA.

Sí, sí, bien hayan
las personas prevenidas.

DOÑA INES.

Y dígame usted ¿le falta
mucho?

DON JUAN.

Media docena
de versos.

DOÑA CLARA.

¿Y es cosa larga?

DON JUAN.

Puede durar hora y media.

DOÑA INES.

Si quisiera recitarla
el Señor Don Juan.....

DON JUAN.

No tengo
inconveniente.

BARONESA.

Usted desbarra,
no Señora, ni por pienso,
lo que importa es que se vaya
Don Juan á mi gabinete,
y acabe alli en dos plumadas
su composicion.

DOÑA INES.

¿Pues qué
se ha de aprender?

BARONESA.

Y ensayada
ha de quedar esta noche
para decirse mañana.

DOÑA CLARA.

Bravísimo, Baronesa.

DOÑA INES.

Que cosas tienes, muchacha,
no ves que este caballero....

BARONESA.

Don Juan tiene tanta gana
como nosotras, y asi
dejemos pues pataratas,
y manos á la obra.

DOÑA INES.

Y usted
¿qué dice?

DON JUAN.

Que desairada
no puede quedar jamas
quien con tanta gracia manda.

BARONESA.

¿Muchacha?

JUANA.

Señora. *desde dentro.*

BARONESA.

Luz
al boudoir.

DOÑA INES.

Yo deseara
conocer el argumento,
sino tiene repugnancia
en decirlo.

DON JUAN.

¿Por qué no?
Es la famosa manzana
de la discordia, es el juicio
de Páris.

DOÑA INES.

Mucho me agrada.

DOÑA CLARA.

¡Ay Dios! ¿y quien será Venus?

DON JUAN.

La novia.

DOÑA CLARA.

¡La novia!

BARONESA.

¡Calla¡
¡Mi tia! Jesus, que risa.

DOÑA INES.

Pues asi se me llamaba
cuarenta y tres años hace
en Madrid.

BARONESA.

¡Belleza rancia
en verdad! y mi papel
¿cuál será entonces?

DON JUAN.

La sabia
Minerva: usted será Juno, *á Doña Clara.*

y si otro no me reemplaza
yo seré Páris.

DOÑA INES.

No, no,
usted hará en esta farsa
el papel de apuntador,
que mi futuro se encarga
del de Páris.

BARONESA.

Y si acaso
no quiere, llega sin falta
mañana quien puede hacerlo.

DOÑA CLARA.

Ya se vé que llega.

DOÑA INES.

Nada
me importa: con tal que tenga
una figura gallarda;
que en tal caso la ilusion
es lo primero.

ESCENA XI.

Juana y dichos.

JUANA.

¿ Mandaba
usted que trajese luz ?

BARONESA.

Sí lo mandaba ; acompaña
con ella al Señor Don Juan
hasta el bondoir.

DON JUAN.

No tarda
mi zelo en obedeceros
diez minutos.

ESCENA XII.

Fermina y dichos.

FERMINA.

Dos palabras *á la Baronesa.*
tengo que decir á usted
en secreto.

BARONESA.

¿No reparas
que estoi con estas señoras?

DOÑA INES.

Vaya muger, no faltaba
otra cosa: con nosotras
aun cuando estés en tu casa,
tienes siempre muy cumplido.

DOÑA CLARA.

Eso es no tener confianza.

BARONESA.

Pues con permiso de ustedes.

DOÑA INES.

¿Ha visto usted qué criada *bajo á Do-*
tan bachillera? *ña Clara.*

DOÑA CLARA.

La culpa *bajo á Do-*
tiene quien la dá las alas. *ña Ines.*

DOÑA INES.

Siempre tuvo este defecto *bajo á Do-*
mi sobrina. *ña Clara.*

BARONESA.

Despacha *bajo á Fer-*
por Dios, que temo, Fermina, *mina.*
la tijera de esas Damas.

FERMINA.

Sepa usted que un caballero *bajo á la*
que segun dice se llama *Baronesa*
Don Nicasio, quiere hablar
con usted.

BARONESA.

¡Ay Vírgen Santa! *bajo á*
¡Tan pronto! *Fermina.*

FERMINA.

Dice que quiso *bajo á la*
sorprenderos. *Baronesa.*

BARONESA.

Pues mal haya *Bajo á*
su sorpresa, que me coge *Fermina.*
de tal suerte descuidada.
¿Y cómo haré para verle
á solas?

FERMIÑA.

¡Linda cachaza! *Bajo á*
Finja usted un patatús. *la Baronesa.*

BARONESA.

Ese yo lo reservaba *Bajo á Fer-*
para cuando llegue el caso *mina.*
de la entrevista.

FERMIÑA.

Ahora salga *Bajo á*
usted del apuro; y luego *la Baronesa.*
válgase usted de otras armas.

BARONESA. *Bajo á Fer-*
mina.

Si no hay otro remedio, sea *Finge*
todo por Dios. ¡Dios me valga! *desma-*
yarse.

DOÑA CLARA.

¿Qué es esto?

DOÑA INES.

¿Qué te sucede, sobrina?

FERMINA.

¡Ay, que se desmaya mi señora!

DOÑA INES.

¡Pobrecita! ¿Y qué la dijiste?

FERMINA.

Nada que merezca desmayarse.

DOÑA INES.

Pues ¿qué será?

DON JUAN.

Traigan agua
y vinagre.

JUANA.

Voy por ello.

FERMINA.

No, no; que ya se le pasa.

DOÑA CLARA.

¿Será istérico?

FERMINA.

No tal,
Sino que es tan delicada
de nervios, que cualquier cosa
los alborota; y los.... ¿gastan
ustedes agua de olor?

DOÑA CLARA.

Yo, colonia.

DOÑA INES.

Yo, labanda.

FERMINA.

Pues entonces son ustedes
de su desmayo la causa.

DOÑA CLARA.

¿Nosotras?

DOÑA INES.

¿Dinos en qué?

FERMINA.

Si los olores la matan.

DOÑA CLARA.

No lo sabía.

DOÑA INES.

¿Y qué haremos?

FERMINA.

Si mi consejo tomáran
ustedes, se fueran todos
del cuarto; yo las ventanas
abriera, y el aire libre,
sin duda, la mejorára.

DOÑA INES.

Dice bien, vámonos pronto
al bondoir, y si trabaja
el señor don Juan, nosotras
jugaremos á las damas
entretanto.

DOÑA CLARA.

Vamos pronto.

DON JUAN.

Como usted guste.

DOÑA INES.

Muchacha,
cuidado con mi sobrina.

DOÑA CLARA.

Su situacion me traspasa.

DOÑA INES.

¡Qué dolor! no ví en mi vida semejante mogiganga. *Ap. á doña Clara.*

ESCENA XIII.

LA BARONESA Y FERMINA.

BARONESA.

¿Lo habrán conocido?

FERMINA.

Sí.

BARONESA.

Pues si la tragan y callan,
nada importa se aperciban,
que es píldora lo que tragan.
Vete ahora, Fermina, y dile
que venga.

FERMINA.

De buena gana,
porque estará el pobrecito
como todo aquel que aguarda.

ESCENA XIV.

LA BARONESA sola.

¿Cómo le recibiré?
Las lágrimas son tan falsas,
que casi, casi es un cargo
de conciencia el emplearlas.
Los suspiros tan comunes,
que ya nada se adelanta
con ellos, y en fin los gritos
de gente solo ordinaria.
Bien sabe Dios que no sé
lo que debo hacer: bien hayan
las congojas, pues con ellas
se sale del paso. Vaya,
será fuerza sollozar,
que al fin y al cabo se embarca,
y me deja, y. . . ¡pobrecito!
su desdicha me quebranta
el corazon. . . . ¡estará
desesperado!

ESCENA XV.

La Baronesa y Don Nicasio.

DON NICASIO.

¡Caramba! *Ap.*
¡Y qué guapa es la doncella!
si me acuerdo, cuando salga,
le he de decir cuatro cosas
bien dichas.

BARONESA.

Finjamos, alma, *Ap.*
pues ya está aquí.

DON NICASIO.

¡Qué silencio! *Ap.*
¡Qué luz tan triste y opaca!
¡Ay, Nicasio, y qué mal rato,
si no me engaño, te aguarda!
escena sentimental
tenemos.

BARONESA.

Tiene grabada *Ap.*
en su cara la tristeza.

DON NICASIO.

Pero ello es fuerza aguantarla,
porque el tiempo urge, y yo debo
zafarme y desengañarla.

BARONESA.

¡Ay, Nicasio!

DON NICASIO.

¡Ay, dueño mio!

BARONESA.

¡Este golpe reservaba
la suerte á mi pecho amante!

DON NICASIO.

El dolor mi voz embarga,
y no sé qué responderte.

BARONESA.

¡Si siquiera en tal desgracia
pudiera yo en tu firmeza
tener alguna confianza....!

Entonces del mal el menos.

DON NICASIO.

Ya se vé.

BARONESA.

Que el que bien ama,
sabe vencer los escollos
de la ausencia y la distancia.
¡Si vieras qué tristemente
las largas horas pasaba
sin tí!

DON NICASIO.

Solita, sin duda,
y en tu aposento encerrada:
¿no es verdad?

BARONESA.

¡Qué disparate!
Entonces nadie estrañára
mi tristeza; pero, amigo,
lo estraño es, que yo buscaba
en prado, teatro y visitas
distraccion, y no la hallaba.

DON NICASIO.

¡Oh qué amor tan acendrado!

BARONESA.

Tu imágen se presentaba
á cada instante á mi idea,
y. . . . ¡qué cara tan tostada
traes, Nicasio!

DON NICASIO.

La fatiga. . . .
los calores de la marcha. . . . .

BARONESA.

No me nombres, por la Vírgen,
tu marcha, que esta palabra
me asesina.

DON NICASIO.

Está la pobre *Ap.*
demasiado enamorada:
¿cómo diablos la diré
que. . . . ?

BARONESA.

¿Y cuándo te vas?

DON NICASIO.

Mañana.

BARONESA.

¿Temprano?

DON NICASIO.

Sí, muy temprano.

BARONESA.

¿Con que es esta madrugada cuando te vas?

DON NICASIO.

Cabalmente.

BARONESA.

Mas vale asi.

DON NICASIO.

Tú me encantas
con esa conformidad.

BARONESA.

Pues no ves que si se alarga
la despedida, me muero.

DON NICASIO.

Es verdad, no me acordaba.

BARONESA.

¡Pobre de mí! ¿quién diria
cuando contigo bailaba
aquel rigodon tan lindo...?

DON NICASIO.

¿Cuándo fue?

BARONESA.

La noche infausta
de tu despedida.

DON NICASIO.

¿Aquella
de las trece contradanzas
seguidas?

BARONESA.

La misma.

DON NICASIO.

¡Ah! sí,
y qué aburrido que estaba!
en fin, como quien se iba
aquel amanecer á Jaca.

BARONESA.

Pues para estar aburrido,
muy bien pelaste la pava
mientras bailé la gabota
con la insípida abogada.

DON NICASIO.

La hablaba de cierto pleito. . . .

BARONESA.

¿Y á su marido le hablabas
de algun feston?

DON NICASIO.

¡Siempre zelos!

BARONESA.

¡Ay, Nicasio! si tú amáras
como yo te supe amar,
de tus pleitos no cuidáras
tanto; pero nunca, nunca
me quisiste.

DON NICASIO.

A las andadas
volvemos.

BARONESA.

No, que es mentira.

DON NICASIO.

Ya la paciencia me falta.

¿Con que nunca te he querido?
Y mis suspiros, mis ansias,
mis jaquecas ¿por quién fueron?

BARONESA.

Ya.... pero....

DON NICASIO.

¡Muger ingrata!
¿existe acaso algun hombre
que sienta de amor la llama
mejor que yo?

ESCENA XVI.

DOÑA INES Y DICHOS.

DOÑA INES.

¿Pasó ya la convulsion? *Entreabriendo la puerta.*

BARONESA.

Ya se pasa.

DON NICASIO.

¡Qué voz es esta! *Ap.*

DOÑA INES.

Mas ¡ola!
parece que acompañada
estas?

DON NICASIO.

¡Es ella, Dios mio!

BARONESA.

Sí señora, hablando estaba
con el señor don Nicasio. . . .

DOÑA INES.

¡Don Nicasio! ¡Ay, Vírgen santa!
¿Dónde diablos se habrán ido
las malditas antiparras?

DON NICASIO.

¡Por qué escotillon vendria *Ap.*
esta vieja!

DOÑA INES.

¡El es!

BARONESA.

Acaba
de llegar, y....

DON NICASIO.

Vine luego
de mi voluntad en alas
á ver mi dueño adorado,
y por quien vengo de Jaca.

DOÑA INES.

Esto lo dice por mí. *Ap.*

BARONESA.

Nicasio, por Dios, repara *Bajo á*
que está delante mi tia. *D. Nicasio.*

DON NICASIO.

Mi amor no repara en nada, *Bajo á*
porque es mucho. *la Baronesa.*

DOÑA INES.

¿Qué te dice? *A la Baronesa.*

BARONESA.

Nada, tia. Le preguntaba
como ha llegado esta noche,
y no cuando se pensaba?

DON NICASIO.

A lo que yo le respondo,
que mi impaciencia era tanta,
que un triunfo me parecia
cada legua que ganaba;
por eso, y siempre trotando,
pude doblar la jornada,
y. . . .

DOÑA INES.

Pero, ¿á qué tanta prisa?
lo mismo era hoy que mañana.

DON NICASIO.

¡Es mi amante tan hermosa! . . .

BARONESA.

Nicasio, si usted no calla,
me voy.

DOÑA INES.

¿Y por qué te has de ir?

BARONESA.

Si sabe que no me agradan
las lisonjas. . . .

DOÑA INES.

¿Quién te dice
que es lisonja?

DON NICASIO.

Mis palabras
no son, bella Baronesa,
lisonjas; ellas declaran
muy al contrario. . . .

DOÑA INES.

Ademas,
¿me pongo yo colorada?

BARONESA.

¿Usted, por qué?

DON NICASIO.

Dice bien
esta señora. Una dama
no debe manifestar
alteracion en su cara,
aun cuando delante de ella
se prodiguen alabanzas
á gracias suyas ó agenas.

DOÑA INES.

Y si aquellas que se ensalzan
son las suyas; mucho menos.

DON NICASIO.

Por supuesto.

DOÑA INES.

Pero, vaya,
don Nicasio, ¿cómo supo
usted que yo me encontraba
en casa de mi sobrina?

DON NICASIO.

Yo diré á usted. . . .

BARONESA.

¡Qué bobada!
¿acaso pudo saberlo?

DOÑA INES.

¿Cómo quieres lo ignorára,
cuando. . . ?

DON NICASIO.

Tiene usted razon:
Y en verdad no lo ignoraba,
porque. . . .

BARONESA.

Pues yo no le he dicho
que estaba usted en mi casa.

DON NICASIO.

Tambien es verdad; mas yo
supe por una muchacha,
confidenta en mis amores,

que. . . .

BARONESA.

¡Ah! sí, no me recordaba:
por Fermina.

DOÑA INES.

¿Qué Fermina,
muger, ni qué calabaza?
Todo lo equivocas hoy;
la muchacha de quien habla
Nicasio es. . . .

DON NICASIO.

No disputemos
por el nombre de una criada:
llámese como se llame,
¿qué importa?

BARONESA.

Sí, pero Juana. . . .

DON NICASIO.

El hecho es, que una me dijo
que la tia visitaba
á la sobrina. . . . su coche

tambien á su puerta estaba,
y.... No sé lo que me digo. *Ap.*

ESCENA XVII. *Claro.*

DOÑA CLARA, DON JUAN Y DICHOS.

DOÑA CLARA.

Albricias, que ya acabada
traemos aqui la loa.

DON JUAN.

Pero si falta limarla.....

DON NICASIO.

¡Qué es esto, divinos cielos! *Ap.*
¡Otro demonio!

DOÑA INES.

Me agrada
infinito la noticia;
pues ya tenemos en casa
el galan de la comedia.

DOÑA CLARA.

¿Dónde?

DOÑA INES.

Aqui.

DOÑA CLARA.

¡Jesus!

DON NICASIO.

Araña (1)
es; pero no hay que asustarse,
que yo lograré matarla.

DOÑA CLARA.

¿Qué araña, ni. . . . ?

DON NICASIO.

Disimulo, *Ap. á*
por Dios, que usted es la causa *doña Clara.*
de estar yo aqui.

(1) *Se dirige hácia el lado en que está doña Clara, le dice al paso los siguientes versos, y sigue como que va á matar la fingida araña.*

DOÑA INES.

¡ Ay, qué miedo!
¡ Araña !

DON NICASIO.

Muere, malvada,
pues tuviste la imprudencia
de asustar tres bellas damas.

DOÑA INES.

¿ Ha muerto ya ?

DON NICASIO.

Ya murió.

BARONESA.

O yo tengo cataratas, *Ap.*
ó Nicasio habló en secreto
al paso con doña Clara.
¿ Qué será esto ?

DOÑA CLARA.

Que me maten *Ap.*
si entiendo esta zalagarda;

pero, en fin, disimulemos,
ya que esto solo me manda.

DON NICASIO.

Muerto el enemigo, que
nuestro reposo turbaba,
descífreme usted, señora, *A doña Ines.*
las misteriosas palabras
que dijo usted al entrar
estos señores.

DOÑA INES.

Hablaba
de una magnífica loa
que don Juan hizo, y se trata
de representar el dia
feliz en que. . . .

DON NICASIO.

Basta, basta,
no necesito saber
mas. ¿Y qué papel me encargan
ustedes?

DOÑA INES.

El de galan,
como que usted. . . .

DON NICASIO.

Muchas gracias
por tanta galantería.
¿Y el argumento del drama
cuál es?

DON JUAN.

El juicio de Páris.

DON NICASIO.

¡Sopla!

BARONESA.

Los zelos me matan, *Ap.*
y es fuerza, pues, apurarlos.

DON NICASIO.

¿Quién de ustedes me acompaña
en su representacion?

DOÑA INES.

Las tres.

DON NICASIO.

Entonces me falta
solo saber quién obtiene
la manzana afortunada.

BARONESA.

Buena ocasion se presenta *Ap.*
para desairar á Clara,
ó desengañarme. (*Alto.*) Amigo,
no tiene ninguna gracia
que á usted se le diga todo;
adivíne quién alcanza
de nosotras tres el premio
de la belleza.

DON NICASIO.

Amada
Baronesa, usted me pone
en un compromiso.

BARONESA.

Vaya,
que no es tanto: asi sabremos
vuestro gusto, y....

DON NICASIO.

¡Endemoniada *Ap.*
idea!

BARONESA.

¿Digo bien? *Á las señoras.*

DOÑA CLARA.

Muy bien.
¡Ah tonta! cómo te clavas! *Ap.*

DOÑA INES.

Perfectamente, sobrina.

DON NICASIO.

Señora, la buena crianza
exige.....

BARONESA.

Que se obedezca.

DON NICASIO.

Pero si....

BARONESA.

Disculpas vanas.
¿Fermina?

FERMINA.

Señora. *Desde adentro.*

BARONESA.

Trae
en un plato una manzana.

DON NICASIO.

¡Es apuro bien terrible!

DOÑA CLARA.

Vuestra inquietud es estraña.
¿Temeis, acaso, los zelos
de las diosas desairadas?

DOÑA INES.

Si ello al fin se ha de saber,
¿á qué es esa repugnancia?

DON NICASIO.

Repugnancia, no por cierto:
mas ya se ve. . . . vuestras gracias. . . .
mi pudor. . . . vuestra modestia. . . .
y en fin. . . .

DOÑA INES.

¿Qué es es lo que usted habla?

DON NICASIO.

Digo que es muy divertida,
y muy ligera la chanza.

ESCENA XVIII. Y ULTIMA.

FERMINA Y DICHOS.

FERMINA.

Aqui está un pero de Ronda.

DON NICASIO.

Tiró el diablo de la manta, *Ap.*
y descubierto el enredo,
las tres me pelan y arañan.

BARONESA.

Tome usted, amigo mio,
y entréguelo sin tardanza,
de las tres, á la mas bella.
No tema usted nuestra saña;
que cuando los ojos juzgan,
los demas sentidos callan.

DON NICASIO.

No hay remedio, aqui es preciso *Ap.*
hacer una alejandrada,
y deshacer este nudo;
pues es cosa muy probada
que si el interés lo ordena,
los demas deberes callan.

BARONESA.

Vaya, ¿se decide usted?

DOÑA CLARA.

¡Nicasio!

DOÑA INES.

Si usted se tarda
dos minutos mas, me da

un síncope.

DON JUAN.

¡Qué jarana!

DON NICASIO.

Pues, señor, me decidí. *Ap.*
(*Alto.*) Tome usted, mi venerada
doña Ines; y aquesta prueba
de mi pasion. . . .

BARONESA.

¡En mi casa
este desaire!

DOÑA CLARA.

¡Qué veo!

DOÑA INES.

¡Pues qué? ¿acaso te desaira
que mi novio me regale
un triste pero?

BARONESA.

¿Desbarra

usted? ¡su novio!

DOÑA INES.

Mi novio
justamente, y quien mañana
será ya mi dulce esposo.

BARONESA.

¿Luego es éste. . . ?

DOÑA INES.

El que aguardaba,
y de quien hablé.

DOÑA CLARA.

Y tambien es
el ingrato á quien yo amaba.

BARONESA.

Esta es otra.

DOÑA CLARA.

Sí señora:
y mire usted por qué alhaja
no estoy ya dos meses hace
. . .

cansada de estar casada.

BARONESA.

¿Y era usted, hombre perverso,
el que en Cadiz se embarcaba?

DON NICASIO.

¿Y os parece poco golfo
el del matrimonio?

BARONESA.

¡Mal haya
mi credulidad!

DOÑA CLARA.

Amen.

DOÑA INES.

Pero, sobrina, ¿qué charlas?
¿por qué te incomodas?

BARONESA.

Tia,
sepa usted nos engañaba
...

á las tres á un mismo tiempo;
sepa usted. . . ,

DOÑA INES.

¡Jesus, qué gracia!

BARONESA.

¿Gracia?

DOÑA INES.

Sí, yo se la encuentro,
y tú tambien la encontráras
si fueras la preferida,
y tu tia la burlada.
Ademas, todos los hombres
son lo mismo; andan á caza
de cuantas aves encuentran,
y su pólvora malgastan,
porque saben que una, al fin,
el gasto de todas paga.

BARONESA.

¡Linda frescura!

DOÑA INES.

¡Ay, sobrina!

Pues la que busque otra casta
de galanes en el dia,
puede en Alcorcon hallarla,
pero no en Madrid.

DON JUAN.

Mi loa
de esta hecha sí que cuaja.

DON NICASIO.

¿Por qué no? La baronesa
con su figura, su labia,
su entendimiento y su mundo
olvidará esta pasada
en cuanto su mismo espejo
le prometa la venganza:
Clara, segun me escribieron
no ha mucho, tiene en Arganda
un lenitivo seguro
de su mal, y á mi adorada
y respetable señora
doña Ines le sobra y basta,
con preferencia tan justa,
como desinteresada.
Asi, pues, amigo mio,
estas damas aplacadas
querrán, sin duda ninguna,
ensayando vuestro drama,
mostrarme su indiferencia.

BARONESA.

Si en esto consiste, nada
puede ser mas agradable
á mis ojos.

DON NICASIO.

Y usted, Clara,
?qué dice?

DOÑA CLARA.

Que me convengo
luego que escriba una carta
para el pobrecito hidalgo.

DOÑA INES.

Vámonos pues, y en la sala
de comer usted escribe,
mientras que con las criadas
nos disponemos nosotras
para ensayar nuestra farsa.

BARONESA.

Vamos, pues. ¡Ay, don Nicasio!
¡Fuego de Dios en quien ama
algun hombre!

DON NICASIO.

¡Ay, baronesa!
¿Y puede tener confianza
alguno de ser amado?

BARONESA.

Ustedes. . . .

DON NICASIO.

Ustedes. . . .

DON JUAN.

Vaya,
no hay que disputar, señores,
que son iguales las armas,
y solo se engaña el sexo
que al otro piensa que engaña.

DON NICASIO.

Eso es decirnos que somos
tal para cual.

DON JUAN.

Muchas gracias,
amigo, que usted me ahorra
el decírselo en sus barbas.

FIN.

Esta Comedia, y la de *las Costumbres de Antaño*, del mismo autor, se venden en Madrid en las librerías de *Oréa*, frente á san Luis; *Gonzalez*, calle de Atocha, frente á los Gremios; *Viuda de Quiroga*, calle de Carretas, y *Amposta*, calle del Príncipe.

